



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

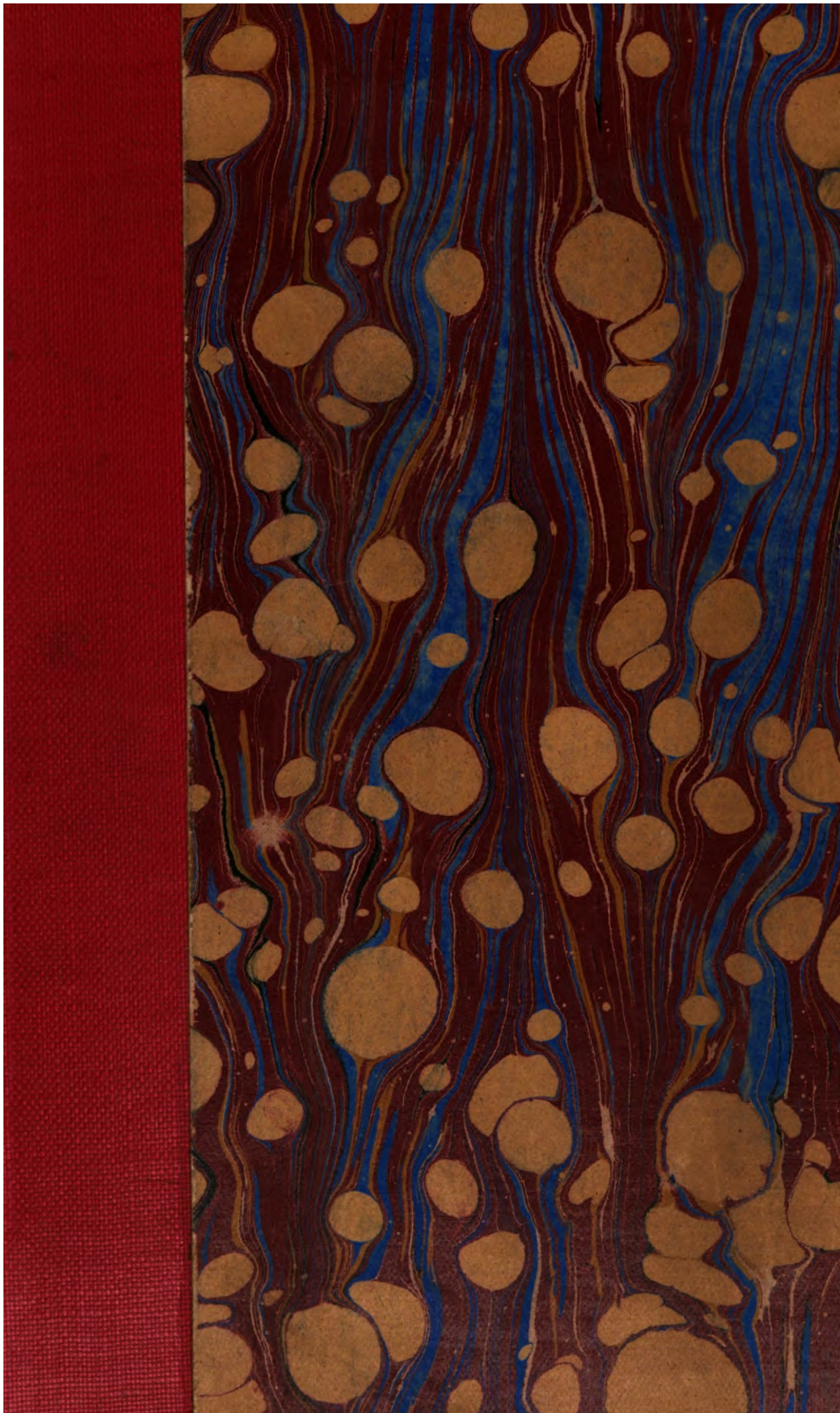
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.





Vet. Span. III B. 36

201. 0111
R 11

EL BACHILLER

DE

SALAMANCA,

ó

AVENTURAS DE D. QUERUBIN
de la Ronda,

Que sacó de un manuscrito Español, y
publicó en Francés Mr. le Sage.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

D. *ESTEVAN ALDEBERT DUPONT.*

EN MADRID,

POR PANTALEON AZNAR.

1792.

Reimpreso en Hamburgo en la Oficina de

J. C. BRÜGEMANN

1809.

A expensas y baxo la direccion de

J. V. DIAZ DE TOLEDO

Maestro de la lengua Castellana.

Se hallará en su habitacion, Rothe Haus No. 22.



EL EDITOR.

Como prometió en la edición del Compendio de la Historia de España por *D. Tomas de Yriarte*, publica, *El Bachiller de Salamanca*, ó Aventuras de *D. Querubin de la Ronda*, obra en su clase de mérito y aplauso conocido, y muy acomodada á la enseñanza del Español.

A esta seguirá el *Eusebio*, por *D. Pedro Montengon*, en cuyo elogio está reunido el juicio de Sabios y Literatos, por reunir tambien el deleyte y la utilidad, aquel por el

estilo y novedad de la invencion, y esta por las acendradas lecciones de la moral mas pura y despejada de sistemas de rutina, parcialidad y sugesion.

Su impresion será en dos tomos en octavo mayor algo crecidos, igualmente en buen papel y carácter, al moderado precio de 8 Mcos. corr. para los Señores Subscriptores.

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

Entre las muchas Obras que así en prosa como en verso escribió Mr. Le-Sage, es una la presente, intitulada: *El Bachiller de Salamanca, ó Aventuras de Don Querubin de la Ronda*, en la qual, así como en la de Gil Blas de Santillana, ya traducida igualmente del Francés al Castellano, y que tan bien admitida ha sido del Público, reynan naturalidad y verosimilitud en las aventuras, viveza y propiedad en las pinturas con que nos representa varios vicios y ridiculeces de la Sociedad, un enlace no afectado, ni violento para unir y trabar los sucesos; y finalmente, una fina ironía, y delicada crítica, acompañada no de frias é insulsas bufonadas y chocarrerías, de que gustan y con que rien los necios, sino de conceptos agudos é ingeniosos, nacidos del donayre y gracia que eran geniales en este Autor, notandose igualmente en todos sus escritos, y con que divertia su conversacion, la qual era por eso tan gustosa y apetecible, que en qualquier concurrencia se llevaba las atenciones de todos.

Se aplicó mucho á la lengua Castellana, y no pudo menos de enamorarse de su sonoridad, magestad y fecundidad para explicarse en los asuntos graves, familiares y festivos. Admiró también el espíritu inventi-

vo, travesura, y florida y amena imaginacion de los Autores Españoles, así Poetas, como Prosistas, muchos de los quales, aunque reimpresos de pocos años á esta parte por algunos buenos patricios, todavía experimentan la desgracia de no ser leídos sino por cierto número de sujetos de gusto, quiénes los estiman como alhajas preciosas; suerte contraria á la que tuvieron en otra edad, nacida de la novedad de la lectura casi exclusiva de los libros modernos; y poseído de esta afición quiso inspirarla en la nacion Francesa, traduciendo, ó bien imitando en su lengua varias de nuestras Novelas escogidas, una de las clases de escritos en que los Extranjeros nos hacen la justicia de confesar habernos distinguido, acomodandolas al genio y usos de sus paysanos, y sazondolas con su humor festivo.

De ellas es una la del Bachiller de Salamanca, impresa la primera vez en París en 1735, un año despues de haber salido á luz el quarto y último tomo de las Aventuras de Gil Blas de Santillana, y en su portada advirtió Le-Sagé haberla sacado de un manuscrito Español. Sobre este punto, pues, no cabe la menor duda á vista de su misma confesion; pero lo que yo presumo es, que segun denota la voz *sacado*, lo que hizo fué embeberse en la idea del original, penetrar sus pensamientos, y verterlos despues á su modo, añadiendo otros, y diversas aventuras puestas de su propio caudal, ó toma-

das de Autores ya de su misma nación, ó ya de otras, moviéndome á formar esta conjetura el ver palpablemente por un lado, en la Historia de D. Andrés de Alvarado y Doña Cintia de la Carrera la descripción del bayle que nuestro Autor Cómico Moreto introduce en la Comedia tan conocida é ingeniosa *del Desden con el Desden*, y por otro, el que sin embargo de que Mr. Le-Sage sabe enlazar con tal arte los pasages unos con otros en la Obra del Bachiller, que parecen nacer unos de otros, y formar un tejido sin mezcla alguna, con todo eso no dexa de traslucirse, atendida su inconexión esencial, que son fruto de distintos ingenios; porque á la verdad, ¿qué coherencia tienen, por exemplo, los sucesos que cuenta de Nápoles y América, con el tema principal de la Obra, reducido á pintar la vida de un Preceptor, y con esta ocasion las buenas y malas qualidades y extravagancias de sus discípulos, y de los parientes de estos? Contribuye eficazmente á causar esta sospecha, y aún casi á convertirla en certeza el exemplar que tenemos á la vista en la Obra de Gil Blas, que lexos de ser parto de un solo ingenio, es un agregado de varios fragmentos, que se hallan en distintos Autores nuestros, que andan en manos de todos, y escribieron en diversos tiempos, como son el Maestro Vicente Espinél, en su libro intitulado: *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*, de quien son los pasages de los dos Estudiantes, que yendo á Salamanca encontraron aquella lápida, en que estaban escul-

pidas estas palabras (1): *Aquí está encerrada el alma del Licenciado Pedro García*; del (2) mancebo de Barbero, Diego de la Fuente, en que se habla de Doña Mergelina, muger del Médico el Doctor Oloroso, y de Marcos de Obregon, su Escudero; de lo ocurrido á Gil Blas quando cenó en la posada de Peñafior (3); del arriero en el Lugar de Cacabelos (4); del cautiverio en la isla de la Cabrera (5); de la sortija que usurpó á Gil Blas la señora Camila (6); del remedo de los maídos de un gato (7). Los episodios que forman las Novelas de *Doña Aurora de Guzmán, del Casamiento por venganza, de Don Alfonso y de la bella Serafina*, estan tomados el primero de la Comedia: *Todo es enredos amor, y diablos son las mugeres*, de Don Augustin Moreto; el segundo, de la que escribió D. Francisco de Roxas, con el título: *Casarse por vengarse*; y el tercero de la Novela: *Mas puede amor que la sangre*, que trae D. Alonso de Castillo Solorzano en una de las Obras que compuso y tituló: *Sala de recreacion*. Finalmente, si me detuviese á especular el origen de lo demás de la Obra de Gil Blas, quizá encontraría otros plagios, bien

(1) Prólogo de Vicente Espinél.

(2) Descanso 1 y 2 de la Relacion primera.

(3) Descanso 9, ibidem.

(4) Descanso 10, ibidem.

(5) Descanso 7 y 8 de la Relacion tercera.

(6) Descanso 8 y 9, ibidem.

(7) Descanso 21 de la Relacion primera.

que presentados con igual variedad y gracia que los anteriores.

De los muchos escritos, que como dixé arriba, dió á la prensa Mr. Le-Sage, el presente del Bachiller de Salamanca es uno de aquellos que consideraba de los mejores que habia trabajado, mas apreciaba, y cuya lectura le divertia tanto como el *Gil Blas* y el *Diablo Cojuelo* (1).

Hacia muchas veces conversacion de él con sus amigos, manifestandoles que habia procurado esmerarse en componerlo. Despues de publicado el primer tomo, contento el Público de haberlo leído, estuvo esperando con impaciencia el segundo, el qual le confirmó en el buen concepto que habia formado del Autor en vista del primero.

Quando murió éste en 1747 se encontró entre sus papeles el manuscrito original, escrito de su mano; pero habiendose cotejado con la primera impresion, se advirtió que él mismo habia corregido esta graciosa No-

(1) La idea de este Libro, y ciertos pensamientos los tomó del que con igual título escribió en un volumen nuestro Luis Velez de Guevara; pero en lo demás lo mudó enteramente, poniendo otras Novelas, y muchos pasages, en que con una sátira muy graciosa, fina y solapada intentó recrear á los Lectores, corregir diferentes vicios y extravagancias aumentando de mas lo de un tomo, de manera que hizo una Obra casi nueva, la qual por esta razon hace ánimo de dar en breve al Público en Castellano el Traductor de la presente.

vela, con el cuidado de un Autor enamorado de su Obra, ó por mejor decir, de un padre que mira con cariño á su hijo, no omitiendo cosa alguna para perfeccionar la nueva edicion que queria hacer, y que con efecto se hizo despues de fallecido, y es de la que me he servido para esta traduccion.

Al pie del manuscrito referido estaba escrita de la misma letra la siguiente nota: „Si Dios me llama „á juicio antes de que yo pueda hacer reimprimir „este Libro, que acabó de corregir y adicionar, suplico „muy encarecidamente á las personas á cuyas manos „vaya á parar este manuscrito, que lo hagan imprimir „inmediatamente que se acabe la primera impresion, „pues de hacerse antes se causaría perjuicio al Librero.”

Con estas palabras dió á entender su honradéz, y tambien el grande afecto que tenia á esta Novela. Fué preciso aguardar algún tiempo para poner en execucion su vivo deseo, esperando se apurase la primera edicion conforme á lo que habia dexado prevenido.

En su principio decia Mr. Le-Sage, que habia hecho mucho ruido en Francia esta Novela, y tenido muchos Censores. Es verdad que él no los temió, ni jamás se dignó responder á nada de quanto le criticaron; pero lo hicieron varios protectores, que se pusieron de su parte. Los Mercurios, los Diarios, y todas las obras periódicas de aquel tiempo la elogiaron altamente.

Yo pudiera traducir aquí varios pasages sacados de

los juiciosos y nada contemplativos Críticos Saverien (1), Goujet (2), de los Autores del nuevo Diccionario de los Hombres ilustres en idioma Francés, y otros Apolo- gistas del mérito no comun del Autor; pero me con- tento por ahora con expresar lo que dicen de él el Dia- rio de los Sabios de París (3), y el Abate des Fontai- nes (4).

Aquellos Diaristas se explican de esta suerte en loor suya: „Las Novelas de Le-Sage llevan consigo la marca „del ingenio, con la que pasarán á la posteridad. Son „siempre entretenidas, y siempre nuevas, aun para „aquellos que ya las han leído: enseñan y divierten; „estan escritas con aquella decencia propia de las bue- „nas costumbres, y que permite su lectura á todo el „mundo, habiendo llegado á ser por estos títulos el „recreo de las concurrencias, y lo que llaman Obras „de surtido.”

El Abate des Fontaines hablando del Libro del Ba- chiller, lo juzga en estos términos: „Esta Obra está „bien escrita; la crítica que hace de las malas costum-

(1) En su Obra intitulada: *Les trois siecles de la litterature Françoise*, tomo 3, pág. (Los tres siglos de la literatura Fran- cesa.)

(2) *Bibliothèque Françoise*, tomo 23. (Biblioteca Fran- cesa.)

(3) *Journal des Sçavans*, mes de Mayo de 1784, pág. 959.

(4) *Observations sur quelques Ecrits*, tomo 4, pág. 346. (Observaciones sobre algunos Escritos.)

„bres, es verdadera, y se halla manéjada con mucho
 „arte y delicadeza. En una palabra, es digna de la re-
 „putacion de Mr. Le-Sage, que ha escrito tantas lindas
 „é ingeniosas Novelas. En ésta no se encuentra un
 „monton de reflexiones sutiles que sofocan al Lector,
 „ni tristes analisis de afectos: es una série de hechos
 „naturales, curiosos é interesantes, adornados de cuen-
 „tos, y de cuerdas consideraciones que nacen del asun-
 „to. Sus retratos son todos verdaderos, sacados del
 „natural, y que se encuentran todos los dias entre los
 „hombres. Este Autor no se aparta jamás de lo vero-
 „simil; no transfiere á sus Lectores á un mundo imagi-
 „nario; finalmente, los divierte, mas para instruirlos,
 „que para entretenerlos.”

Diré, por último, que los Ingleses tienen además del
 Gil Blas y el Diablo Cojuelo, traducido el Bachiller de
 Salamanca, é impreso en Londres, en dos tomos en
 octavo, con el título de *Bachelor of Salamanca*; exem-
 plo que al paso que contribuye á acreditar la Obra, ha
 sido para mí un nuevo estímulo para comunicarla á mi
 nación, debiendo prevenir haberme parecido convenien-
 te omitir en su traduccion ciertos pasages del original,
 que verdaderamente tampoco hacen falta, y llenando
 los huecos con otros pensamientos, que guardan ana-
 logía con los inmediatos, y sostienen el enlace.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Capítulo primero

De la familia y crianza de Don Querubin. Muerto su padre, un pariente le recibe en su casa. Sus adelantamientos en los estudios. Marcha á Madrid, donde hace conocimiento con un Cura. Conversacion que le tuvo éste sobre la carrera que queria tomar.

Fué mi padre Don Roberto de la Ronda, quien de las cercanías de Malaga, en donde habia nacido, pasó á vivir al Reyno de Leon, y allí llegó á ser Secretario de D. Sebastian de Cespedes, Corregidor de Salamanca, que le hizo Alcalde de Mollodiro, Villa grande, inmediata á esta Ciudad.

Mi padre tomó de su propia autoridad, en virtud de su empléo, el título de *Don*, y tuvo la fortuna de que nadie le arriñase pleyto sobre ello. Como habia sido siempre amigo de divertirse, y muy desinteresado, fué tan poco el caudal que juntó, que, quando una temprana muerte se lo arrebató á su familia, apenas dexó de qué mantenerse á su viuda, y á tres hijos, de que quedó cargada. Yo, y mi hermano mayor Don Cesar, estábamos entonces estudiando en la Universidad de Salamanca, y no sé cómo hubiéramos podido continuar á no ser por el amparo del señor Corregidor; pero este generoso Caballero cuidó de nosotros, sin que nos faltase nada. Era mucho lo que nos queria, y

siempre que íbamos á verle, nos decia, que nos miraba como á hijos suyos. Quien sabe si lo eramos en la realidad, bien que no lo creo, aunque mi madre habia tenido la fama de ser algo alegre.

Quiso la mala ventura, que nuestro favorecedor muriese antes de que concluyesemos los estudios; de suerte, que viendonos reducidos á vivir de nuestra hacienda, que no daba bastante para mantenernos, tuvimos precision de ponernos en manos de la Providencia. Don Cesar, que era inclinado á las armas, sentó plaza en un Regimiento de Caballería, que la Corte enviaba á Milán; y valiendome yo del cariño que me profesaba un pariente mio, ya anciano, Doctor de la Universidad, admití la oferta que me hizo de alojarme de valde en su casa, y darme de comer. De este modo, no quedandola ya á mi madre mas que Frasquita mi hermana, que entonces solo tenia siete años, pudo ir pasando tal qual con ella.

Fué tanto lo que adelanté en la Universidad, que en ella no se hablaba sinó de Don Querubin de la Ronda. Me aventajaba especialmente en la Filosofía por el talento extraordinario que en mí se conocia para el *ergo*. Finalmente, me atareé de manera, que tuve la honra de recibir el grado de Bachiller.

En este estado, mi viejo de Doctor, que tal vez empezaba ya á cansarse de mantenerme, pues es de saber que el buen señor era algo cicatero, me habló en estos términos: Amigo Querubin, ya estás en edad de pensar en colocarte, y en disposicion de buscar el sustento por tí mismo, poniendote á Preceptor, que es el mejor partido que puedes abrazar. No hagas mas que ir á Madrid, que allí encontrarás con facilidad alguna buena casa, de la que, despues de haber enseñado al seño-

rito, te retirarás con una renta para toda tu vida, á lo ménos con un Beneficio. Tú eres muchacho hábil, tienes cara de hombre de juicio, y por lo mismo has nacido para exercer el ministerio de Preceptor.

Como yo veía en Salamanca dos ó tres Preceptores, que mostraban estar contentos con su suerte, se me puso en la cabeza, que en su empléo se gozaban muchas conveniencias. Por eso mi viejo Doctor logró con poca dificultad el persuadirme. Díxele estaba pronto á marchar, y dándole gracias por sus favores, me puse con efecto en camino para Madrid con los arrieros, llevando conmigo una arca, en que iba todo mi equipage el qual se reducía á alguna ropa interior, los hábitos de Estudiante, y unos quantos doblones que el viejo había soltado, y dadome á pesar de su codicia.

Fuí á apearme en una posada, en la que tambien daban de comer decentemente; y estaban hospedados varios sugetos de forma. Hice conocimiento con ellos, y tomé amistad con algunos, entre los quales fué uno el Cura de Leganés, á quien cierto asunto de importancia habia traído á Madrid. Confióme el motivo de su venida, y yo declaré el de la mia.

No bien le dixé que mi deséo era ser Preceptor, quando puso un gesto tan extraño, que me rio siempre que me acuerdo: Lástima os tengo, señor Bachiller, exclamó, ¿qué vais á hacer? ¿qué género de vida vais á abrazar? ¿Sabeis en qué empeño os meteis? En sacrificar vuestra libertad, vuestras diversiones, y los años floridos de vuestra mocedad á unas ocupaciones penosas, ignoradas y fastidiosas. Tomareis á vuestro cargo el enseñar á un niño, que por mas bien nacido que sea, no le faltarán nunca defectos. Es preciso que os dediqueis sin descanso á instruir su entendimiento, y enca-

minar su voluntad á la virtud: tendreis que domar sus antojos, que vencer su pereza, y que corregir su mal humor.

No quedareis libre, prosiguió, con los sinsabores que os hará sufrir vuestro discípulo; antes bien habreis de experimentar de parte de sus padres malos procederes, y aun á veces tragar bochornos muy amargos. Y así, no discurreis que el empleo de Preceptor sea cosa tan apetecible; y pensad sí, que es una esclavitud, que para reducirse á ella, es preciso ser algo mas ó menos que hombre.

Acerca de esto, añadió el Cura de Leganés, podeis darme crédito; pues yo he hecho el oficio que teneis gana de hacer. Exceptuando el de Capellan de Obispo, es el mas miserable que yo sepa. Yo enseñé al hijo de un Alcalde de Corte, y aunque á la verdad no perdí del todo mis afanes, pues produxeron el Curato que obtengo, os protesto que éste me está bien caro. Pasé ocho años en un cautiverio mas trabajoso, que el de Argél. Mi discípulo, que de todos los niños del mundo era quizá el menos capaz de recibir una perfecta crianza, aborrecia enteramente toda sujecion y deber; de manera, que por mas que sudáse, y me esmeráse en doctrinarle, era lo mismo que hacer rayas en el agua. Sin embargo, lo hubiera llevado con paciencia, si el señor Alcalde, menos ciego del amor de padre, se hubiera hecho cargo de lo que era su hijo; pero no pudiendo persuadirse á que fuese tan rudo, como lo era en realidad, la tomaba conmigo, echandome la culpa del ningun fruto de mi enseñanza, y yo sentia tanto esta sinrazon, como los malos modos con que me lo decia.

De esta suerte, continuó el Cura, tenia que aguantar así al padre, como al hijo, á cada uno por su término; y además de eso los criados eran otros tantos tiranos de mi sosiego, unos espías vigilantes, y unos inferiores dispuestos siempre á faltarme al respeto. ¡O qué mala casa! le dixé yo entonces al Cura. Aun os tengo por muy dichoso, pues no salió Vmd. de ella sin premio. Así es, me respondió; pero habéis de saber tambien, si os parece, que se me están debiendo cerca de ochocientos ducados de mi sueldo, y que el señor Alcalde no piensa en darmelos, ó por mejor decir, cree haberme pagado bien con haberme hecho lograr el Curato de un Lugar. ¿Y el discípulo, repliqué yo, no se muestra agradecido con vos de los malos ratos que os costó? ¿No se manifiesta muy cariñoso quando os encontrais? No le veo, ni le oygo, replicó el Cura; lo mismo ha sido verse en el mundo, que ha olvidado la Gramática, y á su Maestro.

Tales fueron las razones que me dixo el Cura de Leganés para quitarme la gana de ser Preceptor. Sin embargo de lo juiciosas que eran, me hicieron tan poca impresion como las que se dicen á una muchacha inclinada al amor, para disgustarla del matrimonio. Lo conoció, y discurriendo, que perdería el tiempo en querer hacerme desistir de mi intento, prosiguió de esta manera: Veo claramente ser en vano querer disuadiros de vuestra determinacion. ¿Con que quereis absolutamente probar á qué sabe el empléo de Preceptor? Sea en hora buena; pero ya que mi eloqüencia no alcanza á haceros mudar de opinion, acordaos á lo menos de un consejo, que quiero aquí daros: Vivid muy alerta, si estais en casa donde haya mugeres, porque mirad que el Diablo gusta de tentar á los Precep-

tores, y por poco lindo que sea el instrumento, de que vale, pocas veces se libran de la tentacion.

Dí palabra al Cura de Leganés de seguir puntualmente su consejo, siendo con efecto el sexô femenino un escollo temible para mí, pues veía demasiado que la naturaleza me habia dado una complexión contra la qual tendria mucho que batallar mi virtud.

Capítulo II.

De la primer casa en que entró de Preceptor D. Querubin; carácter de los niños sus discípulos, é imprudencia de su padre.

Viendome resuelto el Cura de Leganés á seguir la carrera de Preceptor, me dió conocimiento con el R. P. Fr. Tomás de Villarreal, Religioso de la Orden de la Merced, el qual tenia singular habilidad para descubrir las casas en que se necesitaban Preceptores. Este buen Religioso me dió pronto noticia de una, ó por mejor decir, me llevó consigo á la del señor Isidoro Montanos, vecino rico de Madrid, quien, en fuerza de los buenos informes que su Reverencia le dió de mi persona, me recibió, señalandome trescientos ducados al año. Nuestro Montanos habia sido Mercader, y retiradose del Comercio, así para pulirse, como para pasar una vida mas tranquila. Tenía dos hijos, el uno de diez y seis años, y el otro de quince, los que me hizo ver, y cuyo ayre no me quadró. El mayor era tartamudo, y jorobado el menor. Hiceles algunas preguntas con la mira de tantear su capacidad, y de sus respuestas colegí,

que solo consistiría en ellos el aprovecharse de mis lecciones.

Mi primer cuidado en aquella casa fué ir observando á todos desde el amo hasta el último criado, é hice ánimo de manejarme de modo que no me notasen defecto alguno, lo qual venía á ser tan difícil como el no tener absolutamente ninguno. En poco tiempo conocí los genios, y este conocimiento me causó pesadumbre. El buen señor Isidoro era un pobre hombre, que queriendo parecer gracioso, siempre tenia algun dicho majadero que decir. Ufano de verse con diez mil ducados de renta, hinchaba de vanidad los carrillos, y hacía de persona. Finalmente, era grosero, extravagante, áspero y caprichoso. Sus hijos por otro lado tenian malísimas inclinaciones; y aunque segun sus años no habian llegado todavía á ser hombres, lo eran ya por sus vicios, habiendoles concedido la naturaleza dispensa de edad, digamoslo así, para ser viciosos. Serviales un Lacayo favorito suyo, que era como Ayuda de Cámara, el qual lograba de su confianza, y les hacía iguales servicios, que si hubieran sido ya hombres barbados. Yo á lo ménos así me lo discurrí; y los motivos que tuve para creerlo, me hicieron tanta fuerza, que no pude ménos de decírselo á su padre.

Yo entendia, que dándole semejante noticia, conocería lo importante de ella, y se enardecería, como á qualquier otro padre le hubiera sucedido en igual caso. Sin embargo me empañé, pues en vez de mostrarse sentido al oirlo, se me puso á reír, y me dixo: Vaya Vmd., vaya Vmd., señor Bachiller, déxelos Vmd., que ya se cansarán como yo. Quando mozo, era yo vivo como una pimienta, y me tenian miedo los padres y maridos de mi vecindad; y no es mi ánimo que mis hijos vivan

de otro modo que yo. No le doy á Vmd. los trescientos ducados, para que los haga ningunos Santos. Enséñeles Vmd. la Gramática y la Historia, y juntamente inspíreles Vmd. el espíritu del mundo, que es lo único que quiero.

Quando ví que el señor Montanos tomaba con tanta frescura é indiferencia la mala crianza de sus hijos, dexé de cansarme en observar las acciones de estos, y conteniendome dentro de los límites prescriptos, me contenté con desempeñar las demás obligaciones. Empleábame en hacer construir en Castellano á mis discípulos los Autores Latinos, y poner en latin buenos Autores Castellanos. Leíales la historia de las Guerras de Granada, ú otras obras históricas; y además de eso, con el fin de instruirlos, hacía varias reflexiones sobre aquello mismo que habia leído. Fuera de eso, quando se les soltaba decir, ó hacian algo opuesto á la decencia, ó á la caridad, jamás dexaba yo de reprehenderselo; pero mis correcciones de nada les servian, porque su padre las inutilizaba con sus conversaciones imprudentes y peligrosas. Quando estaba de buen humor se alababa de haber sido disoluto en sus mocedades. A la verdad, que al oírle, parecia que les contaba expresamente sus liviandades, á fin de estimularlos á que siguiesen su exemplo. A igual de éste hay algunos padres, que no guardan recato delante de sus hijos, y ellos mismos les distraen del camino de la virtud.

Fuera de eso, si el señor Isidoro no hubiese tenido mas defecto que aquel, nos hubieramos avenido bien los dos mucho tiempo, y aun le hubiera sufrido todavía otros muchos que tenia, excepto su mal humor. No habia aguante quando reynaba éste en él, que era con sobrada frecuencia; y entonces, sin costarle difi-

cultad alguna, proferia palabras duras y sensibles, llegando á tanto su sinrazon, que me echaba la culpa de las faltas de sus hijos. ¿Por qué, me decia, no enseña Vmd. al grande, que era el tartamudo, á hablar claro? ¿En qué consiste, que el chico, que era el jorobado, no anda derecho? ¿por qué el uno está tan descolorido? ¿por qué el otro tiene llenos de manchas y polvo los vestidos?

¿Cómo era posible no alterarse al oír hacerse semejantos cargos? Una mañana me faltó la paciencia, y me salí de casa de Montanos, resuelto á no poner mas en ella los pies, despues de haberle dicho, que no me acomodaba un sugeto, que queria que el Preceptor de sus hijos fuese su Médico, su Maestro de bayle, y su Ayuda de Cámara, todo en una pieza.

Capítulo III.

Pretende D. Querubin entrar de Preceptor en casa de un Consejero. Conversacion extraña que éste le tuvo, y respuesta de D. Querubin.

Aquel mismo dia fuí á buscar á mi Frayle de la Merced, que no llevó á mal que hubiese yo dexado al señor Isidoro; antes bien me dixo sentia haberme colocado en una casa tan mala. Señor Bachiller, prosiguió, volved de aquí á tres dias, que en ellos habré tal vez descubiertó otra conveniencia mejor.

Con efecto, luego que nos volvimos á ver, me expresó tenia una que proponerme. Un señor Consejero, me dixo, busca un Preceptor para su hijo único; id de

mi parte á presentaros á este Magistrado, á quien ya le tengo hablado de vos; y me parece que os avendreis bien. Solo os prevengo que es un hombre soberbio; pero fuera de eso, es afable y de un genio muy bueno, segun me han dicho. Me alegraré que os vaya mejor con él, que con el señor Montanos.

Fuí á su casa, y me encontré que iba á tomar el coche para ir al Consejo. Lleguéme á él con muchísimo acatamiento, y le dixé, que yo era el Bachiller, de quien le habia hablado el P. Fr. Tomás de Villarreal. A mal tiempo venís, me dixo con aspecto serio y desabrido, ahora no puedo escucharos; volved á la tarde á las seis.

Hallándome con esta cita, no falté de comparecer á su presencia, aun antes de la hora señalada. Entraronle recado de estar yo allí; y despues de haberme hecho esperar en la antecámara dos horas largas por lo menos, me recibió en su estudio, en donde estaba sentado en una silla poltrona, hícele una reverencia tan profunda, que por poco no pegó con las narices en el suelo, á la que correspondió baxando un poco la cabeza; y mostrándome con el dedo un taburete chico, que semejaba bastante á un banquillo, me hizo señal de que me sentase.

En mi vida he visto persona de aspecto mas orgulloso. Me estuvo mirando con cierta atencion crítica, digamoslo así; y disponiendose á hacerme un interrogatorio, me habló de esta manera: ¿Sois hidalgo? Yo no creía, Señor, le respondí, que fuese necesario serlo para exercer el ministerio de Preceptor. Enhorabuena, me replicó, que esta circunstancia no sea precisamente necesaria; pero además de que no daña de ninguna manera, me parece que la doctrina tiene mas eficacia

en boca de un Maestro noble, que no en la de un plebeyo.

El respeto que yo debia guardarle á un Consejero, me contuvo, para que no diese una carcajada de risa, así que oí estas últimas palabras, por tan ridículas como me parecieron. No obstante, siguió, aun quando no fueseis hidalgo, no quiero insistir sobre este punto, con tal que por otra parte se asistan todas las qualidades del Preceptor que busco para mi hijo, quien con el tiempo podrá quizá obtener, como yo, plaza en el Consejo.

Preguntéle entonces, de qué circunstancias queria estuviere adornado aquel Preceptor, y me respondió: Yo busco un sugeto, que sea hombre grande, hombre docto, hombre de Dios, y hombre del mundo al mismo tiempo; ha de saber de todo, y poseer todas las ciencias divinas y humanas, desde el Catecismo de la Doctrina Christiana hasta la Teología Mística, y desde el blason hasta el álgebra. Este es el Preceptor que quiero; y siendo puesto en razon recompensar liberalmente á una persona de semejante mérito, le daré trescientos ducados al año, y de comer. No está ahí el todo, añadió, pues al fin de la enseñanza podré con mi valimiento hacerle conferir un Beneficio, ó bien gratificarle con alguna corta pension para mientras viva.

Quedé admirado de la generosidad de aquel Magistrado; y conociendo yo en mi interior que no era el pedagogo, de quien él habia formado una idea tan perfecta, me levanté de la cáncana, y al despedirme le dixé: Beso á V. S. la mano; ojalá encuentre V. S. el sugeto que busca; pero hablando francamente, me parece que es tan difícil hallarlo como el Orador de Ciceron.

Capítulo IV.

El P. Fr. Tomás acomoda al Bachiller en casa del Marqués de Buendía. Carácter de su nuevo discípulo. Salese de allí, y por qué.

Fuí á contar esta conversacion al P. Fr. Tomás, y ambos nos reímos un poco á costa del Consejero, á quien calificamos de hombre extravagante. No estaré contento, me dixo despues el Religioso, hasta haberos acomodado bien, pues quanto mas os veo, mas afecto os tengo. Voy á practicar nuevas diligencias; y mucha será la desgracia, si al fin no os acomodo en alguna de aquellas buenas casas, en donde los Preceptores son los que tienen la sarten por el mango.

Con efecto, al cabo de pocos dias, pensando este Religioso haber hecho mi fortuna, fué á mi posada, y con un gozo, que realzaba el valor del servicio que me hacia, me dixo: En fin, mi querido Bachiller, tengo una colocacion primorosa que ofreceros. El Marqués de Buendía, uno de los señores principales de la corte, quiere fiar á vuestro cuidado la enseñanza de su hijo, en vista del buen informe, que le he dado de vuestras apreciables qualidades. Venid mañana á buscarme; os llevaré á su casa, y vereis un señor de los mas atentos. Quedareis enamorado de la afabilidad con que os recibirá; y no pongo la menor duda en que estareis perfectamente con este Cortesano.

Al dia siguiente por la mañana me acompañó el P. Fr. Tomás á casa del señor Marqués, quien acababa de levantarse de la cama; recibíome con agradable semblante, diciendome estaba persuadido de mi habilidad una vez que su Reverencia, que era amigo suyo, me habia elegido para enseñar al Marquesito su hijo. Yo

os admito á cierra ojos, prosiguió, de mano de su Reverencia: tocante al sueldo, os daré cien doblones el año, y no saldreis de mi casa, sinó recompensado dignamente de vuestro esmero, y con arréglo á mi agradecimiento.

Aquel mismo dia hice llevar allá mi cofre, y encontré un quarto mueblado de intento para mí. Era mi discípulo un niño de siete años, bonito como un Sol, y muy docil. Estaba todavía al cuidado de un Aya; pero inmediatamente que yo entré en la casa, lo pusieron al mio, y destinaron un Ayuda de Cámara y un Lacayo para que nos sirviesen. Como los niños nacen comunmente con ciertas inclinaciones que necesitan de correccion, me dediqué á observar las suyas; pero no advertí en el cosa mala, pues el Aya que le habia criado, no le habia consentido ningun defecto, extendiéndose á enseñarle á leer y escribir, de suerte que ya sabía medianamente las letras.

Compréle una Gramática, y le empecé á enseñar los primeros rudimentos de la lengua Latina; y queriendo irle formando el entendimiento, divirtiendole al mismo tiempo, mezclaba yo en mi explicacion algunas fábulas propias para el caso, las quales retenia él en la memoria con admirable facilidad; y quando se las repetia á su padre, lo executaba con tanta gracia, que el Marqués lloraba de gozo. Es constante que aquel Señorito daba muchas esperanzas; y yo estaba contentísimo de sus felices disposiciones, y ufano desde luego de la honra que me daría su enseñanza.

Me hallaba tan satisfecho de mi suerte, que no pudo menos de ir á decirselo al Frayle de la Merced. Mi Reverendo Padre, le dixé, con una alegría tal, que por ella al instante adivinó el fin de mi visita, vengo lleno

de agradecimiento á dar á V. R. las gracias que le debo, por haberme puesto en una casa, en donde me estiman, y miran con atencion y respeto. Tengo por discípulo la criatura mas dócil del mundo, sin que manifieste tampoco ningun defecto; no es un niño, sino un Angelito. Fr. Tomás, que me oyó decir esto, me dió un abrazo de alegría diciendome: Quanto celebro saber que estais tan prendado de vuestro discípulo. No lo estoy menos de su padre, le repliqué con el mismo alborozo. El Marqués de Buendia es un señor que se hace querer: es mucha su cortesía, y le debo atenciones que me tienen avergonzado. Siempre está de un mismo humor, sin notarse en él aquellos ratos de capricho, en que las personas de distincion dan á conocer su superioridad; y así nunca me habla sino para honrarme; y tambien ha mandado delante de mí á sus criados, que me obedezcan como á su misma persona, quando les mande alguna cosa.

Os repito, me dixo el Religioso, que me regocijo en oiros hablar de esa manera; y no hay que dudar, que hareis vuestra fortuna en casa de ese señor.

Yo estaba, pues, contentísimo con mi empléo, y deseaba que el Cura de Leganés, que ya se había ausentado de Madrid, supiese mi estado. En su opinion, me decia yo á mi mismo, no hai Preceptor que no esté miserable; y sin embargo, yo gozo de una suerte digna de ser envidiada.

Logré tranquilamente de mi dicha, durante un año entero; y aunque no percibia un maravedí de mi sueldo, esto no me daba ningun cuidado. Me hacía la cuenta, de que en acabandoseme el dinero, D. Gabriel Pámpano, que así se llamaba nuestro Mayordomo,

me suministraría, y de que con una palabra que le dixese, me daría al instante tanto quanto yo quisiese.

Confiado en esto, dexé correr aun seis meses sin impacientarme; pero al fin, la necesidad, en que insensiblemente me ví de algunos quartos para vestirme, llegó á apretar tanto, que no admitiendo dilacion, hablé de ello al señor D. Gabriel: Hacedme el favor, le dixese, de darme algunos doblones á cuenta de mi sueldo. Señor Bachiller, me respondió, fingiendose afligido, me cogeis sin dinero, y lo siente muchísimo. Contad con que os daría cien doblones en vez de treinta, si me halláse con caudal; pero os protesto que no hay cien reales en mi gaveta. Vaya, le dixese yo, ese es un antiguo modo de hablar los Mayordomos; si tuvierais gana de servirme, no me negariais lo que os pido. Ya se me deben novecientos ducados, y me hace falta dinero: os suplico os hagais cargo de mi situacion. Mi ruego fué en vano; y así, por mas que dixese, y por mas que le estreché á Pámpano para que me socorriese con diez doblones, no me fué posible ablandar á aquel tigre. Sépase que el corazon de un Mayordomo está hecho de pedernal.

Entretanto, mis vestidos se iban usando á ojos vistas, sin saber yo cómo remediarlo. Un dia llamé á parte al Maestro de bayle que venia á enseñar á casa, y le pregunté si le pagaban corriente las lecciones. ¡Qué pagar! me respondió, hasta ahora no sé á qué sabe el dinero del señor Marqués, aunque hace ya seis meses que vengo aquí tres veces á la semana; á vos puede ser, añadió, que os esté sucediendo lo mismo: así es, le dixese; pero quiere mi mala suerte, que no tengo vuestros arbitrios, pues enseñando á veinte discípulos, si diez no pagan, á lo menos cobrais de los otros diez, con

que comer, pagar la casa, y vestiros. Yo soy, como veis, mas digno de lástima.

Despues de haber vuelto á hacer, bien que en vano, algunas tentativas, para ablandar al cruel Pámpano, determiné exponer mis urgencias al Marqués. Confieso que me costó mucha dificultad semejante resolucion; pero sin embargo la necesidad me obligó á tomarla. Hice presente á aquel señor el apuro en que me veía, y los pasos dados en valde con D. Gabriel, aunque le habia pedido una cortisima cantidad en comparacion de la que se me debia. El Marqués se puso, ó por mejor decir, se fingió muy enfadado contra su Mayordomo: dixo que le daría un buen xabon, y que su voluntad era que se me pagase puntualmente al fin de cada mes.

A vista de esto, ¿quién no hubiera creído que iba yo á coger unos trescientos ducados por lo menos? Sin embargo nada adelanté con eso, ya fuese porque Pámpano y su amo estuviesen con efecto muy cortos de medios, ó ya fuese, que es lo mas verosimil, que ambos á dos se entendiesen entre sí para tratarme como á sus demás acreedores.

No pude menos en el estado violento en que me hallaba, de desear salir de allí. Valíme por la quarta vez del P. Fr. Tomás, quien compadecido de mi desdicha, me colocó en casa de un Contador. No obstante, antes de dexar al Marqués, le escribí una carta, en que le exponia respetuosamente, que no siendo yo bastante rico para poderle servir sin interés, me veía en la precision de buscar otra casa, que la suya, lo que le suplicaba muy humildemente no llevase á mal. Por justo motivo que tenga un sugeto de la clase comun para estar descontento con una persona de distincion, con todo está obligado á hilar delgado con ella.

Capítulo V.

Pasa el Bachiller de Salamanca á ser Preceptor del hijo de un Contador. Su alegría de entrar en una casa tan buena. Paganle el sueldo adelantado. Enamorase de una criada jóven; y su competidor es causa de que le despidan.

Pasé de un extremo á otro. Aunque el Contador no gastaba aquella urbanidad del Marqués de Buendía, tenía en recompensa mucha mas moneda. ¡O qué famosa casa! Todo el dia desde por la mañana hasta la noche no se oía sino estar contando oro y plata; y aquel sonido armonioso me regalaba los oídos.

Era el Contador uno de aquellos hombres que van al instante al grano; y así quiso saber, qué sueldo ganaba yo en casa del Marqués de Buendía. Este señor, le dixé, me asignó cien doblones al año; pero no ha sido puntual en cumplir su palabra. Sonrióse el Contador al oírme decir estas últimas palabras, y me dixo: Pues bien, yo os ofrezco ciento y cincuenta doblones, que cobrareis adelantados, si los quereis. Dicho esto, llamó á su Tesorero, y le dixo: Raposo, entregad al instante seis mil seiscientos reales al señor Bachiller; y siempre que pida dinero no dexéis de darselo.

Semejantes palabras, confieso, que me ofuscaron. ¡Cómo diantre, dixé yo para mí, un Marqués y un Contador son dos personas bien diversas! El uno no paga lo que debe, y el otro no aguarda á deber para pagar. Luego que el Tesorero me hubo entregado aquella cantidad, envié á buscar un sastre, á quien mandé hacerme un vestido completo, y para imitar el estilo de los Contadores, le adelanté veinte doblones.

Viendome de repente con dinero, recobré mi buen humor, que el Marqués y su Mayordomo me habian quitado, y empecé á exercer con gusto el cargo de Preceptor. Mi nuevo discípulo no estaba muy adelantado, pues aunque tenia ya diez años, todavía no sabia leer, y yo era su primer Maestro. Señor Bachiller, me dixo su padre, yo os entrego mi hijo, y descanso en vos en quanto á su enseñanza. No es mi ánimo que vaya á romper cátedras, y me contento con que aprenda algo de Gramática. Enseñadle lo que se llama modales, y buscadle algun buen Maestro de contar, que le explique el modo de hacer todo género de cuentas y cálculos. Servios de hacer este encargo.

Dediquéme, pues, á contentar los deseos del Contador, y á acepillar aquel tronco, el qual querian tomase alguna forma. No fué poco el trabajo que me costó el hacer conocer á mi discípulo las letras de la Cartilla. Tenia una disposicion para llegar á saber, igual á la del discípulo del Cura de Leganés. Sin embargo, tantos fueron los medios de que me valí, que tuve la fortuna de enseñarle á leer de seguido toda clase de libros Españoles. Dí parte inmediatamente de esta importante novedad á mi señora, su madre, que se puso muy gozosa de saberla. Aunque queria con pasion á su hijo, no dexaba de conocer lo que él era; y considerando como cosa prodigiosa el fruto feliz de mis lecciones, me dió toda la gloria de él, con lo qual gané su estimacion y afecto.

Porcia, que así se llamaba la esposa del Contador, fué aficionandose poco á poco de mi talento; y escuchaba con tanto gusto mi conversacion, que todas las tardes despues de siesta, me hacia ir á su quarto con el pretexto de ver á su hijo, que yo la llevaba agarrado de

la mano. Su edad era la de treinta y cinco años á lo mas. Su entendimiento muy grande, y tanta su reserva, que quizá me engaño quando pienso que me profesaba alguna inclinacion. Con todo eso, no me fué posible dexarlo de creer; y el lector juzgará por lo que voy á referir, si fuí un simple en discurrirlo así.

Aunque Porcia estaba todavía de buen parecer, y me miraba con ojos que me hacian sospechar llevaba algun fin conmigo, yo no correspondia de ninguna manera á las muestras de bondad que me daba. Yo tenia puesta enteramente la voluntad en su doncella, llamada Nise, quien amandome tambien, me incitaba de un modo mas eficaz. Rindióme su semblante gracioso y atractivo, á pesar de las máximas de moral y de virtud, que quando yo estaba en la Universidad, me habia propuesto seguir. Fueron tan expresivas las miradas que hubo entre los dos, que al instante entendimos su significado, y en breve se armó el galantéo.

Entre otras muchas habilidades, tenia Nise la de ser muy ingeniosa en inventar medios de hablar secretamente con sus amantes; y necesitaba de semejante arte en una casa, en donde estaba temerosa del resentimiento de un galan á quien queria dexar por mí, ó á lo menos intentaba agregarle un compañero. Este galan sacrificado era precisamente el Ayuda de Cámara de mi discípulo; y no habiendo á la cuenta Nise hallado en sus obsequios nada que contentase su vanidad, pensó en aspirar á la conquista del señor Preceptor.

Como quiera que sea, yo me hallaba victorioso de mi compeditor, sin saber que lo tuviese, y gozaba en paz de una dicha, que no tardó él mucho en descubrir. Llegó á oler algo de mis conversaciones furtivas con su prenda amada; y á fin de vengarse determinó perder-

nos á los dos. No manifestó desde luego su cólera, pues no podia servirse contra nosotros de armas mas fuertes, que meras sospechas que nada querian decir; y se manejó con mas prudencia. Fué atrayendo á su partido á todos los criados de la casa; y esta canalla, que por lo comun es enemiga de los Preceptores, entró sin dificultad en el proyecto de su venganza; de manera, que acechados Nise y yo por tantas espías, no pudimos librarnos de la desgracia de que nos cogiesen hablando á solas.

Esta aventura causó terrible novedad en casa del Contador; y todos los criados se rieron á qual mas pudo á mi costa. El amo, contra la costumbre de sus compañeros, á quienes se les da muy poco de que semejantes lances sucedan en sus casas, lo tomó por punto de honor, y se encolerizó furiosamente. La Señora, mas escandalizada todavía que su pariente, dixo, que aquello no se debía perdonar. ¿Cómo se entiende, exclamaba, que un sugeto, á quien yo reputaba por honesto y hombre de gusto, haya ido á cortejar á una criada?

En resumidas cuentas, aquello paró en que la tempestad reventó sobre mí. Porcia, que queria á su criada, ó á la que quizá habia confiado secretos importantes, se contentó con reñirla; y á mí me echaron ignominiosamente como á seductor, á causa de no haber manifestado pensamientos mas nobles.

Capítulo VI.

Adonde fué despues á parar el Bachiller. Reflexiones que hace sobre su conducta. Su hiesped le busca la casa de una Señora viuda. Carácter de ésta. Llega D. Querubin á ser Director de sus negocios. Inclinacion que le tomó la misma, y conversacion que le tuvo Doña Rodriguez, su asunto, y fruto.

Habiendo salido de casa del Contador, me guardé de ir á buscar al Frayle de la Merced, quien me hubiera sin duda afeado, y con razon, la salida; y mirandome quizá ya como á un hombre sin juicio, por el que no debia empeñarse mas, hubiera hecho escrúpulo de meterme en otra casa. Tampoco me atreví á volver á la posada, discurriendo que sabían en ella el lance ocurrido, porque quando hacemos algun disparate, creemos que todo el mundo tiene noticia de él al instante. Fuíme, pues, á un barrio extraviado, donde me aloxé en otra posada; y como me hallaba con dinero, permanecí allí quince dias pensando en lo que habia de hacer.

Me acordé no una vez sola del consejo del Cura de Leganés, y me arrepentí de no haberlo seguido; y reprehendiéndome mi flaqueza, me avergonzaba siempre que pensaba en Nise. ¡O infame! me decia yo á mí propio: ¿Con que te has metido á Preceptor para enamorar criadas? Mas vale, que en lugar de ir dando escandalo por las casas, renuncies á un empléo que desempeñas tan mal, ó si quieres continuarlo, purifiques tus costumbres, y adquieras las virtudes que te faltan, para exercerlo debidamente. En una palabra, pesóme de mi culpa, y á fuerza de hacer propósito de enmendarme, concebí esperanzas de conseguirlo.

En esta temporada mi nuevo huesped me cobró cariño, y deseoso de servirme me dixo un dia: Sr. Bachiller, tengo gana de procuraros un buen destino, poniendoos en casa de una Señora viuda, que hace criar á su vista á un nieto suyo. Esta voz de viuda me hizo temblar desde luego: ¿No habrá tal vez aquí, dixé para mí, otro precipicio? ¿Si querrá el diablo armarme alguna zancadilla? pero me sosegué así que me hice cargo de que la Señora propuesta era ya abuela, lo que suponía una edad capaz de servir de freno á mi genio. En consecuencia de esto, díxele al Posadero le agradecería muchísimo me hiciese el favor de que me habia hablado.

Le doy á Vind. palabra de executar lo así, me dixo, y estoy cierto de que lo lograré, pues he sido criado de esa Señora, y hace caso de lo que la digo; y así hoy mismo os propondré para Preceptor de su nieto. Cumplió su promesa, me alabó mucho, y deseando verme la Señora, me presenté á ella, la parecí bien, y quedé recibido al punto.

Doña Luisa de Padilla, que así se llamaba aquella Señora, era viuda de un Oficial General, que habia perdido la vida en Flandes en una batalla con los Franceses. Para ser abuela me pareció estaba todavía de buen ver, sin que por eso temiese yo me expusiese éste á ningun peligro. Tenia consigo, con astucia, ú otro fin, dos criadas decrepitas, que la hacian parecer moza. Una de ellas, llamada Doña Rodriguez, lograba de la confianza de su ama, y su influxo era grande para con ella. Alegréme entre mí, y dí gracias al Cielo de que en lugar de estas viejas confidentas, no tuviese Doña Luisa en su compañía dos lindas sirvientas, que puede hubieran dado otra vez al traste con mi virtud.

Tomé, pues, posesion de mi empléo, y á los principios las cosas no podian ir mejor. Dedicuéme á enseñar á mi nuevo discípulo, que con su docilidad, y feliz disposicion aprendia pasmosamente la lengua Latina. No habia cumplido aun ocho años. En menos de seis meses adelantó mas de lo que yo esperaba, por cuyo motivo conseguí que Doña Luisa me regalase un relox de oro, y á breve tiempo me enviase una gran pieza de rico lienzo para camisas, y paño de la lana mas fina de Segovia para vestirme; pero todos estos presentes, que yo creía ser efectos de pura generosidad nacia de otra causa que voy á explicar.

Estando una mañana dando leccion á mi discípulo, vinieron á decirme que la Señora me llamaba. Fui volando al instante á ver qué me queria, y la ví sentada el tocador, y á las dos doncellas, que hacian quanto sabian, para remendar, digamoslo así, sus gracias. Estaba en un trage bastante inmodesto; pero al mismo tiempo su edad era un preservativo de la tentacion.

Así que acabaron de vestirla las doncellas, las hizo señal de que se fuesen; y habiendome dicho con ayre misterioso, que me quedáse, me dixo luego: Sentaos ahí, oidme lo que tengo pensado acerca de vos, y me alegro deciros. Yo no os miro como bueno únicamente para enseñar á niños, sino para otras muchas cosas. He determinado poner á vuestro cuidado el manejo de mis asuntos, y asimismo sucede, que Francisco Forteza mi Administrador, empieza á cargar de años: voy á despedirle, dexandole la racion, y á daros su empléo, que desempeñareis mejor que no él, sin que dexeis por eso de ser Preceptor de mi nieto. Podeis muy bien seguir á un mismo tiempo con ambos encargos.

Hicela presente á la Señora, que como yo jamás habia exercido el cargo de Administrador, temia no desempeñarlo bien. Vos os chanceais, me dixo; no hay cosa mas fácil. No tengo pleytos, ni debo á nadie un maravedí. Todo se reduce á cobrar mis rentas, y á correr con el gasto de mi casa. Vendreis, prosiguió, todas las mañanas á mi quarto, donde trataremos una hora ó dos de mis asuntos, y en breve os enteraré de ellos. La aseguré que estaba pronto á hacer su voluntad, y con esto me retiré, aunque no sin notar que mi viuda tenia la cara encendida como una grana, y que echaba fuego por los ojos.

Mi mucha experiencia, ó por mejor decir, la demasiada presuncion de mi persona, me hicieron explicar estos síntomas en mi favor. Sospeché que la buena señora me miraba con buenos ojos, y mis sospechas tardaron poco en salir ciertas. La Doña Rodriguez fué una mañana á mi quarto, saludóme con semblante risueño, y me dixo: Dios os guarde, señor Bachiller. ¿Qué me dareis por la buena nueva que os traygo? ¿Pues qué teneis que decirme, que tan bueno sea? le respondí. Que sois el Preceptor mas afortunado de todos los pasados, presentes y futuros. Mi ama está enamorada perdida de vos, y me ha dado licencia para revelaros este importante secreto.

¡Pero cómo! prosiguió, al ver la poquísima impresion que me hacía la fortuna que me anunciaba, vos recibís esta noticia con un semblante bien indiferente. ¡Quántos sugetos de forma se alegrarían muchísimo de estar en vuestro lugar! Aunque la Señora no se halla en lo florido de su mocedad, no ha llegado todavía á Dios gracias, al triste tiempo, en que deben las mugeres renunciar al trato con los hombres.

Así es, Doña Rodríguez, la respondí; era preciso que yo hubiera perdido el juicio para pensar de otro modo que vos. Confieso son muchos los atractivos de Doña Luisa; y que se halla todo lo mas al principio, por decirlo así, del Otoño de su vida: con todo eso, hablandoos ingenuamente, por mucho honor que me haga su afecto, no puedo gozar de él, porque el papel de galan no es en manera alguna para un hombre de mi carácter. Aunque no estoy ordenado todavia, proseguí, haciendo el hipócrita, me basta llevar hábitos clericales para guardar á este trage el decoro y respeto que le debo.

¡Qué os atreveis á decir! exclamó con precipitacion la vieja Doña Rodríguez. ¡Qué horrible mal juicio haceis de mi ama! ¡Cómo habia de ser capaz de tener un cortejo, quando la sombra misma del delito la espanta! Haced mas merced á Doña Luisa. Si no pudiendo resistir, se ha dexado vencer del amor que os tiene, no discurrais que quiere contentarlo á costa de su virtud. Hablando claro, os digo, que está resuelta á ser vuestra esposa.

Alteraronme algo estas últimas palabras. Prudente y recatada Doña Rodríguez, la dixé á aquella doncella anciana, aun quando la Señora quisiese honrarme con darme la mano, ¿creis que sus parientes no estorbarían semejante casamiento? Mi ama, respondió la vieja, es dueña de sus acciones; y fuera de eso, vos sois, segun me parece, de noble sangre, además de que intenta volverse á casar tan de secreto, que nadie sepa nada. Así que ví que la locura de mi viuda llegaba á punto de querer apretar tanto las cosas, no quise ser tan bobo que me opusiese á ello. Supliqué á la Doña Rodríguez diese á su Ama de mi parte las gracias por

los favores, que queria hacerme, y la asegurase estaba pronto á corresponder á ellos.

Díla tiempo á la Criada para que contase á su Ama esta conversacion, y despues pasé yo en persona á confirmarla la relacion que la habria hecho. Señora, dixé yo á mi afectuosa viuda, echandome á sus pies, ¿es posible que hayais puesto los ojos en un sugeto tan poco digno de poseeros? No me atrevo á creerlo sin temblar. No me censureis vos mismo, respondió ella entonces, lo que quiero hacer por vos. Quando yo cierro los ojos por no ver lo mas reprehensible que hay en mi intento, ¿os corresponde á vos el abrimelos? En vez de desaprobarme mi flaqueza, aprovechaos de ella. Tened por cierto quanto os ha dicho Doña Rodriguez; me habeis gustado; y dentro de poco unirá nuestra suerte un matrimonio secreto, siempre que seais tan reconocido á mis favores, como os toca serlo.

¿Ay Señora! repliqué yo fuera de mí, asiendo una de sus manos acartonadas: ¿Creis acaso, que quien piensa con estimacion, pueda pagar con ingratitud la venturosa suerte que le teneis guardada? No, no lo penseis así, antes bien vivid persuadida á que mi gratitud igualará al exceso de mi felicidad.

Dixé estas palabras con semblante y voz muy persuasiva; fingíme apasionado; y aunque es cierto que mis expresiones eran en parte afectadas, tenian con todo algo de ingénuas y naturales. Me sentia tan agradecido á los beneficios de la Señora, que ya mis ojos comenzaban á perdonar á su vejéz.

Capítulo VII.

Estando ya D. Querubin para casarse con Doña Luisa, pierde de repente la esperanza de ello. Asaltanle, y le prenden unos Espadachines. Descripción de la cena que tuvo, y de los convidados. Sale de noche de Madrid.

Llena de gozo Doña Luisa de ver como yo pensaba, dispuso secretamente los preparativos de la boda; mas quiso la mala ventura, que la noche antes del dia en que se habia de celebrar, ocurriese un inconveniente, que nos separó á los dos.

Al mismo tiempo que iba yo á entrar en casa, me asaltaron de improviso quatro valentones, cuyos vigotes eran los mas espantosos que jamás se han visto en España, y me metieron con mal modo en un coche, en donde habia otros dos de su comitiva. Conduxeronme á lo último de un arrabal, me hicieron apear á la puerta de una casa de bastante mala traza, y entrar en una sala, que parecia una armería. Allí no se veían sino alabardas, espadas, alfanges, escopetas y pistolas. En otro tiempo me hubiera divertido el ir mirando una sala tan particular; pero me tenia muy pensativo el riesgo en que creía hallarme con unos espadachines, que de verlos se me helaba la sangre en las venas.

Viendo mi turbacion uno de aquellos guapetones se echó á reír, y para animarme me dixo: no tengais miedo, señor Bachiller, que aquí estais entre buena gente. Somos personas honradas, que hacemos profesion de mantener el buen orden en la sociedad, y de mirar por la tranquilidad de las familias. Nosotros somos los verdaderos ministros de la Justicia. Los Jueces se contentan con seguir escrupulosamente las leyes, al paso que nosotros las añadimos lo que no previenen. Las

leyes, por exemplo, no prohiben á una viuda distinguida que se case con un inferior á ella; pero como esto es cosa que difama, no la aguantamos; y con el fin de evitar á la familia de Doña Luisa de Padilla el justo sentimiento que la causaría el que fueseis su esposo, os hemos sacado de casa á instancia de un sobrino suyo, que nos ha ofrecido cien doblones por apartaros de la presencia de ella. Escoged ahora, prosiguió el mismo guapo, lo que os parezca: si no quereis apartaros de esta viuda, y salir de Madrid, traemos orden de mataros; pero se nos ha permitido no ejecutarlo, ni daros tampoco unos azotes, si abandonais gustoso la empresa. En vos está el elegir. ¿Qué es eso de elegir? respondí yo con prontitud. ¿Creís acaso que soy yo tan tonto, que repugne un instante el dexar á Madrid, y á quantas damas hay en el mundo? Ya quisiera estar bien lexos de aquí.

Bien lo creo, respondió mi maton con una risita falsa; y de esa suerte estamos conformes. Cenareis y pasareis la noche con nosotros á la mesa, y mañana al amanecer dos de mis camaradas os acompañarán hasta Leganés, de donde ireis á Toledo; y allí os aconsejo que vivais, por ser una Ciudad en que hay mucha nobleza, y hallareis plazas de Preceptor, en que escoger.

Era tan grande mi deseo de sacudirme de aquellos Caballeros, que les propuse me diesen, si gustaban, licencia de ir á hospedarme á alguna posada, dandoles palabra, sopena de volver á caer en sus manos, de salir de Madrid antes de rayar el dia.

Al oír semejante propuesta los espadachines dieron grandísimas carcajadas de risa, y tomando uno de ellos la palabra, me dixo: A lo que veo, señor Bachiller, no os agrada nuestra compañía; pero tened paciencia, pues

es preciso acomodarse al tiempo. Disponeos á cenar alegremente, y contad con que comereis aquí mejor que en la posada; y entre las personas que seremos de mesa, quizá habrá alguna que os haga divertida la cena.

Viendo, pues, que no podia evadirme, me fué preciso hacer de necesidad virtud. Aparenté estar resuelto, y aun el reir con aquellos matones, cuyo buen humor despertó poco á poco el mio, ó á lo menos me desvaneció casi todo mi temor.

Llegada la hora de cenar pasamos á otra sala, en donde habia un aparador, guarnecido de vasos y botellas; y una gran mesa, cubierta de todo género de manjares. Sentámonos á ella con tres damas que llegaron, las quales supe estaban casadas con algunos de los tales Caballeros, lo que yo fingí tomar por dinero contante, aunque su descoco y familiaridad daban motivo á formar de ellas mal concepto.

Su traje ayroso solo impedia ver lo que no se puede mostrar sin la mayor desvergüenza: además de eso, eran medianamente lindas. A una de ellas la llamaban la Gitanilla, á causa sin duda de que venía de casta de Gitanos. En mi vida he visto muger mas chusca. Los ojos eran en ella tan lucientes, que deslumbraban; y la viveza de su entendimiento competia con la de ellos. Su fluxo de hablar era tal, que á veces la sacaba de sus casillas; pero se la hubiera podido perdonar por los muchos dichos chistosos y agudos que se la soltaban, si estos no hubiesen sido algo demasiado alegres. Finalmente, yo estaba admirado de oirla, y conocia que una criada de aquella especie hubiera sido para mí un terrible escollo en una casa.

Digamos que ya el señor Bachiller empezaba á gustar de aquella compañía. Acalorado con las miradas de la

Gitanilla, y con el vino, que se veía obligado á beber á cada instante, para corresponder á los brindis, con que todos le obsequiaban, iba poco á poco olvidando la casta de gentes, con quien se estaba embriagando. Nos mantuvimos á la mesa casi hasta el amanecer; y entonces, despidiendome de los espadachines, y de sus ninfas, salí de la corte acompañado de dos de ellos, y tomamos el camino de Toledo.

Capítulo VIII.

Que trata de la llegada de D. Querubin á Toledo; de la casa en que entró á ser Preceptor; de la mala índole de su discípulo, que le tomó aversion; y del modo que le despidieron.

Así que llegamos á Leganés, uno de mis compañeros me dixo: Ahora bien, señor Bachiller, con acompañaros hasta aquí hemos cumplido la orden que nos dieron; cuidado por vuestra parte con guardarnos la palabra, y no dexaros ver en Madrid, porque si volveis á poner mas el pie en él, sois hombre muerto, como ya os lo hemos dicho. Señores, les respondí: podeis asegurar abiertamente en mi nombre á quantos sobrinos y resobrinos tenga Doña Luisa, que vos me declarais por apartado de ella para siempre jamás. Dicho esto, mis Alguaciles me desearon un buen viage; y de esta manera nos separamos, haciendonos varios cumplimientos.

Con esta separacion quedé libre de un gran susto, y me volvió el alma al cuerpo. Yo temia que aquellos guapetones al tiempo de la despedida me dejasen vacios los bolsillos. Por eso, luego que los perdí á los

dos de vista, saqué el reloj, y besándole, como una madre besa á un hijo que se ha salvado de un naufragio: ¡O querido reloj mio, exclamé, hablando con él, en gran peligro te has visto! Creía, te aseguro, que no llegaríamos juntos á Toledo, y que ibas á dar la vuelta á Madrid.

Con efecto, yo tenía razon de admirarme de que aquellos valentones no me hubiesen robado, pues semejantes bribones son regularmente tan honrados como los Gitanos. Además del reloj llevaba yo conmigo una bolsa llena de doblones, que como Administrador de Doña Luisa habia el dia ántes recibido de uno de sus deudores; de suerte, que los espadachines hubieran hecho mejor negocio con despojarme, que el que hicieron con sacarme de Madrid.

Viendome en Leganés no quise pasar de allí, sin hacer antes una visita á mi amigo el Cura, teniendo gusto de contarle mi última aventura, y en detenerme algunos dias en su casa, no dudando de que me haría instancias para ello; pero me engañó el pensamiento, pues no encontré al buen Sacerdote, quien me dixeron se había marchado á Cuenca, sin saberse quando volveria.

Seguí andando hasta llegar á Móstoles, donde la fortuna me deparó un arriero de Toledo, que se volvia á esta ciudad con una mula de retorno. Se la alquilé, y continuamos nuestro camino. Cerca de la Villa de Illescas se nos juntó un Eclesiástico, que viniendo detras montado en un buen caballo, había apretado el paso para alcanzarnos con el deseo de ir en nuestra compañía. Saludamonos cortesmente; y tramamos conversacion. Mi curiosidad por saber quien era, me hizo tomar la libertad de preguntarselo. Soy,

me respondió, para serviros, un Canónigo de la Catedral de Toledo.

Al oír esta respuesta, lleno de respeto á su carácter, baxé el tono, y empecé á medir mis palabras. No sé si lo echó de ver; pero lo cierto es, que no se manifestó por eso mas vano, ni orgulloso que antes. Quiso por su parte saber quien yo era, y le respondí, que un Bachiller de Salamanca, que iba de la corte, donde habia sido Preceptor de un señorito, á ver si en Toledo podia colocarme para lo mismo. Eso lo conseguireis fácilmente, replicó el Canónigo, siendo, como manifestais, un mozo de mérito.

Fuimos siempre en conversacion hasta llegar á Toledo, en donde, habiendo de separarnos, me dió la mano, y me dixo: No me despido de Vmd., señor Bachiller; yo me llamo el Licenciado D. Leandro. Venid á verme, pues me intereso por vos, y así desde mañana haré mis diligencias para saber de alguna cosa donde os vaya bien. Dile gracias al Canónigo por el favor que me hacia de mirar por mi beneficio, y fuí á parar á una posada que me ponderó el arriero.

Pasados quatro dias, y habiendome hecho hacer ropa nueva, fuí á casa del Canónigo, quien me dixo: He hallado lo que buscaba. D. Gerónimo de Polán, Caballero del hábito de Calatrava, é íntimo amigo mio, necesita de un sugeto hábil para que acabe de enseñar á D. Luis, su hijo único, y de pocos años. Soy dueño de elegir á quien quiera; y así, decidme si esto os acomoda. Respondí al Licenciado, que yo no deseaba otra cosa, é inmediatamente me acompañó á casa de D. Gerónimo de Polán.

Este Cacallero, no bien hubo visto á D. Leandro, quando se fué á él los brazos abiertos, con demostra-

ciones de cariño, por las que inferí, que los dos se profesaban la mas estrecha amistad. El Canónigo, despues de haber recibido cinco ó seis abrazos, y correspondido con otros tantos, me presentó al señor D. Gerónimo, diciendole: He sabido que D. Luis no tiene ahora Preceptor, y aquí traygo uno, á quien yo fio. Es un docto Bachiller de Salamanca, que viene de Madrid de haber enseñado á un Caballerito de circunstancias.

D. Gerónimo, mientras le estaba el Licenciado hablando en aquellos términos, me miraba atentamente, y á mí me parecia, sea dicho sin vanidad, que este exâmen ocular producía buen efecto en mi favor. Tuve motivo de pensarlo así, á vista de las gracias que el Caballero dió á Don Leandro de haberle procurado un sugeto, que traía consigo su recomendacion. Llevóme al aposento de su esposa, donde esta Señora estaba con su hijo, quien me pareció tenía la pinta de tenáz, y con una criada, que no me inquietó el ánimo, aunque apenas tenía veinte años. Todos ellos me examinaron de pies á cabeza, y me atrevo á decir, que mi presencia les agradó.

Recibido, pues, en la casa, y mirado como persona venida de parte del Licenciado D. Leandro, logré quince dias de quantas satisfacciones puede dar de sí el empleo de Preceptor. D. Gerónimo y su parienta me trataban con distincion, respetabanme los criados, y yo vivia en la inteligencia de que mi discípulo me habia cobrado cariño; pero no estaba aun enterado de su genio. Serviale un Ayuda de Cámara, que habiendose aficionado á mí, me habló un dia de esta manera: Señor Bachiller, vos me parecis hombre tan de bien, que no puedo menos de avisaros de una cosa, que importa no ignoreis; y es, que vuestro discípulo es malísima criatura.

Sabed que D. Luis es embustero, de maligno carácter, que tiene mala lengua, y aborrece sobre todo á sus Preceptores, y no los puede sufrir; y no hay enredo de que no se valga para quitarselos delante. Los dos últimos que ha tenido, eran sugetos de singular mérito; pero ha hecho de modo, que los han despedido. Segun veo, le dixé yo al Ayuda de Cámara, ¿el padre y la madre adoran en su hijo? Así es, me respondió; es un niño mal criado. Mucho trabajo os ha de costar el hacerle aprender. Haré, le dixé, quanto dependa de mí, y si con todos mis afanes no puedo salir con ello, iré á otra parte á buscar un discípulo mas digno de mi esmero.

A fin de no tener nada que echarme en cara, comencé á desempeñar mis obligaciones esenciales con una sujecion que tenia algo de esclavitud. Hice lo que pude para que el niño me amase, y temiese al mismo tiempo. Sin embargo de haber ya cumplido doce años, y tenido tres ó quatro Maestros, estaba tan poco adelantado en la Gramática, que apenas sabia componer una oracion primera de activa. Yo le hablaba continuamente, y procuraba me escuchase, dedicandome igualmente á precaver sus faltas, en quanto alcanzaban mis fuerzas. Si llegaba á caer en alguna, ó le castigaba sin acalorarme, ó se la perdonaba sin blandura.

Aunque me valí de estos medios suaves, y no obstante toda mi maña, vine á experimentar ser cierto lo que el Ayuda de Cámara me habia dicho. D. Luisito me tomó aversion, y creciendo su aborrecimiento á proporcion del mayor zelo que yo mostraba en enseñarle, hizo que me despidiesen. Para salir con la suya, hablaba de mí á solas con sus padres, quexandose, y acusandome de rigoroso é inconsiderado; me pintaba como un hombre ridículo, y decia claramente, que si

no le libertaban de aquel tirano, no adelantaría nada en el estudio.

Además de esta amenaza se ponía á llorar fingidamente. Finalmente, hizo tan perfectamente el papel, que enternecidos sus padres de sus falsas lágrimas, le dieron la razon, y plantaron en la calle al Preceptor. De esta manera los padres y madres, por amor á sus hijos, despedirán alguna vez á un sugeto honrado, que se haya esmerado en cumplir con su obligacion.

Para aumento de mi pesar fui, así que salí de la casa, á ver al Licenciado D. Leandro, é informarle de lo ocurrido. Hícele presente las malas qualidades de D. Luisito, y le conté menudamente el ardid de que se habia valido, para que me despidiesen; pero el Canónigo, que verosimilmente estaba ya hablado por D. Gerónimo, en vez de compadecerse, me escuchó con frialdad, y me volvió la espalda, despues de haberme dicho con desabrimiento, que no le aconteceria en adelante el empeñarse por ningun Preceptor, sin conocerle bien antes.

Capítulo IX.

Conversacion curiosa de D. Querubin con un Preceptor Vizcaíno, amigo suyo, y fruto que saca de ella. Entra en casa de una Marquesa. Capricho, y extraña afeicion de esta señora á leer libros de Caballerías. Apasionase con extremo de ella D. Querubin. Efecto que produjo su amor. Con todo, la dexa, y por qué motivos.

Hice conocimiento con un Licenciadillo Vizcaíno, que exercia como yo el oficio de Preceptor, y se hallaba entonces desacomodado. Llamabase Carambola; y

aunque su figura no fuese tan desgraciada, era tan pequeño, que pudieran equivocarle con un Enano. En recompensa de esto, tenia mucho ingenio, y un carácter muy festivo. Ocurríanle cosas chistosas; se explicaba con donayre; y la pronunciacion de su país aumentaba la gracia de su conversacion.

Yo gustaba mucho de oírle, especialmente quando tomaba algun enfado; y para excitarle á él, no habia mas que hablarle de los padres y madres. Bastaba tocar este punto para hacerle saltar. Los padres, decia él con enojo, casi todos son unos ingratos. Oíd á un padre de familia: estoy contentísimo, os dirá, con el Preceptor de mi hijo; y así es mi ánimo procurarle un acomódo seguro; pero no corre prisa: será tiempo de pensar en ello quando haya acabado de enseñarle. ¿No es esto, proseguia Carambola, lo mismo que decir: no quiero todavía favorecer á un hombre de bien, que actualmente me sirve, que se ha hecho ya acreedor á mis beneficios, y pensaré en su acomódo, quando ya no le tenga delante, quando no piense mas en él?

Con estas graciosas conversaciones me divertia algunas veces el Vizcaíno, y yo no dexaba de aprovecharme de ellas. Habiéndole encontrado en el paseo una tarde se llegó á mi con semblante risueño. Amigo, ¿qué es eso? le dixé: la alegría que mostrais da á entender que habeis descubierto alguna conveniencia maravillosa. Algo hay de ello, me respondió, he hallado con efecto una que me acomodaba muchísimo; pero es tal mi desgracia, que no he parecido á propósito para ella. No os entiendo, repliqué, explicaos mas claro.

Sabréis, pues, continuó, que habiendo sabido ayer, por la voz pública, que una Señora buscaba un Preceptor que empezase á enseñar á su hijo, de edad solo

de cinco años, fui á su casa esta mañana á ofrecerme á sus órdenes, y hacer mi pretension en el asunto, la que me ha sido negada, diciendome, que yo era demasiado pequeño. Pues ¿qué, le dixe yo al Licenciado riendome, para entrar en casa de esa Señora es menester tener seis pies de alto? Sí, Señor replicó Carambola. La Señora quiere una persona de buena estatura, y además de eso muy jóven; pues aunque yo no tengo mas que treinta y tres años, la he parecido muy viejo.

Saltóseme otra vez la risa al oír semejante cosa, y juzgué que aquella Señora decia ser alguna extravagante; y así se lo manifesté al Licenciado, quien me dixo con seriedad: No, no creais tal; ántes bien es una muger de muchísima reserva, una gazmoña, que se divierte sin que lo sienta la tierra, ni padezca su buena opinion; y su fin es tener un galan en el Preceptor de su hijo. ¿Cómo es su nombre? pregunté al Vizcaíno. Hace que la llamen la Señora Marquesa. Su marido es un Capitan que está ahora sirviendo en Lombardía, y esto es quanto sé. Finalmente, lo que puedo aseguraros es, que es hermosa, y muestra ser muy entendida. ¿Teneis acaso curiosidad de verla? Gana me dais de ello le repliqué, y soy de parecer de ir mañana á presentarme á la tal Marquesa. Así os lo aconsejo, exclamó, y estoy cierto de que sois el Preceptor que necesita.

No eché en olvido el ir al día siguiente á casa de la muger del Capitan; presentandome baxo el título de Bachiller de Salamanca. Una criada vieja, algo parecida á la Doña Rodríguez, me condujo á un aposento, en donde su ama se entretenia en leer. La Marquesa suspendió su lectura al verme, y me preguntó qué la queria. Señora, la dixe, he sabido que V. S. buscaba

un Preceptor para su señor hijo, y me he tomado la licencia de venir á pretender serlo, si V. S. me juzga digno de ello. Al oír esto puso en mí los ojos, y no con menos atención me miró la criada; de modo, que conocí que mi persona tenia en ellas dos votos en su favor. Les parecí un hombre muy distinto de Carambola.

Señor Bachiller, me dixo la Marquesa, ¿qué edad tenéis? Acordandome yo entonces que el Licenciado Carambola la habia parecido muy viejo de treinta y tres años, la respondí con descao, que aun no habia cumplido veinte y dos, aunque en la realidad tenia veinte y seis. Tanto mejor, replicó la Marquesa; yo quiero un Preceptor jóven, tengo esa manía; pero no me engañéis, prosiguió. ¿Sois mozo de buena conducta? porque habeis de saber que no me acomodaría una mala cabeza, que saliese todos los dias á divertirse fuera. Yo gusto de un hombre que se esté quieto en casa, y eduque á mi hijo á mi presencia.

Pues, Señora, yo cabalmente soy lo que V. S. busca. Aunque estoy en la edad del bullicio de las pasiones, la razon, ayudada de los buenos principios, que he estudiado, las sabe reprimir; de modo, que sus ímpetus me meten poco miedo, fuera de que no conozco á nadie en Toledo, y especialmente á ninguna muger; y así, cifrando todos mis gustos en la enseñanza de su señor hijo, no me dedicaré sino á cultivar esta tierna planta, si me hiciese V. S. la honra de ponerla á mi cuidado.

Mucho me agradareis, replicó la Capitana, si os portais con tanto juicio. Os elijo desde luego para enseñar y educar á mi hijo. En quanto á vuestro salario, no os dé cuidado, pues yo sabré medirlo conforme á

vuestro esmero y servicios. Profirió estas palabras con tal modestia y recato, que á pesar de mi vanidad no formé ningun mal juicio de su conducta, ni me lisonjé con la esperanza de grangearme su atencion.

Para contar las cosas como verdadero historiador, diré que las gracias y atractivos de la Marquesa, que no habia aún cumplido treinta y cinco años, me hicieron impresion. Quedé encantado de su hermosura, y sentí interiormente, sin saber por qué, cierta alegría de verme admitido en aquella casa, de donde salí acelerado á hacer traer á ella mis trastos. Encontré en la calle á Carambola, que estaba aguardandome por curiosidad. Y pues, amigo, me dixo: ¿Cómo os ha recibido la Marquesa? Con el mayor agrado, le respondí, y pongo en vuestra noticia que soy Preceptor de su hijo.

Al oír esto Carambola dió una gran carcajada de risa. Bien me recelaba yo, exclamó, que vuestra mocedad y linda cara no podian dexar de obrar su efecto. ¡Qué vida tan gustosa pasareis en casa de esta Señora! Poco á poco con eso, señor Licenciado, le interrumpí, habiendo penetrado el sentido de su expresion. Pensad de ella con mas caridad. Por mi parte yo la tengo por muger virtuosa, á lo menos su exterior es honesto. ¿Por qué se ha de achacar á hipocresía la modestia de su semblante? Aunque no hay que fiar de las bellas apariencias, con todo eso, tampoco se deben reprobar. Es verdad, replicó, puedo engañarme; pero apostaría qualquier cosa á que no me engaño.

De allí á pocas horas volví á casa de la Marquesa con mis trastos, y tomé posesion de un quarto dispuesto para mi discípulo y para mí. Pregunté por el niño, el que al instante me traxo aquella doncella vieja, que ya

habia yo visto, y le servia de Aya. Parecióme muy lindo. Llevabanle con andadores, y empezaba á romper á hablar. ¡O qué discípulo para un Bachiller de Salamanca! Un Preceptor altivo puesto en mi lugar no hubiera querido baxarse hasta el punto de tener que enseñar las letras de la cartilla; pero yo lo miraba esto de otro modo; y así como Aristóteles tuvo á mucho honor el ser el primer Maestro de Alexandro, yo me glorié de serlo de un Marqués.

Estando en conversacion con la vieja del Aya, la qual se llamaba Sefora, me dixo ésta: Señor Bachiller, me alegro mucho de que vuestra persona haya gustado á la Señora. Solo un sugeto tan galan como vos podia agrada-la, porque tiene el paladar muy delicado. Veinte Preceptores se han venido á presentar, y ninguno la ha parecido bien, no obstante que entre ellos habia algunos de bastante buen personal. No os pesará de haber entrado en esta casa, pues la señora Marquesa es rica y generosa; en una palabra, podeis dar por hecha vuestra fortuna, con tal que la mostreis una ciega complacencia, é infinitas atenciones. Este es su flaco, os lo advierto, aprovechaos de mi aviso, y especialmente acomodaos, si os es posible, al defecto que tiene de gustar con extremo de leer libros de caballerías. ¿Os creis, decidme, capaz de seguirla el humor? quién lo duda, la respondí; no me costará dificultad lisongear su locura, porque tambien soy yo aficionado á semejante lectura. Pues de esa suerte, replicó la doncella, la tendreis contentísima, y de ello podeis estar cierto.

Con efecto, por la primera conversacion que tuve con la Marquesa, conocí que tenia la cabeza atestada de aventuras caballerescas. Me habló solamente de Orlando el enamorado, del Caballero del Febo, de Amadis

de Gaula, de Amadis de Grecia, y principalmente del incomparable D. Quixote de la Mancha, y de otras muchas obras semejantes, que eran su mayor diversion, y las únicas de que se componia su librería. Aunque yo no era de su misma opinion fingí lo contrario, encareciendo esta lectura sobre todas las demás del mundo. Quizá tambien que el burlado fui yo, y que la Señora aparentaba aficion á esta clase de libros para lograr sus intentos. Como quiera que sea, si hubiese contenido su locura en leer tales boberías, la hubiera complacido en alabarlas á pesar de la sana razon; pero su sandez pasó mas adelante.

Señor Bachiller, me dixo un dia que entré en su quarto á tiempo que estaba leyendo en D. Belianis de Grecia, hechizaba estoy de un coloquio que acabo de leer. ¡Qué bien saben D. Belianis y Florisbella manejar el amor! ¡Cuán finos són sus afectos, y tiernas sus palabras! Todavía me dura la conmocion, que me han causado.

Bien lo creo, Señora, la respondí; nada es mas propio para excitar las pasiones. Lo mismo me sucede á mí, pues experimento sumo gozo, quando leo algunos coloquios en ciertos libros de caballería, que agitan y encantan mi corazon de suerte. ¿Qué decís? interrumpió á esta sazón con ayre agitado la Marquesa. ¿Es posible que yo encuentre un hombre tan apasionado como yo á leer novelas, y que éste seais vos? Crece mi alegría por el motivo de que deseo tener un amante que me rinda obsequios, y me sirva como Caballero andante. Yo os escojo para ello, mi caro Bachiller. Transformemonos los dos, vos en héroe, y yo en heroína de caballería. Miradme como vuestra Dama, y yo os tendré por mi Caballero. Suspiremos el uno por

el otro, y abrasémonos ambos en una llama tan viva, como la que consumia al Príncipe de Grecia, y á su amada Florisbella.

Acompañó estas palabras con demostraciones tan expresivas, que el pobre D. Querubin, á quien ya la Dama le parecia demasiado bien, llegó á enamorarse ciegamente de ella. En vez de huír de aquella muger insensata, tuve la flaqueza de prestarme á todas sus locuras. El señor Bachiller de Salamanca perdió el juicio, y se convirtió en Caballero andante. Empezamos la Marquesa y yo á hablarnos en lenguaje caballeresco. Yo tomé el estilo del Caballero del Febo, y ella el de la Princesa Lindabrides. Todos los dias teniamos nuestros coloquios en términos altisonantes; pero á veces por desgracia sucedia, que la heroína se ablandaba algo demasiado, y el héroe se apasionaba con exceso.

Mientras vivia yo en casa de la Marquesa, como Reynaldos en el palacio de Armida, supe una noticia que deshizo mi encanto. Dixeronme que el Capitan Torbellinos, marido de mi Princesa, llegaba pronto de Lombardía, y al mismo tiempo me avisaron ser de genio colérico y zeloso. Por no meterme en historias, ni gustandome, aunque Caballero andante, los combates singulares, tomé la prudente resolucion de ausentarme de Toledo, con tanto mayor motivo, quanto habia en casa un criado antiguo, que siendo enteramente del partido de su amo, me hubiera expuesto con lo que podia contarle, á ser víctima del enojo del marido, despues de haber sido mártir del corazon tierno de la muger.

Capítulo X.

Entra de Preceptor nuestro Bachiller en casa de un platero de Cuenca. Con sus diligencias, y las del señor Diego Cintillo, consigue que su discípulo se meta frayle. Encuentro desagradable que tuvo. Vuelve á Madrid.

Salí oculto de Toledo una mañana con un arriero que iba á la ciudad de Cuenca, que es de las mas famosas de España. A pocas dias de mi llegada, el amo de la posada me dixo conocia á un sugeto ya anciano, que se empleaba en acomodar Preceptores, mediante cierta retribucion, que pedia en agradecimiento, la que era mayor ó menor, segun la clase de la conveniencia. Informado de las señas de su casa, fui á verle, y le pregunté, si habia algun puesto de Preceptor vacante. Muchos hay, me respondió; y habiendole yo dicho estar graduado de Bachiller por Salamanca, exclamó: No es menester otro elogio; no necesito saber mas. Yo mismo os presentaré al señor Diego Cintillo, el mas rico y afamado platero que tiene Cuenca. Anda buscando un sugeto hábil y de buenas costumbres, para que enseñe á un sobrino, de quien es tutor; y me parece que llenaréis la medida de su deséo.

El mismo me acompañó inmediatamente á casa de Cintillo, á quien respondió de mí sin conocerme, y quedé admitido sobre el pie de trescientos ducados al año lo que tuve á bien aceptar, esperando mejor ocasion. Era el platero un hombre que fingia santidad andaba siempre con el rosario en la mano, y parte del dia lo pasaba en la Iglesia, y con esto conciliaba muy bien, á su parecer, el oficio de usurero, que exercia con tanto secreto que nadie lo ignoraba en la ciudad.

Por dar gusto á mi platero, aparenté un exterior

devoto, lo qual se acomodaba bien con su semblante hipócrita. Hizo llamar á su sobrino, que era un mozo de diez y siete á diez y ocho años, y me dixo: Este es el discípulo que os encargo. Sabe ya leer y escribir; y aun entiende los Autores Latinos: enseñadle la Filosofía, y dedicaos, sobre todo, á encaminarle á la virtud, que es lo principal.

Mi nuevo discípulo se llamaba Crisóstomo, y era tan cerrado de mollera, que mis primeras lecciones de nada le sirvieron, por lo que no pude menos de decir á su tio, que no veía en él disposicion alguna para que le aprovechase mi enseñanza, y que en fin yo desesperaba de poderle sacar Filósofo. No os aburrais, Señor Bachiller me respondió, bien conozco que Crisóstomo es rudo, y así no seré yo tan inconsiderado, que me quexe de vos, si no conseguís instruirle.

Aquí entre nosotros, continuó, mi ánimo es meterle frayle, porque me parece le caerá bien la capilla. Yo interrumpí al platero, oyendole hablar de aquella suerte. Guardaos, señor Diego, le dixé, de forzar la inclinacion de vuestro sobrino. ¿Qué es lo que decís? replicó admirado Cintillo; no quiera Dios que yo tenga pensamiento de violentar á Crisóstomo, y hacerle entrar Religioso contra su voluntad. Hacedme mas justicia, pues yo solamente quiero su bien, no pareciendome propio para el siglo, y por lo mismo desearía que abrazase gustoso el estado de Religioso. Ayudadme, os pido, á inclinarle á esto. Os doblo el sueldo para estimularos mas á coadyuvar mi designio. Unamonos los dos para hacerle que tome este partido, que en la realidad es el mejor. ¡Quanto me alegraré de ver á mi sobrino vivir santamente en un Convento!

El bueno del platero no decia todo lo que sentia,

pues además del contento que le causaba el que su sobrino abrazase este estado, no le pesaba que entrase Frayle, porque como era rico, su herencia recaía en él: en tal caso. Seguí, pues, con sus ideas, habiendo de ser pagado por ello, y con esta mira me metí á Predicador. Empezé á declamar contra el mundo, y á alabar á mi discípulo las dulzuras del estado Religioso. Cintillo por su parte le predicaba continuamente lo mismo; de modo, que alucinando al pobre mozo, que creía nuestras persuasiones al pie de la letra, conseguimos tomase el hábito al cabo de diez meses, en un Convento, en donde, perseverando en su santo fervor, dió á su tío el platero el gusto de verle profeso, y de heredar todos sus bienes. Entonces el señor Cintillo, no necesitando ya de mí, me pagó mi honorario, que yo habia bien ganado, pues todos los dias fui á ver á Crisóstomo durante su Noviciado, para mantenerle en sus buenos pensamientos: con esto nos despedimos Cintillo y yo igualmente satisfechos uno de otro.

De allí á poco tiempo dexé la mansion de Cuenca en fuerza de un aviso que tuve, el qual me parece no debo dexar en el tintero. Yendo un dia pensativo por la calle, sentí que me dieron una palmadita en el hombro. Volví inmediatamente la cabeza, y ví á un hombre, al qual conocí por uno de los dos guapetones que me habian conducido de Madrid á Leganés. Temblé á la vista de aquel ave de mal agüero, y asustado le dixé: ¿Qué es eso, señor espadachin? ¿Será otra vez tal mi desgracia, que vengais en mi seguimiento? He quebrantado acaso el destierro? No por cierto, me respondió riendose; sois hombre de palabra, y ya no tenemos nada que hacer con vos; antes bien os digo, que si os da la gana podeis volver á Madrid.

Ya os entiendo, repliqué: ¿Con qué, según parece, Doña Luisa ha muerto? No por cierto, prosiguió, todavía vive, y podeis renovar, si quereis, vuestra amistad con ella; pues nosotros no os lo estorbarémos, y os diré el por qué. Nuestra cuadrilla se ha deshecho con motivo de una pendencia que dos de ella armaron, sobre querer galantear á la Gitanilla, aquella morenita con quien cenasteis una noche, y que os pareció tan linda; salieron á reñir desafiados para saber qual de los habia de ser el solo, y tuvieron la desgracia de envasarse uno á otro. Este suceso ha sido la causa de separarnos todos, y cada uno de nosotros se ha ido por su lado.

Esta noticia me alegró infinito, y no dexé de volver á tomar bien pronto el camino de Madrid, pues era tanto mayor mi gana de volver á ver esta Villa, quanto me habian prohibido pena de la vida poner mas los pies en ella.

Capítulo XI.

Vuelve Don Querubin á Madrid, donde encuentra casualmente á uno que le da noticias de Doña Luisa de Padilla. Esta Señora le coloca en casa del Duque de Cueda por segundo Secretario. Conocimiento que hace con D. Juan de Salcedo. Qual era el flaco de este Don Juan. Descripción de un bayle á donde asistió Don Querubin. Marcha á Nápoles en calidad de Correo extraordinario del Conde de Eruña.

No bien entré en Madrid, quando me encontré por casualidad con Martin Cinquillo, mi antiguo huesped, aquel que me habia acomodado en casa de Doña Luisa

de Padilla. Conocimonos uno á otro inmediatamente. Señor Bachiller, me dixo con ayre de admiracion, ¿es posible que yo os vuelva á ver sano y salvo despues del lance que os ha pasado? Yo creía, os lo confieso, que aquellos espadachines que cargaron con vos, os habian quitado la vida; y á la hora presente Doña Luisa os cuenta entre los muertos. ¡Qué alegría voy á darla con decirla que vivís todavía! Id mañana á mi casa, y os diré cómo ha recibido la noticia.

Con la curiosidad de saber qué impresion habia causado en aquella Señora mi vuelta á Madrid, no falté al día siguiente de ir á casa de Cinquillo, donde encontré á la señora Rodriguez, que me estaba esperando. Así que esta buena vieja me vió, se vino ácia mí, y abrazandome con lágrimas en los ojos: Seais bien venido, exclamó, señor D. Querubin. ¡Ay! Mi ama y yo habiamos perdido la esperanza de volveros á ver. Nos imaginabamos que todos los Padillas, irritados contra vos, habian tenido la crueldad de sacrificaros á su enojo. ¡Quánto nos hemos afligido, metidas en este error! ¡Quántos lloros la habeis costado á Doña Luisa! Juzgad por eso, qué gozó no la ha causado la nueva de vuestra vuelta. Yo vengo de parte suya á manifestaroslo, y á aseguraros, que está en ánimo de contribuir á procuraros un destino gustoso.

Esto no es decir, prosiguió la Rodriguez, que la dura todavía la inclinacion á casarse con vos, pues gracias al cielo, ha abierto los ojos para ver la extravagancia de semejante casamiento, y lo ridícula que se haría con él entre las gentes. En una palabra, ya no se acuerda de tal cosa; pero no obstante, quiere por afecto poneros en estado de hacer fortuna, colocandoo en casa del Duque de Cueda, pariente suyo, y válido

del Rey. Se lisongea de tener bastante valimiento para haceros entrar por uno de los Secretarios de este Ministro. Ya os hacéis cargo de lo importante de este puesto, y no dudo que os alegréis de ocuparlo, á no ser que tengais intencion de consagraros al servicio de la Iglesia. No, le respondí, no, estoy de ese parecer; me siento con bastante virtud para ser Secretario, y no me hallo con la suficiente para llegar á ser un buen Sacerdote.

Siendo esto así, replicó la señora Rodriguez, dexad prontamente los hábitos, y vestios de Caballero. Eso os prometo hacer sin detencion, la dixé; y á la verdad ya empieza á fastidiarme el oficio de Preceptor, que solo por necesidad puede exercer un hombre honrado. Quitéme, pues, los mantéos, y de allí á poco entré en una Secretaría del Ministerio, no habiendo necesitado Doña Luisa mas que decir una palabra á su sobrina Doña María de Padilla, Duquesa de Cueda.

Luego que ya me ví yo en posesion de mi empléo, manifesté á la señora Rodriguez, que me alegraría mucho de ir á ver á su ama, para darla gracias; pero esta criada me dixo: Doña Luisa os dispensa de ello. Despues de lo que ha pasado entre vosotros tiene por conveniente privarse de vuestra vista, temerosa de exponeros otra vez á algun lance pesaroso. Tiena voluntad de protegeros sin volveros á ver, cosa que sus parientes no pueden llevar á mal; agradeced su prudencia. Nada tengo que responder á eso, la respondí, mi querida señora Rodriguez; y pues es fuerza el que yo renuncie al gusto de dar de viva voz á Doña Luisa las gracias que la debo, aseguradla á lo menos de mi parte, que estoy agradecidísimo á sus favores. En la realidad no me pesaba de que mi protectora no quisiese

verme, porque si me hubiese puesto yo en el pie de visitarla y obsequiarla, pudiera muy bien haber tenido que hacer con otros espadachines, los quales me hubieran quizá dado mas mal trato, que los primeros.

Como yo tenia buena letra, habiendo aprendido á escribir en Salamanca, me destinaron á una oficina para poner en limpio toda especie de papeles. Hice conocimiento con los Oficiales, y aun tuve la fortuna de grangearme la amistad de D. Juan de Salcedo, primer Secretario del Duque de Cueda. Este D. Juan no carecia de entendimiento; pero tenia la falta de gustar tanto de la lengua latina, y de citar sobre qualquier cosa pasages de Horacio, de Ovidio ó de Petronio, que siempre que me veía me hablaba en latin, y yo le respondia en el mismo idioma por acomodarme á su flaco, y eso le tenia embelesado; lo que prueba bien, que para agradar á los hombres no hay mas de prestarse á sus inclinaciones. Don Querubin, me dixo un dia: Yo os quiero, y quando encuentre ocasion de daros pruebas de ello, la aprovecharé *lubenti animo*. Dió la casualidad que dentro de poco se presentó ésta; pero antes se necesita referir de donde nació.

Una noche que habia bayle en casa de la Duquesa de Cueda, que está cerca de la plaza grande, donde se corren los Toros, me dió gana de ir á él. Ví allí un numeroso concurso de Señores, y las Damas mas hermosas de la corte. Parecia que habian ido escogiendo las personas mas amables del Reyno, para asistir á un festejo tan lucido.

Antes de empezarse el bayle, las mugeres disputaron entre sí sobre qual podia llevarse la atencion de los Caballeros; pero luego que vieron baylar á Doña Isabél de Sandovál, hija única del Duque de Cueda, los ojos se

emplearon solo en ella. Todos admiraron su gracia, la nobleza y magestad de su persona, la destreza y garbo de sus pasos, la correspondencia del cuerpo con el ayroso manejo de los brazos, y lo fino de su oído; y así fué, que luego que acabó de bailar, resonó la sala con el ruido de los aplausos. Un Marqués decía: No tiene igual. ¡Que no haya en nuestros teatros una muger que bayle tan bien! La protegería á toda costa, Yo la suplicaría que me dexáse por puertas, decía un Conde. Yo la pediría me diese la preferencia, decía un Duque. En una palabra, todos los Señores quedaron encantados de aquella segunda Terpsicore, y no me sucedió menos á mí.

Bien se conoce que á una heredera tan rica y tan ilustre no la faltarian pretendientes. Entre los que aspiraban á lograr su mano, ninguno podia con mas fundamento lisongearse de esa esperanza, que D. Juan Tellez, Conde de Eruña, hijo único del Conde de Nuaso, y el mas digno de ser dueño de Isabel. Este Señorito servia en la corte el empléo de Gentil-Hombre de Cámara del Rey, en lugar de su padre, ausente á la sazón en Nápoles, de donde era Virey.

Mientras cada uno de los amantes de la Hija del Duque de Cueda se esforzaba con sus obsequios por ser el preferido, este Ministro envió á llamar al Conde, á quien le dixo: Señor Don Juan, ya sabeis la estrecha amistad que nos une al Duque vuestro padre y á mí, y lo que me interesan los asuntos de vuestra casa; he tenido por conveniente hablaros á solas, para haceros presente que debeis aprovecharos del tiempo, ahora que la fortuna os es propicia. El Duque, vuestro padre, tiene al presente mas envidiosos y enemigos que nunca. Trabajan sin cesar en perderle, y puede suceder que lo

consigán. Es preciso que mientras le dura el valimiento, penseis en tomar estado. Ya estais en edad de casaros, y aun de exercer grandes empleos. Hace un año, prosiguió, que vuestro padre me escribió pidiendome os buscáse una esposa; le respondí que ya estaba hallada; pero como desde entonces no me ha vuelto á hablar del asunto, no sé si se mantiene del mismo parecer. No dexeis, añadió, de participarle lo que acabo de deciros; y de asegurarle, que si quiere una nuera escogida por mi mano, le tengo destinada una, cuya riqueza, hermosura y nobleza son bastantes para hacerla digna de tener un suegro como él.

Oído este discurso, el Conde conoció bien, que Isabel era la nuera de que se trataba, y dexó ver en su semblante una alegría, que el Duque advirtió con placer. Sin embargo, este Ministro no dió á entender que lo habia notado, y le dixo á D. Juan: Enviad, pues, en diligencia un Expreso á Nápoles, y la respuesta que os dé el Virey, será la que decida acerca de vuestro matrimonio. El Conde, para manifestar al Duque el vivo deseo que tenia de ser su yerno, se despidió inmediatamente de él, y diciendo iba á escribir á su padre, fué á la hora á ver á Salcedo, á quien queria como á antiguo criado de su casa, y sin consejo del qual no hacía nada. Dióle parte de la conversacion que acababa de tener con el Ministro, y luego le dixo: Yo no sé á quién enviar á Nápoles; necesito de un sugeto capáz, y de confianza, que pueda informar á mi padre de mil cosas secretas, que no me atrevería á escribirle.

Entonces Salcedo pensando en mí, y creyendo procurarme un buen negocio, me propuso como una persona muy á propósito para desempeñar aquel encargo, y de quien él respondia. Resuelto el Conde en vista de

este informe á echar mano de mí, quiso hablarme. Tuve con él una conferencia privada, en la qual me dixo todo quanto deseaba supiese su padre. Finalmente, despues de haber recibido de aquel Señorito amplias instrucciones, y dos pliegos, uno para el Duque, y otro para la Duquesa, su madre, con doscientos doblones en una bolsa, me dispuse para marchar á Italia; pero antes de mi partida fui á despedirme del Secretario Salcedo, quien abrazandome cariñosamente, me dixo: Id, mi amado D. Querubin; me regocijo de que hagais ese viage: os valdrá buenos doblones, *et Lavina videbis littora*. Salí, pues, de Madrid, y siguiendo de cerca á un Correo, que la corte enviaba á Nápoles, llegué á esta ciudad casi al mismo tiempo que él.

Capítulo XII.

De qué modo recibió el Virey de Nápoles á D. Querubin, y de las conversaciones que tuvieron. El Duque y la Duquesa le hacen grandes presentes, lo que le colmó de gozo. Restituyese á Madrid.

Ya habia tres años que el Duque de Nuaso era Virey del Reyno de Nápoles, despues de haber gobernado la Sicilia el espacio de quatro. Fui á apearme al Palacio Real, donde vivia, é hice avisar á S. E. que estaba allí un Correo despachado por su hijo el Conde de Eruña.

El Virey, que se hallaba entonces en su despacho, mandó que me hiciesen entrar. Presentéle el pliego que iba dirigido á S. E. Abriólo, y despues de haber leído su contenido: ved aquí, me dixo, una carta, que me es tanto mas agradable, quanto me la trae un Secretario mismo del Duque de Cueda; pero hacedme el

favor de decirme, prosiguió, si la hija de este Ministro es de tan singular mérito, como me escribe mi hijo. Yo desconfio un poco de los retratos que los enamorados hacen de sus queridas. Señor Excelentísimo, le respondí entonces, por hermosos que sean los colores, con que el señor Conde os haya pintado á Doña Isabél, siempre la copia será inferior al original. En una palabra, vuestra imaginacion no puede engañaros, aunque os la respresente hermosísima. Figurese V. E. una Señorita de quince años, en quien se juntan una extrema beldad, con un entendimiento perspicáz, y un juicio sentado, pues con todo eso, esta idea no encierra sino parte de sus bellas prendas. Es verdad, que no es de genio serio, ni gasta aquella gravedad que manifiestan ordinariamente las Damas Españolas; pero este defecto, que fuera de España no lo es, hallará perdon en V. E. Tienes razon, interrumpió sonriendose el Duque; aunque soy Español, siempre preferiré un carácter festivo á un carácter grave.

Aquí llegaba nuestra conversacion, quando la Duquesa, que habia sabido la llegada de un Correo, despachado por el señor D. Juan, entró en el despácho con vivo deséo de tener noticias de este hijo querido. Señora, la dixo su esposo, se presenta un partido ventajoso al Conde de Eruña. El Duque de Cueda condesciende en admitirle por yerno suyo, con preferencia á muchos Señores que pretenden á Doña Isabél, su hija única. Yo entregué al instante á la señora Vireyna la carta que me habian dado para ella, en que se contenia lo mismo que en la otra. Habiendola leído, empezaron los dos á tratar, no de si consentirían en aquel matrimonio, sino sobre lo que tenian que hacer en esta ocasion. Determinaron volviere á Madrid, para manifes-

tar al Duque y á la Duquesa de Cueda su anhelo porque se efectuáse el enlace entre las dos familias. Se resolvió tambien entre ellos el escribir al Duque de Remal y á Doña Isabél.

Ocuparon el dia en despachar las respuestas; y como D. Juan escribia á su padre, que yo podría enterarle de muchos puntos, de que él gustaba informarle, tuvo por la tarde con S. E. una conversacion mas larga que la primera. Hacedme, me dixo, una relacion puntual de todo quanto el Conde, mi hijo, os ha encargado me digais. Sin duda me vais á hablar de la última carta que he escrito al Rey, y á decirme que ha indignado á todos los Grandes. Cabalmente, Señor, le respondí, por ahí es por donde voy á empezar. La propuesta de V. E. de que se vendiesen en España ciertos empleos, ha sublevado contra vos al Consejo; y los Señores que le componen, no la han querido admitir; y lo mas sensible es, que no contentos con eso, murmuran de ello, y con medios ocultos se esfuerzan en haceros pasar por enemigo de la nacion. Se hallan apoyados por algunos Señores de Nápoles, quienes, de acuerdo con ellos, escriben continuamente á la corte cartas dirigidas á haceros sospechoso.

El Duque no pudo al oír esto dexar de interrumpirme, exclamando con un suspiro: ¡Mirad esos vasallos tan fieles y tan zelosos, que protestan estar del todo prontos á dar su sangre y sus bienes por la gloria de su Soberano! Si el Rey hiciese comprar aquellos empleos que da gratuitamente, ¿qué casa perdería en ello mas que la mia? Yo sacrifico en beneficio del Monarca á mis parientes y á mis aliados, y solo pienso en sus intereses. ¡Y sin embargo me acriminan! Ese es el premio de los servidores demasiado afectos.

Continuad, prosiguió; estoy contentísimo con la elección que ha hecho de vos mi hijo, para informarme de lo que pasa en la corte en perjuicio mio: desempeñais el encargo de una manera que me agrada. Pasad, pues, adelante. ¿Qué injusticia me hacen todavía? La mas formidable, repliqué, y mas sensible que puede hacerse á un fiel vasallo del Monarca: se dice que habeis formado el ambicioso designio de haceros Rey de Nápoles.

El Duque, al oír esta acusacion, cerró los ojos, alzó los hombros, y me preguntó quién podia ser tan enemigo suyo, que le imputáse un pensamiento tan culpable. Diferentes Señores son los que esparcen esta voz, cuya falsedad parecen acreditarla vuestros armamentos, vuestras bellas acciones y vuestros grandes servicios. En vuestro modo de gobierno, de que estan envidiosos, dicen ellos que hay con que formaros causa. Soy culpado, interrumpió otra vez S. E. lo soy, ahora conozco mi culpa. Yo debia imitar el exemplo de otros Vireyes de Nápoles y Sicilia; yo debia dexar que los Turcos asolasen estos dos Reynos, enriquecerme á costa del Rey y de sus vasallos, y despues de esto volver á la corte para recibir en ella alabanzas de mi buen gobierno. ¡Desdichada la Monarquía añadió, alzando los ojos al Cielo, en donde los que sirven con mas ardor, y que solo procuran aumentar su gloria, son tenidos por enemigos de ella!

Despues de esta exclamacion, llena de sentimiento, me hizo el Duque nuevas preguntas. Decidme, me dixo, ¿quienes son los Señores que mas participan ahora de la confianza del heredero de la corona? Yo le nombré muchos sin olvidar al Conde de Váilores. Este último es el que parece que priva mas. Es verdad, que

si se da crédito á lo que algunos dicen, se vale de un medio seguro, para ganarle la voluntad. ¿Y qual es ese medio? replicó el Duque. Es aquel, con que salen bien todas las empresas, el dinero. Hay quien dice, que el Conde, que es dueño de grandes bienes, emplea buena parte de ellos en procurarle diversiones.

Quizá los que hablan así, proseguí, dicen la verdad; á lo menos yo sé que quando el Príncipe va á caza, halla muchas veces soberbias meriendas, dispuestas y costeadas por el Conde. Al oír esto, me dixo, meneando la cabeza el Duque: Vailores tiene buena traza de quitar el asiento al Duque de Remal, y á su hijo. Yo deséo que salga falso mi pronóstico; pero si por desgracia llega á verificarse, echense á sí solos la culpa. ¿Por qué permiten al lado del heredero del Reyno un Cortesano sutil y despejado, que se apodera á vista de ellos del timon de la Monarquía?

Quando el Duque no tuvo ya mas que preguntarme, ni yo mas que decirle, me entregó sus cartas, diciendome: Id á descansar, y volveos mañana á España; pero antes de marchar estad con mi Tesorero, á quien he dado órdenes tocantes á vos. Eso fué lo primero que hice el dia siguiente; víme con él, y me puso en la mano una letra de Cambio de tres mil escudos, pagadera á la vista.

Además de esta expresion recibí otra que me envió la Vireyna, que fué una cadena de oro primorosamente trabajada y doscientos doblones. Partí de Nápoles con todas estas riquezas, y volví á tomar el camino de Madrid, adonde llegué sin que me sucediese ningun contratiempo.

Capítulo XIII.

Del casamiento de D. Juan con Doña Isabél, y sus resultas.
Nuevo partido que tomó D. Querubin.

Mi primera diligencia fué ir á dar cuenta de mi comision al señor D. Juan, quien así que acabó de leer la carta de su padre, lleno de gozo, me echó los brazos al cuello, y en señal de lo muy satisfecho que habia quedado de mí, ó por mejor decir, de las noticias que le traía me regaló un bolsillo con doscientos doblones.

Marchó al instante á comunicar al Duque de Cueda las cartas del Virey, y de allí á dos dias se publicó su casamiento con la señora Doña Isabél. Hicieronse los preparativos de la boda con toda la magnificencia correspondiente á la ilustre calidad de los esposos; y el Duque mostró porque se celebráse, un anhelo igual al vivo deséo que tenia de verla efectuada. Los deudos y amigos de las dos casas celebraron este enlace con grandes señales de regocijo; y á la verdad que Himenéo no podia unir dos personas mas adaptadas una á otra.

Apenas se concluyeren las fiestas de la boda, quando escribió el Virey al Duque, que para llenar el colmo de sus deseos solo le faltaba uno que cumplir, que era tener consigo á su nuera, por lo que le pedia se la enviáse para hacerla ver la Italia; y finalmente, que para que fuese mas gustoso el viage á la novia, deseaba tambien la acompañase su esposo, si S. M. se lo permitia. Al Duque le pareció bien la idea, y condescendiendo á sus deseos alcanzó del Rey la licencia de enviar á Nápoles á su hija, en compañía del Conde de Eruña. Dispuso en breve lo necesario para el viage de los recién casados, habiendole el Virey prohibido ex-

presamente á su hijo llevar una numerosa y fastuosa comitiva. Pusieronse con efecto en camino para Barcelona, en donde les estaban esperando dos galeras enviadas por el Duque para conducirlos á Génova, y allí habia de ir con ocho galeras D. Octavio de Aragon para pasarlos á Nápoles.

Acontece rara vez el que á un descamisado, que se ve rico, dexé de ofuscarle la posesion de sus riquezas; y semejante ofuscacion pasó por mí. Habiendo contado mi dinero, y visto era dueño de cerca de dos mil doblones, me disgusté de mi empléo de la Secretaría. Parecióme que un mozo, que se hallaba con tanto caudal, debia llevar una vida libre y holgazana, sin sujecion á nadie. Pues ya que yo puedo vivir, decia para mí, como un Caballero noble y bizarro en el mundo, sería un gran mentecato si me mantuviese en las oficinas del Ministerio, donde es preciso trabajar todo el dia. Mucho mas gustoso es no tener que hacer mas que pasearse y divertirse con sus amigos.

De esta suerte, dexandome llevar de mi inclinacion, empecé desde luego á darme al vicio, sin hacer caso de mi Filosofía; antes al contrario, no quise escuchar ninguna advertencia de su parte; y así, al despedirme del Secretario Salcedo, fué en valde quanto me dixo para que no dexáse su oficina, aunque me habló conjucio, y usando de muchas expresiones latinas. Tomé un quarto en una posada, y me hice dos ricos vestidos con los quales, ya poniendome un dia uno, y otro dia otro, me dexaba ver en palacio y en el prado.

Capítulo XIV.

Encuentra D. Querubin al Licenciadillo Carambola. Conversacion que tuvieron. Paso gracioso que le sucedió al último, y sus resultas.

Estando en el paséo una tarde, divertido en observar las Damas que pasaban junto á mí, atisbé al Licenciadillo Vizcaíno, á quien habia dexado en Toledo. No me conoció al pronto, viendome en mi nuevo trage; pero habiéndole llamado, se llegó á mí, y nos dimos un abrazo. Me alegro infinito, amigo, le dixé, de que la fortuna nos haya aquí juntado. En vez de responderme Carambola, abrió tantos ojos, y se puso á mirarme desde los pies á la cabeza, y echandose luego á reir á carcajada tendida, exclamó: ¿Que transformacion es esa que veo? ¡Tú vestido de Caballero! ¿Quién te ha hecho colgar la sotana y el mantéo por ceñir la espada? Pero ya me lo discurro: es aquella linda Marquesa, en cuya casa estuviste de Preceptor en Toledo; ésta es al parecer quien ha usurpado á la Iglesia al Bachiller D. Querubin. Respondíle que nó. ¿Tú te has metido, pues en Madrid con alguna Señora rica, que parte contigo su caudal? Dime la verdad; tú has hecho aquí fortuna.

Si quieres, le dixé al Vizcaíno, escucharme por un rato, satisfaré tu curiosidad. Dexóme decir, y entonces le conté lo que me habia sucedido desde nuestra separacion, rogandole me refiriese por su parte en qué se ocupaba entonces en Madrid. Siempre en el oficio de Preceptor, me respondió; no puedo hacer otro. Estoy condenado á ser Preceptor, ó por mejor decir, á galeras por toda mi vida.

Mientras estabas, prosiguió, en casa de la Marquesa de Torbellinos, y pasabas allí el tiempo con mas gusto que yo, que me veía en la calle, sin dinero, ó á lo menos muy cerca de carecer de él, desamparé á Toledo, como una ciudad que cada dia me iba disgustando mas. Vineme á Madrid, en donde se me presentó ocasion de entrar con un particular, hombre rico, viudo, y que tenia un hijo de doce años. Este sugeto casi ningun dia comia con nosotros, yendo por lo regular á comer y cenar fuera, lo que no mejoraba en casa nuestra comida, la qual, nos componia una muger de quarenta y cinco á cincuenta años, que le servia de ama.

¡O qué maldita Cocinera! Unas veces echaba demasiada sal en los guisados, y otras los cargaba de pimienta, clavo ó azafran. Por mas que yo me quejaba, la buena de la Señora tenía la malicia de no enmendarse; y aun creo que lo hacía á propósito para que me disgustase de la casa, y obligarme á dexarla, habiendome cobrado aversion, ignoro por qué, á no ser que fuese por mostrarla yo siempre un rostro serio como el de Caton.

Yo por mí, á fin de vengarme de aquella vieja bruja, me obstiné, á pesar de sus guisados atestados de especias, en no salir de la casa, donde permanecería á la hora de ésta, si no hubiese ocurrido un lance, que quizá no le ha sucedido jamás á ningun Preceptor. Habiendo recibido un dia veinte doblones á cuenta de mi sueldo, entré en un garito, adonde rabiaba por ir á jugar así que me veía con un peso en el bolsillo. La fortuna, que mas á menudo me es contraria que favorable en el juego se mostró entonces propicia conmigo: gané dies doblones, los que apenas estuvieron en mi faltriquera, quando me dió la gana de convidar á cenar

á dos Damas, con quien habia hecho conocimiento, y que vivian en la puerta del Sol. Fuí á su casa con esta loable intencion, despues de haber mandado componer una buena cena en una hostería.

Recibieronme aquellas Damas con tanto mayor gusto, quanto yo solia convidarlas siempre que me sucedia ir á visitarlas. Empezamos á hablar alegremente; y traída la cena que yo habia mandada disponer, nos pusimos á la mesa. Yo esperaba divertirme bien por mi dinero, quando en esto oygo abrir la puerta del quarto en que estabamos, y veo que el que entraba de pronto, era el sugeto de quien yo enseñaba el hijo, el padre de mi discípulo. Conocióme él tambien al momento, y sorprendidos igualmente los dos, nos quedamos suspensos, y sin hablar palabra, mirandonos el uno al otro, como si dudásemos de lo mismo que estabamos viendo. Sin embargo, no duró mucho la turbacion en que estaban nuestros espíritus; y perdiendo la vergüenza de habernos encontrado en aquel parage, nos pusimos los dos á dar tales carcajadas de risa, que las niñas aquellas nos tuvieron por dos amigos, que casualmente se hallaban allí.

Segun veo, Caballeros, nos dixo una de las Ninfas, ustedes son conocidos. Preciso es que nos conozcamos, la respondió el otro, pues todos los dias nos vemos, comemos juntos algunas veces, y dormimos debaxo de un mismo techado. Solo nos faltaba tener amigas comunes; y así nada nos queda que desear. El ayre chocarrero con que profirió estas palabras, me puso de humor de chancarme tambien, lo que executé á todo trance, y resuelto enteramente á romper con él, si daba en mortificarme acerca de nuestro encuentro en casa de aquellas niñas. Mas en vez de mostrarme el menor

disgustó, se sentó á la inesa con nosotros, diciendo con ayre despejado, que creía no estar allí de sobra. Es cierto que estuvo de tan buen humor, que me pareció hombre muy divertido. Brindó algunas veces á mi salud, y me hizo mil agasajos. Fuí poco á poco olvidando que estaba con el padre de mi discípulo, y los dos fuimos campañeros en la diversion.

Quando ya fué tiempo de retirarnos, nos despedimos de aquellas Damas, y volvimos á casa, donde, luego que entramos, me dixo: Señor Licenciado, yo no llevo á mal de que vaya Vmd. á ver á esas Damas que acabamos de dexar; pero, guardaos bien, os ruego, de llevar allá á mi hijo.

Carambola no pudo contener la risa al decir estas últimas palabras, y á mí me sucedió lo mismo. Hombre, le dixé: ¡O qué admirable padre y excelente casa para un Preceptor! Sin embargo, me he salido de ella, replicó el Vizcaíno, atendiendo al honor de mi carácter. Me ha parecido no convenia á un Licenciado vicioso vivir en un parage donde era conocido. Estoy colocado en otra parte. Enseño al hijo natural de un Caballero, y espéro sacar de su enseñanza mayor utilidad, que de la de un hijo legítimo. Me alegraré, le dixé á Carambola, de que no te salga vana esa esperanza; pero tú mismo me has dicho, que no habia que contar mucho con el agradecimiento de los padres. Demasiado cierto es eso, me replicó el Licenciadillo; no obstante, las personas, con quienes tengo que hacer, me parecen tan generosas, que no puedo menos de fundar una gran confianza en ellas.

Capítulo XV.

Hace conocimiento Don Querubin con un amable Caballero, llamado D. Manuel de Pedrilla. De qué modo pasaban el tiempo juntos. De la gustosa novedad con que se halló D. Querubin, cenando con unas Damas. Quienes eran éstas; y de lo que hablaron.

Interrumpió nuestra conversacion un Caballero, con quien poco antes habia hecho yo conocimiento, y que vino á buscarme al paseo. No me despido, me dixo al instante el Vizcaíno, pues nos hemos de volver á ver; y con esto se marchó, dexandome con mi nuevo amigo, el qual se llamaba D. Manuel de Pedrilla. Era éste un hidalgo de la ciudad de Alcaráz, situada en los confines de Castilla la Nueva, casi de mi edad, y de agradable aspecto, que habia ido á Madrid con el deséo de ver la corte. Vivia en mi misma posada; comiamos juntos, y todos los dias ibamos á la comedia, ó á pasearnos. Finalmente, nos cobramos tanta amistad uno á otro, que no nos separabamos jamás.

Una mañana, que estabamos hablando en su quarto, llegó un criado mocito, y le entregó una carta, y habiendola leído el D. Manuel, le dixo: Muchacho, dile á tu ama, que está bien, y que iré sin falta. Dicho esto, se volvió á mí, y me dixo: Señor D. Querubin, esta noche voy á cenar con dos Damas, y tengo permiso de llevar un amigo, ¿quereis venir? Admití la oferta, y le respondí sonriendome, que le agradecia la preferencia. Teneis razon, replicó, sonriendose tambien; pues la diversion que os propongo, es digna de agradecerse. Sabed que cenareis con dos de las mas amables y divertidas Damas y de un trato despejado. Son una casta de mugeres de forma, que viven y se

mantienen juntas á la francesa, pagando el gasto á medias. Su casa está abierta para las personas decentes; allí se juega, y se cena. Sin duda se mantienen, dixe yo riyendome, del provecho del juego. Eso es lo que yo no sé, me respondió; quizá hay por medio algunos favorecedores, que hacen la costa secretamente; pero no se advierte que los tengan; en su casa no se ve cosa que haga sospechar nada malo de ellas.

Preguntéle á mi amigo cómo se llamaban, y me dixo, que la una Ismenia y la otra Basilisa. Dicense viudas de dos Caballeros de Granada; y segun ellas cuentan, han venido á Madrid solo por curiosidad. ¿Y á qual de las dos, le dixe, estais inclinado? Ismenia me respondió D. Manuel, es la que me agrada; y aunque tengo motivo para creer que no suspiro por una ingrata, con todo no me ama como yo quisiera. Muy deseoso estoy, exclamé, por ver á esa Ismenia, y tambien á su compañera. Pues vereis, me dixo, dos personas, que me dareis las gracias de haberoslas hecho conocer.

Llegó la noche, y D. Manuel me llevó á casa de aquellas Damas, que vivian en un quarto bastante hermoso, y muy bien alhajado. Señoras, las dixo, creo no tomarán Vms. á mal, que las trayga á mi mayor amigo, que es un Caballero del Reyno de Leon, y además de eso sugeto de mérito: ellas respondieron, que mi presencia confirmaba el bien que podia decir de mí, y me recibieron con el mas atento agasajo.

No me detengo en hacer el retrato de aquellas Damas, solo diré, que me admiró su belleza, y que al quarto de hora de conversacion, quedé hechizado de las dos, aunque eran de genio diverso, siendo sério el de Ismenia, y muy alegre el de Basilisa. La primera se

explicaba con magestad y elegancia, y pensaba antes lo que habia de decir; y la segunda se aventuraba á decir sin reparo lo que la ocurría; pero casi siempre eran cosas acertadas. Como D. Manuel noté la gran complacencia con que yo las oía, me dixo: ¿No es verdad, Don Querubin, que no estais enfadado conmigo por haberos traído aquí?

Al oír Basilisa el nombre de Don Querubin, se puso á mirarme con mucha atencion, y me preguntó de qué parage era de España. Señora, la dixé, yo soy natural del Reyno de Leon. ¿Por qué me hace Vmd. esa pregunta? Pareció turbarse ella con mi respuesta, y me replicó de esta manera: No sin causa la hago, pues conozco algunas gentes de Salamanca, donde tal vez habreis nacido. Allí nó, la respondí, sino en sus cercanías; esto es, en Mollorido, villa grande, de la que mi padre era Alcalde. ¿Cómo se llamaba? dixo Basilisa. Se llamaba D. Roberto de la Ronda. ¡Ay hermano! exclamó ella, levantandose para abrazarme. ¡Querido Querubin, eres tú! ¡Es posible que la fortuna te restituya hoy á tu hermana Frasquita! Esa misma soy, y con ella estás hablando, habiendome yo mudado el nombre en el de Basilisa.

La sangre hizo en mí igualmente lo que debia. Fué tanto el gozo que sentí de haber vuelto á hallar á mi hermana, que la estreché entre mis brazos con tal alborozo, que en un rato no pude articular palabra. Enternecida ella de ver el extremo de mi cariño, enmudeció tambien; de suerte, que desde luego no pudimos explicarnos, sino con lágrimas. Ismenia y D. Manuel experimentaron igual ternura á vista del suceso, y

llenos de contento nos dieron muchísimos abrazos, en prueba de lo que les interesaba aquel feliz encuentro á los dos.

Después de tantos abrazos nos sentamos otra vez á la mesa, y volvimos á seguir hablando con la misma alegría que antes.

La conversacion no siempre era entre los cuatro, porque de quando en quando Basilisa, á quien en adelante solo llamaré Frasquita, me hacía en voz baxa varias preguntas acerca de nuestra familia; y entre tanto D. Manuel hablaba del mismo modo con Ismenia. Nos despedimos de ellas ya muy entrada la noche, y mi hermana me dixo: Querubin, mañana te espero á comer conmigo sola, pues muero de deséo de saber tus aventuras; y no será menos el tuyo de saber las mias.

Fin de la primera Parte.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

PARTE SEGUNDA.

Capítulo primero.

Va D. Querubin de la Ronda á comer con su hermana , y se cuentan lo que les habia sucedido despues de su separacion. Historia y aventuras amorosas de Doña Francisca.

Vuelto á mi posada, por mas que hice por dormir algunas horas, estaban tan agitados mis espíritus, que no pude lograr el conciliar el sueño en toda la noche.

No era poca mi curiosidad de oír contar á mi hermana los sucesos de su vida, aunque yo no ponía la menor duda, en que me haría una relacion truncada. Por su parte, teniendo igual gana de volverme á ver, que yo de hablarla, tampoco pudo sosegar aquella noche; de tal suerte, que habiendo ido á su casa, discurriendo estaría solo despierta, sin haberse levantado, hallé que me esperaba ya vestida en su quarto. Ven, hermano, me dixo , ven á satisfacer mi curiosidad, que luego contentaré yo la tuya. Dime qué ha sido de tu vida, despues que dexaste la Universidad de Salamanca. Querida hermana, la respondí, bien pronto te enteraré de todo; y dicho esto, la conté punto por punto mis buenas y malas aventuras; y así que acabé mi narracion, me dió la enhorabuena del actual estado de mi fortuna, y se puso á contarme su historia en estos terminos.

Después de la muerte de D. Roberto, mi padre, ó por mejor decir, del Corregidor de Salamanca, tú, y Cesar, nuestro hermano, escogisteis cada uno distinta carrera, y yo me quedé con nuestra madre, la qual, no pudiendo darme una buena educación, por no alcanzar los haberes de la casa, tomó tal pesadumbre, que murió de ella. Quiso mi buena fortuna, que Doña Melancia, mi madrina, y Don Baltasar de Favanela, su esposo, luego que lo supieron fueron por mí á Mollorido, y como no tenían hijos me llevaron á Salamanca con intencion de criarme en su casa. Encontré en mi madrina y su marido unos segundos padres, que dandome cada dia nuevas señales de cariño, no me daban lugar á que sintiese la desgracia de ser huérfana.

Aunque yo entonces apenas tenia diez años, estaba tan adelantada para mi edad, que me llevé la atencion de D. Fernando de Gamboa, Caballero jóven, y vecino nuestro. Iba muchas veces á casa con su padre, que era amigo tan estrecho de D. Baltasar, que casi siempre estaban juntos. Con el favor de esta intimidad, tenia D. Fernando la libertad de verme y hablarme quando queria; y como solo me llevaba dos ó tres años, no discurrían fuese necesario todavía ponerse á escuchar nuestras conversaciones de niños; aunque á decir la verdad, ya merecíamos nos acechasen; y quizá pronto lo hubieran llegado á conocer, á no haberme todo de un golpe quitado de delante á D. Fernando, llevandoselo su padre apresuradamente á la corte para ponerle en la Guardia Española, en donde, con el valimiento de sus amigos, habia logrado una bandera.

Dos ó tres dias estuve muy apesadumbrada de haber perdido á mi amante; pero al fin me consolé como una muchacha grande.

Poco despues de que se habia ausentado el jóven Gamboa, puso en mí los ojos D. Baltasar, que aunque ya era hombre de cincuenta y mas años, me cobró amor, al qual correspondí yo desde luego, sin conocerlo, admitiendo las caricias que me hacía, como señales inocentes del cariño de un padrino, pues así le llamaba. Aquel rancio pecador me hubiera infaliblemente engañado, si por fortuna mi madrina no hubiese penetrado, y frustrado sus intentos, enviandome prontamente á Cartagena á un Colegio, del que era Rectora una parienta suya. Habiendome librado de estos peligrosos escollos entré en aquel Colegio, como en un puerto, donde verosimilmente debia estar al abrigo de las flechas de Cupido; pero este Dios, deseoso de aprisionarme, habia resuelto perseguirme en todas partes, y creo que no hay asilo en que él no pueda entrar.

La señora Rectora, á quien Doña Melancia me habia recomendado con eficacia, me tomó inclinacion; y así me puso en el número de las pensionistas, de que se componia su corte, entre las quales algunas habia de extremada belleza, y todas ellas se esmeraban á porfia en divertirla con sus habilidades. Las que tenian buena voz formaban conciertos con las que sabian tocar algun instrumento; y las que baylaban con gracia contribuían tambien á divertir á la Rectora, la que rodeada de aquellas lindas doncellas, parecia á Diana en medio de sus Ninfas. Yo miraba con ojos envidiosos el anhelo con que aquellas juvenes procuraban contentarla, y hubiera querido juntar en mí todas sus gracias para mas agradarla. Aunque ya tenia yo algunos principios de bayle, y no me faltaba voz, era una ignorante, ó á lo menos no era bastante capáz todavía para ayudar á divertir á nuestra Rectora, la qual, viendo mi buena

voluntad, me buscó dos famosísimos Maestros, que me enseñasen á cantar y baylar.

Poco trabajo les costó el perfeccionarme en estos dos artes; tanta era mi buena disposicion para aprenderlos. En menos de un año me sacaron la mejor cantarina, y mas diestra baylarina del Colegio. Aprendí tambien á puntear un laud con delicadeza; de manera, que poco á poco me fuí haciendo una persona hábil en todo, y admirable. Todas las Señoras de Cartagena, que concurrían á nuestras diversiones, me llenaban de enhorabuenas, sin olvidarse de darselas á la señora Rectora, de tener en su compañía una muchacha de mérito tan singular. La misma Superiora tenia por honor mis habilidades, porque las consideraba en algun modo como obra suya. Sin embargo, en vez de alabarse en habermelas hecho aprender, debia mas bien vituperarlo; y así fué, que en breve tuvo motivo para arrepentirse de ello. Un sobrino suyo, á quien amaba tiernamente, llamado D. Gregorio de Clevillente, hizo expresamente un viage á Cartagena por verla, y pasar allí quince dias, lo que acostumbraba hacer una vez todos los años. Era este Caballero mozo, hermoso, y bien plantado. Cenaba todas las noches en el locutorio con su tia y sus pensionistas queridas, una de las cuales tenia yo la dicha de ser. Las mas entendidas tenían, durante la cena, varias conversaciones alegres, y acabada ésta, todas las personas á propósito para formar un concierto, se juntaban, y concluía siempre con bayle la funcion.

Desde el primer dia noté, que hechizado Clevillente de ver aquellas bellas pensionistas, las miraba indeciso á todas, sin saber á qual de ellas inclinarse. Si le alhagaba la voz melodiosa de la una, la otra le encantaba

baylando con muchísima gracia; de manera, que con esto se mantenía perplexo. Con todo, ya se resolvió, y enamoró de mi cara en perjuicio de muchas compañeras mas bien parecidas que yo, lo que me dió á entender bastante con sus miradas desde el segundo dia; de suerte, que ya no miró sino á tu hermana.

Yo fingí no hacer caso, y no correspondí á sus demostraciones; pero no por eso perdió nada el diablo. Inmediatamente que conocí haber conquistado la voluntad de D. Gregorio, empecé á sentir en mí cierta inclinacion á él, siendo así que antes le habia mirado con indiferencia. ¡Qué gozo para él, si hubiese podido leer en mi semblante lo que pasaba en mi corazón! pero supe disimular de tal manera mi reciente afecto, que no llegó á sospechar nada; antes bien discurriendo que yo no habia hecho ninguna atencion á sus miradas, se resolvió á declararme formalmente su pensamiento, y el medio, de que se valió para lograr su intento, fué de esta suerte.

Hizo confianza de su amor á un criado jóven que tenia, el qual era muy diestro, diciendole despues: Dime Brabonel, ¿sabrás tú hacer entregar secretamente un papel á Doña Francisca? ¿Y por qué nó? le respondió Brabonel; otras cosas he hecho mucho mas dificultosas. He hecho conocimiento con una portera de ese Colegio, y puedo asegurarle á Vmd. que conseguiré facilmente de ella ese corto servicio. No tiene Vmd. mas que darme el papel, que lo demás queda á mi cargo.

No sin motivo se preciaba Brabonel de ser uno de los amigos de la portera, pues, con efecto, aquel mismo dia me dixo ella, introduciendome en la mano con disimulo un papel de Clevillente: Tomad, hermosa

Francisca, leed esa carta, que en ella hallareis cosa que os servirá de gusto. Preguntéla lo que era, pero en vez de responderme, se marchó precipitadamente, lo que me hizo entrar en sospecha de que aquella buena portera era algo demasiado officiosa.

D. Gregorio me expresaba en él su amor con el mayor afecto, estrechandome con las mas eloqüentes instancias, le permitiese hablarme á solas. Yo debia, lo confieso, haber llevado aquel papel á la señora Rectora; pero cabalmente, ni lo hice, ni aun tuve semejante pensamiento, pues una muchacha de trece años no tiene tanta prudencia. Mas ufana de haber conquistado un amante, que no me disgustaba, que enojada de su atrevimiento, tomé el partido de disimular, y ver si seguiría en amarme, ó por mejor decir, en querer seducirme, pues no era otra su intencion. Don Gregorio me dió á entender por otro billete estar resuelto á casarse conmigo; pero que para conseguirlo, era necesario robarme, puesto que su tia no consentiría, me decia, en nuestro matrimonio.

Costóle poco trabajo el persuadirme á ello; é imaginando yo que iba en compañía de un esposo, me dexé docilmente llevar vestida de hombre al Alcazar de Clevillente, en donde por espacio de dos meses me obsequió mucho mi robador; pero esto disminuyó en adelante, y por último se resfrió su cariño. Tráxele á la memoria la palabra que me habia dado de casamiento, y le insté á que me la cumpliese; mas él me pagó con frívolas excusas. Disgustóme esto; y ofendida de su engaño, comencé á mirarle con desprecio, de éste pasé al aborrecimiento, y en este estado, en breve, resolví dexar á aquel fementido, lo que executé animosamente. Habiendo ido él un dia á caza hácia Alicante,

me escapé disfrazada en mi trage de hombre, y tomando el camino de Orihuela, llegué á esta ciudad al anochecer. Metíme en una posada, de que era dueña una buena viuda, la qual juzgando por mi aspecto que yo sería algun hijo de familia, que andaba vagando por aquella tierra, me dixo: Caballerito mio, ¿qué venís á hacer á Orihuela? Vengo, la respondi, á buscar alojamiento. En Murcia he estado sirviendo de Page á una Señora, y descontento de ella, me he salido de su casa, y es mi ánimo ir de ciudad en ciudad hasta encontrar otra ama, ó algun Señor á quien servir.

Un buen mozo, como vos, me dixo, mezclandose en nuestra conversacion la hija de la posadera, no tardará mucho en hallar una buena conveniencia en el Pueblo. Correspondí á este agradable cumplimiento con hacerla una cortesía, y advertí, que la misma persona me miraba con suma atencion, y además de eso, que su edad podia ser la de veinte y cinco á treinta años, que era de bastante buen parecer, y de muy buen talle; observacion que un Caballero, puesto en mi lugar, hubiera hecho quizá con mas gusto que no yo.

Sintiendome rendida de haber caminado todo el dia, y con deséo de descansar, pedí me diesen un quarto. Juanita, dixo entonces la huespeda á su hija, lleva á ese Caballerito al quarto chico, que cae á la huerta, donde hay una buena cama. Condúxome inmediatamente á él la Juanita, y luego que estuvimos allí, me dixo: Señor Page, aquí estareis como un Príncipe; quando algun sugeto de importancia viene á hospedarse á esta posada, este es el aposento que le damos.

Para representar mejor á un Caballero que se ve en igual lance, parecióme del caso mostrarme enamorado, y decirla muchos requiebros, lo que hice sin embargo

con mucha prudencia, temiendo encender un fuego que yo no podia apagar; pero por mas reserva que yo afectase en explicarme, todas las expresiones alhagüenas que proferia, eran otras tantas flechas, que la atravesaban el corazon, y se retiró acelerada del quarto.

Alegréme muchísimo de que se fuese, y habiendome acostado, de allí á poco me quedé dormida. Desperté á media noche, y sintiendo pasos en mi estancia, pregunté, quién era. Inmediatamente oí que me respondieron en voz baxa y cariñosa : Lindo Page, que gozais del descanso que quitais á los demás, despertad, y sabreis la victoria que habeis ganado en inflamar el corazon de Juanita, la qual morirá de pena, y no tendrá consuelo, si no admitís su voluntad y su mano.

Fingí para entretenerla el manifestarla que estimaba su inclinacion, discurriendome que cumpliria con decirle algunas expresiones afectuosas; pero acercandose á mí, me volvió á instar de tal manera sobre ello, que no me fué posible tenerla engañada mas tiempo. Querida Juanita, la dixé, ¡quanto me pesa el no poder corresponder á vuestro cariño por medio del casamiento! A nadie en este mundo se lo hubiera tenido mayor, si el Cielo me hubiese hecho nacer hombre en vez de muger, como vos.

Si las tinieblas de la noche no me hubiesen ocultado su rostro, estoy cierta de que la habria visto mudar de color al oír semejantes palabras. No obstante, tomando como muchacha de juicio el partido de reirse de su engaño, se sujetó gustosa á la necesidad. A la verdad, exclamó, que soy mas dichosa, que prudente, y me es preciso confesar que he hecho un disparate. Quando pienso en la inclinacion que os habia tomado, me asusto del peligro en que no me he visto.

Viendo yo entonces que Juanita lo tomaba de aquel modo, hice lo mismo, y despues de haber hablado sobre aquel lance, nos prometimos una á otra una eterna amistad. Para obligarme á que la contase mis asuntos, me confió los suyos, y su narracion no me dexó dudar, que no siempre habia encontrado mugeres vestidas de hombre. La franqueza de Juanita movió la mia, y así la referí punto por punto, que habia sido robada, y la conté la causa de haberme separado de mi robador. Alabó el valor que habia yo tenido en dexar á aquel indigno y perfido seductor, y me aconsejó no volviese á disfrazarme, para que, añadió sonriendose, otras muchachas no padeciesen igual engaño.

Mi intención, la dixé, es ponerme á servir á alguna Señora distinguida, y tengo con qué comprar ropas de muger, deshaciendome de una sortija de un brillante grande que me dió D. Gregorio. Guardad vuestro diamante, interrumpió Juanita, y dexadme seguir una idea que me ha ocurrido. Una Señora rica y virtuosa vive aquí en Orihuela desde la muerte de su marido, Gobernador que fné de Mallorca; ésta me conoce, y aun me atrevo á decir que me estima. Quiero hablarla no mas de un instante de vos, y no dudo de que deseará veros.

Dexé hacer á Juanita, la qual al dia siguiente me dixo: Ya he hablado á la Condesa de Santañí, y en atencion á los buenos informes que la he dado de vuestra persona, ha manifestado esta Señora, que tendria gusto en recibiros. La he contado, lo confieso, vuestra desgracia, perdonadme esta imprudencia; pero con esto os he servido mejor. Esta Condesa es la muger del mas buen genio que he conocido en mi vida; una doncella que ha sido engañada, es en su concepto

mas digna de lástima, que de desprecio; en una palabra, se compadece de vuestra desventura, y no imputa vuestra culpa, sino al traydor que os la ha hecho cometer.

Ya sois, pues, criada de esta Señora, continuó la hija de mi huespeda; id desde ahora, que quiere veros vestida de page, que despues os hará poner el vuestro de muger. Dí gracias á la Juanita del servicio que me habia hecho, y tomando las señas de la casa fuí allá inmediatamente.

Capítulo II.

Entra á servir Doña Francisca á la Condesa de Santañi, quien la recibe con agrado; y conversacion que tuvieron. Genio de la Condesa. Hereda mil doblones Doña Francisca. Sentimiento de la muerte de su ama. Determinacion que toman ella y Damiana.

Bien te imaginas, hermano, prosiguió mi hermana, que no pude parecer sin rubor á presencia de una Señora que sabia lo que me habia pasado. Sucedióme mas, pues me turbé; y aunque soy naturalmente bastante atrevida, llegué temblando á la Condesa, quien echando de ver mi agitacion, y penetrando la causa, ánimate, me dixo, despues de haber hecho salir del quarto á una criada. Juanita me ha informado de todo, y te tengo lástima. Ya que tu juventud, y tu vergüenza y arrepentimiento no pueden excusar tu culpa, me mueven á lo menos á compasion.

Al oír esto me arrojé á los pies de la Condesa, y no la respondí de otro modo que derramando un mar de lágrimas, las quales no pude contener. Mis lloros produxeron un efecto admirable, pues enternecieron á la

Señora, la qual alzandome con cariño: No te desconsueles, hija mia, me dixo; es inútil que te affixas ahora, haz mas bien un firme propósito de guardarte siempre en adelante de los hombres. Ninguna desconfianza sobra contra ellos; ahora apenas estás en la primavera de tu vida, y tienes que temer que otros te engañen.

Aquella Señora siguió diciendome otras iguales expresiones para encaminarme á la virtud; y despues, deseosa de saber quien era yo, y de oírme discurrir, me preguntó acerca de mis padres; y como mi nacimiento no es tan baxo, que me avergüence de decirlo, no fingí ser de una familia superior á la mia, y respondí sinceramente á todas sus preguntas. Y con efecto, por mas obscuro que sea nuestro origen, se debe declarar, pues la calidad no da virtudes.

Mostróse bastante contenta de mi comprehension; y despues de una larga conversacion, me habló de esta manera: Francisca, me alegro muchísimo de que la fortuna te haya encaminado á mí; te he cobrado inclinacion, y quiero servirte de madre. Díla, como era debido, las gracias á una Señora tan generosa; y sin perder tiempo en aprovecharme de sus finezas, entré en su casa al otro dia, no tanto en clase de criada, como de una muchacha, á quien amaba la Señora, y queria tratar con particular cuidado.

Hice estudio desde luego en conocer á fondo á mi ama: ¡O, y quantas buenas prendas descubrí en ella por este medio! Conocí que era de condicion suave, afable y benigna, y al mismo tiempo entendida, prudente, virtuosa, y aun devota sin aparentar el serlo. Un ama de un genio tan singular no pueden menos de adorar en ella los que la sirven; y con efecto, la Condesa era el ídolo de sus criados. Yo por mi parte estaba

tan prendada de ella, que me parecia no era capaz de poner bastante cuidado en agradarla. Supe con la maña que tengo, obsequiarla de modo que en pocos dias gané su confianza, ó á lo menos fui compañera en ella de una antigua doncella de la casa, llamada Damiana, que ya habia veinte años que la servia.

Es menester saber que esta Señora iba á cumplir nueve lustros, ó en otros términos quarenta y cinco años. Habia tenido fama de ser una beldad, quando moza, y aun todavía era muy hermosa; pero sus atractivos empezaban á ceder al poder del tiempo. Admirada una mañana de oírla suspirar tristemente estando al tocador, y de ver sus ojos bañados de lágrimas, me toiné la licencia de preguntarla respetuosamente, si la affigia algun pesar oculto, y no me dió otra respuesta, que el despedir un ay profundo: Instéla á que me declaráse la causa de su pena, y mis instancias fueron tan eficaces, que no pudo resistir á ellas. Sabe, querida Francisca, me dixo, mirandome con semblante affigido, sabe que me atormenta un pesar tanto mas vivo, quanto me veo obligada á encerrarlo en lo íntimo del corazon.

No os detengais, Señora, la repliqué, viendo que habia cesado de hablar, y abridme vuestro pecho; no me oculteis el motivo de vuestro sentimiento. Ya os acompaño en él, sin saberlo, y hallareis consuelo con manifestarmelo. No me atrevo á revelartele, respondió mi ama. Es ridículo mi tormento, y no te lo puedo confiar sin avergonzarme. Vos me lo explicareis no obstante, mi amada Señora, la dixé echandome á sus pies, pues no puedo vivir si no lo sé. ¿Cómo me lo habeis de callar á mí, que os soy enteramente afecta? Os suplico, pues, no me hagais un misterio de

lo que os affige. Si no fuese posible aliviarnos, á lo menos dexadme que yo me entristezca con vos.

Yo mostré interesarme tanto en la situacion en que se hallaba aquella Señora, que al fin la hice descubrirme el secreto. Hija mia, me dixo, ya no puedo resistir mas á tu cariño y amistad, y así es preciso confesarte mi flaqueza. Has de saber que mi sentimiento nace de ver que mis atractivos se marchitan; veo que se van poco á poco arruinando, á pesar de los auxilios que me presta el arte para conservarlos, y esto me acongoja, qué digo, me sepulta en una melancolía tan grande algunas veces, que temo perder el juicio. Esto te causa admiracion, prosiguió, viendome efectivamente atónita de oírla hablar de aquella manera; pero ésta es una flaqueza que tengo, y que mi razon no sabe vencer.

Permitidme, Señora, os haga presente, que no veis lo que creis ver. ¿Por qué os apesadumbrais tan facilmente, y os figurais no ser lo que sois siempre? Miraos con mejores ojos, ó mas bien fiaos en los mios, los quales advierten que el tiempo no ha marchitado todavía vuestros atractivos, y que conservais toda vuestra belleza. A estas palabras, que suspendieron por un instante su dolor, respondió sonriendose la Condesa: ¡Qué lisongera eres! Francisca: mi espejo es mas verdadero que tú. Cada dia me anuncia éste alguna mutacion en mi rostro; y mis ojos no le pueden sacar por embustero.

Despues que la Condesa de Santañi me hizo esta confianza extraña, no tuvo ya empacho conmigo; y prorrumpiendo libremente en quejas, repetia en el tocador todas las mañanas delante de mí la misma Comedia. Yo hacía conversacion muchas veces de su flaqueza con Damiana, quien no podia menos de reirse.

Si la Señora, me decia, fuese una muger aficionada á cortejos, no era de extrañar su sentimiento, porque una vieja de esta clase ha contraído un hábito tan agradable de tener quien la quiera, que estará desesperada quando ya ninguno la diga nada; pero el ama ha huído siempre de amores, y lo que hace sentir tanto los ultrajes de los años, es el interés de su propia persona; y en verdad, que es menester quererse bien á sí misma para envejecer con ese disgusto.

Mi ama no tenia mas que este defecto, del qual por desgracia no se podia esperar que se corrigiese; antes bien, viendose cada dia, segun iba creciendo en edad, de menos buen parecer, al cabo de dos ó tres años pensó estaba tan mudada, que no se atrevió mas á mirarse al espejo. Francisca, me dixo una mañana, como con gran pesar: Yo soy una vieja decrépita; espantaré á quien me mire, y ya no puedo presentarme delante de las gentes. Es preciso esconderme en lo interior de un Claustro; mas quiero estar allí encerrada lo que me queda de vida, que mostrar á la vista del público un objeto que da miedo.

Por mas que hicimos Damiana y yo para que recobrase el juicio, y obligarla á que considerase su cara con mas cariño; pues en efecto, aunque era vieja, conservaba restos de belleza, de que una Dama, presumida de hermosa, no se hubiera desdeñado, no pudimos disuadirla de retirarse á un Convento. Antes de poner por obra su determinacion, me preguntó si iría gustosa con ella. Si dudaseis de ello, Señora, la dixé, me hariais una grande injusticia. Confieso que el Convento por sí mismo no me agrada; pero estando allí en vuestra compañía, será para mí una morada gustosa. Quedó tan pagada de mi respuesta la Señora, que me

abrazó, diciendo que mi inclinacion á ella era todo su consuelo.

Mi ama fué, pues, á sepultarse en un Convento; y nosotras Damiana y yo nos encerramos tambien con ella. Hubieramos podido vivir allí sin fastidio, si por espacio de seis meses cabales no nos hubiese sido preciso estar exhortando continuamente á nuestra ama, á que llevase con mas valor la decadencia de su belleza. Eran en balde nuestros consejos. Por fortuna que el Cielo tomó la mano en ello, y aquella Señora volvió poco á poco en sí misma, y venció insensiblemente su flaqueza. Hubo tal mutacion en ella, que la que antes tenia tanto cuidado de su hermosura, nada sintió luego el perderla, y se dexó de su manía.

Dos años solamente fueron los que aquella buena viuda vivió retirada, al cabo de losquales cayó enferma, y murió, habiendo hecho su testamento, en el que no se olvidó de sus criadas. Nos dexó una manda de mil doblones á cada una, para que pudiesemos pasarlo decentemente lo restante de nuestra vida, sin necesidad de volvernos á poner á servir. Nuestro modo de pensar se halló conforme con corta diferencia con la intencion de la Condesa; y Damiana me hizo esta propuesta: Ya estoy cansada, me dixo, de andar sirviendo, y quiero hacer en el mundo el papel de Señora; haz como yo, cariño mio, y no nos separemos. Juntemos nuestros haberes, y vámonos á vivir á alguna ciudad grande de España, en donde, diciendo que somos mugeres de un nacimiento illustre, haremos de ese modo buenos conocimientos, y pasaremos una vida muy gustosa. Si hubiese sido entonces mayor mi experiencia, me hubiera indignado de oír semejante propuesta, porque penetrando los designios de Damiana, la habria dexado

como á una bribona, que tenia gana de perderme; pero pareciendome cosa inocente lo que me proponia, uní de buena voluntad mi suerte con la suya. Tratamos de lo que habiamos de hacer; y de nuestra conferencia resultó lo que se dirá adelante.

Capítulo III.

A qué ciudad determinaron ir á vivir Francisca y Damiana; y de las aventuras que allí las sucedieron. Llevan robada á Doña Francisca, y resultas de aquel robo.

Escogimos para morada nuestra la ciudad de Sevilla, pues segun decia Damiana, la Andalucía era el país mas divertido de toda España. Determinamos pasar allá por mar, despues que nos hubiesen pagado las mandas, que nuestra ama la Condesa nos habia dexado.

Con efecto, así que las cobramos, pasamos á embarcarnos á Cartagena en un navio de Málaga, que se volvia. Incomodónos un poco el mar; pero como tuvimos siempre el viento favorable, llegamos en breve al puerto; y despues de habernos detenido algunos dias en la ciudad, resolvimos concluir nuestro viage por tierra para Sevilla, yendo con unos arrieros, y tuvimos la fortuna de que en el camino no nos aconteciese el mas leve contratiempo de quantos teniamos que temer.

Tomamos casa junto á la lonja, hicimosla alhajar decentemente, y recibimos una Cocinera y un Lacayo, que como no nos conocian, no podian decir quienes eramos. Tia, la dixé yo á Damiana, porque habiamos compuesto entre las dos, que yo pasaría por sobrina suya, me parece que es demasiado porte el nuestro.

¿Podremos acaso representar siempre el papel que quereis que hagamos? Calla, sobrina, me respondió, y no te dé eso pena; dexa á mi cuidado todo el gasto, y verás como no tenemos necesidad de disminuir el número de criados; antes sí podremos aumentarlo en adelante.

La buena de mi tia llevaba en este modo de explicarse sus miras, las cuales se proponia efectuar sin darme noticia de ellas. Lisongeabase de que haríamos conocimientos útiles en una ciudad, adonde arriban las flotas y galeones de las Indias Occidentales cargados de pesos duros, de texos de oro, y barras de plata; contaba con que yo encendería el corazon de algun negociante rico, y que no dexariamos de enriquecernos con sus despojos. Sobre esta bella esperanza fundaba la duracion de nuestra brillante suerte.

Damiana, como ves, creia tener una gran finca en mi gracejo, y en mi docilidad, y el tiempo descubrió que no se engañaba. Estando una vez un Mexicano en la Iglesia de San Salvador, adonde yo iba todos los dias á oír Misa, se quedó suspenso de ver la lindeza de mi talle, y mucho mas un par de ojos negros grandes, que yo volvía hácia él de quando en quando como por casualidad, y él con sus miradas me manifestó que le habia enamorado. Aunque no lo hubiese yo advertido, no se lo hubiera escapado á mi tia, que estaba en acecho, y todo lo notaba. Ambas á dos, pues, reparamos en ello, y juzgamos que aquel galan del Nuevo Mundo haria dentro de poco por introducirse en nuestra casa.

No salió falso nuestro pronóstico. Escribió á mi tia, suplicandola el favor de hablarla, lo qual ella le concedió. Fué á casa, y entre ellos pasó una larga conversacion, en la que, despues de haberla declarado

que me amaba, la propuso se casaría conmigo, y me llevaría á México, donde era dueño, decia, de un caudal inmenso. Damiana le contestó, diciendo, me noticiaría el honor que queria hacerme, y que de allí á tres dias le volvería de mi parte una respuesta positiva.

Habiendome informado mi tia de esta conversacion, me preguntó si tenia curiosidad de ver el país de Motezuma. No por cierto, la respondí; para consentir en hacer ese viage, era necesario que miráse á mi nuevo amante con los mismos ojos con que miraba á D. Gregorio, de lo que estoy muy lexos; y antes bien he cobrado aversion al tal Indiano, sin saber por qué: hallo en él un ayre de cara tenebroso, digamoslo así, que se me resiste. Pues no hablemos mas sobre el asunto, replicó Damiana; tampoco yo tengo gana de ir á Indias; y así quando nuestro Mexicano venga á saber la respuesta prometida, le daré su licencia.

Lo hizo como lo dixo, manifestandole, que nuestras voluntades no se conformaban con las suyas, y le suplicó no volviese á poner mas los pies en casa. No mostró mucho sentimiento al oír este cumplido; y segun el modo con que se retiró, parecia le daba poca pesadumbre el ver negada su pretension; pero las dos nos engañabamos. Sentido otro tanto mas, quanto menos lo daba á entender, en vez de pensar en olvidarme, se puso á discurrir el modo de poseerme contra mi voluntad; y para conseguirlo se valió de igual medio que Rómulo; esto es, determinó robarme; y ahora diré el éxito que tuvo su intento.

Una tarde, despues de habernos paseado Damiana y yo en la huerta del Rey, junto á la qual viviamos, nos retirabamos á casa, quando me sentí asida por tres hombres, cuya intencion era llevarme en un coche.

Los gritos que dimos mi tia y yo, antes que pudiesen dar el golpe, fueron causa de que lo errasen. Dió la casualidad de hallarse allí dos Caballeritos, los quales, viendo aquella violencia, no se detuvieron en tomar mi defensa, y sacando las espadas, acometieron denodadamente á los robadores, que perdiendo la esperanza de conservar la presa, la soltaron y echaron á huír.

Mis libertadores no hicieron las cosas á medias, pues me fueron acompañando á casa, donde Damiana y yo les dimos las debidas gracias, y los convidamos á cenar tambien, lo que admitieron de muy buena gana. Durante la cena no se habló de otra cosa, que del lance que acababa de sucederme; y uno de ellos me preguntó, si sabia quien era el autor de aquel atentado. Yo respondí, que me recelaba hubiese sido un Mexicano por vengarse de no haber querido casarme con él. No digais mas, dixo el otro Caballero; antes de tres dias estaremos plenamente informados de todo. Mi padre D. Iñigo de Mayrena es Juez de esta ciudad; y todas las mañanas van á casa Alguaciles; á uno de ellos le encargaré me dé noticias del caso. No basta, añadió, el haber desbaratado esta empresa, sino que es necesario castigar al temerario que la ha intentado. A ello me obligo yo, y eso dexenlo Vms. á mi cuidado.

Pronunció estas palabras con la expresion de una persona, cuya voluntad empieza ya á prenderse; y su compañero no mostró menos actividad en tomar á su cargo mi venganza.

El Caballero, hijo del Juez, se llamaba D. Josef, y el otro D. Felix de Mendoza. Ambos parecian despejados, y gastaban buen porte; yo aguardaba á cada instante que iban á declararme sin rebozo, y de mano armada su amor. Sin embargo, aquella noche se con-

tentaron con estarme mirando; pero con tal semblante, que llegué á persuadirme, que de un tiro habia herido el corazon de los dos. Retiraronse á su casa, asegurandonos de nuevo, que le harian al Mexicano darnos satisfaccion de su osadía.

Despues de idos, la dixé á Damiana: ¿Qué os parecen estos Caballeritos? Yo me temo que me han de querer hacer pagar bien caro el servicio que me han hecho. Lo mismo recelo yo, me respondió Damiana; ó yo no lo entiendo, ó así uno como otro estan embelesados de tí. No querrán suspirar por una ingrata; y ya es que esto nos embaraza. Podemos engañarnos, querida, dixé yo, y quizá nos asustamos sin tener por qué.

Al dia siguiente no supimos nada de mis libertadores, porque estuvieron ocupados en buscar al Indiano, de quien deseaban tener noticias que darne; pero al segundo dia volvió á mi casa el hijo del juez, y me dixo: Señora, ya quedais vengada; el atrevido que quiso robaros, se halla á la hora de ésta en la carcel, como tambien los tres malvados que tuvieron la osadía de poner en vos las manos. Se les va á formar su causa, y pronto vereis el celo con que os he servido. Yo le respondí, que estimaba con el mayor agradecimiento el favor que me habia hecho, y que deseaba se presentase ocasion de manifestarselo. Ya se ha presentado ésta, me replicó, y así, corresponded al afecto que os he cobrado, y de esta suerte me pagareis con demasia todo quanto yo he hecho por vos.

Estas palabras no fueron mas que principio de una infinidad de otras que me dixo acompañandolas con las mas vivas muestras de ternura. Apenas se marchó, quando D. Felix, su compañero, vino á ocupar su lu-

gar, y decirme las mismas cosas. Segun decia, no habia hombre mas apasionado de mí. Solo queria vivir para adorarme, y dedicar todo su tiempo en servirme. Es preciso añadir á esto, que Don Felix se explicaba con mas persuasiva, y era además mejor mozo que D. Josef; con todo, no causó en mí mayor impresion que éste, por lo muy difícil de persuadir que yo me habia hecho.

Aunque yo no hubiese dado esperanza alguna á aquellos dos Caballeros, sin embargo los recibia con agasajo, no permitiendome proceder de otra suerte la obligacion que les debia. Estos rivales empezaron á disputar entre sí mi voluntad, obsequiandome con anhelo, sin que por eso se notase alteracion en su amistad; pero poco á poco se fué resfriando ésta, y por último, los zelos suscitaron entre ellos un ódio, que vino á parar en un desafio, en el qual quedó muerto D. Josef, y herido peligrosamente D. Felix. Enterado de la causa de esta pendencia el señor Juez, mandó prender á la tia y á la sobrina, y en los primeros impulsos de su ira las hizo encerrar en la casa de las mugeres penitentes, como dos bribonas aventureras.

Sin embargo, de allí á dos dias, haciendose cargo de que todo mi delito consistia en haber parecido bien á aquellos dos Caballeros, pudo mas con él su equidad, que su enfado; y así nos mandó soltar de la prision con órden de salir quanto antes de Sevilla. Nos hubieramos consolado de esto, si quando estuvimos fuera, hubiesemos encontrado en casa los bienes que teniamos; pero nuestros dos criados los habian robado, y cargado con ellos, de manera que no nos quedaban mas que sesenta doblones, y el diamante de mi sortija, con lo qual nos pusimos en camino para Córdoba con

un arriero, siguiendo á lo largo la orilla del río Guadalquivir.

Capítulo IV.

De los nuevos apasionados que tuvo en Córdoba. Es infiel á su primer amante, por irse á Granada con un criado fingido de un Comendador.

No pudiendo hacer en Córdoba sino una figura muy mediana, por ser tan cortas como eran nuestras facultades, tomamos un quarto en una posada, y empezamos á vivir con mucha circunspeccion. Saliamos por la mañana á oír Misa, y pasabamos lo demás del dia en casa, sin buscar el hacer conocimientos. Damiana se imaginaba, que una vida tan retirada se haría notable, y nos agenciaría alguna visita de provecho, como con efecto el suceso siguiente verificó su conjetura.

Fué un dia á vernos una vieja decentemente vestida, llamada la Señora Camila, y nos dixo: Señoras, dadme vuestra licencia para que una vecina, que al ver vuestro ayre, juzga que sois personas de mucho modo, venga á manifestaros el deséo que tiene de entablar con vos un tratito de amistad. Nosotros la respondimos cortesmente, que la agradeciamos su honra, y el gusto que en esto nos daba. Hablamos despues sobre las costumbres de Córdoba: No hay ciudad en el mundo, nos dixo aquella Señora, donde el obsequio á las Damas esté mas introducido. Ann los viejos dan en eso, y además son galantes y generosos con exceso; y acerca de esto nos contó varias historias de muchachas forasteras, que habian hecho allí fortuna, lo que nosotras estuvimos escuchando con atencion, por donde vino

á conocer bastante, que sus relaciones nos agradaban. Pero si ella echó de ver que picábamos en el anzuelo, nosotras por nuestra parte advertimos, que la vecina tenia toda la traza de andar uniendo voluntades.

No era errado nuestro juicio, porque ello era que andaba haciendo casamientos clandestinos, y principalmente sabía unir á barbones con niñas de menor edad; y á viudas ya rancias con hombres mozos. Su fuerte era ese. En la segunda visita que nos hizo, nos ofreció su habilidad y servicios; diciendo á mi tia á solas, que tenia en la mano un partido muy ventajoso para mí: Es, añadió, el Comendador de Montereal de la casa de Fonseca. Verdad es que no es jóven; pero quitado eso, no hay Señor mas amable, á lo menos no hay ninguno que sepa mejor querer que él. Os puedo decir además, que es un sugeto espléndido, y tiene grandes rentas, pues sin contar sus demas bienes, la Encomienda le vale diez mil ducados al año.

Esta franqueza de corazon no la disgustó á mi tia, quien no queriendo otra cosa más que ayudar á desplumar un páxaro de tan rica pluma, se acomodó sin detencion á las ideas de la Señora Camila; y estas dos buenas piezas se encargaron la una de alabar mis gracias al Comendador, y la otra de prepararme á que le pusiese buena cara.

La primera vez que ví á este Caballero anciano, fué en la Iglesia, donde estaba yo con Damiana; la qual, mirádo con muchísima atencion á todos los Caballeros que junto á nosotros estaban, atisbó á uno, que juzgó ser el Comendador. Hizomelo advertir, y á mí me pareció, como á ella, que era él, en el cuidado que ponía de darme ciertas miradas afectuosas, de las que no se me escapaba ninguna, aunque yo hacía estudio de evi-

tarlas todas. Estuve exâminando con disimulo á este amante, que habiendose vestido galanamente, me pareció todavía mozo, bien que ya pasaba de sesenta años.

¿Qué te parece nuestro Comendador? me dixo mi tia, quando estuvimos en casa: A mí no se me figura tan viejo, que no merezca llevarse la atencion de una Dama; y sobre tener buen personal, es aseado, lo que puede suplir por la juventud. ¿Qué dices á eso, hermosa Francisca? ¿No le contemplas digno de alguna complacencia? Por cierto que sí, la respondí yo, me parece que todavía puede pasar; pero no sabemos si el sugeto de que hablamos, es el Comendador de Montereal. Pronto saldremos de la duda, replicó mi tia. La vieja, nuestra vecina, vendrá hoy á vernos, y nos dirá si nos hemos engañado.

Con efecto, aquel mismo dia vino á visitarnos la señora Camila, y nos dixo, que el Comendador consabido nos había visto en la Iglesia, y por las señas que nos dió de él venimos en conocimiento de que habiamos acertado. Este Señor, añadió, está ya muy apasionado de Doña Francisca. Me ha hecho grandes elogios de ella, expresandome que tenia un ayre señor, un porte magestuoso, y que si á esto correspondia la hermosura de su cara, era muger á quien amaría toda su vida, y en seguida me ha hecho las mas vivas instancias para que le proporcionáse la satisfaccion de tener un ratito de conversacion con ella, lo que le he ofrecido, y esta noche os le he de traer aquí.

Imaginandose Damiana al oír estas últimas palabras, que era ya dueña de las rentas de la Encomienda de Montereal, no pudo contenerse en mostrar su gozo; y para no callarte nada, á mí me sucedió lo mismo, lo que se me podia tanto mas perdonar, quanto empe-

zabamos ya á vernos cerca del estado de la miseria; y oyendo yo continuamente las exhortaciones de mi tia postiza, para que sacase yo provecho de mis atractivos, tuve por preciso el dar oídos al Comendador.

Púseme, pues, petimetra para recibir su visita. Pasé en el tocador algunas horas consultando con el espejo, y mucho mas con Damiana, la qual me decia, habiendo sido en otro tiempo cortejada, que habia descubierto en mi cara ciertos ayres vencedores de corazones. Pero puedo asegurarte, que todo mi cuidado era enteramente inútil, pues para hacer la conquista que yo meditaba, no necesitaba mas que presentarme qual yo naturalmente era, pues mis pocos años bastaban para inflamar á un hombre del carácter de aquel Señor anciano. Luego que me vió sin manto, creyó ver el Cielo abierto, y manifestó una extrema admiracion. Parecia que nunca habia visto cosa mas hermosa. ¡Há! Camila, exclamó como con entusiasmo, hablando con su introductora, no me habeis añadido nada. ¡Qué digo! me habeis disminuido las gracias de la incomparable Doña Francisca, muy lexos de habermelas exágerado. ¡Qué amable! No hay dicha igual á la de lograr su corazon.

Como yo tenia ya cansados los oídos de oír requiebros, escuché con serenidad al señor Comendador, quien haciendose bien cargo de que era menester hablar en otro lenguaje mas persuasivo para conseguir su intento, prosiguió en estos terminos dirigidos á Damiana: Señora, yo imploro vuestra proteccion; usad, os suplico, del poder que teneis en vuestra sobrina, para que permita mis obsequios. Mi ánimo es quererla, y mudar el estado de su fortuna, el qual no me parece conveniente á lo que se merece.

Aquí se detuvo, esperando mi respuesta; pero yo dexé á mi tia, que respondiese por mí. No me contenté solo con guardar silencio, sino que me fingí avergonzada y confusa, lo que no hizo mal efecto. Damiana fué la que tomó la palabra, y se portó como muger de entendimiento. Al tiempo de dar gracias al Comendador del buen afecto que me manifestaba, le expresó, que yo lo merecia. Le alabó mi crianza, mis habilidades, y le refirió una novela tan bella del juicio con que yo siempre habia vivido, que el viejo me miró como el mejor conocimiento, que pudiera jamás haber hecho.

Para entablarlo baxo de un venturoso auspicio, nos hizo dexar nuestra posada, é ir á ocupar una casa que tomó, é hizo mueblar en forma. Recibió criados que nos sirviesen, y se encargó de hacer el gasto. Nos llenó además de regalos; de manera, que en breve nos vimos sobre un buen pie. Puedes hacerte cargo, que yo no pagué con ingratitud un modo de portase tan galante y generoso; pero no adivinarás qual fué mi agradecimiento.

Desde la primera conversacion que tuvimos, conocí cómo me habia de manejar con él: Hermosa Doña Francisca, me dixo, no ignoro que en un hombre de mi edad sería locura pensar inspiraros amor. Yo me hago justicia; y así no espero de vos mas que una mera estimacion y afecto. No obstante, permitidme os diga, que es tal la pasion que os tengo, que moriría de celos si viese queriais á otro.

Yo os abro mi pecho, añadió; y quizá el vuestro se irritará al oír el sacrificio que voy á pedir, y que podrá pareceros una tiranía.

¿Pues qué sacrificio es ese? le dixé: es preciso que

sea un imposible para que yo no os lo conceda. Decidme sin temor qual es. No es otro, respondió el Comendador, que el que no penseis sino en mi, y que para acomodaros á mi delicadeza, no deis oídos á ninguno. ¿Os sentís capaz de hacer un favor tan grande á quien no tiene sino un tierno afecto para merecerlo?

Yo fingí reirme al oírle hablar de aquella manera, aunque en la realidad lo que aquel señor viejo me pedía, no fuese cosa de mi gusto; y despues, poniendome circumspecta, señor Comendador, le dixé: ¿Es ese el esfuerzo penoso que esperais de mi gratitud en pago de los favores que me haceis? ¡Ah! Contad con que me costará poco trabajo el sacrificaros quantos hombres hay en el mundo, pues tanta es la indiferencia con que los miro. Mi viejo pensó morirse de alegría de oírme; y cogiendome gozoso la mano, me dixo, que yo habia nacido para hacerle dichoso.

Prometile, pues, no escuchar á nadie mas que á él, y esta oferta se la hice sinceramente. Determiné cumplirle la palabra en quanto me fuese posible; y prueba de lo que digo es, que desde aquella singular conversacion me dediqué á no darle ningun motivo de recelo. Si estaba en paséo, en vez de emplearme en mirar á los Caballeros, ponía mucho cuidado en taparme el rostro, de suerte que eran en vano sus miradas. Si el amo de la casa llevaba á comer consigo algunos amigos, lo que sucedia algunas veces, lexos de provocarlos con miradas graciosas, desviaba de ellos la vista con un cuidado, de que se pagaba mucho el Comendador, y estaba cierta de recibir de él algun buen regalo.

Poco era, pues, lo que me costaba el hacer feliz á mi viejo, quien por su parte nada omitía para que yo lo fuese enteramente; pero el amor vino á turbar nues-

tra inocente amistad. Al Comendador le dió la gana de recibir por Lacayo á un mozo de bella estatura, llamado Pompeyo, á quien hizo en breve el criado favorito. Era bien proporcionado, y tenia toda la traza de ser hijo de padres decentes. Su entendimiento correspondia á su buen parecer; y la elegancia con que se explicaba, daba á entender le habian dado buena crianza. Todas las mañanas iba á llevarme un papel de parte de su amo, y las mas veces me entretenia yo en hablar con él. Al principio no advertí que gustaba de mi conversacion, aunque en mí sola consistia el echarlo de ver, pues siempre que el señor Pompeyo me hablaba, me miraba con un semblante tan afectuoso, que no era culpa suya si yo no lo notaba. No obstante, abrí al fin los ojos, y ví lo que yo habia hecho.

Aquí interrumpí á Francisca, exclamando: ¡Santos Cielos! ¿qué vas á decirme, hermana? ¿Pues qué pudo aquel Lacayo llevarse tu atencion? Llegué á estar loca por él, me respondió, y loca de atar. Sin embargo, hermano, prosiguió, suspende la reprehension, que esta confusion mia parece te da derecho á darme, y escuchame hasta el fin.

Así que conocí el estado de mi corazon, me avergoncé de haberme prendado de un criado, aunque yo habia oído decir, que mugeres de mejor nacimiento que el mio no se desdennaban algunas veces de abrazarse en igual fuego. Apellidé en mi auxilio mi altivez, y con ánimo de ahogar en su principio un indigno amor, no volví á dar conversacion á Pompeyo. Recibia con frialdad de su mano las cartas que me llevaba, sin decirle una palabra, y aun me privaba del gusto de mirarle á la cara.

El pobre mozo se apesadumbrió mucho de ver en mí

esta mudanza, cuya causa no penetraba. Creyó que yo habia leído en sus ojos su temeridad; que estaba indignada de ella; y que por castigarle habia dexado de hablarle. Fué tanto el pesar que tomó, que me dió lástima, y volví á tener conversacion con él. Mas hice, pues le moví á que me descubriese su corazon, ó á lo menos yo me lo imaginé así. Pompeyo, le dixé un dia, ¿me quereis? Esta pregunta que él no esperaba, le turbó: y para darle lugar de que se serenase, proseguí de esta suerte: Si me quereis, pienso me confiareis un secreto, que yo os doy palabra de callar. Yo sospecho que no sois el que pareceis, pues vuestros buenos modales os descubren. Confesad que sois un sugeto distinguido, y que meditais algun designio, que no podeis executar sino disfrazandoos de Lacayo.

Se quedó tan suspenso Pompeyo de oirme, que estuvo un rato sin hablar. Vuestra turbacion y silencio, le dixé entonces, me hacen ver que os he conocido. Reveladmelo todo, y contad con que os guardaré el secreto. Señora, me respondió Pompeyo, algo recobrado de su turbacion, si quereis absolutamente que yo satisfaga vuestro deseo, os obedeceré; pero os advierto, que así que acabe de contentarlo, os enfadareis conmigo. No importa; le repliqué acelerada; hablad, pues callando no haceis mas que aumentar mi curiosidad.

Entonces el Lacayo del Comendador, puesta una rodilla en tierra delante de mí, como un Príncipe de Comedia delante de su Princesa, me dixo en tono teatral: Pues bien, Señora, pues bien, voy á descubrirme una vez que lo mandais. Es cierto que no soy un desdichado á quien la pobreza ha reducido á servir, sino un hombre ilustre encubierto. Me llamo D. Pompeyo de

la Cueva, que al pasar por esta ciudad, donde nadie me conoce, hizo la casualidad que os viese, y me dexasteis hechizado. Supe que el Comendador os amaba, y no pudiendo yo persuadirme á que vos le quisieseis, intenté agradaros, animado mas de sus muchos años, que de presuncion de mi persona. Tuve maña para que me recibiese por criado, y con semejante ardid me he introducido en vuestra casa.

Sí, divina Francisca. El amor, prosiguió con voz afectuosa, es el que me ha inspirado esta estratagemá para declararos mi pasion. Si no os dais por ofendida de ella, no habrá dicha que iguale á la mia; pero si por guardar demasiada fidelidad á mi competidor, no quereis escuchar á otro ninguno, aunque es grande el fuego en que siento abrasarme por vos, voy á ausentarme de Córdoba para siempre.

Si mi corazon no hubiese estado ya dispuesto en favor de aquel Caballero jóven, me hubiera recelado de sus palabras, y del ayre persuasivo con que las sazonaba, y acordado de que Don Gregorio de Clevillente me habia hablado del mismo modo; pero como yo estaba aficionada á D. Pompeyo de la Cueva, no dudé un punto de que procedia sencillamente. Adelanté todavía el asunto, pues además de la flaqueza de creerle, tuve la de confesarle que me era grato su cariño.

Fué extrema la alegría que mostró, luego que supó la victoria que habia conseguido, y no fué menor la mia de verle tan contento. De esta manera es como le cumplí á mi Comendador la promesa, que le habia hecho de no enamorarme de otro. ¿Mas cómo se han de guardar semejantes palabras á un Señor viejo? Esto es quanto se puede hacer por los galanes mas jóvenés, y mas perfectos. Con todo eso diré en elógio mio,

que no dexé de sentir remordimiento de faltarle á la fidelidad que le habia prometido. Tuve compasion de él, é hice lo que una bribona viendose en mi lugar no hubiera hecho, que fué dexarle, porque tuve escrúpulo de continuar en admitir sus dádivas, y tener dos suspirantes á un tiempo.

Mi tia, que no era tan escrupulosa como yo, me aconsejaba, viendo que el Comendador era un parroquiano de mas provecho que el Lacayo, que prefiriese al primero, ó á lo menos estuviese bien con los dos, con el uno por la utilidad, y con el otro por el agrado, cosa que no hubiera carecido de exemplo; pero yo quise mas seguir los consejos del amor, que no los suyos, y marcharme con D. Pompeyo, quien me instaba á cumplirle el deseo que tenia de llevarme á Granada, donde nos esperaba una suerte llena de delicias. Dexé, pues, allí á mi viejo enamorado, como tambien á mi fingida tia, á quien abandoné todos nuestros efectos, para que se consolase de nuestra separacion, y rodase hasta tener otra sobrina; y no llevando conmigo sino mi juventud, y mis atractivos, salí de secreto de Córdoba una mañana con D. Pompeyo, y el dia siguiente llegamos á Granada.

Capítulo V.

Qué sugeto era D. Pompeyo. De la sincera declaracion, y de la propuesta que hizo á Doña Francisca despues de casado con ella, la qual se consuela facilmente del engaño de su marido, y consiente en lo que le propone.

No tuve necesidad de instar á D. Pompeyo á que nos casemos, pues estaba tan impaciente porque se verificase, que luego que estuvo en Granada, no se ocupó

mas que en hacer las diligencias para ello. Casamonos en fin, y al otro dia de la boda tuvimos una graciosa conversacion.

Querida Francisca, me dixo abrazandome cariñosamente, ya estamos unidos los dos con los dulces lazos del matrimonio. Ahora es, chusca mia, quando nos hemos de hablar sin rebozo. Solo los amantes tienen licencia de mentir; pero los maridos es preciso que sean sinceros. Voy á mudar de estilo, y á no disimular nada. Quando en Córdoba te conté que era un Lacayo fingido, y que el amor me habia dictado semejante ardid para introducirme en tu casa, te dixé la verdad; pero quando tomé el nombre de D. Pompeyo de la Cueva, te confieso que te engañé, y que me condecoré con este ilustre apellido para hacer mas disculpable mi temeridad. Sin embargo, si no soy de sangre noble, tampoco desciendo de gente baxa. Me llamo Bartolomé Mortero, y mi padre fué un venerable Boticario de la insigne ciudad de Zaragoza. Este es, Reyna mia, un ligero chasco que te he dado, el qual debe bien perdonarme la hija de un Alcalde de Lugar.

Te lo perdono gustosa, le dixé yo sonriendome. La casualidad no siempre iguala tan bien á los esposos; pero dime: ¿exerces la Farmacia? Al principio me empleé en ella, me respondió, hice varios cocimientos, lo que me disgustó del exercicio. Conocí haber nacido para cosas mas altas. Me he hecho Príncipe; unas veces soy un Héroe Moro, y otras un Rey Christiano. Por aquí vendrás en conocimiento que soy comediante; hago el papel de primer Galan, y éste es mi empléo.

Muchísimo dudo, le repliqué, que las rentas de tus Monarquias sean crecidas. Es verdad, me respondió, que son algo cortas, á menos que nuestras Comedias

nuevas, buenas ó malas, deslumbrando al público, nos procuren grandes entradas dos meses seguidos, lo que te digo la verdad, es cosa muy casual. En quanto á nuestras Princesas, prosiguió, tienen mucha mas fortuna que nosotros. Que el teatro las valga ó dexé de valerlas, viven siempre cómodamente y con abundancia: es preciso ver su dicha para creerlo. Los Señores de todas las ciudades por donde pasamos, se desviven por ellas. Por exemplo, las Cómicas de la compañía que está representando ahora en esta Capital del Reyno de Granada, tienen todas con que mantenerse perfectamente, desde la mas bonita hasta la mas fea. Parece que las mugeres de teatro tienen algun secreto para agradar á los hombres distinguidos por su nacimiento ó por sus riquezas.

Despues de haberme alabado de esta suerte mi marido la vida afortunada de las Comediantas de Granada, me propuso entráse en su número, diciendome: Francisca, creeme, abraza mi exercicio. Siendo, como eres, moza y bien parecida, no te servirá sino de diversion. Tú te estás burlando de mí, le respondí; es menester habilidad para el teatro, y yo no la tengo. Te sobra, me dixo; yo me acuerdo de haberte oído cantar varias veces algunos romances delante del Comendador, y no menos me embelesaba á mí que á él la dulzura y fuerza de tu voz. No hay canario que cante mas lindamente que tú.

¡Es creíble, exclamé riendome, que mi voz hiciese en tí tanta impresion! ¿Pues qué dirías, si me hubieras visto baylar? Me persuado que te habrian gustado mas mis pasos, que mi cantar. ¡De veras! me dixo con admiracion. Pues, Reyna mia, vaya, hazme el gusto de baylar un poco para ver cómo te portas. Puseme in-

mediatamente, por contentarle, á baylar una zarabanda, lo que executé de modo que le dexé suspenso. Muger de mi vida, exclamó en la fuga de su regocijo, ¡qué tesoro tengo en una esposa que posee dos habilidades, que se pueden llamar hoy en el dia dos minas de oro y de diamantes. No dilatemos el aprovecharnos de ellas. Desde mañana haré que se junten los Cómicos, y te presentaré á ellos como una persona capaz de enriquecer á la compañía.

Por lo que á mí toca, añadió, basta que me vean estos Señores para que me reciban por compañero. Conocen de reputacion á Bartolomé Mortero, y se alegrarán de tenerme por compañero. Quando pasé por Córdoba, en donde me detuvo tu belleza, volvia de Sevilla, en cuyo teatro he lucido tres años, y estaría luciendo todavía, si no me hubiese visto obligado á desaparecer de allí prontamente por la noticia que me dieron, de que mis acreedores perdian la paciencia.

Finalmente, mi marido me pintó tantas ventajas, comodidades y placeres en la vida cómica, y me hizo tantas instancias para que abrazase el exercicio del teatro, que por último lo consiguió.

Capítulo VI.

Entra Doña Francisca en la compañía de los Cómicos de Granada. Cómo le pareció al Público. De los muchos Señores que se prendaron de su habilidad y gracias. Su marido la busca al Conde de Piedrallana, para que la corteje, y ella, por obedecer á su esposo, admite sus visitas.

Aunque mi marido me habia animado algo con los exâgerados elogios que de mí habia hecho, sin embargo,

me presenté al día siguiente temblando delante de la compañía de Cómicos, en que no faltaba ninguno, porque todos tenían curiosidad de verme. Las mugeres, entre quienes habia algunas bastante lindas, me miraron con una atencion crítica, por decirlo así, y hallaron en mí mas faltas de las que tenia, y á los hombres les parecí mas bonita de lo que yo era realmente.

Hicímonos unos á otros mil cumplidos, y no hubo tasa en los abrazos, como si todos hubiesemos sido los mayores amigos del mundo. Tratóse despues del partido que me habian de dar. Señores, dixo entonces mi marido, mi muger canta y bayla que es un pasmo. Creo que con dos habilidades como éstas, no será la menos útil de la compañía. En quanto á representar, no está aun formada; pero además de la buena disposicion que conozco tiene para llegar á hacer bien los papeles de amor, su maestro será Bartolomé Mortero, que os da su palabra de sacar de ella en seis meses una excelente Cómica.

Todos fueron de parecer, que si yo era qual aseguraba Bartolomé, les sería de mucho auxilio, pues tenían una infinidad de comedias y entremeses divertidos, que no podian representar por no tener entre las mugeres quien cantase y quien baylase. Hicieronme en seguida cantar, y al acabar me aplaudieron todos á qual mas pudo.

Eso no es nada, Señores, exclamó mi marido, regocijado de ver alabar mi voz; ahora vereis que mi muger sabe aun mejor encantar los ojos, que los oídos. Con efecto, despues de haber baylado, la compañía me honró con un palmotéo general, y me hicieron cumplimientos excesivos. Así es como se debe baylar, decia uno; eso se llama hacer bien los pasos, decia

otro; tiene mucho señorío y naturalidad. ¡Ah! pica-ronazo, le dixo en voz baxa á mi marido otro Comediantes, dandole una palmadita en el hombro, ¿adonde has ido á pescar una muger semejante? ¡qué lluvia de pesos va á caer en tu casa! En una palabra, cada uno manifestó que la compañía habia hecho una buena adquisicion conmigo, y quedé recibida con consentimien-to unánime, como tambien admitieron á Bartolomé, quien sin disputa alguna era un Representante muy bueno.

Desde entonces no pensamos sino en disponernos para salir á las tablas, lo que no dexaba de sernos em-barazoso, por hallarnos sin ajuar, sin vestidos y sin ropa blanca; y aun estabamos tan mal de dinero, que apenas teniamos con que pagar el quarto de la posada. Mucho trabajo, pues, nos hubiera costado el poder presentarnos por la primera vez en aquella escena, si no hubiese yo tenido la sortija de un diamante que me regaló D. Gregorio; pero por fortuna la guardaba con-migo; vendimosla, y el dinero que sacamos se lo di-mos á cuenta á los artesanos, que nos hicieron á cada uno un vestido de teatro igualmente rico que ayroso.

Habiendo llegado en fin el dia de nuestra salida, los Cómicos, que están siempre prontos para coger la ocasion de tener mayor entrada, no dexaron escapar ésta; y así pusieron un cartel, anunciandonos en él con elogio al Público, diciendo, que dos siniguales perso-nas, recién llegadas á Granada, harian papel en el *Fenix de Alemania*, comedia de D. Juan de Matos Frago-so, que tiempo habia no se representaba. El Público, que en todas partes ama la novedad, acudió de tropél á la casa de comedias, y salió muy contento de mi marido, que hizo el papel de Ricardo; y yo que hacia

el de una cantora en la primera jornada, así que empecé á cantar resonó el teatro con el ruido de los aplausos de todo el concurso. Mas aplaudida fui en la tercera jornada, en cuyo fin tuve que baylar. ¡Quanto me palmotearon! aquello fué una locura; no puedo decirte hasta qué punto agradé á los espectadores, quienes estuvieron una hora cabal, despues de acabada la comedia, hablando de mi habilidad. Unos decian, que cantaba mejor que baylaba, otros pensaban lo contrario; pero de lo que todos se admiraban era de ver unidas en mí dos habilidades, que tan rara vez se encuentran juntas. Hubo tambien varios á quienes suspendió mi juventud, y mi palmito; y de estos, algunos quisieron dedicarse á obsequiarme.

La segunda vez que representamos la misma función, acudió tambien muchísima gente; y como ya tenia menos temor, canté y baylé mejor que el primer dia. En la ciudad no se habló ya de otra cosa que de la Cómica nueva. Unos á otros se preguntaban si habian visto aquel prodigio. Los Caballeros Granadinos empezaron á quererme ganar la voluntad con regalos. Todas las mañanas quando estaba en el tocador recibia algunas alhajas que me enviaban, sin decirme de qué parte. Ya era un relox de oro, ya un collar de perlas, con pendientes iguales; ó ya una pieza de estofa rica, ó una canastilla llena de guantes, de encaxes, de medias de seda, y de cintas.

Los Caballeros que me hacian estos regalitos sin manifestar su nombre, se descubrieron bien pronto, y dieron en perseguirme. Uno me estaba acechando para hablarme al paso entre bastidores, y decirme algun requiebro; otro me escribia todos los dias billetes afectuosos, y queria enamorarne con palabras, creyendo

el tonto llegar á lograr su intento por ese medio; y otro finalmente, que lo entendia mejor, se valía de una Cómica vieja, de sus amigas, para que me convidáse á cenar en su casa, en donde no dexaba él de hallarse; pero todos estos galanes no sacaban el gasto que hacian. Además de ir yo poniendome mas vana conforme me veía mas aplaudida del Público; mi esposo, á quien yo no le callaba nada, me estaba continuamente diciendo, que no hiciese caso sino de algun sugcto que tuviese muchos miles de pesos, de un gran Señor.

Parecia que adivinaba la buena fortuna que me estaba esperando. Llegó á Granada el Conde de Piedrallana, y al instante quiso ir á la comedia, movido de lo bien que le habian hablado de la Compañía, y de mí especialmente. Aquella tarde que me tocó salir, canté una tonadilla; pero no tuve que baylar. Sin embargo, bastó mi voz para llevarse de calles á aquel Señor; y así me lo declaró Bartolomé de allí á dos dias. Sabe, me dixo, que has cautivado al Conde de Piedrallana; no podias haber logrado un apasionado de mayor provecho para tí, pues es un hombre, que además de ciento y tantos mil ducados de renta, tiene un modo noble de gastarlos. Es tan generoso, que empieza por hacer rica á la que le gusta, antes de hablarla. Finalmente, es un Señor de quarenta años á lo mas, y de muy buen parecer.

¿Cómo sabes tú, le dixé á mi marido, que el Conde de Piedrallana se ha prendado de mí? Tú tal vez lo crees porque lo deseas. No, no, me respondió, lo sé de su misma boca; y te participo, que actualmente estan alhajando por órden suya una hermosa casa que ha hecho tomar para tí, á doscientos pasos de la comedia. Yo no hice mas que reirme de sus palabras, no

pudiendo imaginarme que las decia de veras. Sin embargo, no hablaba de chanza.

Te diré asimismo, prosiguió, que tendremos cocinero, un ayudante, y un mozo de cocina, asalariados por este Señor; y que sin necesidad de cuidar de nada nosotros, correrán con todo el gasto de casa, y nos mantendrán una mesa para seis personas: Item, no piensa incomodarte, y así no pondrá á tu lado una dueña que vigile sobre tus acciones, y te ande observando. Como sabe tanto lo que es querer, no intenta mostrar una desconfianza, que siempre es odiosa á la persona amada, aunque ésta no tenga gana de engañar. Descansará en tu fidelidad, fundado en las atenciones que tendrá contigo: Item, sin perjuicio de los presentes que te enviará todos los dias, te mantendrá un buen coche, en que irás magníficamente al teatro, aunque las pese á tus compañeras, que no pueden ir á él sino á pie, ó en coche de alquiler.

Qualquiera que te oyese, le dixese á Bartolomé, creería que no te daría pesar que yo admitiese al Señor de quien hablas. El que lo creyese tendria razon, me respondió; y en la realidad, mas quisiera yo que te visitase un sugeto tan rico y noble, que verte tontamente encaprichada de algun Comediante, ó de algun Autor. Vuelvo á repetir que sí, que me alegraré muchísimo. Si pensase de otra manera me silvarian todos los maridos de nuestra compañía.

Puseme seria al oírle decir esto, como si mi virtud se hubiese fortalecido en la Comedia, y afeé á mi marido el querer él mismo que tomase yo una amistad; pero él se burló de mis escrúpulos, y me dixo para quitarmelos, que la Cómica que no tenia mas de un amigo, se hallaba en igual grado de honradéz, que

otra muger que estaba sin ninguno: Pues en ese supuesto, le dixe á Bartolomé riyendome, elijo por el mio al Conde de Piedrallana, que me propones tan gustoso, y ratifico con mi consentimiento el tratado de alianza que has hecho con él.

Aunque yo mostráse no pronunciar estas palabras en tono serio, no obstante él las tomó al pie de la letra. Aseguró al Conde que yo estaba en la disposicion que él deseaba, lo que agradó tanto á este Señor, que me envió mas de diez mil ducados en joyas de diamantes, pidiendome permiso de ir á visitarme á la posada interin me mudaba á mi nuevo alojamiento. Recibí, pues, su visita, no pudiendo sin grosería excusarme á ello despues de haber admitido su regalo. Una mañana, que yo estaba en el tocador, llegó acompañado de Bartolomé, el que, para dexar que tuviesemos mayor libertad de hablar, desapareció de allí á un instante, como marido que sabía las reglas.

Señora, me dixo el Conde: Yo no me disculparé con vos de venir inconsideradamente á ofrecer mis rendimientos quando estais al tocador. Bien sé que era mala ocasion esta para ir á ver á las mas de vuestras compañeras; pero en quanto á vos, hermosa Francisca, no hay tiempo en que parezcáis mejor que en éste. Despues de un cumplimiento tan lisongero, empezó á hablar de un modo, que no lo era menos. Parecióme tan cortés como el Comendador de Montereal; bien que de mas gracioso rostro, y me hubiera gloriado de que un Señor semejante me hubiese querido, aun quando no hubiese tenido las riquezas que tenia.

Despues de una conversacion bastante larga, y muy expresiva, se retiró contentísimo, á lo que me pareció, de mi visita, lo que me confirmó Bartolomé,

quien habiendo vuelto inmediatamente de haberse marchado aquel Señor, me dixo: El Conde va hechizado de tu entendimiento, y de tus buenos modales; ahora me lo acaba de decir, y yo apostaría de buena gana, que por tu lado no has quedado mal inclinada á él. Muy bien me ha parecido, le respondí. Ese es uno de aquellos Señores con quienes una muger hace agradablemente su fortuna. Así es verdad, replicó mi marido, porque hay otros tan tontos y fastidiosos, que sus amigas pueden decir con razón, que ganan bien su dinero.

Capítulo VII.

De otros varios regalos que el Conde de Piedrallana hizo á Doña Francisca, y de las atenciones que le mereció. Otro apasionado la regala diferentes joyas preciosas de diamantes, y ella no las admite, de lo que agradecido el Conde la hace donacion de una magnífica casa de campo. Cómo acabó una amistad tan cariñosa.

Fuimos á habitar la casa nueva así que estuvo compuesta. Aun quando se hubiese amueblado para una Princesa, no podía estar mas magníficamente adornada. Reynaban en ella á la par la riqueza y el buen gusto. Habia dos habitaciones separadas, una para mi marido, y otra para mí, habiendolo dispuesto así por escrupulosidad el Conde. La mia deslumbraba con el oro y la plata, que resplandecia por todas partes, y la de Bartolomé, aunque mucho mas modestamente puesta, hubiera hecho honor, á un Caballero.

Anduvimos viendo la casa de arriba abaxo, y advertimos no sin gusto en una cocina, pertrechada de todos los utensilios necesarios, tres hombres ocupados

en disponernos la cena; es á saber, un Cocinero, un Ayudante y un mozo. Yo me imaginaba al considerar los muchos manjares que estaban aderezando, que seríamos una docena de personas á la mesa; creía á lo menos que el Conde, que para darnos la posesion de nuestra nueva vivienda habia de ir á cenar con nosotros, llevaría consigo algunos amigos. Con todo, fué solo, y tuve con él la segunda conversacion, en la que apreté, digamoslo así, sus cadenas, valiendome de todos los encantos de mi voz, quiero decir, cantando los pasos mas expresivos de nuestras Comedias, que yo le aplicaba, mirandole con semblante afectuoso, con que le penetraba hasta lo íntimo del corazon.

Si estuvo divertido este rato aquel Señor, lo mismo le sucedió mientras la cena. Hícele mil zalamerías, para aumentar su inclinacion; y lo desempeñé con tan buen efecto, que al dia siguiente me envió una porcion de plata labrada, que valía mil doblones. De allí á tres dias me llevaron de su parte dos magníficos vestidos de teatro. ¿Qué te diré? era cosa de nunca acabar, pues no pasaba dia que no recibiese de él algun regalo.

Con todas estas dádivas juntas, y con lo que nos valía á mi marido y á mí la Comedia, la que, gracias á nuestra primer salida, era muy concurrida entonces, lo pasabamos tan bien, que empezamos á echar un porte mas lucido. Tomamos dos criados, y una doncella, y yo no iba ya al teatro sino en un coche magnífico, de que era dueña, y no me costaba nada.

Esta mutacion, luego que se notó, fué motivo de diversion á los bufones de la compañía, y suscitó la envidia de muchas; pero en breve dexaron de hablar, y se acostumbraron á ella. Mas yo que en esto no encontraba sino comodidad, imitaba á aquellas com-

pañeras mías, que se hallaban en igual caso; muy lexos de tener la menor vergüenza, ningun cuidado se me daba de las habladurías, y de las miradas malignas del Público; y en la realidad, si el llevar coche era ridiculez, ésta no recaía sobre nosotros.

Yo no trataba en el teatro con otra ninguna Cómica mas que con la llamada Manuela, que arrastraba como yo un coche de Señor. Obsequiábala D. García de Padul, Caballero Granadino, que gozaba de una gran renta, la qual gastaba noblemente con ella. Esta muchacha quiso tomar amistad conmigo, y la consiguió haciendome dueña de la suya. Nos cobramos una á otra tanto cariño, que apenas nos separabamos quando moriamos de deséo de volvernos á juntar. Yo no sé si nos gustabamos el estar juntas, que con nuestros Caballeros. De esta estrechez tan fuerte nació el que D. García y el Conde tuviesen gana de conocerse; y ya hecho el conocimiento, formamos entre los quatro una compañía, en la que reynaban la alegría y los placeres, y se comia grandemente. Todas las noches cenabamos, ó bien en casa de mi amiga, ó en la mia; no pensabamos mas que en divertirnos, y viviamos todos con tanta familiaridad, que no se hubiera podido decir, si aquellos Señores se humillaban hasta nosotras, ó si nosotras eramos las que nos elevabamos hasta ellos.

Mientras gozabamos de una vida tan divertida hacía yo infelices á otros. Llamo así á algunos mozuelos, que no perdian dia de Comedia por verme, y se abrasaban en un fuego oculto, ó si me lo llegaban á declarar no sacaban fruto alguno. Habia entre ellos uno que se hacia distinguir por su nacimiento, y mas aun por el mérito de su persona. Era éste D. Gutierre de Albuñuelas, hijo mayor del Gobernador de Granada, y el

mas bello mozo de su tiempo. Volvia de concluir sus estudios en Salamanca. No tenia ya ni Ayo, ni Preceptor, y empezaba á gozar del placer de ser dueño de sus acciones.

Este Caballerito no faltaba á ninguna Comedia, en que yo hacía papel; y como un enamorado mira distintamente que otro que no lo está, me hizo advertir en sus ojos su pasion. Se contentó mucho tiempo con fixar en mí la vista, y aplaudirme quando representaba, ya lo hiciese por timidez, ó ya porque desesperase de desbancar á un rival tan temible como el Conde de Piedrallana. Sin embargo, cansado de guardar silencio, y no resolviendose á hablarme, tomó la determinacion de explicarme su tormento en una carta que tuvo maña para que llegase secretamente á mis manos, y á la que bien te haces cargo no di respuesta alguna; antes bien con el fin de quitarle toda esperanza afecté el mirar á otro lado siempre que se encontraban casualmente sus ojos con los míos.

Tanto rigor no le desanimó, y discurriendo que las dádivas me harian mayor fuerza que su amor y buena cara, me envió un cofrecito, que contenia mas de quatro mil doblones en alhajas de todo género de pedrería, que habia hallado modo de hurtar á la señora Gobernadora, su madre. Tomé parecer de Bartolomé sobre qué debia executar en un caso tan delicado. No tienes que hacer mas, me dixo, despues de haberlo estado pensando un rato, que devolver precisamente, y sin dilacion esas alhajas á D. Gutierre; perderíamos los dos infaliblemente nuestra reputacion, si fuesemos tan imprudentes, que las guardasemos. La señora Gobernadora, porque yo no tengo la menor duda de que él se las ha quitado, no tardará mucho en ver que la faltan;

indagará quién se las ha llevado, y á fuerza de averiguaciones llegará á descubrirlo. El señor Corregidor tomará la mano en el asunto, querrá apurarlo todo, y esto te indispondrá con él. Creo, añadió, no es necesario decirte mas; tú sabes que las mugeres de teatro, por muchas habilidades que tengan, arriesgan mucho quando llegan á enfadar á los sugetos que gozan de autoridad. En vista del modo con que te trató el Juez de Sevilla, debes tener á estos Señores.

Tu consejo es tan prudente, le respondí á Bartolomé, que no puedo menos de tomarlo. He reflexionado todos los inconvenientes que acabas de exponerme; y así no me detengo en volver las alhajas, y aun estoy persuadida á que el lance hará el mayor efecto del mundo en el ánimo del Conde. No lo dudes, replicó mi marido; te agradecerá el sacrificio que le hagas de D. Gutierre, y ganarás tal vez con eso mas que perderás. No pudiendo, pues, guardar sin riesgo aquel regalo, se lo hice entregar al hijo del Gobernador, enviándole á decir cortesmente, que se lo devolvía, por no contemplarme yo capaz del agradecimiento con que era preciso pagarlo.

No ibamos errados Bartolomé y yo en pensar que el Conde apreciaría el sacrificio que yo le hiciese de un competidor tan peligroso. Luego que lo supo, lleno de gozo me dixo: Vos me preferís al Caballero mas gallardo de Granada. ¡Ah, peregrina Francisca, si pudieras ver ahora lo íntimo de mi corazón! Advertirías quanto agradezco una preferencia tan gloriosa. Conde, le respondí mirándole con ayre alhagüeño, yo no quiero alegaros esto por mérito. ¿Cómo puede una voluntad de que sois dueño, dexar de seros leal? No, Conde, añadí con semblante tierno; estad seguro de que ni

Don Gutierre, ni todos los hombres juntos son capaces de robarosla.

El Conde que oyó estas palabras cariñosas, se arrojó, enagenado de gozo, á mis pies, y me dixo mil expresiones tiernas y de gratitud. Luego este Señor usó de otro estilo que me gustó mas que el language comun de los enamorados. Para resarcirte, me dixo, de las alhajas que por amor de mí no habeis querido recibir, os doy una Casa de campo, que tengo á orillas del Guadalquivir, entre Jaén y Ubeda. Aunque no rinde mucho, es un sitio muy deleytoso. Díle gracias á aquel Señor generoso del nuevo presente que me hacía, y en aquel mismo dia me entregaron la escritura de donacion en buena y debida forma.

Nada es comparable con el regocijo que sintió Bartolomé, quando le noticié la nueva adquisicion que mis atractivos acababan de hacer. Bien sabía yo, exclamó, que no harías en valde el sacrificio de Don Gutierre. ¡Diantre! ¡Una Casa de campo! ¡Como quien no dice nada! Es cierto que el Conde tiene bellos modales. En fin, mi marido no podia contener su gozo, y dexandose vencer del vivo deseo que tenia de ver aquella hacienda que nos habia costado tan poco, marchó allá con diligencia, y tomó la posesion; y á su vuelta, al cabo de pocos dias, el Conde de Piedrallana, me dixo, te ha hecho un regalo mas hermoso aun de lo que tú piensas. Has de saber que tu Casa de campo parece la fabricaron las Hadas; y en seguida me hizo una descripcion tan magnífica de ella, que yo no pude menos de interrumpirle cinco ó seis veces para reprocharle que hablaba con exâgeracion. Todo al contrario, me respondia él siempre, en lugar de hermosearla con mis expre-

siones, disminuyo sus conveniencias, pues es un primor del arte y de la naturaleza.

Además de encantar la vista, prosiguió, pasa de tres mil ducados lo que da su arrendador, que es el mas rico labrador de aquella comarca. He leído la escritura de arrendamiento, y no hay duda en ello. Añade á esto, que tú y yo somos Señores de un Lugar junto á Cazalla, y que tendremos el paso antes que todos sus hidalgos, lo que no dexa de ser una bella prerogativa. Es verdad, que al principio se reíran un poco las gentes á costa nuestra por causa de nuestro exercicio; pero con esto quedaremos libres; y á buena cuenta gozaremos nuestra renta, y todos nuestros derechos de Señores. Salgan ahora los asuntos del teatro á arbitrio de la fortuna, tengan nuestras Comedias nuevas el éxito que Dios quiera, nosotros ya tenemos un abrigo inaccesible al hambre.

De esta suerte se regocijaba mi esposo de vernos ya dueños seguros de un retiro, que aun rarísima vez es el fruto tardío de las largas tareas de nuestros iguales. Yo estaba tan contenta como él; pero lo comenzó en breve el Público á padecer. Empezé á ponerme en el pie de salir con menos frecuencia á las tablas, é insensiblemente llegué á no parecer en ellas jamás, siguiendo el exemplo de algunos famosos Actores, que con pretexto de conservar la salud, se dispensaban de cumplir con su obligacion. Me pareció que una dama, que poseía un Señorío de mas de tres mil ducados de renta, podia hacer lo mismo. Bartolomé no quiso, imitandome en eso, representar sino rara vez. Este proceder nuestro desagradó á los compañeros, los quales se unieron contra nosotros; y se introduxo la discordia en la compañía.

Veme aquí llegada á la época de un suceso bastante triste para mí. El Conde de Piedrallana recibió entonces despachos de la corte. El Duque de Remal, que le estimaba, le decía se pusiese al instante en camino para Madrid, porque este Ministro habia puesto en él los ojos para colocarle en la plaza de un Consejero de Estado que acababa de morir. Aunque el Conde recibió de esta noticia otro tanto mas gozo, quanto su amor se empezaba ya á entibiar, sin embargo no dexó de manifestarme que lo sentia en el alma, y que poco le faltaba para no admitir el empléo; pero al mismo tiempo me hizo presente, que si no lo aceptaba, se malquistaría con todos sus parientes, y perdería para siempre la amistad del Duque de Remal. Finalmente, para dorar la píldora, me protestó que se acordaría siempre de su amada Francisca. Yo hice como que creía por ciertas sus protestas; y como las lágrimas fingidas nada la cuestan á una buena Cómica, yo las vertí en abundancia al despedirnos.

Capítulo VIII.

De lo que hizo Doña Francisca despues de ido el Conde de Piedrallana. Va con su marido á tomar posesion de su Quinta. Lance extraño que le sucedió, quién la obsequió.

Ya has oído de qué modo nos separamos el Conde y yo. A Manuela tambien la dexó al mismo tiempo D. García, porque los Señores no son mas constantes unos que otros. Padul, con la excusa de ir á ver á un tio que estaba enfermo en Badajoz, se apartó de ella, y marchó de Granada. Por fortuna las dos estabamos

bien equipadas, y en edad de podernos consolar de la pérdida de nuestros inconstantes apasionados.

Apenas nos hubieron dexado, quando se presentaron otros á ocupar su lugar, pero además de que nos hubieramos visto perplexas sobre á quien escoger, las disensiones que habia en la compañía fueron creciendo de modo que nos disgustaron del exercicio cómico, é hicieron tomar la determinacion de renunciar á él. Querida Manuela, la dixé á mi amiga; estoy cansada de ponerme á la vista en un teatro, y de divertir al Público. Quiero retirarme á mi Quinta de Cazalla, y hacer allí la Señora del Lugar. ¿Fuedo yo lisongearme de que tu cariño sea tal, que quieras venirme á vivir allá conmigo? Esa duda me ofende, respondió Manuela, pues sabes que en este mundo nada estimo tanto como tu amistad, la que no mereceria si me negase á ir á participar contigo de las comodidades de tu retiro, Marchemos, Francisca, marchemos; yo estoy pronta á sacrificar por tí á todos los galanes de Granada. Salimonos, pues, una y otra de la compañía, como tambien Bartolomé, quien prefiriendo el papel de Señor de Lugar al de Príncipe de teatro, nos acompañó gustoso á Cazalla, adonde llegamos alegremente los tres en un coche, comprado con nuestro propio dinero, ó si se quiere, con el del Conde. Seguia una calesa, en que iban mi criada y la de Manuela, y seis criados á pie, que conducian otras tantas acémilas cargadas de nuestro equipage, y detrás caminaban nuestro Cocinero, y el criado de Bartolomé montados en caballos bastante buenos, lo qual formaba una comitiva digna de la admiracion de los Aldeanos, y de la envidia de los *Hidalgos*.

La Casa de campo la hallé ni mas ni menos que mi

marido me la habia pintado; y me pareció bien construída, bien amueblada, y aun conservada con tanto cuidado, como si el Conde hubiera vivido de asiento en ella. Maravillóme especialmente la hermosura de los jardines, y de los espaciosos prados, que se extienden por la parte del septentrion hasta las orillas del Guadalquivir. No contemplé con menos placer los bosques que hay por el lado del mediodia. Viéndome Bartolomé tan embelesada de aquel sitio, me dixo muy satisfecho: Y pues, hija, ¿te he engañado acaso en ponderarte esta Casa de campo? ¿Hay por ventura otra ninguna en España, donde se respíre ayre mas puro, y que ofrezca á la vista objetos mas placenteros? No hay duda, exclamó mi amiga mas encantada que yo de las bellezas de mi retiro; y es preciso confesar que éste es un verdadero presente de Señor. Aquí pasaremos una vida divertida, siempre que la nobleza del país sea tratable.

Es verdad, dixo Bartolomé, que los hidalgos son una gente algo altiva; quando el Señor que tienen es un sugeto ordinario, no debe aguardar que le respeten, y miren con atencion. No obstante, todos los dias vemos Mercaderes ricos, que despues de haber hecho bancarrota, se retiran á una hacienda, que compran á costa de sus acreedores; y aun gentes de oficio así como nosotros; pero siendo nuestro arte el de ser buenos Representantes, sabremos acomodarnos á su necia altanería. Esto no nos costará mucho, y podremos, adu-
lando su orgullo, reirnos de sus varias ridiculeces. Mejor opinion tengo yo de esos Caballeros, dixen-
tes; yo creo que entre ellos los hay de buen carácter. Finalmente, sean como quieran, nosotros los obligare-

mos con buenos modales y atractivos, á que nos tributen el obsequio que nos deben.

Es cierto que nuestro modo de pensar no favorecia á estos nobles, de los quales la mayor parte vivia en chozas. Nos figurabamos que eran gente rústica é ignorante; pero nos quedamos bastante admirados, quando vinieron á visitarnos, de ver lo que estaban civilizados, pues así nos parecieron. Sus mugeres especialmente nos dieron á conocer en sus cumplimientos, que no las faltaba discrecion; y entre ellas advertí algunas que tenían un arte muy lindo. Recibimoslos á todos con un modo tan afable, que esto les movió á gustar de nosotros, y así nos lo manifestaron, asegurandonos estaban gozosos de tener unos Señores, que sabian agasajar tan bien á la nobleza.

Fuimos á pagarle á cada uno la visita, y pusimos todo nuestro cuidado en no decir ni hacer allí cosa de que se pudiese ofender su vanidad. Con semejante circunspeccion, que era indispensable para vivir con ellos en buena armonía, grangeamos su estimacion. Después de esto, no se pensó sino en diversiones y banquetes; casi todas las noches iban á casa á cenar quatro ó cinco hidalgos con sus mugeres y hermanas, y sobre cena armabamos bayle, que muchas veces duraba hasta el amanecer. Yo pasaba regularmente el dia en mi Casa de campo en jugar á los naypes, ó en hablar con mugeres, mientras mi esposo estaba con los hombres cazando por aquellas cercanías. Estos eran nuestros pasatiempos, y dentro de poco en mí consistió solamente el no lograr de otros.

Entre aquellos hidalguillos habia uno llamado D. Domingo Rifador, que acreditaba puntualmente con su genio lo bien aplicado que le estaba el apellido. A

todo se oponia groseramente; era un disputador acalorado, un pendenciero, un bárbaro, y sobre eso tenia una soberbia inaguantable. Ninguna dama habia podido hasta entonces domar su orgullo; y una victoria tan dificil estaba guardada para mí. Gustéle, y declaróme su pasion con toda la confianza de un galan, que discurre que su amor honra á la persona amada. Aunque era grande la aversion que yo le habia tomado, sin embargo no me irrité al oírle; pero le manifesté serenamente con palabras lisas y llanas, que no me sentia de ninguna manera dispuesta á corresponderle, y así que me hiciese el favor de no poner mas los pies en mi casa.

Tú quizá creerás, que pesaroso del mal recibo que tuvo su propuesta, se retiró lleno de cólera, y convirtió su amor en ódio: nada de eso. Lo que hizo fué ponerse á reir á los hocicos, diciendome, que aunque me pesase, queria persistir en amarme. Yo no me aburro, prosiguió, tan facilmente; conozco el carácter de las mugeres, y no tengo sus melindres por señales de virtud. Vamos, Reyna mia, añadió, hacedme el favor de mudar de language; no os hagais de pentas, que eso cae mas mal á vos, que á otra.

No pude contener la cólera al oír semejante insolencia, y en mi primer impulso le puse á Rifador como un trapo; pero él se burló de mis invectivas, y se fué sin darme otra respuesta que reirse, con lo que me irritó mas; de manera, que lloraba de corage, y todavía tenia los ojos bañados de lágrimas, quando entró la Manuela. ¿Qué tienes? me dixo viendome de aquella suerte: ¿Qué es lo que puede afligirte en un parage donde todo el mundo no piensa sino en darte gusto? Contéla lo que me acababa de suceder con D. De-

ningo, y luego que la hube referido todo, en vez de aprobar mi enfado, no hizo mas que reirse de él. No tienes razon, me dixo, para ofenderte de la desatencion y ridiculez de un amante grosero, y antes bien eso te ha de servir de diversion, pues el desprecio con que tratas su afecto, es suficiente venganza de su descortesía. Hablas con juicio, la respondí á mi amiga; de aquí adelante, muy lexos de mostrarme sería con él, hago ánimo de divertirme con sus extravagancias.

Capítulo IX.

De la desgracia que sucedió en la Quinta de Cazalla, y sus resultas. Determina Doña Francisca ir á Madrid con Doña Manuela, su compañera de teatro; y allí se dieron á conocer por mugeres de forma.

Yo estaba resuelta, como se ha visto, á sufrir todavía las visitas de D. Domingo Rifador, sin mudar en nada mi modo de pensar acerca de él; pero no volvió á parecer por mi casa. Sublevada finalmente su altivez contra mis rigores, le hizo formar para castigarme el designio de no honrarme mas con su presencia.

No paró aquí su venganza, sino que se desvergonzó con Bartolomé, el qual como tenia mas humos de espadachin que no él, le hizo sacar la espada, é hirió peligrosamente. Sin embargo, no murió; y pareció que este lance se habia ido poco á poco olvidando, pues se dexó de hablar de él; pero al cabo de seis meses estando mi marido cazando solo en un bosque, se encontró con D. Domingo, quien le disparó á traycion un carabinazo, y le dexó muerto en el suelo. Aunque este asesinato se cometió sin testigos, persuadido su vil autor, á que

yo me sospecharía de él, y podría hacerle prender, huyó, para evitar el castigo de la justicia.

Lloré amargamente la muerte de Bartolomé, aflijendome tanto mas, quanto yo no podia vengarla. Me consolé no obstante con el ayuda de la Manuela, quien pronta siempre á ofrecirme su asistencia, tenia el secreto de aliviar mis penas. Con este funesto acaecimiento cesaron nuestras diversiones, ó por mejor decir, nos fastidiamos de vivir en soledad. No sé, la dixe un dia á mi amiga, si piensas como yo; á mí empieza á cansarme la compañía de los nobles campesinos, y de sus mugeres. Tampoco sé si la causa de esta mudanza es la inconstancia de mi genio, ó la muerte de mi marido. A tu delicadez hay que atribuirlo solamente, respondió la Manuela, porque una muchacha que está enseñada á oír los requiebros de los Señores, pronto se ha de disgustar del trato de las gentes que vemos en esta tierra.

No pienses, prosiguió, que yo soy mas propia que tú para vivir en soledad; y tambien te diré ingenuamente, que me fastidio en esta Quinta, y no tengo otro gusto que el de estar en tu compañía. Ya no me divierten los varios sugetos extravagantes que vienen á vernos. Lo ridículo entretiene al principio; pero despues cansa, y es inaguantable. Si quieres creerme, añadió, seguiremos una idea que me ha ocurrido, y no te he comunicado hasta ahora.

Preguntéla á mi amiga, qué idea era aquella. Es, respondió, la de dexar por algunos años esta morada, é irnos á establecer otra vez á Madrid. Bastante ricas estamos para vivir allí con lucimiento, y pasaremos sin dificultad por mugeres de distincion, pues tenemos todos los modales de ellas. ¿Qué te parece este pensa-

miento? ¿No merece tu aprobacion? Sí, la dixes, me gusta infinito. ¿Qué risueñas imagenes ofrece á mi imaginacion! No tardemos en ponerlo por obra. Me alegro mucho, dixo la Manuela, de que aplaudas este viage; preveo que no ha de ser desgraciado. Dexa el cuidado de la Quinta á tu arrendador, con órden de remitirte la renta á Madrid. Con esto juntaré yo los despojos de D. García, para sostener mejor la figura que queremos hacer en aquella Capital de la Monarquía.

Desde entonces ya no pensamos sino en disponer nuestra marcha; y así que estuvo hecho, nos pusimos en camino con nuestras criadas, acompañandonos tambien dos criados montados en mulas, y bien armados. Después de una tirada tan larga como penosa, llegamos con felicidad á esta Villa, donde nos pareció conveniente mudarnos el nombre. La Manuela tomó el de Ismenia, y yo el de Basilisa, y con el título de dos Señoras, viudas de dos Caballeros Granadinos, alquilamos esta casa donde empezamos á recibir gentes; y con nuestro afable trato atraximos personas de modo, y nos hicimos querer por nuestra buena conducta.

Vienen á vernos bastantes Caballeros distinguidos, y ninguno de ellos dexa de mirarnos con estimacion y respeto, como lo puedes juzgar por D. Manuel de Pedrilla, tu amigo. Ignoro lo que te habrá dicho de nosotras; pero sé que no ha debido informarte mal. Aunque le permitimos venga á visitarnos quando guste, no tememos lo que puede decir, pues no ha notado en nosotras cosa que desdiga de la honestidad. Si no seguimos la costumbre austera de las Damas, que se abstienen de la conversacion de los hombres, no por eso somos menos recatadas.

Capítulo X.

De la conversacion que tuvo Doña Francisca con D. Querubin despues de haberle contado su historia. Propónelo que vaya á vivir con ellas, y él lo admite.

Aquí dió fin mi hermana á la historia de sus aventuras, y luego sonriendose me dixo: ¿Qué te parece, pues, hermano, de la viuda de Bartolomé? ¿No la tienes por una Señora de importancia? Sí, á la verdad, la respondí; en poco tiempo has hecho tu carrera; te doy la enhorabuena, y al Cielo gracias de tener una hermana tan bien acomodada, pero una cosa retelo. Nosótroz estamos sujetos en nuestra familia á ofrecer sacrificios á Cupido, y me temo que entre los Caballeros que vienen á tu casa, no haya algun turante buen mozo que te haga perder la Quinta del modo que la has ganado. No tengas miedo, me replicó mi hermana, mas capaz soy de adquirir aun otra, que dar la mia al mismo precio que me costó.

Però mudemos de conversacion, prosiguió, y pues he tenido el gusto de haber vuelto á ver á mi hermano, no nos sepáremos de aquí adelante; te ofrezco quarto en esta casa; ven á vivir con nosótras. Ismenia se alegrará tanto como yo; nos ayudarás con tus buenos consejos; podrán ocurrir lances críticos, en que tu prudencia nos será de gran auxilio, y nos librarás de dar ningun paso errado; debamoste esta obligacion.

Confieso que la propuesta no me gustó al principio, porque hice escrúpulo de ser el Consultor y Director de dos lindas mozas, cuyo recato no dexaba yo de creer equívoco por mas que dixese mi hermana. Sin embargo, no pude resistirme, y abracé el partido, á costa de quien hubiese lugar, reservandome finalmente el

derecho de dexarlas siempre que me desagradase su compañía.

Capítulo XI.

Va D. Querubin á vivir con su hermana. De los nuevos conocimientos que allí hizo, y del mucho aprecio que les debió así que supieron tenia la dicha de ser hermano de Basilisa. Procura D. Andrés hacerse amigo de D. Querubin, y lo consigue, y motivos que tenia para ello.

Me fué, pues, preciso ir á vivir con mi hermana y su buena amiga, las quales me dieron un quartito muy aseado, que tenian de reserva en su casa. Aquella misma noche fuí allá con D. Manuel de Pedrilla. Venid, amigo, le dixé, venid á ponerme en posesion de mi nuevo domicilio, en el que os aseguro será mi mayor gusto estar á maño para hablar á Ismenia en favor vuestro. No desecho vuestros buenos oficios, me respondió; pero no sé si por eso seré mas dichoso. Aunque Ismenia parece está inclinada á mí, no quiere coronar mi felicidad; y dudo que vuestra amistad tenga mas fuerza que mi amor.

Fueron aquella noche á cenar con estas Damas dos Caballeros de la Orden de Santiago, los quales me dieron mil abrazos quando supieron que ya era hermano de Basilisa. Dexadme abrazaros, Caballero mio, me decía el uno, por amor de vuestra peregrina hermana. Es el vivo retrato vuestro, decía el otro á la viuda de Bartolomé. ¡Quanto gozo habreis tenido de haberos vuelto á ver! Me alegro de vuestra reciproca satisfaccion.

A estas expresiones siguió una infinidad de cumplimientos que me fué preciso aguantar, y á los que

respondí en estilo de personas de buena crianza, para hacer ver á aquellos Caballeros, que no me hallaba atado en semejante ocasion. Y así se manifestaron muy contentos de las muestras de entendimiento que les dí; y mas lo estuvieron al oírme algunas agudezas, que felizmente me ocurrieron durante la cena, las quales realzaron ellos con elogio.

Estos Caballeros, llamado el uno D. Dionisio Langaruto, y el otro D. Antonio Peleador, se diferenciaban en genio y figura. Era D. Dionisio alto y 'seco, y D. Antonio pequeñuelo y gordo. El primero, haciendo el erudito, no hablaba sino de ciencias; y el segundo, dando por lo guerrero, nos molia contandonos sucesos militares. Iban á qual mas podia fastidiarnos. Quando el uno acababa de citar algun autor; el otro tomando de pronto la palabra empezaba á hacer la relacion de una batalla. Durante este tiempo, Don Manuel y la bella Ismenia se daban uno á otro varias miradas, con que se consolaban de la conversacion pesada de aquellos dos convidados, ó por mejor decir, con que les libraban de la mortificacion de oírla. Mi hermana y yo tuvimos la política de escucharla con la mayor atencion, y aun de mostrar que nos daba mucho gusto.

En desquite, luego que mis dos Caballeros se marcharon, no les perdóné, y así la dixé á mi hermana: Si todos los Señores que vienen á verte, no son mas divertidos que estos, no creo que habiendo dexado á tus hidalgos de Cazalla, hayas ganado en el cambio. Es verdad, dixo Francisca, que son un par de sugetos que muelen la sangre; pero verás otros de que quedarás mas satisfecho. Sin embargo, menos me gustaron dos Oficiales de las Secretarias del Duque de Remal, que cenaron con nosotros la noche siguiente.

Queriendo estos que se les tuviese igual respeto que á los Ministros, afectaban una presuntuosa gravedad. Quando se les dixo que yo era hermano de Basilica, no dieron en elogiarme, como habian hecho los Caballeros de la Orden de Santiago, y se contentaron con honrarme con una mera inclinacion de cabeza. Aunque estaban apasionados de nuestras Damas, no manifestaban por eso ninguna mutacion en el semblanté; y muy lexos de decir las expresiones de afecto, guardaban un profundo silencio; y si alguna vez lo interrumpian, era para decir palabras de pocas sílabas.

Yo discurria entre mí, que quando estarían á la mesa baxarían el punto de su gravedad; allí los aguardaba yo para verlos mudar poco á poco de continente, y alegrarse, como hacen en igual caso todas las personas graves; pero ni mi humor festivo, ni la conversacion de las Damas pudieron hacerles mudar aquel entono de Secretaria, y ni siquiera sonreir. En mi vida he visto gentes que tanto me hayan fastidiado.

Y así, despues que se fueron, volví á pegar con mi hermana. ¿Cómo, la dixe, tú que eres muger de entendimiento y de gusto, haces tan malos conocimientos? Estos Oficiales son todavía mas enfadosos que tus Caballeros de ayer. En verdad, hermana, que ya que gustas de recibir gentes en tu casa, me parece debias hacer mejor eleccion. Ten paciencia, me respondió, que verás aquí mas de un Caballero, de quien no te pesará grangear la amistad.

Con efecto, ví concurrir en adelante muchos que podian pasar por la flor de los galanes, y á los que consideraba como otros tantos cuñados míos, aunque mi hermana me aseguraba todos los dias, que tenia siempre el palo levantado contra ellos. Entre los quales

habia uno llamado D. Andrés de Carvajal y Zamora, en quien concurrían todas las buenas prendas, de que los hombres mas bien nacidos no tienen por lo comun sino una parte. No bien supo este Caballero que era yo hermano de Basilisa, quando hizo lo posible por ganarme la voluntad, lo que no le costó mucho, pues era uno de aquellos sugetos afables, que se hacen querer al instante. Luego que fué mi amigo, queriendo ser algo mas, me confió un secreto: Señor Don Querubin, me dixo, yo estoy enamorado de vuestra hermana, y nada deseo tanto como el casarme con ella; poseyendo bastantes bienes, y siendo de una familia distinguida, me lisongéo de que no desechará mi pretension; pero advierto está inclinada á otro Caballero, y tengo motivo suficiente para temer á este competidor.

Pregunté á D. Andrés quien era el pretendiente de que tanto recelo manifestaba. No lo adivinariais jamás, me respondió, y quando os lo nombre, os costará trabajo creerme, porque en fin no es Don Felix de Mondejar, ni D. Vicente de Cifuentes, sino D. Pedro Retortillo. ¡Eso es imposible! exclamé con admiracion. ¡D. Pedro, el peor mozo de todos los pretendientes de mi hermana, un caprichoso, un fatuo! No, no me puedo persuadir á que su gusto sea tan depravado, que le prefiera á vos. Direis de ese Caballero lo que gustéis, replicó Carvajal; pero lo cierto es que Doña Basilisa le quiere, y está tan ciega, que no ve sus faltas; la parece muy buen mozo; y por mas que él hable á tontas y á locas, ella está admirada de su entendimiento.

Yo le prometí á D. Andrés, que haría quanto pudiese para impedir el casamiento de D. Pedro; y en cumplimiento de la palabra tuve al otro dia con mi hermana una larga conversación, cuyas resultas verá el Lector en el capítulo siguiente.

Capítulo XII.

Del desgraciado éxito que tuvo el servicio que D. Querubín quiso hacer á su amigo D. Andrés. Sale de casa de su hermana con ánimo de no volverla jamás á ver. Doña Francisca se casa con D. Pedro. Quien era éste.

No sé si haces memoria, la dije á mi hermana, de que me rogaste te ayudáse con mis consejos. Con efecto, así es, hermano, me respondió, y te lo suplico segunda vez. Pues bien, repliqué, ya que lo quieres, voy á hacer de Consejero; pero antes me has de confesar sinceramente, si estás apasionada de D. Pedro Retortillo.

Al oír esto se puso mi señora hermana mas encarnada que la grana, y se inmutó. Tú te turbas, Francisca, proseguí, y á lo que veo no necesito me respondas para saber lo que debo pensar, pues demasiado me lo declara tu agitacion. ¿Con que no hay duda en que amas á D. Pedro? ¡O Cielos! Precisamente has ido á poner los ojos entre los que te pretenden, en aquel que me parece el menos digno de tu persona.

¿Quién puede, me respondió, haberte informado de un afecto que yo no creía haber demostrado? Es, la repliqué, un rival de Don Pedro, que lo ha trascendido: Y ese rival tan perspicaz, continuó alterada mi hermana, ¿es á la cuenta Carvajal, por quien tú te interesas? En hora buena, prosiguió, ya que ha conocido mi inclinacion, no la disimulo. Sí, D. Pedro ha logrado agradarme, y no te lo callo; siento que no estimes á este Caballero; pero has de saber, que me parece tan bien, que le prefiero así á Carvajal como á todos sus demás competidores.

Sobre ese punto, hermana, dije algo enfadado, no voy de acuerdo contigo. Yo en D. Pedro no veo sino

un conjunto de malas propiedades, pues tiene mala condicion, es colérico, está lleno de caprichos, y además de eso le creo de genio muy celoso. Sea lo que tú quieras, me dixo con despego y enfado; por mas males que digas de él, será mi marido; y es quererse malquistar conmigo para siempre el intentar apartarme de él.

Mi hermana pronunció estas palabras con un tono de voz, que me hizo callar, y así no me atreví á oponerme mas á su loca aficion á Retortillo, ni hablar por Carvajal, quien se vió obligado con todo su mérito á ceder el puesto á su rival, que no lo merecia, lo que me desazonó tanto mas, quanto yo conocia, que cada dia iba creciendo mi amistad con el uno, y mi aversion al otro. Llevé muy á mal el antojo de Francisca, y empecé á temer, que nuestra union no duraría mucho.

Con efecto, desde aquella conversacion se mostró mi hermana ya de distinto semblante conmigo. Disminuyó mucho de las atenciones de que usaba, y del respeto que me tenia. Hacía estudio de evitar mi conversacion, y quando no podia, me hablaba con frialdad. Finalmente, no pudiendo perdonarme el que yo no aprobase su intencion de casarse con un sugeto aborrecible, ya no veía en mí sino un fiscal incómodo y molesto, de que la era preciso desprenderse. Al instante que lo conocí, tomé mi determinacion; salí de su casa, de la que hice llevar mi equipage á la posada, donde me habia alojado antes; y volví con mi amigo D. Manuel. A vista de esto, que me vengán á ponderar la fuerza de la sangre. Por gran cariño que haya entre hermanos, se necesita poco para alterarlo.

Después de nuestra separacion no ví mas á mi hermana, quien no tardó mucho en hacer su boda con D.

Pedro, la qual no la produjo sino frutos muy amargos, pues en lugar de encontrar en su segundo marido el genio cómodo y complaciente del primero, conoció que habia caído en poder del hombre mas celoso de este mundo. Al dia siguiente de haberse casado, todo varió de semblante en la casa, cerrando el marido la entrada á los galanes, quitando el juego y las cenas, y mudando de criados; y puso al lado de su muger la dueña mas indigesta de España. En una palabra, hizo una muger infeliz de la viuda mas dichosa. Poco despues supe que la habia llevado á un lugar con Ismenia, de modo que D. Manuel se vió precisado á consolarse de la ausencia de ésta, así como yo de la de mi hermana.

Fin de la segunda parte.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

PARTE TERCERA.

Capítulo primero.

Viendose D. Manuel de Pedrilla en la precision de volver á su tierra, consigue que su amigo D. Querubin se vaya con él. De su llegada á Alcaráz.

Como mas facilmente se olvida á una hermana, que á una querida, no pensé mas en Doña Francisca al cabo de veinte y quatro horas que me separé de ella; pero no le sucedió así á Don Manuel, quien necesitó de ocho dias para desechar de la memoria á su amada Ismenia. En fin, ya no nos acordabamos de estas Señoras, quando mi amigo recibió una carta de Alcaráz, en que D. Josef, su padre, le decia, que hallandose affligido de una enfermedad, de la qual no podia sanar, deseaba morir en sus brazos.

Muy apesadumbrado Don Manuel con aquella noticia, dispuso inmediatamente su marcha, para obedecer á su padre; pero queriendo al mismo tiempo conciliar con su obligacion la amistad que tenia conmigo, me pidió le acompañase, á lo que no pude resistirme.

Salimos de Madrid acompañados de un criado, montados todos tres en buenas mulas, y tomamos el camino de Alcaráz, adonde llegamos en menos de seis dias, y nos hallamos con el buen hombre D. Josef próximo á hacer el viage de este mundo al otro. Estaban en su

alcoba dos Médicos, los quales saludaron á D. Manuel, y con rostro alegre le dixerón: Tres dias há que vuestro padre habia de haber muerto; pero gracias á la virtud de nuestros medicamentos y cuidado, le hemos alargado la vida hasta que volviéseis; deseaba la satisfaccion de abrazaros, y se la hemos dado. Aun quando estos Doctores hubiesén curado á su enfermo, no podian haberse mostrado mas contentos. Sin embargo, el viejo, que estaba acabando, al instante que vió á su querido hijo espiró, y llenó de tristeza la casa.

Dexaba una hermana vieja, una niña, y á D. Manuel. Estas tres personas lloraron amargamente su muerte, y le hicieron un entierro digno de un Caballero que habia sido Oficial general de los Reales Exércitos en el Reynado anterior. Luego que enjugaron las lágrimas, y D. Manuel entró en posesion de los bienes de su padre, volvió á dexarse ver en el mundo, y no se negó mas á las diversiones de la sociedad. Su primer cuidado fué el presentarme á las gentes mas de forma del pueblo, en la clase de un Caballero, amigo suyo. Tuve que representar el papel de tal, y me atrevo á decir que no lo desempeñé malamente. Como estaba muy bien pertrechado de ropa y dinero, no podia hacer una triste figura. Las tenía diversiones á las Señoras, y sea dicho sin vanidad, no menos me llevaba yo sus atenciones, que mi amigo.

No es posible hacer freqüentes visitas á lindas Damas, sin pagarlas el tributo que las es debido. D. Manuel llegó á enamorarse. Doña Clara de Palomar, jóven y hermosa, tomó en su corazon el lugar que Ismenia habia ocupado, y aun encendió en él una llama mas viva. Yo por mí obsequiaba á las Damas en general, sin aficionarme en particular á ninguna, de lo

qual estaba admirado mi amigo, y así me decia: D. Querubin, ¿han de tener todas las Damas de Alcaráz la vergonzosa desgracia de haber probado inútilmente en vos sus miradas? ¿Y no habrá alguna que venga á las demás de vuestra injuriosa indiferencia?

Yo me reía de las amistosas reconvenciones de D. Manuel; pero ¡ay y qué poco me las hubiera hecho, si hubiese visto mi interior! Muy lexos de vivir sin amor me abrasaba en el fuego mas ardiente por Doña Paula, su hermana. Yo la adoraba como si fuera una Deydad, pero me guardaba de confiar á su hermano una pasion tan temeraria. Aunque era mucha la amistad que me manifestaba, yo me imaginaba, que si me declaraba con él, se enojaría de mi atrevimiento.

Disimulé, pues, con mucho cuidado mi inclinacion, y aun tomé la rigurosa resolucion de vencerla, victoria que no me pareció imposible; pues á pesar de mi preocupacion convenia en que Doña Paula no era ninguna perfecta hermosura, y que era de esperar que ausentandome de ella, conseguiría el olvidarla. Habiendo con efecto tomado el medio de la ausencia, siguiendo el consejo de Ovidio, le dixé á Pedrilla me permitiese volver á Madrid; pero él se opuso fuertemente á mi partida.

¿Sois vos, me dixo, aquel amigo que me aseguraba queria pasar su vida conmigo? Don Querubin, añadió, á vos os disgusta estar aquí, ó si no, decidme, si yo os he dado tal vez sin pensarlo algun motivo de descontento. No, le respondí, amigo D. Manuel, jamás he estado mas satisfecho de vos, que ahora lo estoy. Pues ¿por qué, me replicó, teneis gana de dexarme? Me hizo tan vivas instancias sobre ello para saber mi

secreto, que yo se lo descubrí. Esto es lo que me obliga, proseguí, á marcharme de Alcaráz, y vos debeis aprobar mi resolucion.

Despues de haberme estado D. Manuel escuchando con atencion, se quedó triste y pensativo. Yo creí, que sin embargo de nuestra amistad, el orgullo de aquel Caballero se habia indignado contra un temerario que elevaba demasiado el pensamiento, y con esta equivocacion, añadí, que no debia ofenderse de la declaracion de una pasion que yo habia sepultado en el silencio, y que él habria siempre ignorado á no haberme puesto en la precision de descubrirsela. No le hacía yo favor á D. Manuel en pensar de aquella suerte. D. Querubin, me dixo, siento entrañablemente que no me hayais dado antes noticia de vuestra aficion á mi hermana; hace ocho dias que se la prometí á D. Ambrosio de Lorca. ¿Por qué no os habeis anticipado? Entonces no hubiera yo dado mi palabra á este Caballero, aunque éste es quizá el partido mas ventajoso que pueda presentarsela á mi hermana.

Afligióme en extremo aquella noticia; y D. Manuel se manifestó muy compasivo de la alteracion que habia causado en mí; pero mudando de repente de semblante: amigo, me dixo en tono de consuelo, el mal no carece de remedio; yo me acuerdo de que en mi convenio con Lorca hay una circunstancia que puede anularlo, pues mi promesa ha sido con tal de que mi hermana venga en ello sin repugnancia. Sirvaos esto de gobierno, y obsequiad bien á Doña Paula; yo os proporcionaré freqüentes ocasiones de verla, y hablarla á solas; haced por agradarla, que si lo conseguís, lo demás queda á mi cargo. Estas palabras me volvieron el alma á el cuerpo, y empecé á lisongearme de que

podria bien llegar á lograr la mano de Doña Paula. Solo temia una cosa, y era, que esta Señora estuviese aficionada á mi competidor, y con efecto, de eso dependia mi buena ó mala suerte; mas por fortuna ya desde la primera conversacion que con ella tuve, se desvaneci6 mi temor; advertí asimismo que aborrecia á D. Ambrosio, lo que yo tuve la vanidad de considerar como un presagio de afecto en mi favor.

Capítulo II.

Don Querubin se hace querer de Doña Paula. D. Ambrosio de Lorca, su rival, estrecha á D. Manuel para que se efectúe la boda, á lo que se niega éste. Funesta resulta de esta repugnancia. D. Manuel y D. Querubin salen á reñir con él, y quedan vencedores.

Con efecto, no era engañosa mi esperanza. A fuerza de decir á Doña Paula que me desvivía, que me moría, y que estaba ciego por ella, la obligué á confesarne que agradecia mi cariño. Es verdad que su hermano y tia no ayudaron poco á ello con los buenos informes que la daban de mí todos los dias; de manera, que en breve tiempo me ví en aquel delicioso estado en que se halla un amante querido, que está cerca de casarse con la persona amada.

Por otro lado mi rival, tan enamorado como yo por lo menos, y contando con la oferta de Pedrilla, le estrechaba fuertemente á que se la cumpliese; y un dia le dixo á D. Manuel, que parecia habia perdido la gana de ser su cuñado, y que francamente le declarase si habia mudado de parecer con desprecio de la palabra que le tenia dada. No por cierto, le respondió D. Manuel; pero que se acordase que al prometerle su her-

mana, le habia expresado que no intentaba casarla contra su voluntad; que ya podia entenderle, y sentia participarle que en su corazon no habian hecho impresion sus diligencias amorosas.

A mí no me vengais con eso, interrumpió Don Ambrosio, encendido el rostro de vergüenza y de despecho, porque era un noble de los mas arrogantes y presuntuosos; á mí no se me hará creer eso; mejor informado estoy de lo que pensais de quanto pasa; todo lo sé. Vos quereis preferir á un sugeto de mi clase el hijo de un Alcaldillo de Lugar, un plebeyo, á quien yo haré dar una somanta en castigo de su osadía é insolencia. Ese plebeyo, le dixo Pedrilla, sabed que trae espada, y que el que le ofende, me ofende á mí. Pues en ese caso, replicó Lorca, hallaos mañana los dos al salir del Sol á la entrada de los montes de Bogarra, y allí vereis un hombre dispuesto á enseñaros que no se le falta sin escarmiento á la palabra.

Habiendo pronunciado esto con ayre amenazador, se retiró impaciente porque llegase el otro dia. Mi amigo fué á darme parte de la conversacion, y no me dió mucho gusto en anunciarme que era necesario prepararnos para reñir. Por mas animoso que él se mostraba, mirando como un juguete aquel desafio, á mí se me representaba éste con un semblante muy desagradable. Sin embargo, aunque me temblaban las carnes, no dexé de aparentar por puntillo que estaba pronto, y aun fingí una intrepidez, la qual estoy cierto engañó á mi amigo; pero nada de esto me hacía mas valiente, y en lo íntimo de mi corazon hubiera querido se hubiese deshecho el partido.

Mas diré, para componer las cosas, formé entre mí aquella noche un tratado de paz, en el qual cedia yo

gustoso la Doña Paula á mi competidor; pero es verdad que desheché despues un pensamiento tan vil. Representabame en mi imaginacion el desprecio en que caería si no mostraba valor en este lance; y por último, que junto con la honra perdería la estimacion de mi amigo, y el objeto de mi amor. Estas reflexiones me acaloraron poco á poco el espíritu, é infundieron en mí tal ánimo, que no anhelaba sino por entrar en la pelea.

Poseído de este impulso de valor me levanté, para ir volando al lugar señalado con D. Manuel, el que sin el auxilio del amor iba en igual disposicion que yo. Montamos en nuestros dos mejores caballos, y enderezamos hácia Bogarra. Ya estaba allí D. Ambrosio con otro Caballero; llegamos á ellos, y habiendonos saludado unos á otros, Lorca le dixo á Don Manuel: ¿Os manteneis siempre firme en negarme vuestra hermana despues de habermela prometido? Sí Señor, le respondió Pedrilla; y vuestras amenazas me han hecho confirmar esta resolucion en vez de apartarme de ella. Pues, apeaos, replicó D. Ambrosio, vos, y vuestro Querubin.

No necesitó decirnoslo dos veces, porque al instante echamos pie á tierra, lo que tambien hicieron nuestros contrarios. Atamos los caballos á unos árboles, que á orilla del camino Real estaban, y todos quatro nos hicimos frente con semblante animoso. Don Ambrosio acometió á D. Manuel, y yo la hube con el otro Caballero, el qual, además de la ventaja de saber bien esgrimir, tenia la de que daba con un hombre que en su vida habia manejado la espada. Con todo eso, sin saber cómo, ni cómo nó, le pegué al tal espadachin tan terrible estocada, que le tendí en el suelo; y al mismo tiempo

que mi Caballero cayó á mis golpes, D. Manuel tuvo tambien la suerte de despachar al otro mundo al suyo; de suerte, que quedamos dueños del campo de batalla.

Capítulo III.

De lo que hicieron Don Manuel y Don Querubin despues de este lance. Perseguidos por los parientes de D. Ambrosio de Lorca se ven precisados á retirarse á un Convento. Retrato de su Prelado.

Lo primero que nos pareció del caso hacer despues de aquel triste suceso, fué pensar en ponernos en salvo. D. Ambrosio era pariente del Corregidor de Alcaráz, y podiamos contar con que éste, luego que supiese la pendencia, mandaría ir tras de nosotros la Santa Hermandad. Añadese á esto, que el Caballero á quien tocó la desgracia de estrenar mi mohosa espada, era de una familia que tenía tambien mucho valimiento. Por otro lado, en qualquier parage del mundo á que nos diese la gana de retirarnos, necesitabamos de dinero. Habiende reflexionado todo esto con madurez, determinamos volvernos á Alcaráz, antes que allí supiesen la muerte de Lorca, proveernos de oro y alhajas, y huir á Barcelona á embarcarnos en el primer navío que saliese para Italia.

Inmediatamente de tomada esta determinacion volvimos con toda diligencia á casa, en donde sin perder tiempo cargamos con quanto dinero y alhajas pudimos llevar. Despedimonos de Doña Paula y de su tia, despues de haber acordado con ellas los medios de escribirnos secretamente. Pusimonos en camino para Barcelona con solo un criado; pero no habiendo encontrado á nuestra llegada á esta ciudad ocasion de pasar á

Italia, nos fué preciso por esperarla detenernos allí algunos dias.

Nadie podrá imaginar lo que yo padecí en aquella temporada. Es necesario haber cometido un mal hecho para saber los sustos é inquietudes que turbaron mi sosiego. Aunque yo habia muerto á mi contrario, como hombre de honor, no dexaba por eso de tener igual miedo de caer en manos de la Justicia, que si lo hubiese hecho á traycion. Continuamente me parecia estar viendo Quadrilleros de la Santa Hermandad, que me iban á echar mano. Quando advertia que alguno me miraba á la cara, creía era una espia pagado para seguirme. Finalmente, de dia me asaltaban mil terrores, y de noche soñaba cosas funestas.

Además de los temores continuos que me agitaban, sentia remordimientos siempre que me acordaba de lo que habia hecho. Me pesaba haber dado muerte á un Caballero en vez de seguir el plan de pacificacion, que me habia venido al pensamiento la víspera del dia en que sucedió nuestro combate. Era mayor mi pena porque me parecia que ya no queria yo tanto á Doña Paula, lo que era preciso atribuir á la horrible situacion en que me hallaba, pues el amor gusta reynar solo en un corazon, y no consiente mas sustos, ni desasosiegos, que los que él causa á los amantes.

Mientras estabamos agitados Don Manuel y yo de todos los temores que afligen á aquel á quien persigue la Justicia, Mileno, que así se llamaba nuestro criado, los aumentó una noche con venir á decirnos acababa de ver apearse á la puerta de una posada unas gentes que le parecian sospechosas; y que asimismo creía haber conocido entre ellas á un Alguacil de Alcaráz; pero, añadió, puedo haberme equivocado. Para averi-

guar la verdad voy á introducirme con maña en la tal posada.

Dexamosle hacer á este mozo, cuya habilidad sabemos, y al cabo de dos horas volvió, y nos dixo: La noticia que os he dado es mas que cierta. Un Alguacil y varios Soldados vienen en seguimiento vuestro; van á buscaros por las posadas, y no dudeis que vendrán á ésta. No perdais tiempo si os quereis libertar de ellos. Id al instante á retraeros á algun Convento, que es el único parage donde podeis estar seguros.

Nosotros juzgamos que Mileno tenia razon, y fuimos á refugiarnos al Convento de PP. Carmelitas Descalzos, cuyo Prior nos recibió con los brazos abiertos, así que le diximos que eramos unos Caballeros, á quienes un lance de honor obligaba á refugiarse. Quiso antes informarse de la aventura que nos reducía á la necesidad de buscar un asilo, y nosotros nada le ocultamos; y despues de haberselo contado todo, nos dixo: Vuestro asunto puede componerse, atendiendo á que los Caballeros que se rindieron á vuestros golpes, ellos mismos se acarrearón su desgracia. Dexaos de pensar en pasar á Italia; no es menester que hagais ese viage para estar al abrigo; manteneos quietos en este Convento, donde estareis á cubierto del enojo de vuestros enemigos, y espero sacaros con el valimiento de mis amistades del mal paso en que os hallais.

Dimos gracias á su Reverendísima del favor que nos hacía de abrazar así nuestros intereses, y en la realidad era ésta una gran fortuna para nosotros. Este Prior confesaba á las principales personas de la ciudad, y entre ellas al Gobernador D. Gutierre de Terrasa, que hacía muchísimo aprecio de él. Nombrar al P. Teodoro en Barcelona era lo mismo que hablar de un hombre

de bien, ó por mejor decir, de un hombre de Dios. Este P. Carmelita juntaba á esto mucho entendimiento, y lo que mas habia que admirar en él, era su humor festivo, que él sabía conciliar con una vida austera y penitente. Estaba las tres quartas partes de la noche rezando y meditando; empleaba la mañana en oír en confesion á los pecadores que querian convertirse por su ministerio, y por la tarde, en sus horas de recreo, tenia con los sugetos decentes, que iban á visitarle, varias conversaciones, en las quales mostraba ingenio y agudeza.

El P. Teodoro, tal qual acabo de retratarle, nos hizo dar dos celdillas, donde habia dos camas pobres con un gergon y un colchon muy delgados en cada una, y que con todo de ser duras podian pasar por camas blandas en comparacion de las de los Religiosos del Convento: Caballeros, nos dixo, no penseis hallar en este asilo todas las comodidades que tendriais en el mundo. Además de que aquí no dormireis tan bien como en vuestra casa, solo se os servirá la racion de la Comunidad, que es buena unicamente para quitar el hambre sin excitar la sensualidad; pero creo, añadió, sonriéndose, que sufrireis con gusto esta ligera mortificacion para aplacar al Cielo, al que habeis enojado con vuestra pendencia. Sujetamonos gustosos á esta leve penitencia, y aun diré, que en pocos dias nos acostumbramos á la dureza de nuestras camas, y á la porcion frugal de los Frayles, como si nunca hubiesemos estado acostados mas blandamente, ni mejor mantenidos.

Capítulo IV.

En qué paró el asunto de D. Querubin y de D. Manuel por la mediación y empeños del P. Teodoro. De la determinación que de repente tomó el primero, y como la executó. Acompaña á un Religioso que fué á agonizar á un enfermo, y queda edificado de oírle. Declara su resolución á D. Manuel, y se separan.

El P. Teodoro no echó en olvido nuestro asunto, y para componerlo recurrió al valimiento del Gobernador del Principado de Cataluña, su penitente, quien viendo que su Reverendísima hacía en ello mucho empeño, no omitió diligencia alguna para terminarlo amigablemente. Este Señor escribió con la mayor eficacia á los parientes de D. Ambrosio de Lorca, y entre ellos al Corregidor de Alcaráz, de quien por fortuna era íntimo amigo.

Como D. Ambrosio había sido el agresor, sus parientes no estaban tan ayrados contra nosotros, como lo hubieran estado si hubiese tenido razón. Sacrificaron sin dificultad su resentimiento por la recomendación de D. Gutierre, y en virtud de las diligencias que la parentela del D. Manuel hizo para aplacarlos. Dexaron de perseguirnos, y este negocio quedó enteramente fenecido al cabo de seis meses. No dudo que el Lector se imaginará que después de esto mi amigo y yo nos restituimos contentos á Alcaráz á celebrar nuestras bodas, pero se engaña. Yo me quedé en Barcelona, donde me sucedió lo que voy á contar.

Mientras se daban los pasos para componer nuestro asunto, tenía yo frecuentes conversaciones con el Padre Teodoro; y quanto mas le trataba, mas me aficionaba á él. Mostraba en su semblante una serenidad, de que

yo me admiraba, y yo muchas veces se lo decia, y me respondia siempre, que si queria gozar de ella no tenia mas que pasar mi vida en aquel Convento. Mirad nuestros Religiosos, me dixo en una ocasion, y advertireis en su rostro la tranquilidad que reyna en su conciencia. Vos estais tan ocupado en vuestros asuntos, que no lo habeis notado todavia, aunque ésta sea una cosa digna de atencion.

Puse cuidado en ello, y con efecto, me sirvió de edificacion. Suspendiame el ver tan contentos á aquellos Padres con un método de vida tan austero. Empecé á tomar conversacion con ellos por curiosidad. Yo les excitaba á hablar para saber si era cierto que gozaban de una paz interior, á la qual no turbaba ningun pesar, y ví que sus palabras conformaban con su aspecto, lo que me dió motivo á pensar que vivian tan gustosos como lo manifestaban. Esto me movió á hacer reflexiones, que me agitaron terriblemente el ánimo. ¿Es posible, decia yo en mi interior, que haya mortales tan despegados de los bienes y placeres del mundo, que quieran preferir á ellos la soledad de los claustros? ¡O, y qué envidiable es su felicidad!

Entre estos venerables Religiosos habia uno que se distinguia por un talento tan raro como útil. Parecia no tener mas que un ministerio, el qual consistia en confesar á enfermos, y ayudarles á bien morir. Iban á buscarle á todas las horas del dia y de la noche para que fuese á disponer á los moribundos á tener una muerte christiana. Habiendo oído decir que desempeñaba singularmente un empleo tan triste, me dió gana de ir con él una noche. Se trataba de hacer que se confesase un Caballero Catalan, ya viejo, el qual en quarenta años habia llevado una vida estragada. Dos Eclesiásticos

habian ya desistido de la empresa, por no poder sufrir las injurias que les habia dicho con verlos solamente entrar en su alcoba.

Aquel pecador empedernido recibió desde luego con el mismo desagrado á nuestro Carmelita. Vete de aquí, Frayle, le gritó; tu figura me enfada; y á éstas añadió otras mil palabras dichas con enojo; pero el Religioso en vez de aburrirse respondió con mansedumbre á sus ayradas expresiones, y se armó de una paciencia infatigable, lo que suspendió al enfermo. ¿Qué venís á hacer aquí? Padre, le dixo, idos. Un pecador tan grande, como yo soy, no debe molestaros con referiros en vano sus culpas. Son tantos mis pecados, que no puedo librarne de la Justicia Divina.

Entonces el P. Serafin, que así se llamaba el Religioso, alzó las manos, y dirigió al Cielo esta oracion con una voz que enterneció á todos los circunstantes: ¡O Divino Salvador, Padre de misericordia! Aquí teneis á una de vuestras criaturas próxima á la desesperacion; concededle la gracia de preservarle de semejante desgracia por medio de mi ministerio. Miradle con ojos de piedad; y librele, Señor, vuestra bondad de vuestra justicia. El enfermo se atemorizó de oír esta plegaria, y preguntó al Religioso si podia concebir alguna esperanza de salvarse, habiendo cometido tantos pecados.

Nuestro virtuoso Carmelita, arrebatado entonces de su zelo, se acercó al Caballero, y extendiendose en hablar de la misericordia de Dios, le dixo razones tan tiernas, y de tanto consuelo, que hizo derretir en llanto á quantos le escuchaban. Para que su exhortacion fuese aun mas afectuosa y mas eficaz, lloraba él tambien, y bañaba con sus lágrimas las mejillas del paciente, abrazandole á cada instante. El modo con que decia las

cosas, era tan expresivo como ellas mismas; y así fué que penetró de tal suerte el corazón del Caballero, que volviendo sobre sí, se confesó, y arrepintió de sus culpas, y murió christianamente.

De allí adelante miré siempre con admiración al P. Serafin; busqué su amistad, la qual no pudo negar á un hombre, en quien traslució una disposición cercana á ser bueno, como en efecto cada día sentía en mí mayor afición al retiro; y las conversaciones que tenía, ya con este Padre, y ya con el Prelado, me inspiraron insensiblemente el deseo de pasar allí el resto de mi vida; y este deseo paró en breve en una formal determinación. Confié este loable pensamiento al P. Teodoro, quien lo combatió, no tanto para desvanecerme, como para experimentar la constancia de mi inclinación. Hijo mio, me dixo, quando vuestro asunto esté acabado, quizá pensareis de otro modo que ahora. No, Padre mio, le respondí, no; yo quiero morir en este Convento con vuestro hábito.

Durante esta disposición mia sucedió componerse nuestro negocio. El Superior, despues de haberme participado esta noticia, con semblante risueño me dixo: Y bien, hijo mio, ¿quién reyna ahora en vuestro corazón? ¿Es el mundo, ó la soledad, la abundancia, ó la pobreza? En vos unicamente consiste el volver á Alcaráz, donde os espera para daros la mano de esposa una persona hermosa y jóven. ¿Tendreis ánimo para preferir á una suerte tan deleytosa los ásperos trabajos de la penitencia? Pensadlo bien antes de determinaros.

Respondíle al Padre Teodoro, que ya habia mirado quanto habia que mirar, y que deseaba entrar en el número de sus Religiosos.

Yo todavía no habia hablado de mi designio al D.

Manuel, que estaba muy ageo de penetrarlo. Bien notaba que por instantes me iba yo dando á la devocion; pero él no me creía hombre capaz de llegar á tanto, que quiese meterme Frayle, discurriendo que yo vivia siempre apasionado de su hermana, como él de Doña Clara; y así no se quedó poco suspenso, quando finalizado ya nuestro asunto, le di parte de la mutacion que habia habido en mí, y del ánimo que tenia de entrar en la Orden de los Carmelitas Descalzos.

Yo estaba en la inteligencia, me dixo, que volveríamos los dos á Alcaráz, en donde os casarais con mi hermana; que no compondriamos mas que una familia; y que solo nos separaría la muerte. Lo mismo pensaba yo, le respondí, quando venimos á este Convento, y me parecia una cosa deliciosa el vivir en vuestra compañía, y en la de Doña Paula; pero el Cielo lo dispone de otro modo. Me ha hablado con aquella expresion con que habla á los corazones que quiere arrancar de los deleytes del mundo. Ya no considero como plácemes aquellos que el mas dulce casamiento puede ofrecerme al pensamiento, ó por mejor decir, yo tengo por placer el sacrificarlos todos. ¡Dichoso de mí, si puedo con este sacrificio expiar los desordenes de mi vida pasada!

Con semejantes palabras se aumentó la suspension del D. Manuel. Si fuera lícito, replicó, quejarse de lo dispuesto por el Cielo, le acusaría de haberme privado del amigo á quien mas queria. En vez de lamentaros del Cielo, le dixé, temed mas bien el que cuente en el número de vuestras mayores culpas la de no haberos aprovechado como yo de los buenos exemplos que los Religiosos de este Convento nos han dado. Sin embargo, querido D. Manuel, todavía estais á tiempo. Dexad la hacienda á vuestra hermana, y renunciad valerosa-

mente á Doña Clara. El amor no es una pasión invencible; y la memoria de una querida no se resistirá aquí mucho tiempo al auxilio que la gracia os prestará para salir victorioso. Vamos, continúe, amigo, haced un esfuerzo para romper unos lazos que os atan al mundo. Vivid en este Convento para participar en él conmigo de las dulzuras de un sosiego, que solo se encuentra en el retiro. ¡Qual contento sería el mio si os viese tomar esta determinacion!

No lo esperéis, me dixo D. Manuel; yo me admiro de vos sin intencion de imitaros; no todos hemos nacido para el Claustro; es muy bueno para honra de la Religion Christiana, que haya personas desasidas de las cosas terrenas, y que vivan muy austéramente; pero en todos los estados de la vida nos podemos salvar, si cada uno cumple con las obligaciones del suyo. Quedaos, pues, añadió, en esta santa soledad, pues el Cielo os detiene en ella; pero conmigo lleva otras miras; su voluntad es que yo dé la vuelta á Alcaráz, y guarde la fé que prometí á Doña Clara.

Esta fué la última conversacion que tuve en Barcelona con mi amigo, y que se acabó con abrazos de una y otra parte. A Dios D. Querubin, me dixo enternecido, deseo que perseveréis siempre en el fervor que os anima. Yo sostuve con mas entereza que él nuestra despedida, y apenas marchó, quando empecé á olvidarle, lo que me hizo creer que yo tenia disposicion para desnudarme de toda aficion terrena.

Capítulo V.

Como al cabo de seis meses de Noviciado se entibió el fervor de D. Querubin. Dexa el hábito, y del nuevo partido que toma. Encuentra casualmente al Licenciado Carambola. Conversacion que tuvieron. Determina volver á ser Preceptor de algun niño, y qué fué lo que le hizo mudar de parecer.

Llevé con gusto por espacio de seis meses el hábito de Novicio, cumpliendo con fervor todas mis obligaciones, y contando sin dificultad, que pasaría el resto de mi vida en aquel Convento. Quiso mi desgracia que el P. Teodoro tuvo precision de dexar á Barcelona, é ir á Madrid á ocupar el empleo de Prior en el Convento de su Orden. Para mayor mortificacion mia sucedió, que me quedase al mismo tiempo sin el P. Serafin, que murió de un tabardillo, que cogió á fuerza de acalorarse en exhortar á un Alguacil enfermo para que tuviese una buena muerte.

Me afligí amargamente de verme sin estos dos Religiosos. Privado de semejantes guias, que me conducian seguramente por el camino de la salvacion, quedé entregado á mí mismo. Poco tardé en volver á sentir la tiranía de las pasiones, de que yo habia creído estar libre; y fueron tan vivos los golpes que dieron á mi vocacion, que ésta no pudo siempre resistir á ellos. No obstante, antes de que se rindiese, hice todos mis esfuerzos para sostenerla. Busqué socorro contra mi flaqueza, y discurriendo hallarlo en el trato con algunos Novicios, que me parecian firmes en su propósito, le dixé un dia á uno de ellos: Hermano, ¡dichoso sois en haber olvidado el mundo, y continuar vuestra carrera con tanto aliento! ¡Ojalá pudiera yo semejaros!

El Novicio me respondió: Si vierais mi corazón, no envidiariais mi suerte. Mis parientes me han hecho por fuerza ser Frayle, y estoy reducido á hacer de necesidad virtud; juzgad ahora si puedo estar tan gustoso con mi estado, como pensais. Otro Novicio me expresó, que habiendo tomado el hábito, de sentimiento de la muerte de una Dama, á quien amaba, conocia bien que ya estaba consolado; pero que habia ratos, en que le pesaba de no haberse valido de otro medio de olvidarla. Creo que si hubiese preguntado á todos los Novicios, hubiera hallado mas de uno poco satisfecho de su estado. Como quiera que sea, me disgusté de la vida religiosa, y volviendo á coger mi traje de seglar, salí del Convento, gozoso de verme otra vez en libertad, aunque sin dinero.

No dexé de hallarme algo perplexo sin saber qué determinar. No podia resolverme á volver á Alcaráz, porque ignoraba con qué cara me miraría Doña Paula. Mas queria renunciar al gusto de verla, que ponerme á riesgo de que me recibiese mal, fuera de que yo no estaba muy seguro de volver á encontrar un amigo en D. Manuel, ya casado.

No sabia, pues, lo que habia de hacer, quando de repente se me ofreció á la vista en la calle el Licenciado Carambola, á quien no esperaba ver mas en mi vida. Ambos nos quedamos suspensos de encontrarnos en la Capital de Cataluña. ¡ Vos en Barcelona, le dixe dandole un abrazo! Pues vos tambien estais en ella, me respondió.

Contéle entonces punto por punto lo que me habia pasado; y para obligarle á que él me refiriese los sucesos de su vida desde nuestra separacion, le dixe: ¿ Por qué dexasteis la Villa de Madrid, y el niño bastardo.

confiado á vuestro cuidado? ¿Acaso su padre putativo os despidió por antojo? No, me respondió; antes yo fui el que me salió con fundamento de su casa, y ahora os diré el motivo.

Señor Licenciado, me dixo un dia aquel Letrado, yo estoy hecho á que me lean de noche algun libro, para quedarme dormido, y sin esto no pudiera pegar los ojos. Mi lector ordinario ha caído malo, ¿quereis ocupar su lugar ínterin se pone bueno? Me complacereis en eso. Con muchísimo gusto, le dixé, Señor, no sabiendo yo el trabajo en que me metia; y desde aquella misma noche, así que se acostó, me senté á la cabecera de su cama, teniendo delante de mí una mesita, sobre la qual habia un libro viejo en Castellano, al que llamaban por excelencia en la casa: *La adormidera del Amo*, una lonja de jamon, pan, un vaso y un jarro de vino, para que tomase fuerzas el lector.

Cogí mi libro, y apenas habia leído algunas hojas, quando mi Letrado se durmió. Creyendo que estaba bien dormido, suspendí la lectura para tomar aliento, ó por mejor decir, para echar un trago; pero él despertó al instante, por lo que me puse prontamente otra vez á leer... ¡O prodigio estupendo! diez renglones de aquel libro admirable le sepultaron de nuevo en el sueño. Entonces, cogiendo con una mano el vaso, y con la otra el jarro, me encaxé un buen trago de vino de Lucena. Quise despues comer un poco de jamon, discurriendo tener lugar para ello; pero me engañé, pues volvió á despertar tan pronto, que no pude satisfacer mi deseo.

Sigo inmediatamente la lectura, dexo dormido ya al Letrado tercera vez; y para que su sueño fuese mas profundo, leí hasta tres hojas mortales. Despues de ha-

berle hecho tragar una dosis tan fuerte de opio, juzgué dormiría un buen rato; mas no fué así, pues despertó de nuevo al instante el desesperado, y viendome con el vaso en la boca, prorumpió en decirme con aspereza: ¡Qué diablos, señor Licenciado, no haceis mas que beber! Y vos, Señor, le respondí, no haceis otra cosa que dormir, y despertar. Desde mañana podeis buscar otro que os lea; yo no quiero emplear mas tan enfadosamente mis pulmones, aunque me doblaseis el sueldo. Pues no obstante, dixo, á eso os habeis de sujetar si quereis proseguir enseñando á mi hijo. Viendo yo que de esta suerte me ponía en la mano la respuesta (ya sabeis la prontitud de genio de los Vizcaínos), le repliqué con altivez. Nos desazonamos, y al dia siguiente me fuí de su casa.

Pasados algunos dias, continuó el Licenciado, un amigo mio me propuso la enseñanza del hijo de un Caballero Catalan, y yo acepté el partido. Me presentó á su padre, quien me recibió, y traxo de Madrid á Barcelona, en donde hace seis meses que estoy. ¿Y os hallais contento, le dixé? Contentísimo, me respondió. Los padres de mi discípulo son buena gente, y llevo traza de permanecer mucho tiempo en su casa. El niño ha entrado poquisimo há en ocho años, y el padre y la madre adoran en él, y le echan á perder por el ciego amor que le tienen. Hága la travesura que quiera, no hacen mas que reir, y le dexan pasar todo. Me han prohibido no solamente el pegarle, pero ni reñirle, de miedo de que se ponga malo apésadumbrandole. Y así, lexos de corregirle quando lo merece, alabo lo que hace. En una palabra, incienso al ídolo, y con eso me va bien; de esa manera me hago querer

de mi discípulo y de sus padres, quienes me estiman infinito.

Dí la enhorabuena á Carambola de su venturosa suerte; y después, habiéndonos dado un abrazo, nos separamos, ofreciéndonos volvernos á ver. Así que me aparté de él, me sepulté otra vez en mis reflexiones. ¿Que partido tomaré, decía yo, para salir de la miseria en que me veo? Si tuviera mi manteo y mi sotana volvería á ponerme á Preceptor. ¿Pero por ventura no puedo yo en este trage que ahora llevo, hacer casi el mismo oficio? Para eso no tengo mas que buscar alguna casa de Señor, donde se necesite de un Ayo para gobernar á un Señorito, que quieren vea mundo. Se mejante ministerio lo desempeñaré tan bien como el de Preceptor.

Determinéme á tomar esta ocupacion luego que la ocasion se presentase. No obstante, el Cielo que tenia otras miras conmigo, lo dispuso de distinto modo, y mudó de un golpe el semblante de mi fortuna con un suceso, que yo no podia jamás esperar, y á que precedió un sueño tan extraño, que no puedo menos de contarle.

Capítulo VI.

Del sueño que tuvo D. Querubin, y de la repentina mutacion que hubo en su fortuna. Hereda una grande hacienda. Su inclinación á Narcisa.

Soñé que estaba en la ciudad de México en un quarto magnífico, donde veía á mi hermano D. César sentado en una silla poltrona, dictando su testamento á un Escribano, que lo iba escribiendo. Habia junto á él un arca de hierro, de la que sacando talegos llenos

de monedas de oro, me los enseñaba, diciéndome: Mira, Querubin, querido hermano mio, éste es el fruto de mi viage, y de las diligencias que he hecho en Indias para enriquecerme. Todos estos bienes te los dexo á mi muerte, tuyos son. Despues me hacía manejar doblones, que yo tocaba con tanto gusto, que desperté de alegría, creyendo que tenia en la mano un puñado de ellos.

Este sueño hizo en mí tal impresion, que me sentí enteramente agitado quando desperté. En vez de no creer en él, como debía, por ser una cosa fantástica, pensé seriamente que era un aviso secreto, que me daba mi buen genio de alguna fortuna cercana. Esto puede suceder, decia yo, pues me acuerdo de todos los casos que he oído contar semejantes á éste; yo creo que hay sueños misteriosos, y si esto es así, el mio ha de ser ciertamente uno de ellos. Quiza mi hermano ha muerto, y dexadome riquezas. Hizome tal fuerza este pensamiento, que si me hubiese hallado con bastante dinero, me parece hubiera hecho la locura de ir á la Nueva-España á recoger su herencia. Finalmente, continuando en dar crédito á este sueño, me levanté lleno de gozo, y con el presentimiento de una buena fortuna fui á pasearme por la ciudad.

Al tiempo de atravesar el mercado de nuestra Señora del Mar, ví cerca de la puerta de la Iglesia del mismo nombre muchas personas que estaban leyendo con atencion un cartel, que acababan de fixar. Dióme tambien la gana de leerlo; y así metiendome por entre la gente para acercarme, no fué poco lo que me sorprendió el ver que decia: *Habiendo venido de las Indias Occidentales á Sevilla D. Cesar de la Ronda con dinero y géneros, ha muerto en aquella ciudad dos dias*

después de su llegada, lo que se avisa al Público, para que los que tengan derecho á su herencia; acudan á Sevilla á presentar los documentos; y se les entregaran sus bienes con arreglo al inventario que se ha formado en virtud de providencia de los Señores Jueces del Comercio.

Leí hasta quatro veces el papel, no atreviendome á fiarme enteramente de la relacion de mis ojos. Sin embargo, no pudiendo ya dudar de mi dicha, entré en la Iglesia á dar gracias á Dios por ella; y en mi oracion no me olvidé de D. Cesar. Lloré su muerte; pero de manera, que no se hubiera podido distinguir, si mis lagrimas eran señales de sentimiento ó de gozo. Solo en mí consistiria el decir para alabar mi buen corazon, que lo que únicamente me movió á verterlas fué el fallecimiento de mi hermano; pero además de que podrian dudar de mi sinceridad, yo no soy amigo de mentir, y así confesaré ingenuamente que lloré á Don Cesar, como un buen hermano menor llora al mayor que le dexa rico.

Lo que me daba pesadumbre era, que necesitaba dinero para ir á tomar posesion de los bienes que el Cielo me enviaba tan oportunamente, y me hallaba sin un quarto. Habia salido del Convento con los bolsillos vacíos; y viendome sin recurso, era muy lastimosa mi situacion, no obstante de ser un heredero rico. A fuerza, sin embargo, de discurrir, me ocurrió un arbitrio, que me pareció seguro para tener con qué hacer el viaje de Sevilla, que fué acudir á mi huesped Gerónimo Moreno, pintandole el apuro en que me veía; y como éste era de buena índole, honrado, y amigo de hacer un gusto, me dixo: No os aflijais por eso D. Querubin, que á Gerónimo Moreno no le falta á Dios gracias dine-

ro que prestar á un hombre de bien. Si os bastan cincuenta doblones para ir á Sevilla, los tengo para servir-
os. Vos me pareceis un mozo de vergüenza, y os
prestaré quanto es mio, sin mas seguridad que vuestra
palabra.

Dí gracias á mi huesped de la oferta que me hacía, y
le admití la oferta. Entregóme cincuenta doblones, de
los que le firmé un vale; y de allí á dos dias me em-
barqué en un navío Genovés, que iba á Sevilla. Habia
á su bordo muchos pasajeros, y entre ellos un Mercader
de Tortosa, ya viejo, á quien el interés de su comer-
cio llevaba á Andalucía. Tomé conocimiento con este
Catalan; y la simpatía que se halló entre los dos, oca-
sionó una amistad, que llegó á tal punto de estrechez,
que quando entramos á Sevilla me dixo: No nos sepa-
remos; yo sé un parage donde estaremos bien, y los
amos son bella gente. Condescendí en ello, y ambos
fuimos á hospedarnos á la calle de la Lonja en la posada
del papagayo.

El dueño de ella, su muger y su hija me parecieron
alegrarse tanto de volver á ver al Mercader de Tortosa,
que yo me hice bien cargo de que se conocian mucho
tiempo habia. Aquí teneis, les dixo, á un Caballero,
que os suplico mireis como á mi misma persona.
Basta, le respondió muy cortesmente el huesped, que
este Caballero sea vuestro amigo, para que merezca
todas nuestras atenciones. La huéspeda, cuya edad
sería de quarenta años, y que no desmentia la fama,
que las mugeres de Sevilla tienen de ser alhagüeñas, y
amigas de que las quieran, no pudo menos de añadir á
la respuesta de su marido, que un Caballero tan gallar-
do como yo, debia estar cierto de que se le trataría con
todo el cuidado posible. Llegada la hora de la cena, el

huesped, llamado el Maestro Gaspar, nos preguntó si queríamos cenar solos. No, no, le respondió el viejo Catalan; cenaremos con vos y vuestra amable familia, porque gustamos de compañía. Nos pusimos, pues, á la mesa con el huesped, la huespeda y la jóven Narcisa, su hija, la qual, además del bello resplandor de la mocedad, tenia unas facciones de rostro proporcionadas, el semblante risueño, y los ojos tan vivos, que convidaban á mirarla; y así fué, que durante la cena, tuve muchas veces puestos en ella los míos. Por su parte no anduvo escasa en las miradas, echandome algunas que me dieron mucho en que pensar. Parecióme traslucia en ella un deséo de agradarme, que obró prontamente su efecto. Turbóme, me sentí agitado de un ímpulso afectuoso; y mi corazón se encendió todo de un golpe por la bella Narcisa.

El Mercader de Tortosa, que quizá lo echó de ver, y quiso favorecer mi pasión reciente con fingir que yo era un hombre opulento, habló del asunto que me había llevado á Sevilla. Con esto deslumbró al padre y á la madre, y fué causa de que la hija aumentáse sus miradas propicias. El Maestro Gaspar ofreció servirme, y me propuso el ir con él al otro día á ver un Letrado conocido suyo, cuya principal ocupación era hacer administrar justicia á los forasteros, que iban á Sevilla á dependencias de comercio. Este sugeto, prosiguió, os dirá el modo con que os habeis de gobernar, para que no os engañen, ó por mejor decir, si quereis, él se encargará de practicar todas las diligencias necesarias en el asunto, y saldreis de ello, mediante una corta muestra de agradecimiento, porque es un hombre muy desinteresado.

El viejo Mercader me aconsejó que admitiese la pro-

puesta del huésped, lo que hice sin detención; y después, siendo ya tiempo de acostarse, nos retiramos el Catalán y yo á los cuartos que nos habían dispuesto, que para ser de posada eran bastante decentes. Metíme en la cama, en la que me ocupé desde luego en contemplar las gracias de Narcisa, antes que en la fortuna brillante que estaba inmediato á gozar; pero borrándoseme después la imagen de la hija de Gaspar con la consideración de las riquezas, me quedé dormido, pensando en el oro y en la plata.

Capítulo VII.

Va D. Querubín á Salamanca, y vuelve á Sevilla con sus papeles. Entreganle la herencia de su hermano. De las honras que hace celebrar por su alma. Resulta de su inclinación á Narcisa.

La mañana siguiente mi huésped, para hacerme ver que era hombre de palabra, me llevó á casa del Jurisconsulto, de que me había hablado; y al presentarme á él, le dixo: Señor D. Mateo, este es un Caballero que tengo en mi posada. No entiende muy bien de negocios, y necesita de vuestros consejos. Oído esto por el Licenciado me preguntó con gravedad, qué dependencia me llevaba á Sevilla, y habiéndole enterado de ella, me dixo, habiendo tomado antes un polvo: Es preciso tener vuestra fé de Bautismo en debida forma, y una certificación de que sois hermano del dicho D. Cesar de la Ronda, que poco há murió en esta ciudad. No perdáis tiempo, marchad al instante á Salamanca á buscar estos documentos; traedmelos, y contad con que yo haré os entreguen inmediatamente la herencia

de vuestro hermano, á pesar de quantas trampas quieran hacer para dilatar su entrega.

El vivo deseo que yo tenia de hallarme provisto de los papeles necesarios para sacar de entre las uñas de la Justicia de Sevilla los bienes que me correspondian, no me dexó diferir mi marcha mas tiempo del preciso para disponerla, y me hizo andar tan diligente, que al cabo de pocos dias me vieron volver con mi fé de Bautismo y certificaciones, así del Corregidor, como de los demás Jueces de Salamanca; de manera, que nadie podia negar que yo era hijo de mi padre, y de consiguiente hermano del mencionado D. Cesar. Por eso, luego que Don Mateo hubo exâminado mis papeletes, exclamó como fuera de sí: ¡Por vida mia que son estos unos instrumentos incontestables! Además, me dixo, os participo, que durante vuestra ausencia he hablado á los Jueces del Comercio, los quales me han dicho que vuestro hermano otorgó su testamento el dia antes de morir, y que en él os dexa por heredero universal, de suerte que en breve sereis dueño de sus bienes, ó no quiero jamás tomar á mi cargo ningun asunto, por bueno que lo considere.

Pareciendome digno de mi confianza este Letrado, me puse enteramente en sus manos, y no me pesó, pues en tres semanas me hizo entregar todos los efectos de D. Cesar, los quales consistian en barras de plata, en doblones de oro y en géneros de salida. Para decir las cosas como pasaron, no dexó de costarme mucho para arrancar estas riquezas de mano de los depositarios; y no se me entregaron, sino despues de tantas formalidades, que se puede decir que los dependientes de la Justicia fueron mis coherederos. Sin embargo, á pesar del jugo que estos zanganos sacaron de mis me-

encías, de haber recompensado decentemente á mi Letrado, y de pagar una infinidad de derechos, todo contado, y todo deducido, me hallé aun con el valor líquido de mas de ochenta mil ducados.

¡Qué dicha la mía! El primer uso que hice de tan buena fortuna fué dar señales públicas de mi gratitud á la memoria de mi hermano. Dispuse se celebrasen honras por el descanso de su alma en todas las Iglesias de Sevilla. Hice al Clero, tanto secular, como regular, que rogasen á Dios por él. Finalmente, di á conocer que D. Cesar de la Ronda no habia escogido por heredero á un mal hermano. Luego que cumplí con lo que debia á sus cenizas, pensé en mis negocios. Vendí mis géneros, y deposité su importe, por consejo del Mercader de Tortosa, en poder del señor Abél Hacendado, que tenia fama de ser el mas seguro cambista que habia entonces en Sevilla.

Mientras yo arreglaba así mi caudal, el Maestro Gaspar, en cuya casa me mantenía siempre hospedado con el viejo Catalan, me trataba con mucho agasajo, como tambien su muger; y por su parte la bella Narcisa no cesaba de manifestarme con dulces miradas su afecto. El Mercader por otro lado me ponderaba continuamente el mérito de esta muchacha, alabandome su entendimiento y buen genio, sin olvidar su virtud. Yo bien veía adonde queria ir á parar. Estaba deseando tanto como el huesped y la huespeda, que me diese gana de casarme con esta amable persona, de quien era padrino, y tal vez algo mas. Yo me hallaba bastante dispuesto á hacer esta locura; y aun creo que la hubiera hecho, á no haber tenido la dicha de evitarla en fuerza de una noticia que me dieron, y contaré en el capítulo siguiente.

Capítulo VIII.

D. Querubin encuentra á Mileno. Qué es lo que éste le cuenta; y noticia que le impide casarse con la hija del Maestro Gaspar, por cuyo motivo se marcha de Sevilla con tanta precipitacion, como si hubiera cometido algun delito.

Es constante que yo me hallaba enamorado de Narcisa, y que discurriendo era el único á quien ella queria, estaba determinado á pedirsela inmediatamente á su padre; pero dió la casualidad de encontrar á Mileno, que yo creía estaba todavía sirviendo á Pedrilla. ¡Ola, le dixes, tú por aquí, querido Mileno! ¿Está acaso en Sevilla D. Manuel? Ya no estoy con él, me respondió. Los dos nos separamos por una desazon que tuve con su Cocinero por la doncella de Doña Paula. El Cocinero y yo estábamos muy prendados de la mozuela; tomamos zelos uno de otro; reñimos; le sacudí una estocada, y puse al instante tierra por medio. He venido á Sevilla, donde tengo la honra de servir á un amo, que ayudado del ministerio de una oficiosa vieja y del mio, visita de secreto á la hija de un Posadero.

Estas últimas palabras me hicieron temblar de pies á cabeza; y así todo inmutado le pregunté á Mileno, si sabía el nombre del Posadero. El Maestro Gaspar, me respondió, y su hija se llama Narcisa. Vos á la cuenta la conoceis, añadió, pues mudais de color al oírla nombrar. ¿Os interesa algo esa muger? Mas de lo que puedes pensar, Mileno, repliqué yo. Estoy enamorado de esta pérfida hermosura, y me haces un buen servicio en darme un aviso, del qual te aseguro me aprovecharé.

A haber sabido, me dixo, que teniais ánimo de dar la mano á Narcisa, me hubiera guardado bien de revelaros la inclinacion que tiene al Licenciado D. Blas Mugerillo, mi amo. No debe causarse perjuicio á nadie, y sentiría que mi noticia os impidiese casaros con una muchacha preciosa, á quien no se le puede echar otra culpa que la de un leve galanteo. Mileno, repliqué yo, hazme el favor de no gastar conmigo esas malas chanzas, y sigue sirviendo tan honradamente á tu casto amo. Dame noticias de Don Manuel. ¿Se casó con Doña Clara? No por cierto, respondió. Ya veo que no sabeis que quando volvió de Barcelona á Alcaráz, supo que esta Señora estaba en un Convento de Religiosas en Nínaterra, y que allí habia tomado el hábito, de modo que segun todas las apariencias ya la puede contar por pérdida para él. Y en qué estado, repliqué, has dexado á Doña Paula? En el de una muchacha, me respondió, que se hubiera alegrado muchísimo de llevar con vos el yugo de Himenéó, y que creyendose precisada á renunciar á esta esperanza, ha tomado aborrecimiento al matrimonio, y no quiere que le hablen mas de él.

Yo queria tener una conversacion mas larga con Mileno; pero me fué imposible detenerle. Me dexó de repente diciendo: A Dios, señor D. Querubin, perdonad, si no me estóy mas tiempo con vos; tengo prisa. Mi amo da esta noche de cenar á cinco ó seis amigos suyos, y voy á la pastelería para que dispongan una cena digna de su apetito.

Despues de haberse marchado Mileno, empecé á hacer muchas reflexiones: por vida mia, dixé para mí, que hay fisonomías que engañan fuertemente. ¿Quien no hubiera creído como yo, que Narcisa era honesta

y recatada? ¡En verdad que me he escapado de buena! Después volviendo el pensamiento á D. Manuel, y compadeciéndole de que hubiese perdido una novia tan apreciable como Doña Clara, le acompañaba en su sentimiento. Si yo estuviera ahora, decia, en Alcaráz, le serviría de gran consuelo. ¿Pues quién me quita el ir allá? El consolar á un amigo, y el interés de mi sosiego, todo me estimula á hacer el viage. Aunque Narcisa no merece mi cariño, conozco que me retienen sus atractivos, y para olvidarla necesito volver á ver á Doña Paula. Finalmente, todas mis reflexiones vinieron á parar en determinarme á tomar quanto antes el camino de Alcaráz. Salí de oculto de Sevilla; pero al marchar escribí á la hija del Maestro Gaspar un billete, en que le decia, que viendome precisado á apartarme de ella por algun tiempo, habia dexado al Licenciado Mugerillo el cuidado de consolarla durante mi ausencia.

Capítulo IX.

Llega D. Querubin á Alcaráz, y en qué estado encontró á D. Manuel de Pedrilla, y á Doña Paula su hermana. De lo bien que le recibieron. Renuevase su amor á la hermana de D. Manuel.

Después de haber mal comido, tenido mala cama en las posadas del camino, y estado muy aburrido durante seis dias, llegué á Alcaráz. Fui á apearme á casa de Pedrilla, quien creyendo ver una fantasma, quando parecí delante de él, ¿es acaso, exclamó, ilusion, ó es D. Querubin de la Ronda el que veo?

Sí, amigo, le respondí, el mismo es. Yo soy á quien

dexasteis en Barcelona en un hábito que mi flaca virtud no me ha dexado llevar hasta el fin de mis dias. Con este motivo le conté de qué modo se habia entibiado mi fervor, y que no habia podido concluir el noviciado.

No lleveis á mal, me dixo él entonces, que pues somos amigos, os dé quejas de no haberme escrito el estado en que os hallabais. ¿No sabeis que entre Españoles es ofender á un amigo el no acudir á él quando se necesita de su bolsillo, ó de su espada?

Para reparar vuestra culpa, lo que habeis de hacer es vivir siempre conmigo, y ser dueño de la mitad de mi hacienda. No os pido otra cosa en agradecimiento, sino el que esteis persuadido á que vuestro infeliz estado no cansará jamas mi amistad, y os diré además, que habiendoods prometido la mano de mi hermana, os renuevo la promesa. Conserva todavía el afecto que os profesaba antes de vuestra ida á Barcelona, porque no imagineis, que por haberos ausentado de ella, habeis perdido el lugar que ocupabais en su corazon. Ha llorado vuestra incostancia; pero no se ha quejado de vos.

Yo no pude oír hablar de esta suerte á Pedrilla sin enternecerme, y estrechandole entre mis brazos, exclamé: ¡Ay, querido D. Manuel, qué dichoso soy en tener un amigo tan perfecto como vos! ¡Y cuánto me alhaga el saber que puedo aspirar todavía á casarme con Doña Paula! Mi alegría es mayor, por quanto no estoy en el estado de necesidad que pensais. Tengo mas de ochenta mil ducados que ofrecerla juntamente con mi persona. ¿Cómo es eso, interrumpió Don Manuel, que la fortuna ha derramado sobre vos tantos bienes en tan poco tiempo?

Entonces referí á mi amigo lo que me habia sucedido despues de salir del Convento; y mi relacion le causó tanto gusto, que me llevó inmediatamente al quarto de su hermana, á la qual, al entrar, la dixo lleno de alborozo: ¡Paula, una grande noticia te traygo! Ve aquí á D. Querubin de la Ronda, que vuelve á tí mas enamorado que nunca. Así es, Señora, la dixe; el amor me conduce otra vez á vuestros pies. Contento el Cielo de los esfuerzos que he hecho para desasirme de vuestros atractivos, os devuelve un amante, que él no ha querido quitaros. Yo os perdono esos esfuerzos, me respondió sonriendose; no habeis ofendido por eso mi altivez; y respetando muchísimo la causa de vuestra mudanza, no hay en mí motivo de quexa.

Uno y otro sois felices, expresó mi amigo, y llegais al punto de coronar vuestros deseos; pero yo, miserable juguete de la fortuna, he perdido la esperanza de que sea mia Doña Clara. Acabo de saber que ha profesado, y que la cruel me dexa el penoso trabajo de olvidarla. Querubin, añadió, vos no aguardabais semejante novedad. Ya la sabía, le respondí, pues Mileno, á quien encontré en Sevilla, me lo contó todo. He sentido amargamente vuestras penas; pero espero que acompañandoos en llevarlas, ayudaré á que se alivien.

Quedé, pues, encargado de dos cuidados, de consolar al hermano, y de festejar á la hermana, y desempeñé tan bien las dos cosas, que alivié el pesar del uno, y aumenté la pasion de la otra. Es verdad que si acrecenté la llama de Doña Paula, ella por su lado resucitó la mia, y la volvió su primera actividad.

Capítulo X.

Por qué casualidad tiene D. Querubin noticias de su hermana Doña Francisca, y qué impresion le causaron. Casase con Doña Paula, y honras que le hacen.

Yo pasaba muy divertido el tiempo con los mas gallardos mozos de Alcaráz, esperando llegase el momento de ser el feliz esposo de Doña Paula, quando estando una noche en una de las casas principales de la ciudad, ví entrar un hombre alto y seco, á quien los circunstantes hicieron al instante muchos cumplimientos. Reparé en él, y caí inmediatamente en que era D. Dionisio Langaruto, aquel Caballero del Hábito de Santiago, á quien yo habia visto en Madrid en casa de mi hermana. Conocióme él tambien al punto, y llegando á mí con los brazos abiertos, me dixo: ¿Me permite el señor D. Querubin que le dé un abrazo? Me alegro en el alma de volverle á ver. Por no quedarme atrás en materia de atencion con este Caballero, le manifesté un regocijo igual al suyo; y Dios sabe no obstante hasta qué término nos era indiferente á ambos este encuentro.

Cenamos juntos en aquella casa, y como éramos diez ó doce de mesa, y la conversacion no siempre podia ser entre todos, cada convidado se ponía á hablar quedo de quando en quando con el de su lado. Como yo estaba junto á D. Dionisio, nos hablabamos muchas veces en voz baxa. Sr. D. Querubin, me dixo, os aseguro que me ha causado el mayor sentimiento la desgracia sucedida á D. Pedro Retortillo, vuestro cuñado. Sorprehendido de lo que me decia, le pregunté, qué desgracia era aquella. ¿Pues qué, replicó, no sabeis que estando D. Pedro en la caza, hace tres

meses, cayó del caballo, y se lastimó de modo, que no vivió luego ni dos horas? Nada sabía, le respondí, y no os admireis de ello, pues estoy mal con mi hermana despues que se casó con D. Pedro, y desde entonces no nos tratamos. Pero, señor D. Dionisio, añadió, decidme, os suplico, si es cierto lo que acabais de contarme. No lo dudeis, me respondió, esta desgracia le sucedió á vuestro cuñado cerca de Cuenca, en su Quinta de Villardesaz, adonde se habia retirado con su muger pasados algunos dias despues de casados.

Turbóme de tal manera semejante noticia, que no hice mas que pensar en ella lo restante de la noche hasta acostarme. Mi hermana, á quien yo no creía mirar sino con indiferencia, me ocurrió al pensamiento de un modo, por el que conocí que todavía la queria. Como el motivo de nuestra discordia habia ya cesado, la sangre recobró facilmente sus derechos.

Así que volví á ver á D. Manuel, le informé del funesto suceso que me habia referido D. Dionisio, y en seguida le manifesté mi deseo de saber en qué estado se hallaban entonces los asuntos de mi hermana. No tengo yo menos gana que vos de informarme de lo mismo, me respondió mi amigo. Irémos, si gustais, al Alcazar de Villardesaz á consolar á aquella hermosa viuda de la muerte de su esposo, y al mismo tiempo volveremos á ver á Ismenia, que creo se mantiene con ella; pero soy de parecer, añadió, que dexemos este viage para despues de vuestra boda. Consentí en esta dilacion con tanto mayor gusto, quanto deseaba mucho ser cuñado de Don Manuel de Pedrilla.

Hicieron, pues, magníficos preparativos para mi casamiento, y di la mano de esposo á Doña Paula, que

unió tan contenta su suerte con la mia, que hizo perfecta mi felicidad. Por espacio de quince dias todo fué músicas, bayles y banquetes. Aun quando hubiese yo sido un gran Señor, no creo que mi matrimonio se hubiera celebrado con mas fiestas y regocijos.

Capítulo XI.

Con qué Caballero hizo conocimiento Don Querubin, y sus resultas. Marcha con D. Manuel al Alcazar de Clevillente, y lo que allí vió.

Entre los Caballeros mozos que asistieron á mi boda, hubo uno especialmente que me llenó por su aspecto noble y agradable. Luego que le ví, pregunté á Don Manuel, quién era aquel bizarro Caballero. Se llama, me dixo, D. Gregorio de Clevillente.

Al oír este nombre mudé de color, y me turbé, no dudando de ninguna manera que el tal Caballero era el seductor de mi hermana Francisca. Sin embargo, disimulé mi agitacion delante de Pedrilla, quien prosiguió de esta suerte: Vuelve de Calatrava, y pasa por Alcaráz para restituirse á su Alcazar, que está cerca de Alicante. Me alegro muchísimo de haber hecho conocimiento con él; pues me parece un Caballero de todas prendas.

Si D. Gregorio gustó á D. Manuel, no agradó menos D. Manuel á D. Gregorio; quien se detuvo quince dias en Alcaráz, en los quales se hicieron tan amigos estos dos Caballeros, que al principio tuve mi poco de envidia; pero ésta no pudo resistir á las demostraciones atentas con que se adelantó Clevillente para grangear mi amistad, de modo, que olvidando yo quanto podia

oponerse á ella, correspondí sinceramente á las muestras afectuosas que me manifestó. Este Caballero, al expresarnos la víspera de su partida el sentimiento que le causaba dexarnos, nos convidó á ir con él á su Alcazar por algunos dias, y nos instó tan fuertemente, que admitimos la oferta. Marché, pues, al Alcazar de Clevillente, no porque me fuese gustoso el ver un parage, que el hermano de mi hermana no podia mirar sin pesadumbre, sino impelido de una secreta inspiracion del Cielo, que queria por medio mio cumplir sus designios.

El primer objeto que se ofreció á mi vista fué un muchacho de diez á doce años, que vino á arrojarse en los brazos de D. Gregorio, quien habiendole hecho muchísimas caricias, nos le presentó diciendo: Ved aquí el fruto de mis primeros amores. Nos pareció el niño muy lindo, abrazamosle D. Manuel y yo, y dimos el parabien á su padre de tener un hijo de tan bella esperanza. Clevillente se mostró agradecido á nuestros cumplimientos, y nos dixo: Este chico le quiero tanto mas, quanto nació de una madre de cuya pérdida no me puedo consolar.

Dicho esto, dió un suspiro, que yo aprobé con ánimo de moverle á que nos contase una historia, en la qual me recelaba tuviese parte mi hermana. Señor, le dixe, es cosa bien triste el verse arrebatado por una muerte temprana un objeto amado. La persona de quien lloro la pérdida, interrumpió, no ha muerto; á lo menos no lo creo; pero hace diez años que desapareció repentinamente de este Alcazar; y por mas averiguaciones que he hecho, no sé de su paradero.

Vos nos dais en lo que decís, dixo D. Manuel, una grande idea de los atractivos de esa Dama. Muy pe-

regrina sería quando al cabo de diez años os complacéis todavía en acordaros de ella. No era, respondió, una hermosura perfecta; pero lo cierto es, que tenía tanta gracia en su cara, que no se podía mirarla sin aficionarse á ella. Vosotros mismos lo juzgaréis, añadió, si quereis venir conmigo. Despues de esto, nos llevó á su quarto, en donde, entre otros retratos, estaba el de mi hermana, tan parecido á ella, que lo conocí inmediatamente; y la única diferencia que en él encontré fué, que la copia manifestaba un vivo lustre de juventud, que el original empezaba ya á perder.

Este es, nos dixo Clevillente, señalando con el dedo el retrato, el rostro de la madre de Paquito. ¿No tengo razon para sentir la pérdida de una muger tan hermosa? Yo disimulé que reconocía á mi hermana en aquel retrato; no obstante quedé persuadido á que Paquito era hechura suya. No puedo, decia yo para mí, dexar de creerlo, aunque ella no me habló palabra de este hijo bastardo, quando me contó sus aventuras; juzgaría ella conveniente callar este pasage, creyendo con semejante silencio hacer menos reprehensible su historia. Despues, mudando de pensamiento, puede ser, añadía yo, que este hijo natural sea de alguna otra Dama, á quien Clevillente haya engañado como á Doña Francisca.

Para saber mejor á que atenerme, haciendole hablar á D. Gregorio, le dixe: Teneis con efecto razon para estar affligido de haber perdido una belleza tan atractiva; pero decidme cómo pasó el caso. ¿Os dexó ella por inconstancia, ó la disteis motivo para estar quexosa de vos? ¡Ay! me respondió con tristeza, yo fui la causa de nuestra separacion, yo soy el culpado, y así no encuentro consuelo. Si Doña Francisca me hubiera aban-

donado por ligereza, mucho tiempo há que la hubiera olvidado; pero como conozco lo mal que procedí con ella, no puedo por eso borrarla de la memoria. Confieso, prosiguió, que no puedo imputar su culpa sino á mi falta de palabra. Quando la saqué robada de un Colegio, en que estaba de Pensionista, la prometí y juré ser su esposo, y ella se rindió, no tanto á la violencia de mi amor, como á este juramento. Sin embargo, lexos de cumplirla esta palabra, la tuve entretenida, la engañé, y apuré en fin su paciencia. Despues de un año de estancia en este Alcazar, huyó sin que bastáse á detenerla un niño recién nacido, que me dexó, para que su vista fuese un reprehensor continuo de mi deslealtad.

Hice, prosiguió D. Gregorio, buscar por todas partes á Francisca luego que supe su fuga; pero las personas á quienes dí el encargo, lo desempeñaron tan mal, que no averiguaron cosa ninguna acerca de ella. Desde entonces vivo sin sosiego, y no se me aparta de la imaginacion Francisca; y su imagen vengativa me persigue día y noche. Me parece que la veo, y que la oygo lamentarse de haberme creído, y hacer muchas imprecaciones contra mí. Puede ser, le dixé á Clevillente, que no la pinteis, qual es; puede ser que no acusandose ella sino á sí misma de su desgracia, la memoria del afecto que os tuvo, la haga prorrumpir en lagrimas; y puede ser por último, que reyneis todavía en su corazon, sin embargo de vuestra ingratitud.

¡ Ah! si yo lo creyese así, y supiese donde está, iría á detestar á sus pies la perfidia, de que he usado con ella! No hay que hacer, iría á buscarla, aun quando estuviese en la parte mas remota de la tierra. No necesitariais, le repliqué, de ir tan lexos, si estuviessis

verdaderamente dispuesto á reparar con el matrimonio la ofensa mortal, que habeis hecho á su honra, y la afrenta causada á su familia. ¡Qué oygo, me dixo suspenso D. Gregorio! ¿Será posible que conozcais á la Dama representada en ese retrato? No lo dudeis, le respondí; y aun D. Manuel tambien la conoce.

Oído esto por Pedrilla se puso á mirar el retrato con mas cuidado, y descubriendo en él las facciones de mi hermana: ¿Qué es lo que veo? amigo, me dixo turbado. No me atrevo á declararos mi pensamiento; y mas quiero creer que los ojos me engañan en esta ocasion. No, no, le repliqué, lo que os dicen es cierto. Doña Francisca, á quien conoceis con el nombre de Basilisa, es el original de esta pintura. Clevillente engañó á mi hermana, y él mismo me lo ha confesado. La robó en Cartagena de un Colegio, en que estaba de Pensionista, y la conduxo á este Alcazar. El honor pide que yo tome satisfaccion de este atentado; pero una vez que Doña Francisca está viuda, hay un medio mas suave para repararlo.

A vista de las muestras de honradez, que acaba de dar D. Gregorio, dixo entonces D. Manuel, estoy persuadido á que su mas vivo deseo es el casarse con Doña Francisca. No es otra mi intencion, exclamó Clevillente, y os deben de servir de fiadores los remordimientos que hace diez años me atormentan. Decidme solamente en qué parage de España reside esta Dama, que voy volando en busca suya. Yo mismo quiero conducirlos allá, le dixé, para ser testigo del gozo que ambos tendreis en volveros á ver. Discurre que D. Manuel no se negará á acompañarnos. Así es, respondió Pedrilla; yo tengo tambien mis motivos para hacer este viage, además de la condescendencia que teneis derecho á esperar de mi amistad.

Capítulo XII.

Del viage que los tres Caballeros hicieron al Alcazar de Villar del Saz. Disfrazanse de peregrinos para entrar en él. De qué suerte fueron recibidos. Conversación singular de un criado de Doña Francisca. Sorpresa inesperada que experimentó ésta. Reconocense.

Todos tres tomamos, pues, inmediatamente la determinación de ir al Alcazar de Villar del Saz, en donde juzgué que mi hermana estaría todavía. Dispusimos nuestra marcha acompañados de tres criados, montados, igualmente que nosotros, en mulas, y nos pusimos en camino para Cuenca, adonde llegamos en menos de seis dias. Así que estuvimos en esta ciudad, nos pareció á propósito detenernos, á fin de informarnos de lo que deseabamos saber, esto es, de lo que pasaba en el Alcazar de Villar del Saz, que solo está distante de allí tres quartos de legua. Averiguamos ser verdad, que el señor D. Pedro Retortillo había muerto de la caída del caballo en una cacería, y que apesadumbrada todavía su viuda de su muerte, pasaba una vida triste en el Alcazar, sin tener mas consuelo que el de una Señora, amiga suya, que habitaba en su compañía. Don Manuel se estremeció de gozo luego que oyó hablar de esta amiga, no dudando en manera alguna ser Ismenia, á quien no menor contento tenia de ver otra vez, que D. Gregorio de volver á encontrar á su querida Francisca.

Estando todos tres formando consejo acerca del modo con que iríamos á presentarnos á aquellas dos Damas, me ocurrió un pensamiento extravagante que mis compañeros aprobaron, y resolvimos poner por obra. Hicimos hacer tres vestidos de peregrinos, y en este

trage, despues de haber dexado á nuestros criados en Cuenca, llegamos á la entrada de la noche al Alcazar de Villar del Saz. Llamamos á la puerta, y diximos al criado que vino á abrirnos, que tres peregrinos Aragoneses, que iban á Santiago de Galicia, pedian licencia para dormir en la caballeriza. Volvió adentro el criado á avisar, y de allí á poco nos traxo la respuesta de que su ama consentia en ello, y en seguida habiendonos hecho entrar, nos llevó hasta lo último de una sala baxa, donde habia alguna paja, y un candil colgado en la pared en un rincon. Amigos, nos dixo, quando pasan por aquí algunos peregrinos, lo que sucede con bastante frecuencia, los hacemos dormir en esta sala. No estareis aquí mal, y como discurro no os faltará gana de comer, voy á traer con que satisfacerla, por donde vereis que en este Alcazar no se hacen las cosas á medias. Dicho esto, se marchó, dexandonos la libertad que necesitabamos, para ceder á la tentacion de risa que nos dió de notar el hospedage que se nos daba. Con efecto, era cosa bastante graciosa el ver tratar así á unos peregrinos como nosotros, y esto nos divertia infinito. Estabamos esperando que volviese el mismo criado, y no era poca nuestra curiosidad de saber en qué consistiría la cena, con que nos querian regalar, quando al cabo de un quarto de hora vino con una cesta llena de pan, queso y cebollas. Acompañabale otro criado con un jarro grande de vino de la Mancha; y llegando á nosotros nos dixo con ayre risueño: Aquí os traygo que comer para que tomeis nuevas fuerzas. Llenad bien la barriga, porque tripas llevan piernas.

Pareciendonos éste un mozo despierto, que no deseaba sino hablar, le hicimos todos tres cada uno á su

vez varias preguntas, á las quales respondió como criado prudente, y afecto á su amo. Dímosle pie para que nos contase el desastre de D. Pedro, lo que hizo menudamente sin callar la mas leve circunstancia. ¿Y á la Señora, su esposa, le dixes despues, le ha sido muy sensible su muerte? Todavía la está sintiendo, me respondió. Nunca hubiera creído que una muger pudiese llorar tanto tiempo á su marido. ¿Con que, segun parece, le dixo D. Gregorio, vuestro amo era una persona muy amable? No mucho, replicó el criado, porque además de tener bastante mal genio, era zeloso, regañon, y estaba lleno de caprichos. Sin embargo, á pesar de todo esto, tenia un cierto no sé qué, con que se hacía querer de mi ama. ¿Y qué, no hay nadie que procure consolar á esta bella viuda? dixo D. Manuel. Sí Señor, replicó el criado, pues además de que la señora Ismenia la espanta su pena, viene casi todos los dias á verla un Caballerito de Cuenca, que me parece á propósito para aliviar los pesares de la viudez. Se llama D. Simon de Romeral, y no dudo de que tiene gana de suceder al señor D. Pedro, lo qual no es ninguna cosa imposible. De unos dias á esta parte, me parece que la Señora no está tan afligida como acostumbra, ya sea porque hayan hecho efecto en ella las palabras de Ismenia, ó ya porque D. Simon empiece á parecerla bien.

La relacion de este criado me hizo recelar que hubiésemos llegado demasiado tarde, y que D. Simon se hubiese hecho ya dueño de la voluntad de Francisca. Siendo esto así, decia yo interiormente, puede que mi hermana no lleve á bien el cuidado con que miro su honra. No la gustará volver á ver á su primer amante, si actualmente está prendada de otro. D. Gregorio ha-

cia casi las mismas reflexiones, y uno y otro empezamos á dudar del feliz éxito de nuestra peregrinacion,

A fuerza de preguntar al criado, que no era lerdo, le dimos en qué sospechar de nosotros. Señores, nos dixo meneando la cabeza, Vms. me tienen traza de ser unos sutiles peregrinos. Vms., pienso, no sois ningunos vagamundos, como la mayor parte de los que visten este traje; y vuestro aspecto denota enteramente que sois personas de forma, que os habeis disfrazado de esa suerte para representar alguna comedia, y quizá habeis escogido para teatro este Alcazar. Si se necesita, añadió, un papel de quarto en ella, os ofrezco mi habilidad.

Cogimosle la palabra; y viendo que podria sernos útil, nos descubrimos con él, y para moverle mas á servirnos, le dimos veinte doblones, por donde vino en conocimiento que no habia hecho un juicio equivocado de nosotros; y enamorado de nuestro proceder con él: Señores, nos dixo, manden Vms. á Clarin, su criado, que al instante serán obedecidos. ¿Qual es vuestra intencion? ¿y qué puedo yo hacer por Vms.? Conocemos, le dixe yo, al ama de este Alcazar, y á su amiga. Hace ya mucho tiempo que no las hemos visto, y tenemos la humorada de presentarnos á ellas á ver si nos conocen en este disfraz. Id, proseguí, y decid en secreto á Doña Francisca, que si desea saber noticias de D. Querubin de la Ronda, hay aquí un peregrino, que podrá contentar su curiosidad. Si no me pide Vmd. mas que eso, respondió Clarin, poca cosa es, y en breve haré el encargo. Con efecto, habiendose marchado, volvió de allí á corto rato, diciendome: Venga Vmd. conmigo, pues mi ama os quiere hablar. Acompañóme á un quarto muy hermoso, en

donde estaba mi hermana sola con Ismenia; y las dos me conocieron al punto. ¡Ay, hermano, exclamó ella, qué sorpresa tan gustosa es para mí el volverte á ver! Pero ¿por qué te presentas á mí en esa vestimenta? Hermana, la respondí, tu admiracion de verme de esta forma cesará quando sepas el motivo de mi peregrinacion; pero dexame manifestarte antes lo que he sentido la desgracia del señor D. Pedro. Como no ignoro la amarga pena que te causa la muerte de tus maridos, vengo á acompañarte en tu sentimiento.

Con estas palabras renové el dolor en la viuda, la qual echó á llorar. Creí que iba á dar nuevas muestras de afliccion, y contaba con tener que aguantar la tempestad; pero por fortuna Ismenia la espantó, diciendola á su amiga: Hija, harto has llorado; ya es tiempo de que te consueles; tu hermano ha venido á fin de contribuir á ello. Así es verdad, dixé, pues tal es mi designio, y me atrevo á pronosticarte que las cosas van á mudar de semblante en esta casa. Vienen conmigo dos buenos peregrinos, con ánimo de convertir en ella la tristeza en alegría. ¿Y quién son esos dos buenos peregrinos? preguntó Doña Francisca. No quiero me los presentes sin saberlo antes. Permite, la dixé, que no te los nombre, para que te cause placer la novedad de verlos. Manda que los hagan entrar. Entonces llamó Ismenia á Clarin, y le dixo fuese á buscar á los otros dos peregrinos, que deseaban no con poca impaciencia el representar su papel.

Luego que se presentaron conoció Ismenia á D. Manuel; pero á mi hermana no le sucedió al instante lo mismo con D. Gregorio, el que inmediatamente que la vió fué acelerado á arrojarse á sus pies. Dadme licencia, Señora, la dixo, para que un culpado, movido

de sus remordimientos, venga á pedirnos perdón. Doña Francisca, no tanto conmovida de estas palabras, quanto del eco de voz de Clevillente, le conoció y cayó al punto desmayada. Bien habia yo recelado, que la presencia del padre de Frasquito la inmutaría; pero no aguardaba que hiciese en ella una impresion tan viva.

Ismenia y yo acudimos prontamente á socorrerla; y vuelta en sí estuvo callando un rato, y despues hablando conmigo. Hermano, me dixo, ya ves el efecto de tu imprudencia. ¿No debias prevenirme antes de ponerme á la vista á D. Gregorio? Bien sabes los motivos que tengo para evitar su presencia. Confieso mi culpa, hermana, la respondi; convengo en que debia prepararte de antemano para volver á ver á un amante, á quien puedes con fundamento decirle las cosas mas terribles; pero sin embargo, no es indigno de perdón. Ha conocido su culpa, y dies años hace que la llora. Dexale te refiera lo que ha padecido; dignate escucharle, que yo respondo de su sinceridad.

Sí, Señora, exclamó Clevillente; oídme un rato os suplico; concededme este favor por los ruegos de mi amigo D. Querubin. Por muy preocupada que esteis contra mí, lo que os tengo que decir desvanecerá vuestro resentimiento. ¿Y qué podeis alegar en descargo vuestro? le replicó la viuda de D. Pedro. ¡Pluguiera al Cielo que no fueseis el mas fementido é ingrato de los hombres! Confieso desde luego mi deslealtad, la dixo Don Gregorio, ¿pero cuánto no he hecho para borrarla? Dicho esto, empezó á hacer una relacion individual de las penas que habia sentido; y nosotros, Ismenia y yo le dexamos hablar á solas con Francisca lo que no dexó de producir su efecto, esto es, el enternecer á ésta; de donde es preciso inferir,

que si los primeros amores no resisten todos á la prueba del tiempo, son á lo menos unas brasas mal apagadas, que pueden facilmente volverse á encender.

Mientras aquellos dos amantes hablaban en voz baxa, yo los estaba observando, y me parecia que la ira de mi hermana se iba aplacando por instantes. Creo que no se olvidaron en la conversacion de mi sobrino Frasquito, y que esto no dañó á su reconciliacion. En este intervalo Don Manuel y yo contamos á Ismenia el modo con que habiamos hecho conocimiento con D. Gregorio, y quanto habia pasado entre nosotros, y este Caballero en el Alcazar de Clevillente.

Sumo contento me causais, nos dixo Ismenia, en participarme la enmienda de un perjuro, á quien mi amiga jamás ha podido apartar enteramente de la memoria; y es cierto que no podiais traerle aquí en mejor ocasion. Ya era tiempo, pues si aguardais un mes mas tarde, hubierais encontrado casada otra vez á Doña Francisca. Principiaba á aficionarse de D. Simon de Romeral, y yo la veía en terminos de darle la mano de esposa. Gracias al Cielo, exclamé, hemos venido en un tiempo muy venturoso, si acaso mi hermana no piensa preferir al de primera fecha el último llegado. ¿Quién dice tal? replicó Ismenia; haced mas justicia á Doña Francisca. Aun quando su inclinacion la arrastráse hácia D. Simon, se declararía sin detencion en favor de Clevillente. Escogería no al amante, que el amor la ofrece, sino al que el honor la ha traído.

Por mas que Ismenia me decia, no dexaba yo de temer que mi hermana pensaba diversamente que ella. Sin embargo, salió incierto mi recelo, pues siendo D. Gregorio un galan de primera clase, tenia la feliz habilidad de ganar con su persuasiva la voluntad de las

Damas; y así sucedió, que Doña Francisca sintió renacer en sí todo el cariño que le habia profesado; y como ella por su lado no le era inferior en el arte de agradar, le inspiró mayor afecto que nunca. D. Manuel con haber vuelto á ver á Ismenia recobró asimismo el amor, con que la habia mirado en Madrid; y esta Dama le dió á conocer bastante en el modo afable de recibirle, que su felicidad solo dependia de él, si la hacía consistir en el placer de casarse con ella.

Capítulo XIII.

Cenan los tres viajantes con Doña Francisca y Doña Ismenia. D. Querubin habla á solas con su hermana, la qual se casa con su primer Querido D. Gregorio. Doña Ismenia se casa tambien con D. Manuel de Pedrilla. D. Querubin y D. Manuel se retiran del Alcazar de Clevillente, y marchan con sus mugeres á Alcaráz. Convenio que hicieron.

A los dos peregrinos, que no se cansaban de estar en compañía de sus novias, vino á interrumpirlos un criado que entró á avisar fuesemos, que estaba esperando nos la cena, lo que oído por la viuda de Don Pedro, nos llevó ésta á una sala, en donde habia una mesa cubierta de todo género de manjares bien sazonados. A vista de un banquete, en que reynaban la abundancia junta con el aseo, me acordé del queso y las cebollas, que Clarin nos habia llevado á la caballeriza. Dixele entonces á Pedrilla, ¿sabeis cuñado que estos manjares son mejores que los que nos sirvieron poco hace? ¿Qué os parece?

Esta aprehension excitó en todos una carcajada de risa, y nos puso de buen humor. Caballeros, nos dixe

Ismenia, viendoos en ese hábito os tuvimos por tres aventureros; y nosotras acostumbramos á dar el hospedage conforme á la traza de los huespedes; pero unos peregrinos, semejantes á Vms., merecen los recibamos como personas de modo. Y así mi amiga y yo estamos muy dispuestas á regalaros bien. No necesito aseguraroslo, añadió sonriéndose, y mirando á mis dos compañeros, pues ya podeis haberlo conocido. Finalmente, nuestra peregrinacion fué el asunto de la conversacion mientras la cena, y con este motivo nos ocurrieron mil chanzas, que nos tuvieron divertidos hasta media noche. Entonces vinieron muchos criados con luces para conducirnos á los quartos que nos estaban destinados; y así los tres peregrinos, en vez de volver á la caballeriza á dormir en la paja, fueron como unos Señores á descansar en colchones de pluma.

Al siguiente dia por la mañana, me envió á decir mi hermana, tenia que hablar conmigo á solas. Fui á su quarto, en donde habiendome hecho sentar á la cabecera de su cama: Hermano, me dixo, yo estoy contenta con D. Gregorio, pues está arrepentido de la ofensa que me hizo; dice que hace diez años que se siente atormentado de remordimientos, que le persiguen á manera de Furias; que me ha andado buscando por todas partes para reparar su mal proceder, casandose conmigo; y ahora que me ha encontrado, me ofrece la mano de esposa; y mas prendado de mí que nunca, me ha jurado un amor eterno, con lo qual ha vuelto á resucitar en mi pecho toda la llama que en él habia encendido en Cartagena, y he aceptado con sumo gozo su promesa.

Aplaudí este modo de pensar de mi hermana, diciéndola que hacía bien, que Clevillente era su primer

vencedor, y que la prenda que tenia éste de su cariño, debia moverla á casarse con él. Estas palabras hicieron poner colorada á Doña Francisca, la qual me dixo: Creo, hermano, que me harás la gracia de perdonarme el disimulo que guardé contigo sobre la prenda de que has hablado. Quando una muchacha fragil refiere su historia, no se ha de llevar á mal que calle alguna circunstancia. Puedes creer, la respondí, querida hermana, que te lo perdono de buena gana; pero tambien me has de dexar que te hable ahora de Frasquito. No ha habido jamás niño mas amable; quando le veas, le compadecerás de haber carecido de tus caricias en su tierna niñez, y confesarás que merece bien que su padre y su madre le reconozcan por su legítimo heredero. Finalmente, yo defendí con tal eficacia la causa de mi sobrino, que enternecida de su suerte mi hermana, se puso á llorar. Frasquito, la dixé, ya no es digno de lástima, pues el Cielo ha reunido aquí á sus padres, los quales van á unirse con el matrimonio. Fixarán el estado de este hijo, con lo que introducirán un nuevo individuo en la nobleza de Valencia.

Despues de haber conversado harto largo tiempo acerca de Frasquito, hablamos de la muerte de D. Cesar, nuestro hermano, y de la rica herencia que me habia dexado. Diré en debido elogio de mi hermana, que en vez de manifestar un codicioso sentimiento de no haber participado de ella, tuvo la gran generosidad de darme un sincero parabien. Es verdad que como estaba mas opulenta que yo, y en visperas de casarse con un hombre de caudal, debia estar contenta con su suerte. Nuestra conversacion se acabó con varias preguntas, que me hizo acerca de mi casamiento, y por

mis respuestas no pudo menos de conocer, que no estaba pesaroso de él.

Concluída esta conversacion, tuve otra con D. Gregorio, que sintiendose por instantes mas apasionado, aguardaba con impaciencia la hora de la celebracion de su matrimonio con Francisca. A esta sazón llegó D. Manuel, diciendo que acababa de separarse de Ismenia, por quien estaba, añadió, tan ciego, que deseaba con ansia casarse con ella. Pues bien, Señores, les dixé, ya que estais tan enamorados, es necesario no dilatar vuestra dicha, y eso queda á mi cuidado. Voy á buscar á las novias, y decirlas lo que os impacienta el que no se efectuen vuestras bodas; y no creo que tengan la crueldad de haceros padecer en esta esperanza. Con efecto, luego que ellas vieron que sus amantes se sometían con tanto gusto al yugo de Himenéo, se conformaron sin detencion con sus deseos.

Inmediatamente que advertí, que las quatro partes interesadas estaban de acuerdo, tuvimos una gran junta sobre lo que convenia hacer, y se resolvió que las dos bodas se celebrasen en el Alcazar de Clevillente por varias razones. Dispuesto esto así, hicimos venir de Cuenca á los criados con nuestro equipage, y nos dispusimos para marchar, lo que en breve fué hecho. Quitamonos los vestidos de peregrinos para volver á tomar los que antes llevabamos; y habiendo encargado mi hermana el cuidado del Alcazar de Villar del Saz al arrendador, siguió con nosotros y todos sus criados el camino de Alicante, adonde no llegamos sino al cabo de ocho dias, por no haber querido ir mas de prisa, temiendo incomodar á las Señoras. Pasamos de largo por esta ciudad, y de allí á poco estuvimos en el Alcazar de Clevillente, en donde renovandosela á la viuda

de Don Pedro la memoria de los pesares, ó quizá de las satisfacciones que en él habia tenido, no pudo contener las lagrimas, las que se aumentaron con ver á Frasquito; pero este amable niño enjugó él mismo el llanto que causaba, é inspiró en su madre tanta ternura hácia él, que lo miraba como su ídolo. Además de ver en él un vivo retrato suyo, era hijo único, pues no habia tenido ninguno de sus dos maridos.

No se ocuparon en el Alcazar en otra cosa, que en los preparativos de las bodas de mis cuñados, y entre tanto fui yo á buscar á Alcaráz á Doña Paula, mi muger, sin la qual la fiesta no hubiera sido cumplida; y pasados seis dias volví allí con ella, y con su feliz llegada creció la alegría. Así Ismenia, como Doña Francisca, la acariciaron á qual mas pudo, y notaron en ella una persona dispuesta á vivir en paz con sus cuñadas.

D. Manuel y D. Gregorio hicieron tantas diligencias para apresurar el dia que habia de colmar sus deseos, que éste llegó en breve. Los desposó un Clérigo, pariente de Clevillente, que vino á este fin desde Orihuela con las facultades necesarias.

Hemos visto de qué modo Ismenia y mi hermana se casaron. Despues de haberse divertido bien, tuvieron la fortuna de tener por maridos á dos Caballeros, que llevados de una excesiva pasion á ellas, las pusieron en la clase de dos Señoras de importancia. ¡Qué admirable es el amor! Echa la cortina para ocultar la vida pasada de una muger, que ha andado divertida, quando quiere darsela por esposa á un hombre honrado.

Para celebrar los dos matrimonios hubo despues repetidas diversiones que duraron mas de tres semanas, al cabo de las quales, Don Manuel y yo suplicamos á D. Gregorio y á su esposa nos diesen licencia para vol-

vernós á Alcaráz, la que nos costó mucha dificultad alcanzar. Habia tanto tiempo que mi hermana vivia en estrecha amistad con Ismenia, que no podia determinarse á esta separacion. Con todo, cesó de oponerse á nuestra vuelta, con tal que para estar juntos la mitad del año, iríamos D. Manuel y yo con nuestras mugeres á pasar tres meses del verano al Alcazar de Clevillente, y que D. Gregorio y mi hermana volverían por el invierno á vivir otros tres meses en Alcaráz. Nos dieron en fin la libertad de dexarlos, debaxo de la palabra que les dimos de guardar puntualmente el convenio.

Capítulo XIV.

De una aventura graciosa, en que se halló Don Querubin. Séria reflexion sobre su fortuna, y la de su hermana. A Don Manuel y á él les roba uno de sus criados. Reciben otro en su lugar. Declárase quién era éste. Admiracion de Don Querubin y de su amigo quando le conocieron.

Despues de habernos mostrado de una y otra parte con señales de afecto lo mucho que sentiamos separarnos, D. Manuel y yo nos pusimos en marcha con nuestras peregrinas esposas, dexando á D. Gregorio y á mi hermana muy tristes por nuestra ida. Pero á nosotros nos sirvió de consuelo el estar en posesion de lo que mas queriamos en el mundo, y nos divertimos infinito en nuestro corto viage. Como nos precisaba hacer noche en el camino, nos detuvimos en un Lugar, donde estuvimos entretenidos en ver representar por una Compañia de Volatines la Comedia intitlada: *Doña*

Inés de Castro. Movidos de la fama que esta composición poética habia cobrado en Madrid, quisimos que nuestras mugeres lograsen del gusto de verla; mas nos afligió en gran manera el ver parecer en un quarto de meson, que servia de teatro, á una muger en dias de parir, la qual nos recitó una gerigonza, que nadie entendió; despues salió otro actor, que tendria unos sesenta años, y hacía el papel de *Don Pedro*. Finalmente, la tal composición, que no puede llamarse cómica, ni trágica, duró solo un quarto de hora, y agradó mucho al concurso. Hubo luego danzas, saltos y voltetas; y por fin de fiesta el que habia representado á D. Pedro se puso á esgrimir con el pie derecho, y la cabeza abaxo; y como lo executó bastante bien, fué muy aplaudido; pero lo mas gracioso del caso fué que Doña Inés, que estando representando habia hecho muchos gestos por los dolores que le causaba el preñado, parió la misma tarde en el teatro casi á nuestra presencia. Nos retiramos despues de semejante catástrofe; y la compañía nos pidió la disculpasemos, si no echaban un baylequito chinesco, que habia hecho mucho ruido en Madrid; pero que el lance inopinado de la Cómica parida se lo impedia. Mas alegres estuvimos en la cena. Al dia siguiente llegamos temprano á Alcaráz. Nuestras mugeres necesitaban de descanso, y lo mismo nos sucedia á nosotros. Gozabamos de la mas perfecta felicidad; y aunque habia tres meses que estabamos casados, queriamos á nuestras mugeres mas que nunca. ¡Demasiado afortunado hubiera sido yo, si la dicha de que gozaba hubiese durado toda la vida! pero estaba escrito en el libro de los destinos, que habian de sucederme trabajos mayores que los que habia ya experimentado. Las aventuras de mi hermana se me representaban con-

tinuamente á la imaginacion, y yo admiraba la Providencia, que jamás nos ha desamparado. Es verdad, decia yo entre mí, que es felicidad en una muger tan distraída gozar de la mas brillante fortuna, quando echamos de ver en la miseria y en el oprobio otras personas de mayor mérito y virtud que ella. ¡Qué mundo éste! ¡Una muger licenciosa y Comedianta llegar á casarse con un Caballero! Esto no se ve á menudo. La honra de mi hermana se repara por este medio. Es rica, y su marido no lo es mucho, y así lo uno va por lo otro. Quiera la fortuna dexarnos lograr mucho tiempo de sus favores. D. Manuel acaba de coronar mi dicha con lá donacion que me hace de la mitad de su Alcazar; las personas mas distinguidas de Alcaráz nos honran con sus visitas, y tratamos con lo mejor del pueblo; y nuestras ocupaciones y entretenimientos son el paséo, la caza, la pesca, el juego y los libros.

Pero un contratiempo impensado vino á turbar nuestros placeres. Pegóse fuego por la noche al Alcazar, y quedó reducida á cenizas la mitad de nuestros bienes: por fortuna tuvimos tiempo de sacar lo mas precioso, y con algunas reparaciones volvieron las cosas al estado de antes. Facilmente nos hubieramos consolado de esta pérdida á no habernos hurtado mucha plata labrada, y las alhajas de nuestras mugeres, que no dexaban de valer una suma considerable. No sospechamos de ninguno de los criados; y sin embargo uno de ellos fué el del robo, y le descubrió el Mercader, á quien el bribon habia ido á vender porcion de él. D. Manuel queria dar parte á la Justicia; pero por atencion mia se contentó con echarle, mandandole, so pena de acusarle, saliese del Reyno en el término de quarenta y ocho horas. Recompensamos li-

beralmente á nuestro honrado Mercader, porque no siempre se encuentran de esos entre ellos.

De allí á algunos dias se presentó para entrar á servirnos un mozo, cuya fisonomía y buen personal le recomendaban. Se interesaba por él un amigo nuestro; aquel mismo dia le recibimos. Su apellido era Alvarez. Se grangeó nuestra estimacion con su afabilidad, complacencia y exáctitud en el desempeño de su obligacion. Estaba dotado de un don de modestia y de humildad, con lo que se hacia querer de todos; pero á pesar de su admirable carácter, mostraba una profunda melancolía, y suspiraba continuamente. Yo me condolia de su suerte; y él me manifestaba afecto, al que yo correspondía. Bastaba fuese desgraciado para que yo le cobrase inclinacion.

Era tanto lo que le queria, que me empeñé en saber la causa de su afliccion. Me daba pena verle triste y pensativo; y así un dia le llamé á mi quarto, para que me declarase el motivo de su pesar. Le empecé á preguntar si estaba descontento de la casa; que nosotros nos hallabamos gustosos con él; y que la tristeza que le consumia, daría con él tarde ó temprano en la sepultura. Me escuchaba y suspiraba sin decirme una palabra. Tú estás enamorado, continué; pero no correspondido. Dímelo; si la persona á quien quieres, depende de nosotros, ó habita en nuestra vecindad, no tengas reparo en confesarmelo. Abreme tu pecho, que la amistad que te profeso, es bastante para que te haga yo lograr el objeto por quien suspiras. Es cierto, me respondió Alvarez, que estoy enamorado; pero sin esperanza alguna, aunque me vea querido de la mas hermosa criatura que el Cielo ha criado. Estas palabras en boca de un sirviente me admiraron. Son tan repe-

tidos los favores que me haceis, prósiguió, que no tengo ninguna dificultad en confiarme de vos, y deciros quién soy.

D. Manuel, que nos estaba escuchando desde su aposento, no pudo contener su curiosidad, y como no podía oír cómodamente, se vino al mio. Suspendióse Alvarez de verle allí tan cerca de nosotros, y quiso retirarse; pero D. Manuel le hizo que se quedase, diciéndole, que habia oído nuestra conversacion, y que el interés que tomaba en ella, le habia movido á salir de su estancia para oír lo demás, y que podia mirarnos como amigos. Confuso estoy, Señores, nos dixo, de los beneficios que os debo.

Nací de padres nobles; pero la nobleza vale bien poco, quando no hay grandes riquezas para sostenerla. Tuve una madre, que gustando del adorno, y de ostentar grandeza, gastó de modo que arruinó á mi padre en muy breve tiempo; pero por fortuna no tuvieron mas hijo que yo. Mi padre, que se llamaba D. Alvar del Sol, murió de la pesadumbre; y no pudiendo mi madre resistir este golpe, falleció poco tiempo despues. ¿Qué sois vos, interrumpió D. Manuel, el hijo del señor D. Alvar del Sol? ¡O amigo D. Carlos, repitió D. Manuel, dexad que os abrace! Don Manuel le echó los brazos al cuello, y le hizo acordar de que habian estudiado juntos en Madrid. Yo me alegré muchísimo entre mí de este descubrimiento, y supliqué á D. Carlos nos refriese sus trabajos. Mi amigo le preguntó por D. Lope, dueño de inmensas riquezas, y que vivia en Madrid. ¡Ay de mí! exclamó D. Carlos, esa es la causa de todas mis desdichas, como ahora vereis.

Capítulo XV.

Historia trágica de Don Carlos y de Doña Sofía.

Despues de la muerte de mis padres se encargó del cuidado de mi niñez D. Lope de la Crusca, mi tío materno, y seguí mis estudios á su vista. A pesar de su extrema avaricia me quería, y llevó á su casa, donde yo vivia dichoso y sin inquietud; pero el amor vino á turbar mi sosiego. Mi tío me daba quantos gustos pueden agrádar á un muchacho que sale de un Colegio; íbamos muchas veces juntos al Prado, y el paseo era nuestra principal diversion. Cansado de pasearse una tarde se sentó, y yo por buena crianza no me aparté de él. En frente de nosotros estaba sentada la mas linda criatura que se podia ver, la qual de quando en quando ponía en mí los ojos; y estas miradas eran otras tantas flechas, que el amor me disparaba. Sin embargo, la que la acompañaba, que yo creí era su madre, se levantó, y las dos se marcharon juntas; y viendo yo que se retiraban del paseo, y se encaminaban hácia donde nosotros viviamos, fingí hallarme indispuesto para obligar á mi tío á volvernos tambien á casa, como así lo hizo, con lo que tuve el gusto de ir siguiendo de lexos á la persona del mundo, á que habia tomado mayor afición. ¡Qual fué mi admiracion al verlas entrar cabalmente enfrente de nuestra casa! Preguntéle á mi tío, si conocia á las Señoras que vivian en la casa de enfrente, á lo que me respondió, que no habiendo querido jamás visitar á sus vecinos, no deseaba conocerlos. Yo le dixé, que sin embargo habia un tesoro en ella, pues encerraba en sí la muger mas hermosa del mundo. Así será, me dixo; pero á mí nada me importa eso. Si Vmd., querido tío, me quisiera, repli-

qué yo, me llevaría á verla. No, sobrino mio, me dixo; hasta ahora he cuidado de tí, y no me pesa, pues siempre me has obedecido. Creeme, no vayas allá, yo tengo mis motivos para hablarte de esta suerte. Dicho esto, se retiró dexandome solo.

Causaronme sentimiento sus palabras; pero vencien-
dome el amor, al dia siguiente fuí como vecino á visi-
tar á los padres de la Señorita, á quien habia visto el
dia antes. Recibieronme con grandísimo agasajo, y noté
que al verme su hija se habia puesto en extremo colo-
rada; y por mi parte creo no estaba muy tranquilo, pues
sentí extenderse por todo mi cuerpo un ardor, que
hasta entonces no habia experimentado. El padre y la
madre de Doña Sofia, que así se llamaba aquella don-
cella, sabiendo que yo era el sobrino de D. Lope de la
Crusca, me dieron algunas leves quejas de haber estado
hasta entonces sin pasar á verlos. Yo me disculpé lo
mejor que pude, y les dixe que mi tio era un hombre
tan extraordinario, que no visitaba á nadie; que por mi
parte estaba enfadado contra mí mismo de no haberles
hecho antes mi visita, y que podian contar conmigo en
adelante una vez que me daban su permiso. Mien-
tras yo hablaba, no cesaba de mirarme Doña Sofia, de
manera que salí de allí el hombre mas apasionado que
puede pensarse. Continué mis visitas por espacio de
seis meses cabales. No habia felicidad comparable con
la mia; amaba y era amado. En este estado tomé la
determinacion de pedir á Doña Sofia en casamiento á
sus padres, los quales me la concedieron sin detenerse,
con tal que consintiera en ello mi tio, pues de lo con-
trario revocaban su palabra, atendiendo á que yo no
podia esperar bienes algunos sino de mi tio. Fuí á dar
parte de mi dicha á Doña Sofia, la qual volvió á po-

nerse colorada; y sus ojos me manifestaron que yo no la desagradaba para esposo. Puso fin á nuestra conversacion la entrada de sus padres, y yo me fuí á casa de mi tío; y echandome á sus pies le confesé, que no obstante su prohibicion, habia ido á visitar á Doña Sofia, de la que estaba ciegamente enamorado; y que sus padres venian en darmela por esposa, siempre que él no se opusiese á mi felicidad. Sobrino mio, me dixo, yo no tengo ningun reparo; casate con esa, á quien quieres, consiento en ello. Sé que hace seis meses que la visitas diariamente; nunca te he hablado de ello; tú me lo declaras ahora, sé dichoso; pero mientras yo viva no aguardes de mí bienes ningunos. ¡O tío! exclamé yo; vuestro consentimiento me basta, y prefiero á Doña Sofia á quantas riquezas tiene el mundo. Al dia siguiente noticié á mi novia la respuesta de mi tío, y ella la comunicó á sus padres, los quales fueron inmediatamente á ver á D. Lope con ánimo de arreglar las capitulaciones del casamiento. Dexaronme con su hija, y fueron á casa de mi tío, quien por su parte se quedó muy suspenso de su visita. Dexólos hablar quanto quisieron, y respondió, que admitia con mucho gusto la honra que me hacian; pero que yo no tenia nada que esperar mientras él viviese, pues tal era su intencion. Aunque le hicieron presente, que yo no merecia semejante trato, aquel viejo implacable no quiso ceder, y les volvió las espaldas. Los padres de Doña Sofia, ofendidos gravemente de esto, vinieron á su casa, y me dixerón, que no queriendo mi tío hacer cosa ninguna por mí, me suplicaban no pusiese mas los pies en ella, y que prohibian á su hija el tratarme.

Un reo, á quien le leen la sentencia de muerte, no puede quedarse mas suspenso y turbado, que me quedé

yo al oír una noticia tan pesarosa: cogióme un desmayo tan fuerte, que fué preciso llevarme á casa, y no volví en mí sino de allí á gran rato; y mi tío, á quien puedo llamar cruel, tuvo la inhumanidad de dexarme solo, y marcharse á su Casa de campo. Pregunté por Doña Sofia, y me dixerón, que sus padres la habian enviado á un Convento de Cartagena, de que era Abadesa una tia suya. Luego que pude salir tomé el camino de esta ciudad; pero me fué imposible el ver á la que yo amaba. Hallandome sin esperanza, sin recurso, y sin apoyo, no quise volver á entrar por las puertas de mi tío, ni verle mas. Anduve errante dos años de ciudad en ciudad, en donde no sabiendo que hacerme, he estado sirviendo hasta que quiera el Cielo sacarme de la miseria. Solo la muerte puede poner fin á mis desgracias.

A este tiempo vinieron á interrumpirnos nuestras mugeres para darnos noticias de Madrid, diciendonos que D. Lope de la Crusca habia muerto, y que habiendo dexado toda su hacienda á D. Carlos del Sol, su sobrino, éste tenia que legitimar su persona. D. Carlos lloró su muerte, en lo qual manifestaba su buena índole; y como nuestras mugeres ignoraban la mutacion de su estado, estaban admiradas de verle llorar; y refiriendolas nosotros el caso, le dieron la enhorabuena de su fortuna. Al cabo de un instante exclamó D. Carlos: ¡Qué dichoso voy á ser! Mi tío ya no vive. Inmediatamente escribió la novedad á los padres de Doña Sofia; y mientras venía la respuesta, nos dexó para ir á recoger la herencia. Despues de habernos dado gracias, y un abrazo, marchó mas enamorado que nunca. Hicimos le fuese acompañando uno de nuestros criados, el qual pasado un mes, en que nada supimos,

volvió á darnos cuenta de la suerte de D. Carlos, que era lo primero que deseabamos saber; pero considerese qual sería nuestra admiracion al oírle decir que ya no vivia. Nos refirió que estando en la Casa de campo de su tio para tomar posesion de ella, habia recibido allí el aviso que le concedian á Doña Sofia en casamiento; que no tenia mas que presentarse en Madrid para efectuarlo, y que habian escrito á Cartagena á fin de que se restituyese del Convento. Causóle tan viva impresion esta noticia, y fué tan violenta su alegría, que despues de hacer mil demostraciones y extrávagancias, causadas de su arrebató, murió en los brazos de muchos amigos, á quienes habia dado parte de su ventura. Me enviaron, prosiguió el criado, á Madrid á dar esta triste nueva á los padres de Doña Sofia, quienes escribieron al instante á la Abadesa del Convento en que estaba, que D. Carlos acababa de morir de gozo, y que su hija podia permanecer con ella. Se supo que Doña Sofia habia recibido con mucha indiferencia la noticia de que iba á casarse con D. Carlos, porque gustaba bastante, decia ella, del retiro. Con todo eso, de allí á algunos dias de saber la muerte de D. Carlos la cogió un desmayo, que la tuvo privada de sentido ocho dias. Tenia los ojos vueltos hácia el Cielo, y se la oían decir estas palabras: ¡O Cielos! ¿qué es esto? ¿ya no vive? y los suspiros que daba, y lágrimas que vertia en abundancia, la impedian continuar. En este estado murió, sin querer tomar ningun alimento.

Mucho nos affigieron semejantes noticias, y no pudimos menos de compadecer con lágrimas el infortunio de D. Carlos y Doña Sofia, y lo que nos distrajo fué la visita de mi cuñado D. Gregorio y mi hermana. Estu-

vieron con nosotros un mes, y se lastimaron en gran manera de la historia trágica de D. Carlos, de que les hicimos relacion. Nosotros les procuramos todas las diversiones de que gozabamos antes. De esta suerte manteniamos con nuestras visitas recíprocas la amistad, que reynaba entre nosotros.

Fin de la tercera parte.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

PARTE CUARTA.

Capítulo primero.

D. Querubin de la Ronda llega á ser despues de quince meses de casado, el marido mas infeliz. Llevale D. Gabriél robada á su muger; y aunque D. Quérubin le persigue, es en vano. Conversacion que tuvo con su criado. Dexa de buscar á la que huye de él, y determina marchar á México.

De esta suerte, pues, viviamos con nuestras esposas mis cuñados y yo. D. Gregorio y D. Manuel me daban cada dia alguna nueva señal de su amistad; y de mi parte yo les manifestaba la mayor atencion. Lo que hay que admirar es, que nuestras mugeres estaban tan bien unidas como nosotros. Sin embargo que de tres casas no componiamos mas que una, se avenian perfectamente las mugeres unas con otras. Casi nunca tenian entre ellas un sí ni un no; y si llegaba esto á suceder era sin enfadarse. Sus alteraciones paraban siempre en risa.

Para colmo de fortuna, el Cielo nos dió bien pronto á conocer que bendecia nuestros matrimonios. Ismenia parió á los diez meses un muchacho; Doña Paula una muchacha; y Doña Francisca, mi hermana, dió á luz dos niños de una vez, como para reparar con este doble parto una larga esterilidad; ó si se quiere, para

mostrar á Clevillente, que él solo tenia el privilegio de hacerla fecunda.

Llena de regocijo nuestra Compañía por estos felices alumbramientos, los celebró con fiestas, que fueron para el pueblo otros tantos dias de diversion. Finalmente, no teniamos mas que pedir. En qualquier parte que estuviésemos, reynaba siempre la alegría entre nosotros; y bien que nuestras diversiones tuviesen en nuestra sola familia un manantial inagotable, habia asimismo muchos amigos, que iban á aumentarlas, y participar de ellas. Si estabamos en el Alcazar de Clevillente, los hidalgos de aquellas cercanías venian á visitarnos; y quando habitabamos en Alcaráz, la casa de D. Manuel era el parage de la concurrencia de dos nobles jóvenes del pueblo, y tambien de los forasteros distinguidos, que allí se hallaban.

Gozabamos de las dulzuras de la felicidad mas completa; y por lo que á mí toca, estaba contentísimo con mi suerte, experimentando en compañía de Doña Paula un gozo puro é inexplicable. Yo, aunque casado, la queria mas que nunca; ¡y ojalá que mi dicha hubiese durado mas tiempo! Discurría haber llegado al término de mis desgracias; pero me engañaba, pues todavía no se habia cumplido mi destino, el qual me guardaba para otros trabajos mayores, que los que habia pasado.

Entre los muchos Caballeros que asistian á nuestros festejos, habia uno, que decia llamarse D. Gabriel de Monchique, ser del Reyno de Algarve, y pariente del Conde de Vivallano. Viajando por España por curiosidad, se habia detenido en Alcaráz, y habiamos hecho conocimiento con él. Además de traer una comitiva de Señor, le acompañaba un personal tan bello, y eran

sus modales tan nobles, que no se podía presumir fuese un hombre ordinario, antes bien le hubieran tenido por un Príncipe jóven, que recorría incógnito las Provincias de la Monarquía Española, y no por un simple Caballero. Jamás he visto sugeto que tuviese mejor presencia, ni rostro mas galan. Además de eso su ingenio correspondía con su buena cara. Agradónos por extremo á mis cuñados y á mí desde la primera vez que le vimos, y no omitimos nada para hacer amistad con él. Tuvimos gusto en presentarle á nuestras mugeres, quienes tal vez allá para sí nos censuraron de imprudentes en darlas á conocer una persona tan peligrosa. Nosotros por nuestra parte, en lugar de temer las conseqüencias, nada recelamos, recibiendo con buena voluntad sus visitas á nuestro riesgo, peligro y fortuna.

En breve nos dió á conocer, que habíamos metido al lobo en el redil; y por mi desgracia mi muger fué la oveja, á quien le dió la gana de comerse. Bien observé yo que ella no le disgustaba; pero semejante advertencia no me asustó; antes bien me causó risa, y aun algunas veces daba yo por chanza la enhorabuena á Doña Paula de haber cazado un tan lindo mozo, y ella me respondía en el mismo tono, que se alegraba mucho de tener un sacrificio tan precioso que hacerme. Diré además, que yo miraba el amor de Monchique como cosa de juguete, y me regocijaba interiormente de ver á un galan tan bello suspirar inutilmente, lo qual lisongeaba mi vanidad. En una palabra, reputaba por tan honesta á la hermana de Don Manuel, que no pensaba faltaría á la fidelidad; pero yo contaba demasiado sobre su recato. El amante que habia formado el designio de seducirla, lo consiguió, valiendose de

una criada vieja, cuyo influxo en el ánimo de mi muger era grande, y de la qual halló prontamente medio de corromper la lealtad.

Lo mas particular que hubo en este engaño, fué el haberse urdido con tanto secreto, que no tuve la menor sospecha de ello. Ya estaba mi muger léxos de Alcaráz quando supe que habia desaparecido con Antonia, su criada, como tambien D. Gabriél, y que verosímilmente este Caballero las habia robado.

Yo no dí crédito alguno á la primer noticia que me dieron de este rapto, pues no me pareció cosa verosímil. No, no es posible, decia yo, que mi muger, cuya virtud se ha mantenido intacta hasta ahora, empiece por dar en tal extremo. Sería, á la verdad, para principio un hecho bien extraordinario. Menos me hubiera admirado el lance si hubiese sucedido con las mugeres de mis cuñados. Esto sería mas propio de ellas, que de Doña Paula, cuya vida ha sido siempre irreprehensible. Con todo eso, veo que á pesar de la buena crianza que ha tenido, acaba de cometer una accion infame. ¿Cómo ha podido ser esto? Es preciso que Don Gabriél se haya valido de la fuerza para llevarsela. ¿Pero con qué maña ha podido desasirla del seno de su familia, y de los brazos de un esposo? ¿De qué encanto habrá usado para executar este delito sin dexar ningun rastro de él? Semejante caso me aturde.

Clevillente y Pedrilla, no sabiendo qué pensar de este suceso, no estaban menos atónitos que yo; pero no contentandonos con solo las reflexiones que acerca de ello hicimos, practicamos todos tres grandes diligencias para descubrir el camino que el robador podia haber tomado con su presa. Hicimos, tanto por el lado de Murcia, como por el de Valencia, las mas exquisitas

averiguaciones; pero sin sacar fruto alguno. Discutimos que Monchique se habia encaminado á la costa de Cartagena, y embarcádose allí en un bastimento dispuesto por su órden para conducirle á Portugal con su Elena. Atuveme á esta congetura, y determinad á seguir á este segundo París, me dispuse á ir á buscarle al Reyno de Algarve, donde yo me prometia encontrarle.

D. Manuel, que creía le importaba tanto como á mí el tomar satisfaccion del mal proceder de D. Gabriel, queria absolutamente ir conmigo, por mas que yo le dixese para quitarselo de la cabeza, pues no deseaba sino manifestarme que un hermano como él, no sentia menos que un marido la afrenta hecha á la familia. No me costó poco trabajo el persuadirle á que dexase á mi cargo nuestra comun venganza. Rindióse no obstante á las porfiadas instancias que le hice, á lo que coadyuvaron los llóros de su esposa. Preparéme, pues, á marchar en seguimiento de Monchique; pero antes de ejecutarlo, encargué á D. Manuel la crianza de mi hija y sobrina suya, y la administracion de mis bienes. Habiéndome luego provisto bien de dinero y alhajas, como quien preveía que iba á ausentarse de Alcaráz por largo tiempo, me despedí de mis cuñados y sus mugeres, derramando unos y otros copiosas lagrimas. Las mugeres especialmente se enternecieron mucho de mi partida, ya fuese esto de veras, ó ya fuese porque no hubiesen olvidado el ser buenas Cómicas.

Caminé al Puerto de Vera, donde me embarqué con un criado, cuyo valor y fidelidad tenia experimentado, en un Navio fletado para Lagos, ciudad situada á la punta del Reyno de Algarve, á la orilla del mar. Al instante que llegué, pregunté por Don Gabriel de Mon-

chique, y habiendome dicho que allí no le conocían, fui de ciudad en ciudad adquiriendo noticias. Anduve por Tavira, Faro, Sagres, en una palabra, por todo el Reyno de Algarve, sin sacar otro fruto de mis averiguaciones, que el pesar de haberlas hecho inútilmente. Estaba desesperado de no encontrar á mi enemigo, pues no respiraba sino venganza.

¡Qué baladronada! podrán exclamar aquí los lectores, que tengan presente el lance de D. Ambrosio de Lorca, y lo que me costó determinarme á pelear dos contra dos. Sin embargo, es constante que hubiera querido encontrar á D. Gabriel para matarme con él. Es preciso, ó que yo me hubiese hecho guapo desde entonces, ó que la ofensa de mi honra me inspirase un espíritu de venganza, que supliese por el valor.

Como quiera que sea, empezando ya Toston mi criado á cansarse de hacer viages en valde, me dixo un dia: Señor, los dos nos fatigamos sin provecho; dexemonos de andar por Portugal detrás de un hombre, que puede haber tomado el camino de Flandes, ó el rumbo de Italia. Fuera de eso, ¿sabeis si la Dama robada merece que arriesgueis vuestra vida por ella? Yo por mí, si me dais licencia de decir lo que pienso, dudo que la pase viajar con su D. Gabriel, ó para hablar con mas propiedad, con un tunante, porque, ó yo me engaño mucho, ó este galan es un segundo Guzman de Alfarache, ó cosa que se le parece. Si esto fuese así, prosiguió, ¿no hariais mucho mejor en abandonar á su mala suerte á una esposa desleal, que en querer vivir todavía con ella? Así es, le respondí, y no creas que pienso distintamente que tú. Si supiera que se habia dexado robar voluntariamente, el desprecio que concebiría contra ella, sería motivo para impedirme el buscarla mas tiempo. ¿Qué

digo? En vez de andar mas en busca suya, la miraría como una infame, de la qual no me parecería irme bastante lejos; pero no puedo considerarla tan culpada.

¡Qué preocupacion! replicó mi confidente. ¿Es posible, Señor, que un sugeto de vuestra capacidad se figure que una muger honesta no puede dexar de serlo, quando se ve perseguida estrechamente por un galan lindo mozo? ¡Que error! Yo no juzgo tan favorablemente como vos de Doña Paula, y tengo particularmente causa para dudar de su recato. Me es preciso declararos haber visto un dia á D. Gabriél, y á la vieja Antonia hablar á solas con misterio, y estoy cierto de que se trataba de vos en la conversacion, ó mas bien, que concertaban el modo de executar el lance que tenian pensado, y finalmente, que la Señora estaba de acuerdo con ellos.

Este fiel criado me dixo además otras muchas cosas, y las repitió tanto, que consiguió persuadirme á que una muger hipócrita me habia engañado. No me quedó ya ninguna duda; y pasando inmediatamente de un extremo á otro: Toston, exclamé, tú me has abierto los ojos. Cierto es que me ha engañado una fingida honestidad. Sobrado lo conozco por algunas circunstancias que me has contado. ¡O Cielos, qué ceguedad ha sido la mia! Doña Paula es una falsa, de quien no quiero acordarme sino para aborrecerla. Me alegro muchísimo, me dixo Toston, de veros pensar de ese modo. ¡El Cielo sea alabado! Vamos, mi querido amo, y dexemonos de ir en busca de una persona que se ha hecho merecedora de vuestro enojo; volvamonos á Alcaráz, en donde los Señores D. Manuel y Don Gregorio, vuestros cuñados, y lo que es mas, vuestros amigos, os ayudarán á desterrarla de la memoria.

¡Ah! Toston, le respondí, ¿qué te atreves á proponerme? Mas bien debias aconsejarme el pasar las columnas de Hércules, é ir á lo mas remoto del Africa á ocultar mi afrenta y mi nombre. Tengo una repugnancia invencible á volver a Alcaráz despues de la herida mortal que ha recibido allí mi estimacion; y mas quiero alexarme de aquel sitio para siempre, ó á lo menos por algunos años. Pues bien, replicó, ya que tan grande pena os causa el volver á ver á vuestros amigos, tomemos otro partido. Hagamos el viage de las Indias Occidentales. En vista de todas las maravillas que he oído contar de México, tendria mucho gusto en que quisieseis ver este país delicioso, que merece ser preferido á todos los climas del mundo; una tierra, donde reyna, segun dicen, una primavera continua, donde casi no se ven enfermos, donde las entrañas de la tierra son de plata, y donde en mil parages corren los rios por arenas de oro. Allí es, querido amo mio, adonde habeis de ir. Tú me inspiras el deseo de emprenderlo, hijo, le dixé: Pronto estoy; marchemos á la Nueva-España; ya está resuelto; y me determino á hacer este viage, el que quizá me hará olvidar mas facilmente á la indigna hermana de D. Manuel.

Así que abracé esta determinacion, la que en la realidad era preferible á la de obstinarme en buscar á una muger que huía de mí, marché á Cadiz, donde antes de ocho dias se presentó la ocasion de embarcarme para México. Encontré un navio mercante, que iba á hacerse á la vela para Vera-Cruz, y no quise malograr esta buena proporcion.

Capítulo II.

Sale de Cadiz D. Querubin, y arriba á Vera-Cruz, donde toma mulas de alquiler para ir por tierra á México. De la curiosa conversacion que tuvo en la primera jornada con el arriero. Historias singulares que le contó Tobías. Lo que sabe de México le da muchas esperanzas.

Para evitar al Lector la molestia de oír el diario de mi pasage á Indias, me contentaré con decir, que despues de haber corrido algun riesgo en el mar, llegué felizmente á S. Juan de Ulúa, por otro nombre la Vera-Cruz: y como desde esta ciudad á México se va en mulas, supliqué al amo de la posada, me buscasse un arriero de su satisfaccion. Con efecto, me presentó uno, y me dixo: Caballero, aquí teneis el mejor arriero sin disputa alguna de esta tierra, el qual os dará mulas muy buenas, y tendrá particular cuidado con vuestro equipage. Además de eso, es un mozo discreto y de buen humor, que os divertirá con sus canciones, y con la relacion de muchas historietas, de que tiene atestada la memoria. ¿No es asi, Tobías? añadió, hablando con él.

Sí, señor Gutierrez, le respondió el arriero; tengo gracias á Dios una provision tan abundante de ese género, que no le faltará á este Caballero, desde aquí á México, aunque hay ochenta leguas buenas que andar. Dos meses hace que llevé á un Frayle gordo, y le conté por el camino varios casos que le hicieron reir tanto, que por poco no rebienta.

Por esta respuesta juzgué, que Tobías era un charlatan, de lo que no me pesó. Podrá muchas veces aturdirme los oídos con sus canciones y cuentos; pero en recompensa me divertirá otros ratos, y aun estoy per-

suadido á que me contará pasages que me alegraré saber. Toston por su parte recibió otro tanto mayor contento, quanto esperó que un hombre de aquel carácter le ayudaría á librarme de una negra melancolía que me entraba de quando en quando contra mi voluntad, pues continuamente se me ponía delante la imagen de Doña Paula en poder de Monchique.

Al amanecer del dia siguiente entró Tobías, segun habiamos ajustado, en el patio de la posada con quatro mulas, una para mí, otra para él, la tercera para mi criado, y la quarta para portear un cofre y una maleta, en que iba mi equipage. Pusimonos en camino, y apenas habiamos andado un quarto de legua, quando el bueno de Tobías se pone á cantar en voz gruesa, de que hubiera hecho vanidad un Sochantre de Catedral, varias coplas compuestas en tiempo de Carlos V. sobre la conquista de México. El grande amor que yo tenia á la gloria de mi nacion, me hizo escuchar con gusto las heróycas hazañas del valeroso Hernan Cortés y de sus compañeros; pero además de que yo habia oído referir mil veces la historia increíble de esta conquista, los versos que cantaba el arriero, no hacian muy agradable la relacion al oído, pues la poesia no correspondia á la dignidad del asunto.

Despues de haber aguantado veinte coplas por el mismo tono, interrumpí al cantor, que ya me fastidiaba, no obstante que las tales coplas eran bastante ridículas para divertirme. Dióme la gana por mis pecados de decirle: Tobías, veo que cantais de pasmo; pero, amigo, por esta vez basta. Ya sabeis que el señor Gutierrez, mi huesped, me ha dicho que teneis en la memoria un alinacen de casos divertidos; y así, si gustais, contadnos algunos. Con muchísimo gusto, respondió,

y antes diez que uno, para manifestaros que Gutierrez no os ha mentado; y aun quiero, añadió con una risa socarrona, ya que os ha celebrado los pasages que sé, empezar por el suyo, que tal vez os parecerá bastante entretenido. Al mismo tiempo se puso á contar lo que sigue:

El tio Gutierrez es natural de Zamora, y habiendo hecho un viage al Reyno de Portugal, se casó en él con la hija de un vecino de Santarén, moza y bonita. Al mes de casado se embarcó con ella en el Puerto de Lisboa para Vera-Cruz, con ánimo de establecerse allí. Prometiendose que en esta Ciudad haría fortuna, alquiló la casa en que vive, y puso en ella una hostería. En breve echó de ver, que habia hecho un negocio muy bueno en haber ido á aquel pueblo. Su casa estaba siempre llena de gente atraída por la gracia de su muger, y no se hablaba en la ciudad sino de la hermosa Portuguesa, (porque así dieron en llamarla) y puede decirse que conquistaba la voluntad de quantos mocitos acudian allí. Gutierrez, que era de genio zeloso, se asustó al ver semejante concurso de galanes, y para esconder á su muger de la vista de los hombres, la encerró en un quarto, á donde la hacía llevar la comida por un esclavo negro, en quien tenia confianza. Ya podeis discurrir, que un marido que trataba de esta suerte á su muger, sin tener mas motivo para quejarse de ella que sus propios zelos, le hizo odioso á todos los que sabian su tiranía, esto es, á todo el Pueblo, pues nadie habia que lo ignorase; y lastimandose cada uno de por sí de la bella Portuguesa, pedia al Cielo la librase prontamente de su tirano; y estos ruegos fueron oídos. El negro, que era el único que tenia licencia de entrar en el quarto del encierro, como la oía siempre

suspirar y lamentarse, se movió á piedad; de manera, que una noche la sacó del cautiverio, desapareciendo con ella de Vera-Cruz, y hasta ahora no se les ha visto ni á uno, ni á otro, ni se ha tenido noticia alguna de ellos.

Habiendose detenido en este punto el arriero, se puso á reir á carcajadas á costa de Gutierrez; y viendome bastante sério, creyó que aquella aventura no me habia gustado; y para alegrarme el humor, empezó á contarnos un sueño que habia tenido últimamente un buen vecino de Vera-Cruz, cuya muger era sumamente ahorrativa. Ella manejaba al marido, y gobernaba enteramente la casa; y en verdad que tenia razon, dixo el arriero, porque el tal hombre era un jugador de profesion, que así que se veía con dinero, iba á jugarlo y perderlo, y quando volvia á casa no era persona humana, sino un demonio, por lo que su muger habia tomado el medio de mandar y de administrar la hacienda, lo que desempeñaba muy bien. Si todas las mugeres casadas imitasen este exemplo, ¡qué de matrimonios dichosos hubiera! mas hay muchos, en que si el marido es holgazan, la muger por su parte tambien se está ociosa; ¿y en qué consisten las razones que dan para esto las mas de ellas? Consisten en decir, que se casan solo con el fin de asegurar el tener que comer, y aun se vanaglorian á las claras neciamente de ello. En este retrato vemos á muchas; pero se me va la mula, dixo el arriero, y prosiguió así: Una de las prendas de que estaba adornada la que digo, era la limpieza que mantenía en su casa desde la cueva hasa el desvan.

Una noche su marido se retiró muy tarde de la casa de juego, adonde acostumbraba ir á jugar, y no tenien-

do un cuarto, pidió dinero á su muger para el dia siguiente, diciendo que lo debia, y tenia dada su palabra de honor de pagarselo al que se lo habia ganado; pero la muger no quiso tampoco en aquella ocasion darle nada. Viendo esto aquel hombre, se encolerizó de suerte, que cogiendo las sillas las tiró unas sobre otras, llenó de desvergüenzas á su muger, y no cesó de darsela al diablo, de modo que creo que si el diablo se hubiese aparecido entonces por allí, le hubiera dexado cargar con su muger, pues tan grande era su furia. Queria irse de casa con intencion de no volver á pisarla jamás. La muger, enseñada á aquel método de vida, no atendia más que á disponer la cena, y dexaba á su señor marido, que gruñese quanto le diese la gana. Puesta la mesa, cenó con su muger; y sea que se le hubiese pasado la cólera, ó que el vino disipase su ira, se quedó sosegado, y despues se fué á acostar rumiando siempre cómo tener dinero. Dormióse, ocupada la imaginacion en los proyectos que traía. La muger que le oyó roncar, se metió tambien en la cama lo mas quedo que pudo, temiendo despertarle; pero nuestro hombre, á quien la codicia de la ganancia, y la pérdida que habia experimentado, tenían acalorada la cabeza, tuvo un sueño el mas gracioso que he oído en los dias de mi vida. Voy á contarle, y vos mismo direis que lo es. Soñó que salia muy de mañana de casa, y que no sabiendo qué partido tomar, se determinó á ir á pedir prestado dinero de parte de su muger. En el camino encontró á un hombrecillo de mala figura, corcobado, y con tres piernas, la una natural, y las dos de palo, el qual deteniendole, le dixo: Zador (éste era su nombre), ¿adonde vas tan temprano? Mengo de tu casa, y no habiendote encontrado, me alegro muchísimo de haberte hallado, para saber si

estás del mismo parecer que ayer. ¿Qué es esto? respondió Zador; ¿y quién sois vos? pues no os conozco, ni jamás os he visto. Es verdad, dixo el otro, que no me conoces; pero puedes haber oído hablar de mí, pues he hecho bastante ruido en España, y en muchas cortes extranjeras, donde luzco todavía. Yo soy el *Diablo Cojuelo*, y me llamo *Asmodeo*. ¿Con que tú eres, replicó Zador, el que tantos servicios hiciste al Licenciado D. Cleofas? El mismo, respondió Asmodeo; y como quiero hacerte también varios muy importantes, dime si quieres darme tu muger, como hiciste ayer, dandola al Diablo. Bien merezco ser preferido, y te regalaré, si me la das, un tesoro inagotable, que está fuera de la ciudad, y del que sacarás quanto oro y plata te haga falta para saciar tu vicio dominante del juego. Me parece que no tienes porque detenerte en hacer el cambio que te propongo; y como yo soy un buen Diablo, tu muger no puede estar en mejores manos que las mías. ¿Qué! respondió Zador, espantado de lo que acababa de oír. ¿Me dareis un tesoro semejante por mi muger? ¿Pero la conocéis bien para hacerme igual propuesta? ¿Si la conozco, me preguntas! replicó el Diablo, ya se ve; dáca la mano en seguridad de tu palabra; mi tesoro es tuyo, como tu muger es mía. Bien está, dixo Zador; tuya es mi muger, y te la doy á ese precio; no se puede adquirir un tesoro mas barato, y tal vez te la hubiera dado de valde. Con el tesoro que me regalas, encontraré no una sola. Estoy persuadido de tu generosidad, replicó el Diablo. Enseñame el tesoro, dixo Zador, y hazme ahora el único dueño de él. Pides con razón, sigueme, le dixo Asmodeo, quien le llevó fuera de las puertas de la ciudad hasta un deleytoso é inmenso prado, cuya verde yerba hechizaba la vista. Luego que

estuvieron en medio de él, hizo el Diablo parar á Zador, el qual miraba á todos por ver si veía su tesoro. Aquí es, le dixo Asmodeo, donde está el tesoro que te doy; todo quanto ves cubierto de yerba, está lleno de plata y oro; pero solo por este parage es por donde puedes sacarlo. Atiende bien, prosiguió el Diablo, á lo que voy á hacer. Baxóse éste, y despues de haber arrancado muchos puñados de yerba, descubrió la tierra, ayudado de Zador, que no quitaba ojo al Diablo. Hizole ver oro y plata en toda espesie de monedas, y le dixo: Lo que ves es tuyo, y te lo regalo. A Dios, ya no necesito de tí, y ahora voy á desembarazarte de tu muger. Harás bien, dixo Zador; que no la encuentre yo quando vuelva á mi casa, porque se apoderaría tambien de este tesoro. Basta, dixo Asmodeo, y voy á complacerte. Si acaso necesitases de mí, no tienes mas que llamarme tres veces echado boca abajo, diciendo: *Asmodeo, el mejor de los Diablos, ven á mí*, y al instante me verás parecer. Inmediatamente desapareció. Zador, al ver su tesoro, estaba fuera de sí de alegría; llenóse las faltriqueras de oro y plata, cargandose como un macho. Hecho esto, y temiendo que otro viese el tesoro que poseía, tapó el agujero que el Diablo habia hecho, y volvió á poner los puñados de yerba encima de la tierra, para que no se conociese nada. Al tiempo de marcharse hizo reflexion, que si volvía le costaría mucho trabajo en dar con el agujero del tesoro, lo que le inquietó tanto, que volvió allá, y ya no conocia el lugar que el Diablo le habia señalado; andubo mucho por el prado para volver á encontrar su tesoro; pero no pudo conseguirlo. Acordóse de lo que el Diablo le habia dicho antes de separarse de él, y así se echó boca abaxo, y por tres veces dixo: *Asmodeo, el mejor de los Diablos, ven á mí*. El Diablo

se le apareció al instante, y le preguntó qué quería. ¡Há! le respondió Zador, me hallo en una gran confusión; el prado es tan espacioso, que jamás podré encontrar el tesoro que me has dado á causa de la yerba que le cubre; y aun ya le he perdido. Entonces Asmodeo le llevó al parage donde estaba el tesoro, y habiendolo conocido, Zador manifestaba al Diablo su alegría, dando varios saltos. Pero esto no basta, dixo el mismo Zador, es preciso que me enseñes cómo he de hacer para hallar mi tesoro. Si solo esto te inquieta, dixo Asmodeo, voyte á decir el modo mas seguro de encontrar este sitio. Mi parecer es, que hagas tus menesteres dentro del mismo agujero. Tu consejo es muy bueno, respondió Zador, y nadie se atreverá de esta suerte á meter allí la mano, y las narices todavía menos. Ya no te hago falta, le dixo Asmodeo, á Dios. Zador viendose solo, se puso en disposicion de executar el parecer del Diablo; y despues de algunos esfuerzos depuso lo bastante para reconocer su tesoro. Ya se daba la enhorabuena de su fortuna presente, quando sintió que le empujaban con tal fuerza, que le hicieron caer; y el susto que recibió, le hizo despertar despavorido; pero fué mayor su espanto al oír á su muger que le decia: ¿Qué es lo que acabas de hacer? miserable; quitate, que me apestas, y no puedo aguantarlo. ¿Fues qué, dixo Zador medio dormido, estoy en mi cama? ¿Y dónde quieres estar? replicó su muger. Soy bien desgraciado, dixo Zador, he tenido el sueño mas gustoso, que jamás pueda tener hombre. También es, le respondió la muger, el de mas mal olor. Sí, la dixo Zador; pero mira en mis bolsillos todo el dinero que poseo, y he sacado de mi tesoro. Anda, anda, dixo ella, levántate, y mira la cama. Quedóse atónito en extremo al ver que lo que habia

hecho en un prado para encontrar su tesoro, lo acababa de hacer en su cama.

- Lo demás no me lo han contado, dixo el arriero, que no pudiendo contenerse, empezó á dar tales carcajadas de risa, que creí se ahogaba. Yo en la disposicion de ánimo, en que me hallaba, no tuve gana de imitarle, pues el suceso de una muger robada, y un sueño, no eran lances bastante del caso entoncos para divertirme. Toston, que adivinó por qué no me reía, y aun comprehendiendo, que hubiera dado á Satanás á Tobías, y sus cuentos, le dixo á éste para mudar de conversacion: Lo que acabais de contarnos es bastante gracioso; pero si os parece, hablemos algo de México; ya que conocéis perfectamente esta gran ciudad, podeis decirnos las cosas mas notables que hay en ella. Cinco hay, respondió Tobías, que son las mugeres, los vestidos, los caballos, las calles y los coches de la nobleza, que exceden en magnificencia y en hermosura á los de todas las cortes de la Europa, sin exceptuar ninguna. Es verdad, que para adornarlos no escasean el oro ni la plata, y aun emplean las piedras preciosas con las mas hermosas telas de seda de la China. Las bridas de los caballos estan embutidas de perlas finas, las herraduras son de plata, y al ver la arrogancia con que andan, parece pudiera decirse, que conocen la superioridad que tienen de ser los mas perfectos animales de su especie.

• Hablando de las calles, continuó, casi todas son de una anchura prodigiosa, lo que es preciso en una ciudad, en donde andan quince mil coches todos los dias. Y al mismo tiempo son de una limpieza admirable, de suerte que no hay pueblo en todo el mundo, en que esten con igual aseo; y verdaderamente sería lástima lo contrario á causa de las tiendas, las quales ofrecen á la

vista de los que pasan, un aspecto de opulencia, que no se encuentra fuera de allí. Las de la calle de los plateros, sin hablar de otras, estan llenas de inmensas riquezas, y de obras maravillosas.

Estoy esperando qué es lo que nos cuenta el tío Tobías acerca de las mugeres. Lo que puedo decir de ellas es ciertamente digno de oírse. Las Damas de México son bellas por lo general, y se visten de un modo, que realza su hermosura. A fuerza de tantas piedras preciosas como llevan, relucen mas que las estrellas. ¡Qué luxo! ¡qué magnificencia! Es menester verlas á la caída de la tarde en el campo de la Alameda, que es el paseo de los Caballeros, y de los principales vecinos. Allí es donde podreis haceros cargo del gasto excesivo que hacen en vestir. No obstante, por mas lindas que sean naturalmente, y ricamente compuestas que vayan, lo mas que las sucede es llevarse solo la mitad de la atencion de los hombres, porque la otra mitad la emplean estos en las muchachas Indianas de su comitiva, que hacen ellas ir junto á los estribos de los coches. Son tan bonitas y chuscas estas negras, que muchas veces son mas queridas que sus aínas.

Eso es cuento, tío Tobías, exclamó mi criado, haciendo un gesto; hablemos de veras. ¿Cómo es creíble que agraden á nadie aquellos rostros atezados? ¡Cómo que no! le replicó muy formal el arriero; bien se conoce que venís de España, y jamás habeis visto á estas morenitas. Andad, andad, que despues de haberlas mirado con atencion, no os parecerán tan asquerosas. Los Caballeros, añadió, y los empleados de la Audiencia las hacen mas justicia; y aun el Virey las festeja, recibiendo tanto gusto S. E. de su conversacion, que los burlones dicen, que el negro es ahora su color favorito.

No pude menos de reirme de oírle decir al tío Tobías estas últimas palabras; y para moverle á que me contase quanto sabía del Conde de Velges, que era entonces Virey de Nueva-España; le hice muchas preguntas acerca de este Señor, á las quales respondió de un modo, por donde conocí, que los vicios y virtudes de los sujetos constituidos en empleo no se le esconden al Público. El Conde de Velges, nos dixo el arriero, ama con alguna demasía el dinero, y á las negras de que he hablado. Aunque todos los años tiene cien mil ducados de sueldo, y saca por lo menos un millon de los regalos que le hacen los del país, y de lo que comercia en España y en las Islas Filipinas, todo este dinero no basta para saciar su apetito á las riquezas. Quitado eso, es un Virey cabal; y sabe mejor que sus antecesores hacer respetar las leyes, y la autoridad Real. Es tan riguroso, que le llaman por excelencia *el azote de los ladrones*.

En realidad bien merece este título, prosiguió Tobías, por el cuidado que ha tenido y tiene todavia de limpiar de ladrones los caminos Reales, porque despues que es Virey ha hecho ajusticiar mas malhechores y asesinos, que los que se han visto castigar desde que los dominios del gran Motezuma mudaron de Señor. Pero es preciso no callar nada: Si este Caballero procede tan honradamente en su gobierno, creo aquí para entre nosotros, que contribuye un poco á ello el señor D. Juan de Salcedo, primer Secretario suyo, que es un sugeto de mérito, y en el qual tiene fundamento para descansar de las ocupaciones mas penosas del Vireynato.

Aquí interrumpí á Tobías para preguntarle si el D. Juan de Salcedo, de quien hablaba, habia estado empleado en las Secretarías del Duque de Cueda. Si Señor, me respondió, y aún se mantendría allí todavia, si despues

de la muerte de nuestro buen Rey Felipe III. no hubiera sido desterrado el Duque; pero inmediatamente despues de la desgracia de este Ministro, D. Juan dexó la Corte por venir á México á buscar al Conde de Velges, que es uno de sus amigos antiguos, y de quien mas bien es compañero, que no Secretario.

Me alegré infinito de saber por esta noticia, que tendria en México quien me conociera, pues D. Juan de Salcedo era aquel mismo Secretario que habia hablado en mi favor para que llevase á Nápoles pliegos importantes al Duque de Nuaso, y tenia la mala costumbre de citar sobre qualquier cosa textos de Autores latinos. Dixele al arriero, que yo conocia á aquel D. Juan de Salcedo, y asimismo, que podia alabarme de haber sido amigo suyo en otro tiempo. ¡O Señor, exclamó con mucha viveza al oír esto Tobías, y qué feliz sois de tener un amigo de esa importancia! Yo no sé el motivo que os trae á México; pero con qualquier mira que vengais, estad seguro de que la lograreis, pues conoceis á un sugeto que dispone de todos los empleos que el Virey puede dar, y que digamoslo así, es la clavija maestra del gobierno.

Despues de haber hablado de esta suerte el arriero Tobías del Conde de Velges y de su Secretario, volvió á tratar sobre las bellas cosas de México. Quando hayais visto, nos dixo, esta ciudad y sus alrededores, con-vendreis en que si hay algun país en el mundo, que sea comparable con el paraíso terrestre, es éste. La Andalu-cia y la Lombardía, tan alabadas de los viajantes, no le llegan; y en seguida Tobías se nos puso á hacer una descripcion bastante curiosa; pero al mismo tiempo tan larga, que todavía no la habia acabado, quando llegamos á Xalapa, primer pueblo que se encuentra en

el camino, en el qual hay una posada, regularmente bien abastecida de todo género de provisiones.

Capítulo III.

De la llegada de D. Querubin á México. Adonde fué á hospedarse. Se prenda de la muger del mesonero, aunque era mulata.

Hice noche en Xalapa, y por la mañana me despertó el ruido de la voz sonora de Tobías. Ya estaba en pie, y cantando á mas y mejor mientras aparejaba las mulas. Levantéme inmediatamente, y al acabar de vestirme me traxeron el chocolate, y despues monté otra vez en la mula, para continuar mi viage.

El arriero, que era enemigo del silencio, en breve lo rompió. Cantó aquel dia varios romances sobre las guerras de Granada, y luego nos contó varias novelas, con las que tampoco me pudo hacer reir, antes bien me fastidiaron de modo, que el camino me pareció mas largo de lo que era. Por eso no cansaré con ellas al Lector, ni con las que nos hizo aguantar los dias siguientes. Démonos prisa por llegar á México.

Al entrar en esta célebre ciudad, pregunté á Tobías á qué parage queria llevarnos. Al barrio de la nobleza, me respondió; á una posada, en donde se hospedan comunmente los Caballeros que vienen de España, de la que es dueño un Español, natural de Carmona, junto á Sevilla, y se llama el Maestro Gerónimo Juan de Morales. Viendose pobre en su tierra, la dexó por venir á México, donde tiene esta posada con una Indiana joven, con quien se ha casado, y que hace llover oro en su casa. ¡Guarda Pablo! exclamó Toston, dando una carcajada de risa. Aquí no hay nada que temer, le re-

plicó el arriero, porque Morales, lejos de parecerse á vuestro huesped de Vera-Cruz, no es nada zeloso, aunque su muger sea de las mas graciosas. Y quando la veais, direis que hay caras atezadas, que se pueden mirar sin horror.

De ese modo, le dixé al arriero, no dexarán de acudir parroquianos á su casa. No os engañais, me respondió, pues á ella concurren todos los días personas decentes, mas por verla, que por otra cosa, porque los recibe con un agrado, de que quedan prendados; y á las conversaciones que tienen con ella, no dexan de seguirse á veces sus ciertos regalos, lo que es muy del gusto de Morales, que está hechizado de tener una muger bonita, y de ver que la festejen.

Esta narracion me dió golpe, y movió á deseo de verme en la posada para cerciorarme de ello por mis mismos ojos, no pudiendo persuadirme á que una Indiana fuese capaz de inspirar amor á un Europeo; y viendo el tio Tobías la impaciencia que yo mostraba por llegar á casa de Morales, dobló el paso. Nos llevó á la calle del Aguila, donde solo viven Caballeros, y empleados de la Audiencia. Apeamonos á la puerta de una posada, que tenia por insignia un basilisco, y debaxo este rotulo: *Posada del Basilisco para Caballeros*. Voto á tantos, dixé para mí, que esta insignia me parece harto graciosa, pues hace discurrir que se ha puesto para advertir á los forasteros, que corren riesgo en alojarse en ella; pero como consideré por muy gustoso el peligro, no me espantó. A pesar de quanto Tobías me habia contado de la huespeda, en vez de temer á este basilisco, me expuse sin reparo á sus miradas.

Sufrílas desde luego sin que me causacen impresion alguna; y antes bien diré, que su color atezado me

desagradó. Con todo, en breve me acostumbré á él. ¿Qué digo? me ofuscó la vista insensiblemente con modales sencillos, y del todo agradables, en términos, que al cabo de un cuarto de hora de conversacion, conocí que las voluntades estaban tan expuestas con semejantes Indianas, como con las hermosuras mas temibles de Madrid. Se daba un remedo á la Gitanilla, de quien ya hablé en esta historia, digo un remedo, porque la Indiana era todavía fnas chusca.

Es verdad que quando la ví, estaba vestida de un modo, que daba un gran realce á sus atractivos. Llevaba un guardapiés de lienzo de la China, galoneado de oro, con una cinta de color de fuego, cuyas puntas, adornadas de una franja de oro, caían hasta abaxo por delante y por la espalda. Encima tenia puesto un jubon del mismo lienzo con mangas anchas, bordado de seda encarnada y plata, y atacado con cordones de oro. Añádase á esto un ceñidor de seda azul, sembrado de piedras preciosas, un collar y brazaletes de perlas, y pendientes de diamantes finos.

Es constante que era difícil mirarla en aquel atavío sin sentir impresion, ó mas bien sin quererla. Yo pensé caer en la red, á lo menos aseguro que el primer dia no hice mas que contemplar en sus gracias, las que porfiaron toda la noche en representarse á la imaginacion; pero mi juicio mas porfiado aún que su imagen, me impidió rendirme á mis tiernos impulsos. Y pues, amigo, le dixé á Toston el dia siguiente, ¿qué dices de nuestra huespeda? ¿Te ha reconciliado algo con las Indianas? Enteramente, me respondió. Bien tenia razon Tobías en decirme, que juzgaría de ellas distintamente que antes. Los ojos me duelen de tanto haberlos estimado ayer tarde por mirar á la muger de Morales. ¡Qué

despierta que es! No podía hartarme de estarla mirando, y se puede decir que ha mudado mi gusto de blanco en negro.

Capítulo IV.

Va D. Querubin á ver el palacio del Virey, en el que encuentra á D. Juan de Salcedo, quien le conoció. De lo bien que le recibió este Secretario, y de la primera conversacion entre ellos, de la que quedó muy pagado D. Querubin.

Era tanto lo que me punzaba el deseo de ver la ciudad, y principalmente el palacio del Virey, que para satisfacer mi gusto salí por la mañana acompañado de mi criado. Morales quiso absolutamente ir conmigo, para responder, decia el, á las preguntas que pudiera darme gana de hacerle por curiosidad, y yo me dexé dirigir por una tan buená guía. Hizome atravesar la plaza del Mercado, que es el parage mas grande de México, y en uno de cuyos lados hay soportales, dentro de los cuales se ven tiendas, surtidas de toda clase de mercaderías.

Como yo miraba á todas partes, advertí una casa grande, y habiendo preguntado quien vivia en ella, me respondió mi huesped, que el Virey, y que aquel era el palacio tal qual Cortés le habia hecho edificar sobre las ruinas del de Motezuma. ¿Es posible, exclamé yo suspenso, que este es el palacio, de que tantas veces he oído alabar la magnificencia? En todas las grandes ciudades de España hay casas igualmente hermosas: yo esperaba ver un edificio más soberbio. Os engañais, replicó Morales; no es de este palacio del que hacen tan bellas descripciones los viajantes, sino del que

quedó reducido á cenizas, y del qual se afirma, que podia contarse por una nueva maravilla del mundo.

¡Qué ponderacion! exclamé otra vez. Bien creo que las paredes eran, como refieren esos Caballeros, de una mampostería mezclada de jaspe, y de otra piedra negra, en la que se veían vetas encarnadas, y tan resplandecientes como rubies. Tambien creo que los techos serian de cedro, y ciprés; pero no puedo dar crédito á las cosas extraordinarias, que cuentan del Emperador Motezuma, para divertir á la cuenta á los lectores. Dicen, por exemplo, que tenia en su serrallo mas de dos mil mugeres, de las quales habia siempre doscientas por lo menos en cinta á un mismo tiempo. ¡Qué decís! exclamó Toston, soltando la risa; es buen exâgerar. Nada os debe admirar de eso, dixo entonces Morales, pues Motezuma podia tener mas de tres mil, gozando, como gozaba, del derecho de robar las hijas de los principales Indios, si le gustaban.

Entretenidos en esta conversacion llegamos á palacio, á cuya puerta habia algunos Soldados que dexaban pasar libremente á qualquiera. Entramos en un patio espacioso y quadrado para ir á tomar una escalera ancha, que conducia á la habitacion del Virey. Fuimos siguiendo á muchos Caballeros, que iban á hacer la corte á S. E. Atravesamos con ellos tres ó quatro piezas adornadas de ricos muebles, y llegamos hasta aquella, en que los Ayudas de Cámara le estaban vistiendo. Colocamonos los tres en un rincon, desde el qual podiamos observarlo todo

Yo me dediqué desde luego á exâminar al amo, que me pareció un hombre de cincuenta años, y muy grave. Llevaba el pelo echado atrás; tenia cejas negras, y muy pobladas, y un semblante agreste y terrible. Sin em-

bargo, hice una observacion bastante particular, mientras hablaba él con los Caballeros, que acudian á obsequiarle; y fué, que se sonreia de quando en quando; y siempre que esto le sucedia, se volvia repentinamente tan distinto de sí propio, que parecia tener dos caras. Finalmente, quando estaba serio, daba miedo, y quando ponía un semblante risueño, mostraba ser del todo agradable.

La conversacion que tenia con aquellos Caballeros cesó, porque entró su Secretario, que ví era D. Juan de Salcedo, mi amigo antiguo, trayendo en la mano un gran legajo de papeles. No bien le hubo visto el Virey, quando se adelantó á recibirle. Retiraronse los dos juntos á un balcon, y estuvieron hablando á solas cerca de un quarto de hora. Entretanto advertí yo lo mismo que me habia dicho Tobías, y que manifestaba bien el influxo que Salcedo tenia en el ánimo del Conde. Yo no sé de qué trataban los dos; pero me pareció que S. E. escuchaba con gusto á su Secretario, y que aplaudia lo que decia.

No quise salir de palacio sin haber saludado antes á D. Juan. Con este fin fuí á la ante-cámara á esperar que saliese, muy deseoso de saber el recibimiento que me haria. Dudaba que acogiese afectuosamente á un hombre que no habia querido aprovecharse de sus favores en Madrid; y asimismo, que se dignase cono-
cermẽ. Con todo eso, al instante que me divisó entre la multitud, se llegó á mí, y dirigiendome la palabra con ayre risueño: Me parece que no me engaño, me dixo, vos sois Don Querubin de la Ronda. Respondíle quan grande era mi placer al ver que se acordaba todavia de mí. No os he desterrado de mi memoria, me replico, *tantum abest*. Por vuestra parte no debeis

haber olvidado que yo os estimaba en España. Me acuerdo con gusto de aquel tiempo, y siento renacer en mí, volviendos á ver, la amistad que os profesaba.

Enternecido yo, y reconocido al afecto que me manifestaba, quise extenderme en respuestas de agradecimiento; pero cortandome la palabra, y apartandome á un lado: D. Querubin, prosiguió en voz baxa, dexemonos de cumplimientos; bien sabeis que soy un hombre sencillo, aunque he estado toda mi vida en la corte; habládme con confianza. ¿Que habeis venido á hacer en México? Me parece que lo adivino: *Auri sacra fames*, ¿no es verdad? Confesádmelo sin temor, porque me hallo en estado de reconciliaros con la fortuna, si estais reñido con ella. Iba otra vez á abrir la boca para dar gracias al Secretario de su generosidad; pero me la cerró otra vez, diciendome: No puedo detenerme con vos mas tiempo, pues tengo asuntos urgentes, que me ocuparán el resto de la mañana. Venidme á ver despues, y hablaremos despacio. *Vale*.

Dicha esta palabra latina, que acompañó con un estrecho abrazo, se fué á su tarea, dexandome lleno de gozo de lo bien que me habia recibido. Todas las personas que lo presenciaron, y que miraban á Salcedo como á un segundo Virey, envidiaron mi fortuna, y pensaron que yo era algun Español distinguido, pues D. Juan me habia hecho la honra de abrazarme. Mi huesped me dió la enhorabuena, é hizo en adelante mas caso de mí.

En quanto á Toston, estaba fuera de sí de regocijo. Señor, me dixo, quando estuvimos de vuelta en la posada, ¿no se alegra Vmd. ahora de haber venido á Indias? ¿Qué no podeis prometeros de la amistad del señor Don Juan? Os podeis lisongear de que con su

valimiento.... ¿Qué esperanzas, interrumpí yo, quieres que conciba? Sabes que con los bienes que poseo, debo contentarme, y no apetecer mas. No, no, me replicó, la abundancia de haberes no daña; fuera de eso, pensad en que teneis una hija, y que no podreis acumular sobradas riquezas para dexarla una grande herencia.

Capítulo V.

De la visita que hizo despues de comer á D. Juan de Salcedo, y de su segunda conversacion con él. Qual fué el fruto de ella. Entra D. Querubin de la Ronda por Ayo de D. Alexo, hijo del Virey. Gozo de Toston, quando supo esta gustosa noticia.

No falté en ir despues de medio dia al palacio del Virey. Enseñaronme donde era el alojamiento del señor de Salcedo, y fui á presentarme á la puerta, á la que estaba un Ayuda de Cámara, quien al instante que oyó mi nombre, me dixo con semblante respetuoso: Señor, mi amo os espera en su Despacho, al que voy á acompañaros. En esto me hizo pasar por cinco ó seis quartos por lo menos, á qual mas magníficos, porque la habitacion del Secretario estaba tan ricamente amueblada, como la del Virey, y puede ser mas. En ellos habia un sin fin de pinturas de los mejores pintores de Italia, y las obras mas primorosas de pluma de Mechocacán, y de pelo de conejo.

Finalmente, mi guia me abrió la puerta del Despacho, en que el señor D. Juan estaba solo, y sentado en un canapé de seda de la China. Se levantó al verme, para venir á darme un abrazo, y me dixo: Mi querido Don

Querubin, os estaba esperando con impaciencia á fin de saber de vos el motivo de vuestra venida á esta tierra, y aseguraros de nuevo, que si os hallais escaso de medios, eso no os durará mucho; en una palabra, yo me encargo de procuraros en México un destino agradable, Agradezco tanto como me corresponde, le dixe, vuestros favores; pero sería abusar de ellos, si os dixese que el deseo de enriquecerme es el que me ha traído á México. No Señor, aunque tengo un mediano pasar, estoy contento con él, y solo la curiosidad de ver la Nueva-España es lo que me ha movido á emprender el viage.

Vuestros pensamientos son algo demasiado filosóficos, replicó D. Juan, porque el tener solo lo que basta precisamente para mantenerse, no procura una vida cómoda; y el estar sujeto á no gastar mas que cierta cantidad, es triste para un hombre del mundo, por poco generoso que sea. Creedme, conservad lo que poseis, y no despreciéis los nuevos favores que la fortuna se dispone á derramar sobre vos por mi medio. Me ha ocurrido una idea, añadió, que os será de muchísimo provecho. Quiero emplearos. . . . No me propongais, interrumpí yo con bastante despego, el colocaros en vuestras Oficinas. Mi viveza hizo reir á Salcedo. No, no, prosiguió, bien sé que no gustais de tales empleos. Os tengo buscado otro, que os convendrá mejor, y es el de Ayo del jóven D. Alexo, hijo único del Virey. Dexadme á mí manejar este asunto. Hoy mismo hablaré á S. E., y me atrevería á responderos de que lo conseguiré.

Como yo me habia acostumbrado á vivir sin depender de nadie, y me veía en estado de no necesitar del miserable empleo de Ayo, no me deslumbró el

pensamiento de Salcedo; antes bien iba á decirle con lisura qual era el mio sobre lo mismo; pero le que añadió me hizo callar, y pareció merecia alguna atencion. No os imagineis, me dixo, que yo os proponga un mal partido; yo sé como vos, que en Madrid y en las demás ciudades de España no es un oficio muy bueno el de Ayo, y que estos Caballeros apenas ganan para mantenerse, especialmente quando dan en la locura de querer llevar ricos vestidos. ¡No quiera Dios que yo intente procuraros aquí un puesto semejante! porque no os haría en esto un gran servicio; pero dignaos escucharme hasta el fin. Confiando á vuestra direccion la conducta de D. Alexo, es mi ánimo que estéis sobre otro pie en casa del Virey. Quiero que os miren como á un Mentor, y os traten con distincion; en una palabra, allí sereis atendido, amado y respetado, y tendreis un gran sueldo, sin contar los provechos, que yo cuidaré os toquen todos los años.

El Secretario Salcedo fué tanto lo que me habló sobre ello, que me persuadió, y así le dixé: No puedo resistir á ofertas tan gustosas, y lo que me place mas que todo es el ver lo mucho que os interesais por mi bien. Solo falta saber si tendré la dicha de parecer bien á S. E. Eso no lo dudo, interrumpió D. Juan. El informe que yo le daré de vos, no dexará de inclinarle á favor vuestro; y vuestra presencia no echará á perder nada. Volved, añadió, volved aquí mañana, y os presentaré á S. E. despues de comer.

Esta fué la segunda conversacion que tuve con mi amigo Salcedo, quien al dia siguiente, así que me vió, me dixo: Vuestro asunto está conseguido; ya sois Ayo de D. Alexo. El Conde de Velges os da quarto en palacio, y mil y doscientos doblones de sueldo al año. Fuera

de eso, quando querais ir á visitar á alguno, ó á pasearos, tendreis siempre coche, y dos Lacayos á vuestra disposicion.

En verdad, señor D. Juan, exclamé al oírle hablar de esta suerte, que estoy atónito de las pruebas de amistad que me dais. ¡ Oh! no está ahí el todo, replicó; no estaré contento conmigo mismo, si reduxese á eso el deseo que tengo de serviros. Cuento con añadir cada año á vuestro sueldo dos mil ducados Ío menos, que os tocarán del comercio, que S. E. y yo hacemos, tanto en España, como en Filipinas, y en el qual os daré parte. ¡ Eso es demasiado! le dixé, ¿ que he hecho yo para merecer tantos favores, y cómo podré agradecerlos? Yo no os pido otro reconocimiento, me dixo, sino que me querais en el mismo grado que yo os quiero. Mudando en esto de conversacion, vamos, continuó, á ver á S. E. que está en su Despacho, donde debe de haber dormido la siesta. Aprovechemonos de este rato.

Acompañóme inmediatamente hasta la puerta, y luego que estuvimos allí, me dixo: Aguardad aquí un poco, y luego se entró solo en aquella pieza, donde estuvo cerca de un quarto de hora, y saliendo despues, me agarró de la mano, y me hizo pasar adelante. El Virey me miró desde los pies á la cabeza, y aquella ligera mirada me fué favorable: Yo creo, me dixo S. E. con semblante afable, que Salcedo no me ha dicho nada de mas. Vuestra fisonomía confirma el elogio que de vos me ha hecho, y así pongo á vuestro cuidado á D. Alexo, persuadido á que no puede estar en mejores manos. En quanto á vuestros intereses, añadió, creo que D. Juan os habrá dicho mi voluntad, y en qué términos queria yo que estuviesséis en mi casa. Respondí á este Señor, que

yo pondría toda mi atención en desempeñar el encargo con que me honraba.

Dicho esto, me retiré con mi Mecenaz, quien me llevó á la habitacion de D. Alexo, al que encontramos poniendo en latin una composicion castellana á presencia de su Preceptor, que era un Sacerdote Gallego, ya anciano. Señorito, dixo Salcedo á Don Alexo, el Señor es el Ayo, que S. E. vuestro padre, ha escogido para gobernaros en el mundo, y enseñaros á ser virtuoso: puedo aseguraros que estareis contento con él, y espero que él lo estará con vos. La única respuesta que dió D. Alexo fué el abrir bien los ojos para contemplarme. Dirigile la palabra para moverle á hablar, y tomar el pulso á su entendimiento, que me pareció bien romo. Mientras estabamos en nuestra conversacion, su Preceptor, que era un hombre atestado de latin, citaba lugares de Virgilio y de Horacio; y D. Juan, que no queria sino hacer otro tanto, referia tambien en abundancia pasages de Autores latinos; y despues que los dos satisficieron este gusto, Salcedo me dixo: Señor D. Querubin, volved á la posada á disponer las cosas, para venir mañana á tomar posesion del empleo. Aquí encontrareis una habitacion correspondiente al puesto que habeis de ocupar. Saludé á los circunstantes, y volví al Basilisco, donde mi criado me estaba esperando con la mayor impaciencia para saber las resultas de mi visita. Toston, le dixé, es preciso ir á vivir al palacio del Virey, pues soy Ayo de D. Alexo. No bien lo acabé de decir, quando dexandose llevar de un gozo inmoderado, empezó á saltar y brincar delante de mí como un loco. Cansado ya de este ejercicio, se paró para tomar aliento, y me dixo: Ya estamos, pues, á Dios gracias, en camino, vos para au-

mentar vuestra fortuna, y yo para empezar la mia, porque cuento con que lo uno es consiguiente á lo otro. Tienes razon, le respondí, amigo: Si hago caudal en esta tierra, te doy mi palabra que te daré parte de él. Esta oferta renovó en Toston la gana de saltar, á cuyo tiempo, entrando Morales, preguntó de qué nacia tanta alegría. Expliquéle el motivo, y le conté punto por punto las ventajas anexas á mi empleo, de lo que se quedó atónito; y mirandome ya como un alto y poderoso Señor, me suplicó le concediese mi proteccion. Lo mas gracioso del caso fué, que yo se la concedí con ayre de gravedad, protextandole sinceramente el servirle si se presentaba la ocasion. Al dia siguiente, despues de haber encargado á Toston hiciese llevar mi equipage á mi nueva vivienda, me despedí de mi bella posadera, la que me pareció estaba algo sentida de nuestra separacion, aunque no tenia gran motivo para ello, pues en mí no perdia sino á un hombre, que no queria rendir obsequios á sus atractivos.

Capítulo VI.

D. Querubin, Ayo de D. Alexo de Gelves, hijo único del Virey, hace una visita á la Vireyna. Conversacion que tuvo con el Preceptor de D. Alexo. Retrato de este último.

Volví á palacio, donde fuí desde luego á buscar á Salcedo, quien para darme la posesion de mi empleo, me llevó él mismo á mi alojamiento, el qual se componia de tres piezas pequeñas á un piso, muebladas muy decentemente, y de otro quarto para dormir mi criado. No estareis mal alojado, como veis, me dixo D. Juan, y

comereis con el Doctor D. Gaspar de Aldaña, Preceptor de D. Alexo, si gustais mas de eso, que de comer solo en vuestra habitacion. Este Doctor es un Eclesiástico de bonísimo carácter, que no carece de talento, y habla latin, que es una maravilla. Respondí que me alegraría mucho de comer y cenar con un compañero semejante, y así quedó dispuesto.

La primera diligencia que creí me correspondia hacer para cumplir con mi obligacion, fué el ir á saludar á la Vireyna, á lo qual me acompañó Salcedo. Yo aguardaba á que me recibiria con semblante altivo, imaginandome que la Condesa era una muger orgullosa, y pagada de su grandeza. Pues no fué así; antes bien la buena Señora me recibió con tanto mayor agrado, quanto D. Juan la habia hecho ya un grandioso elogio de mi mérito. Hizome muchas preguntas, á fin de colegir de mis respuestas, si la habian exâgerado mi entendimiento; pero fué tal mi fortuna, que la gustó tanto mi conversacion, que dixo en mi presencia á Salcedo: agradezcoos, D. Juan, el haber hecho tan buena eleccion. Este Caballero me parece apto para educar á un Señorito. Esta es la persona que se necesita para pulir á mi hijo, el que confieso tiene poca disposicion para llegar á ser un Caballero perfecto. Eso lo hará el tiempo, Señora, dixo entonces Don Juan, pues con ayuda de un buen Ayo la comprehension tardía de D. Alexo irá poco á poco adelantando.

Acabada la conversacion con la Vireyna, pasé á estar con Don Alexo, con quien tuve otra que me dió pesadumbre. Advertí tenia que hacer con un discípulo, que me daría mucho que trabajar, con uno de los mas lerdos, con un pedazo de palo. Manifesté mi pesar al Doctor Aldaña, quien, á mi entender, lo sentía tanto como yo,

aunque me pareció habia tomado el partido de conformarse. Convengo, me dixo, en que es sensible así para vos como para mí, el tener un discípulo tonto, porque D. Alexo lo es de veras. Ya ha cumplido quince años, y aun no sabe hacer por sí solo una oracion primera de activa, sin embargo de que en los diez y ocho meses, que hace soy su Maestro, he sudado gotas de sangre para enseñarle la Gramatica. Cansado de machacar en hierro frio he perdido algunas veces la paciencia, y pedido mi licencia al señor Conde; pero nunca ha querido darmela: Señor Doctor, me ha dicho siempre, os suplico no desampareis á mi hijo; bien veo que no es culpa vuestra si hasta ahora no se ha aprovechado de vuestras lecciones: no importa, continuad; á fuerza de oír repetir unas mismas cosas, podrá bien retener alguna, y con esto tendrá bastante, porque no es mi ánimo que sea ningun sabio. Por obedecer á S. E. prosiguió el Doctor, me mantengo aquí, y sigo siempre mi camino. Le dicto á mi Señorito pasages latinos para que los traduzca en castellano, ó bien composiciones en este idioma para que las vierta en latin; pero uno y otro lo hace como Dios quiere.

Entre tanto cómo regaladamente en esta casa; me pagan puntualmente el sueldo, que es bastante bueno; y quizá al fin pillaré algun buen Beneficio, porque quando uno sirve á Grandes, no siempre sale mal recompensado. Seguid mi exemplo, señor D. Querubin, prosiguió, ¿y para qué tomar las cosas tan á pechos? Acompañad por ahí á D. Alexo, reprehendedle quando haga alguna mala accion, ó diga algun disparate, y reíos de lo demás. Si nuestro discípulo es un bestia naturalmente, nosotros no podemos remediarlo. Mirad los otros Maestros que tiene ¿han adelantado acaso mas

que nosotros? No por cierto; el uno no pueda hacerle aprender la música, ni el otro las reglas del bayle, aunque ya van quince meses que le estan enseñando. ¿Y pensais que esto les affige? Nada. Le dan la leccion á salga lo que saliere, y maman la cabra.

De este modo me exhortaba el Gallego á que me consolase de la rudeza de D. Alexo, y con efecto, yo conocia que llevaba razon. Empecé, pues, á exercer mi ministerio para los efectos que hubiese lugar. Me dediqué ante todas cosas á ganarle la voluntad con modos suaves y persuasivos, y lo conseguí en pocos dias. Es verdad, que le tenia conversaciones mas propias para divertirle, que para doctrinarle, temiendo que la enseñanza le disgustase.

Capítulo VII.

Va D. Querubin á pasearse con su discípulo al campo llamado la Alameda, que es el principal paseo de México. Cosas que allí notó, y la grande admiracion que le causaron. Suceso trágico que presenció.

Tres dias estuve sin salir de casa, ocupado en arreglar mi habitacion; pero al quarto, á eso de las cinco de la tarde, entré en un coche magnífico con D. Alexo, y fuimos al paseo de la Alameda, causandome gran diversion el verlo despues de lo que acerca de él me habia contado el arriero Tobías. Es un campo muy espacioso, en el que hay un gran número de calles de árboles, por las que se puede andar sin que incomode el Sol. La plaza de Zocodover de Toledo, y aun el Prado mismo de Madrid no llegan á aquel paseo, el qual ofrece una vista que encanta. Acuden á él infinitos coches, llenos de Caballeros, de Ciudadanos, y de Damas de todas

clases. Los Caballeros, principalmente aquellos, que segun ellos dicen, descienden de los Capitanes de Cortés, llevan por lo regular unos trenes soberbios, y en su seguimiento esclavos negros, vestidos de ricas libreas, con medias de seda, y lazos de pedrería en los zapatos. Fuera de eso, estos esclavos traen espada, de modo que sus orgullosos amos pueden alabaræ de tener guardias como los Reyes.

Las Señoras se pasean con igual pompa que los hombres. Hacen ir á los estribos de los coches su acompañamiento, que se compone de aquellas graciosas negras, de que ya he hecho mencion, las quales visten de manera, que usurpan muchas veces á sus amas la atencion de los hombres, no obstante que éstas nada omiten por parecer hermosas. Realzan su adorno con todo lo que pueden tomar del arte, y usan de piedras preciosas, poniendoselas á la moda mas graciosa de América.

A qualquier lado que volvia los ojos, no veía sino perlas y diamantes, que las sentaban tan bien á las Damas, que me parecian todas á qual mas hermosas. ¿Donde estoy? decia yo para mí: al ver tantos objetos hechiceros poco me falta para creer, que me hallo en el paraíso de Mahoma.

Con efecto, yo estaba deslumbrado con las brillantes hermosuras que por todas partes se me ofrecian á la vista; pero ninguna de estas Damas hacia en mí mas impresion una que otra; pues al punto que veía á alguna que me suspendía, otra que pasaba, me llevaba la atencion, y así ví sin riesgo muchas caras, que vistas cada una de por sí, las hubiera temido.

Pero el placer que yo recibia de mirar á derecha é izquierda, vino á turbarlo un suceso, que acontece harto comúnmente en aquel paséo, donde no pudiendo

los amantes zelosos aguantár, que sus competidores hablen con sus queridas, ni tampoco que se acerquen demasiado á ellas, los acometen con puñal ó espada. A doscientos ó trescientos pasos de mí, advertí que al lado de un estribo de un coche, estaban riñendo con tal corage dos Caballeros, que de allí á poco cayó muerto uno de ellos. Inmediatamente ví desnudar veinte espadas, unas en venganza del vencido, y otras en defensa del vencedor. Los amigos de este último fueron los mas fuertes, y así le libertaron de las manos de sus enemigos, y lo condujeron á la Iglesia mas cercana para que le sirviese de asilo.

Despues de haber presenciado este triste lance, seguí paseandome, y mirando á las Damas, hasta que la noche vino á esconder de la vista su gracia y hermosura. Volví con mi discípulo á palacio, muy ocupado el pensamiento de lo que habia visto, y sin poder admirar bastante la magnificencia de los moradores de México. Quando los ponía en paralelo con los de Madrid, estos últimos nada ganaban en la comparacion.

Capítulo VIII.

De qué modo logró tener entendimiento D. Alexo. Conversacion de D. Querubin con su criado. Admirase de lo que le cuentan de su discípulo. Consejos prudentes que da á Toston, de los cuales se aprovecha éste.

En medio de ser negado mi discípulo, era docil y obediente. Si no hacía bien lo que yo queria, procuraba á lo menos desempeñarlo bien, de modo que su buena voluntad suplió poco á poco por el talento que le faltaba. Al cabo de nueve ó diez meses, el Conde su padre, notando en él una mudanza, que á mí mismo me paró,

me dió la enhorabuena, como tambien la Condesa. *Macte animo*, me dixo una mañana mi amigo el Secretario; á todos teneis muy contentos: *Perge*, y no os dé pena lo demás, porque eso me toca á mí.

Ufano de un principio tan venturoso, me dediqué mas que nunca á la enseñanza de mi discípulo; y ayudandome á ello los demás Maestros, cada uno por su parte, sacamos en menos de dos años un Caballero, que podia igualarse con el mejor. Sabia presentarse con garbo, y seguir una conversacion en el estílo de las concurrencias de forma de México. Ello fué una verdadera transformacion, con la que gané mucho crédito, y lo mismo el Doctor Aldaña, el qual á fuerza de machacarle á Don Alexo unas mismas cosas, habia en fin llegado á conseguir el encaxarle algo de latin en la cabeza.

Estabamos satisfechos uno y otro del feliz fruto de nuestro trabajo; mas con todo, por mucho motivo que tuviesemos de alabarnos de haber desbastado á nuestro discípulo, no sé si Toston tuvo en ello la mayor parte. A lo menos contribuyó á este fin tanto como nosotros, segun me manifestó un dia, que yo me preciaba delante de él de haber sacado de mi discípulo un gran mozo. Señor, me dixo él, sonriendose socarronamente, sin duda que sois dignos de aplausos, y no tendría razon para negarlos; pero si me dais licencia, os diré, que el señor Doctor Aldaña, y vos, no podeis llevaros la palma, pues yo he trabajado en lo mismo, ó por mejor decir, sabed que yo soy quien he limado á nuestro Señorito, ó si quereis que os lo diga en una palabra, esta obra es un prodigio del amor.

Hablame, le dixe, con mas claridad, explicate. Así lo haré en pocas palabras. Entre las criadas de la Vireyna

hay una criolla de diez y siete años, discreta y hermosa. Esta personita es la causa principal de la transformación, de que os atribuí la gloria.

¿Qué es lo que dices? Toston, exclamé. Me das una noticia que me dexa suspenso sobre manera. ¡Cómo! ¿Don Alexo se ha enamorado de esa criolla? ¿la ha declarado su afecto? Por último, ¿en qué estado está con ella? Al fin de la Comedia, me respondió mi criado. No puedo, le dixé acelerado, recóbrarme de mi espanto; cuentame, te suplico, cómo se ha armado este enredo. Os lo referiré puntualmente, me dixo; hacedme el favor de escucharme.

Ya sabeis, continuó, que yo hago á menudo la corte á D. Alexo, y que nos tratamos con bastante familiaridad. Soy tan Ayuda de Cámara suyo como vuestro, y además de eso dueño de su confianza. Se ha apasionado de Blandina, la criada mas linda de la Vireyna. Me ha descubierto su amor, y suplicado emplee mi maña para que pueda hablar á solas con su Ninfa, lo que hago por la noche tan felizmente, que ninguno sospecha la mas leve cosa. Esto es lo que tenia que contaros. Ahora pensad, si son estas conversaciones nocturnas, ó vuestras lecciones las que han dado entendimiento á nuestro Señorito.

De este modo habló el oficioso y secreto agente de D. Alexo, lo que oído por mí, le dixé meneando la cabeza: Señor Toston, si aguardais á que yo os alabe de haber contribuído de esa suerte á la mutacion de mi discípulo, os engañais. No quiera Dios, que yo abone el medio reprobado de que os habeis válido, para quitarle su tontería, y mejor hubiera sido que la hubiese conservado siempre. Fuera de eso, ¿estais bien seguro de que no os arrepentireis de haber sido tan servicial? Ya co-

noceis la severidad del Virey; quizá se enojará con vos de que hagais semejantes servicios á su hijo, si por vuestra desgracia llega á saberlo; y á la Condesa tambien podrá no parecerla bien el que corrompais á sus doncellas. Finalmente, amigo mio, tú te expones á que te encierren en un calabozo, y á mí á que me echen á la calle, para enseñarme á escoger criados menos viciosos que tú. Mira á qué riesgo nos pones á los dos.

Toston me dexó decir quanto quise; pero en vez de hacerle mella lo que yo le hacía presente, nie escuchaba distraído; y luego que acabé, me respondió en estos terminos sonriendose: Nada puede decirse de mas cuerdo que eso; sois un hombre lleno de prudencia; pero no sabeis el todo. Mi Señora la Condesa no ignorá lo que pasa, y aun os diré que he manejado de orden suya esta aventura!

¿Qué oygo! exclamé al oír tales palabras. ¿Me engañas? ¿Puedo dar crédito á tu relacion? No lo dudeis, Señor, replicó. Es hecho cierto. Si á veces me acontece escaparseme alguna mentira, á lo menos no es delante de vos. La Vireyna, prosiguió, me envió un dia á buscar, y me dixo á solas: Amigo, quiero valerme de tu ministerio, pero sé callado. Observo que D. Alexo ya no tiene aquella traza de simple que antes tenia; va despuntando de dia en dia. Para perfeccionarle, ya no faltamas que el que trate algo con mugeres. Me ha ocurrido un pensamiento; hazle hacer secretamente conocimiento con Blandina, que es la mas bonita y entendida de mis criadas. Ella no dexará de infundirle cariño, el qual producirá dos buenos efectos, pues le perfeccionará, y le impedirá aficionarse á las negras, como su padre, gusto aborrecible, de que quisiera preservar á mi hijo, y que no puedo perdonar á los Españoles. Finalmente, añadió

la Condesa, haciéndola recatada; si te doy este encargo, que quizá te parece un poco delicado, es por estar persuadida á que Blandina no corre ningun riesgo, pues es honesta, y mi hijo tan contenido, que no será capaz de asustar su honestidad.

No quise, prosiguió Toston, decirla á mi Señora la Condesa, que me habia anticipado á S. E. y que ya por mi mediacion las dos personas interesadas vivian en la mas dulce union. Para que ella se llevase la gloria de la empresa, la prometí poner en execucion su proyecto, como si estuviera por empezar. Esto es lo que ignorabais, y así no debeis tener miedo ni por vos ni por mí. Eso no me aquieta, le dixé, porque si el Virey llega á saber que procuras á su hijo conversaciones con Blandina, una triste recompensa podrá tal vez ser el premio de tus servicios; y la Vireyna, aunque cómplice, en vez de sacarte del beréngenal, te dexará en él; y así reflexiona sobre ello.

Pareció importante el aviso al Caballero oficioso, y queriendo aprovecharse de él, determinó medir sus pasos de manera, que pudiese sin peligro continuar sirviendo á D. Alexo, lo que hizo en efecto con tanta maña y fortuna, que por espacio de dos años enteros nadie en el palacio supo cosa alguna.

Capítulo IX.

Don Querubin de la Ronda nada en el oro y en la plata. Gasta su dinero en diversiones con Señoras conocidas suyas. Va á ver representar una Comedia. Qual era ésta, é impresion que le causó.

Por otra parte gozoso el Conde de Velges de ver que su hijo se pulia sensiblemente; y discurriendo que esto se me debia á mí, no sabia como pagarmelo. No se contentaba, sin embargo de su avaricia, con hacer que me satisfaciesen puntualmente mi sueldo, sino que me llenaba de regalos. Añadase á esto, que Salcedo era exáctísimo en cumplir las palabras que me habia dado, de suerte, que empecé á manar en doblones. Por poco inclinado que yo hubiese sido á la codicia, hubiera dado infaliblemente en ser avaro en un puesto tan lucrativo; pero no era éste mi vicio; y muy lexos de atesorar, expendia mi dinero, como lo ganaba.

Muchas veces gastaba yo en varias partidas de campo, y tenia diversiones para las Damas, con quienes habia hecho conocimiento. Iba á su casa á pasar la tarde en jugar, lo que se hace con libertad en México, en donde el juego es la ocupacion principal de las mugeres. En otras ocasiones las convidaba tambien á la Comedia, que mantenian el Virey, ó por mejor decir, el Público, porque la pension que S. E. daba á los Cómicos era tan corta, que no hubieran podido vivir con ella. La compañía, que se componia de naturales de México, era bastante buena; habia entre ellos cinco ó seis papeles excelentes, lo que es hacer un elogio de una compañía Cómica, quien las mas veces no tiene sino tres que sean dignos de aplauso.

Un dia en que aquellos Comediantes representaban

por tercera vez una Comedia nueva, que habia sido muy bien recibida, fuí á verla con Don Juan y dos Señoras conocidas suyas. Era de un autor afamado. La alababan en la ciudad, y su título era: *La Novia son-sacada*. Me dexé llevar á ella por complacencia, ó mejor diré, contra mi gusto, teniendo poca curiosidad de oír lo que me discurría me daría mas pesadumbre que contento. La conexiõn que el título tenia con lo que á mí propio me habia sucedido, me asustaba; y no dudaba que en esta Comedia hubiese lances, que hiciesen reir á costa mia.

Con todo, aunque poseído de tan justo temor, fuí como uno de tantos, con ánimo, pues no sabian mi historia, de no mostrar nada en el semblante, y de ser el primero que aplaudiese las expresiones burlescas que se dixesen contra los maridos desdichados; pero no fué necesario mortificarme con disimular, contra mi voluntad hasta aquel punto, pues sin embargo de ser Comedia la que se representaba, no oí cosa que hiciese reir. El Autor no era de aquellos que toman por modelos á los Plautos, ni á los Terencios; antes sí, enemigo declarado de la gracia y del chiste, usando solo de suspiros y llantos en sus Comedias, y cargandolas de sentencias y trozos largos de moralidad puesta en verso, que agradaban infinito á mis Señores los Americanos.

Pero si no hirió mis oídos ninguna sátira, que pudiese yo aplicarme, no por eso salí mejor librado. Como allí se hablaba del robo de una casada, se me ofreció de improviso y vivamente á la memoria el de Doña Paula, el qual ya empezaba yo á olvidar, y causó en mí una alteracion inexplicable. Aunque me reprimí, é hice todos mis esfuerzos para dominar los

movimientos interiores que me agitaban, me fué imposible ocultarselos á Salcedo, quien viendo la turbacion de mi semblante, me dixo sonriendose: ¡Ola, ola! parece que la Comedia os hace impresion. Tanta, le respondí, poniendome colorado, que no puede ser mas. ¡Qué bien posee su Autor el arte de mover los afectos! pero tambien es menester confesar, que los Actores son admirables. Me embelesa principalmente el que hace el papel de marido, porque representa con tal propiedad á un tierno esposo, al qual han robado su muger, que me comunica su pena; y poniendome yo en su lugar, me imagino que me han llevado la mía, á quien yo amaba, y padezco igual sentimiento que él.

Esta respuesta excitó la risa en el Secretario, y en las dos Señoras que habian ido en nuestra compañía; y todos tres se burlaron de mi excesiva sensibilidad. Yo dexé que se divirtiesen á mi costa quanto les dió la gana, queriendo mas aguantar sus chanzas, que contarles lo que me alegraba mucho ignorasen. Recobrado mi espíritu de la agitacion que habia padecido, le dixe á Salcedo, luego de acabada la funcion: Me ha gustado el desenlace de la Comedia. El marido, en vez de desesperarse tontamente, como creí desde luego que iba á hacerlo, toma el partido prudente de consolarse. Hace bien, respondió D. Juan, pues parece que la muger está de acuerdo con su robador. Si igual desgracia me aconteciese, os aseguro no sería tan majadero que me dexase morir de pesadumbre de la ausencia de una muger que me hubiese sido desleal.

Como mi modo de pensar en el asunto era conforme con el de Salcedo, la impresion que acababa de causarme la *Novia sonsacada*, se me borró en breve

de la imaginacion, ó por mejor decir, me aproveché de esta Comedia, siguiendo la opinion del marido, y resolviendome de nuevo á olvidar á Doña Paula.

Capítulo X.

Del mayor apuro en que se vió jamás D. Querubin, y cómo salió de él. Salcedo le propone su hija en casamiento, y él no lo admite. Admiracion de su amigo.

En aquel tiempo Salcedo, que era viudo algunos años habia, sacó á Blanca su hija del Convento, donde la puso á su llegada á México. Como ésta ya tenia diez y ocho años, pensaba en casarla; pero queria antes, que tomase un poco el ayre del mundo. Era pequeña, despierta, de muy lindo parecer, y manifestaba bastante comprehension, para que se juzgase que con el tiempo llegaría á tener mucha.

Para contribuir por mi parte á su enseñanza, ó mas bien para obsequiar á su padre, que me rogaba la visitase, y conversase con ella lo mas á menudo que pudiese, no dexé pasar un dia sin hacerlo así, dandola en mis conversaciones lecciones de virtud, mezcladas de expresiones divertidas, para que no la fuesen molestas.

Las cosas no podian ir mejor; pero ocurrió un acaso que lo echó todo á perder. El Preceptor no pudo resistirse á amar á su discípula, aunque luego que conocí mi afecto á ella, me le reprehendí: ¿Qué intentas hacer? me dixe á mí mismo: ¿Con que, para agradecer á D. Juan los favores que te hace, quieres seducir á su hija? No contento con desaprobar una inclinacion tan desatinada, quise batallar con ella para vencerla, lo que hice desde luego; pero en vano, porque siguiendo en

visitar á Blanca, su vista desbarataba mis reflexiones, de tal manera, que me ví precisado á usar del remedio que Ovidio nos aconseja se tome en semejante caso, esto es, de la ausencia.

Dexé, pues, de visitar con tanta frecuencia á la Señorita, y aun quando iba á verla, duraba poco la conversacion. Sentida de la mudanza que notaba en mi modo de proceder, me dixo un dia: Yo os enfado, bien lo veo; vos me mirais como á una niña, que no es digna de divertiros. Yo no sabía qué responderla, no pudiendo resolverme á declararla la causa que lo motivaba, temiendo que la disculpa me hiciese mas reo.

Finalmente, echando de ver Blanca que cada dia ponía yo mas cuidado en huír de ella, dió las quejas á su padre, quien no dexó de censurarmelo. ¡Cómo es eso, me dixo sonriendose, que Blanca se queja de su maestro! ¿Os cansais de enseñarla? ¿Es posible que conforme va creciendo, os agrada menos su compañía? Es cosa que me admira. Con efecto, sería muy de extrañar, le respondí en igual tono; ¿pero no puede al contrario suceder el que la suspension de mis lecciones nazca del peligro grande á que me exponga su presencia? ¡Ojala Dios! replicó Don Juan, que tal fuese la causa de desamparar á vuestra discípula. ¿Pues qué otra sino esa, le repliqué, pudiera privarme de ver á la amable Doña Blanca? Sí señor, si huyo de ella es porque corro riesgo en mirarla. En vista de una declaracion, á que me habeis precisado, creo alabareis mi cuidado en oponerme en su principio á un amor que pudiera, aumentandose, hacerme perder vuestra amistad.

Salcedo se sonrió de oírme, no obstante que yo dis-

curría, que mis palabras eran muy propias para que se pusiese serio conmigo. D. Querubin, me dixo, eso es hacer demasiada desconfianza de vuestra honestidad; fiad mas en ella, y seguid las lecciones. Volved á visitar todos los dias á mi hija, pues no os creo capaz de abusar del permiso que os doy de conversar con ella. Sobre este punto no tengo el mas leve recelo, y no quiero deciros mas.

Esto último me dió mucho en que cavilar. ¿Qué intencion llevará Salcedo? dixé para mí, así que me separé de él. ¿Si querrá casarme con Blanca? Eso significa, á mi entender, la última expresion que acaba de soltar. ¿Llegará á tanto conmigo su amistad, que quiera darme una prueba semejante de ella? pero es locura en mí el pensar de tal modo. Sus grandes riquezas le harán poner la mira en cosa mas alta; y su hija única no está destinada para un hombre como yo. Sin embargo, sea el que fuere el fin que tenga en querer que vuelva yo á visitar á Blanca, es preciso contentarle.

Determiné, pues, obedecerle; pero con el firme propósito de estar alerta contra los atractivos de su hija, propósito que era mas facil de hacer que de cumplir, porque cada dia se hacía mas temible mi discípula, la qual, como sabía lo mucho que me queria su padre, me recibía con tal familiaridad y agasajo, que tanto tenía yo que temer de las muestras de amistad que me daba, como del poder de sus ojos. Yo me hallaba en una situacion enteramente embarazosa.

Mi confusion se aumentó con decirme despues Don Juan: Ya es tiempo, D. Querubin, que os comuniqué un pensamiento que tengo, por el que conoceréis todo

el cariño que os profeso. Mi hija es ya *matura viro*, y vos sois á quien he escogido para yerno mio.

No pude menos de turbarme al oír pronunciar estas palabras, lo que Salcedo creyó nacia de alegría, y en esta equivocada inteligencia me dixo: Sí, mi querido D. Querubin, yo tengo sumo gusto en aliar vuestra suerte con la de mi hija para uniros todavía mas estrechamente conmigo, y dicho esto, me dió un abrazo que me atravesó el corazón. La pena que sentí entonces de no poder ser su yerno, me hizo prorrumper en un triste suspiro, cuya causa tampoco supo conocer, imaginandose que Blanca no me gustaba, y finalmente, que yo repugnaba casarme con ella. Resintióse vivamente de ello, y mostrandome en sus ojos su enfado, me dixo en tono irónico: Señor Bachiller, siento que mi hija no haya podido hallar entrada en vuestro corazón; vos solamente queréis las hermosuras visabuelas; y así para agradaros se necesita una Doña Luisa de Padilla.

Al oír esta expresion picante miré á D. Juan con semblante tan afligido, que juzgando este Secretario que me sucedia entonces alguna cosa extraordinaria, se puso á exâminarme atentamente. ¡Há! Señor, le dixe, ¿juzgais que no conozco lo mucho que vale la honra que quereis hacerme? Pensad mejor de mí. Es cierto que el casamiento con Doña Blanca me sería gustosísimo; pero la lástima es que me está prohibido, pues estoy casado. ¡Vos casado! exclamó admirado Salcedo. ¿Por qué no me lo habeis dicho? Si os lo he callado, le respondí, es porque hablandoos de mi matrimonio, me hubiera sido preciso contaros la desgracia que me sucedió poco despues de él, la que quisiera sepultar en un eterno silencio. Pues no me oculteis

mas esta desgracia, replicó, que quizá os ayúdaré yo á remediarla. Ya que es forzoso revelaros este secreto, repliqué, perdonadme de no haberoslo dicho antes. En esto le confié enteramente el suceso, y noté que al oírlo se compadecia de mis trabajos.

D. Querubin, me dixo luego que acabé, lo que me habeis contado me aflige entrañablemente. Ya no me admiro de que os turbarais tanto al ver representar la *Novia sousacada*, la qual Comedia os renovó la memoria de vuestra desventura; pero desechad del ánimo esas melancólicas imagenes. Respecto á mi hija, no se hable mas de ello; dexando de visitarla, pronto se os acabará el amor. Muchísima complacencia hubiera tenido en ser vuestro suegro, como lo sería infaliblemente, á no haber la suerte puesto un obstáculo invencible; y así contentemonos con vivir unidos con los lazos de la mas tierna amistad.

Capítulo XI.

Historia de D. Andrés de Alvarado, y de Doña Cintia de la Carrera. Parecer de D. Querubin que agrada á D. Andrés, quien se determina á seguirle.

Para olvidar mas facilmente á la hija de Salcedo me dediqué como nunca á obsequiar á las Damas mas lindas de México. Tambien trataba con varios Caballeros: y todos los dias los destinabamos á alguna diversion. Tomé estrecho conocimiento con diferentes sujetos, y entre ellos con D. Andrés de Alvarado, biznieto de aquel famoso Alvarado, de quien hace una mención tan honorífica la Historia de la conquista de México, y nos hicimos muy amigos.

Habiendo ido un dia á verle, le hallé tendido en su quarto en un canapé de seda de la China, y tan pensativo que entré sin que me sintiese. Estuve un poco delante de él; pero le tenian tan absorto sus pensamientos, que no me veía, y discurriendo estar solo, pronunciaba en voz alta éstas palabras: Sí, yo creo que aquella criatura me ha de hacer perder el juicio. Dicho esto, volvió en sí de su distraccion, y se puso á reir al verme. ¡O amigo! me dixo, ¿ahí estais? me hallais sepultado en mis reflexiones; y pues me habeis oído, no os callaré lo que me pasa. Yo amo, ó por mejor decir, adoro á una Dama, que no correspondiendo á mi cariño, me tiene fuera de mí.

¿Y quién es esa cruel, le dixe, esa ingrata, de quien os quexais? Es, me respondió, Doña Cintia de la Carrera, hija de D. Joaquin de la Carrera, Oidor de la Audiencia. Vos nunca la habeis visto, y es un nuevo conocimiento que he hecho por mi desgracia. Es una Dama hermosa por extremo; pero no tengo esperanza de agradarla, porque la pretenden Don Bernardo de Orozco, y D. Julian de Mortara, que son dos Caballeros jóvenes, que se merecen mucho.

Ya os entiendo, le dixe, amigo, estos competidores os dan pesadumbre, y su pretension os asusta. Poquísimos replicó; aunque son tan temibles, no los temo tanto á ellos como el genio extraño de Cintia, que es tan altiva y desdeñosa, que cree no hay hombre en el mundo que sea digno de su atencion. Se pone hecha una fiera quando la hablan de amor. D. Joaquin, su padre, que quisiera casarla, pero no obligarla á ello, la ve tan contraria á su intencion, que no se atreve ya á instarla en el asunto. ¿Podreis creer que en el quarto de esta inhumana todo anuncia que es enemiga del amor? En él

no vereis sino pinturas de mugeres á quienes este Dios no pudo vencer. Una es Dafne, que huye de las caricias de Apolo; otra Aretusa, que mas quiso ser convertida en fuente, que rendirse al amor de Alféo; en una palabra, quantos quadros se ofrecen allí á la vista, manifiestan que desdeña á los hombres.

Ahí me haceis, le dixé, el retrato de una Dama muy extraordinaria, porque me admira bastante el saber que la haya de semejante genio en México, donde las mugeres son naturalmente menos crueles que en ningun parage del mundo. ¿Con que, segun parece, recibió muy mal el que la declaraseis vuestra pasion? Todavía no se la he declarado, me respondió, y aquí entre nosotros no sé lo que he de hacer. Si rompo el silencio, me tapará la boca con palabras llenas de altivez, y si doy en callar, se mantendrá siempre incierta mi suerte.

Ya veis quan perplexo me hallo, prosiguió D. Andrés; si estuvierais en mi lugar, ¿qué hariais? Daría en un extremo, le respondí, pues en vez de incensar al ídolo, y alimentar su soberbia con palabras alhagüeñas, y atenciones presurosas, procuraria vencer su orgullo con una indiferencia fingida, usaría del desden contra el desden, mostraria mayor aversion de la que ella manifestase al tierno vínculo del matrimonio. Así es como me manejaría con una persona de genio tan particular. ¿Qué decís de mi modo de pensar? puede ser que os parezca extravagante. No lo creais, exclamó Don Andrés, antes bien le apruebo en gran manera, y en prueba de ello hago ánimo de representar este papel con Cintia. Me parece que no lo desempeñaré mal, aunque me abraso en el mas vivo fuego por ella. Verémos lo que da de sí este ardid. Iré hoy á verla, y mañana os contaré lo que haya pasado entre nosotros.

Dicho esto nos despedimos, y al dia siguiente vino muy de madrugada Alvarado á buscarme. Tan impaciente estaba yo por saber lo que habia hecho, como él de contarmelo. D. Querubin, me dixo con semblante alegre, muchísimo me engañaré, si no sale bien nuestra estratagemá. Ayer, entrando en casa de Cintia, encontré á Laura su criada, á quien ya he sabido ganar en mi favor, confiéla nuestro pensamiento, y la dixé el papel que yo queria hacer con su ama, lo que la ha parecido la idéa mas ingeniosa que pueda discurrirse; y no contenta con aplaudir mi designio, me ha prometido ayudarme en él; promesa de que hago gran caudal, pues es una muchacha de entendimiento, y que puede servirme. Pero, le dixé yo á D. Andrés, ¿no visteis ayer á Cintia? ¿no la hablasteis? Sí la hablé, me respondió, entré en su quarto, donde estaba con algunas Señoras amigas suyas, y D. Bernardo de Orozco. Mezcléme en la conversacion, que era acerca del matrimonio. D. Bernardo alababa las conveniencias de este estado, y hacia consistir la felicidad de la vida en la union de dos casados que se quieren bien; pero la hija de D. Joaquin defendia al contrario, que no habia condicion mas infeliz, que la de dos personas sujetas al yugo de Hime-neo. Del parecer de esta Señora soy yo, exclamé al oírla, pues no creo, añadí, que haya una suerte mas desdichada que la de dos esposos; y así desde que tengo uso de razon, miro con horror el casamiento, como igualmente el amor, siendo esta peligrosa pasion la que nos conduce muchas veces á casarnos.

Los circunstantes se echaron todos á reír al oírme explicar en aquellos términos. ¿Con que, señor Don Andrés, me dixo una Señora, sepamos que sois enemigo declarado de nuestro sexô? No Señora, la respondí,

no me hagais mas culpado de lo que soy. ¡No quiera Dios que yo aborrezca á las mugeres! Las respeto y venero en sumo grado, que es todo lo que pueden esperar de mí, mas no quiero ni amarlas, ni que me amen. Pues qué, me dixo entonces la hija de D. Joaquin, ¿si alguna linda Dama pusiese en vos los ojos, podia correr riesgo de dar con un ingrato? Sí Señora, no lo dudeis, tendria el disgusto de amar, sin ser correspondida, aunque fuese tan amable como lo sois vos.

Volviéron las Señoras á reirse de oírme estas expresiones, que yo dixé con mucha seriedad, y las quales me pareció habian causado alguna turbacion en Cintia. Señoras, dixo ésta, dirigiendo la palabra á sus amigas, ya ven Vms. que Alvarado no quiere engañarnos una vez que nos confiesa su sentir en términos tan claros. D. Andrés, exclamó otra Señora, que hasta entonces habia estado callando, poneos de acuerdo con vos mismo. Os han visto hacer varios festejos para divertir á las Damas, lo qual supone, que no sois tan insensible á sus atractivos, como decís. Eso no prueba, Señora, la respondí, que yo las quiera, y solo sí manifiesta que soy atento con ellas, como todo Caballero ha de serlo. No lo niego, pero miro á las mugeres sin dexarme cautivar de ellas, y no tengo deseo alguno de que me quieran.

Esto es lo que pasó ayer en casa de la hija de D. Joaquin, prosiguió D. Andrés de Alvarado, y para deciros lo que pienso, creí advertir en los ojos de Cintia un secreto despecho de dar con un hombre que parecia apostarselas á que no le sujetaba á su imperio. Al cabo, yo no sé si me he engañado en imaginarlo así; no quisiera asegurarlo; y quien sabe si la fingida indiferencia que muestro á esta presumida, no servirá sino para que me mire con mayor desprecio. No, amigo mio, le

dixe; antes bien estoy en que para desagraviar su vanidad ofendida, querrá ver cómo sujetaros con sus prisiones.

Capítulo XII.

Prosigue la historia de D. Andrés de Alvarado, y de Doña Cintia de la Carrera. Feliz éxito de los consejos de Don Querubin, á quien da gracias D. Andrés.

Con efecto, habiendo ido Alvarado á buscar aquel mismo dia á Laura á una casa, adonde ella le habia citado, le informó ésta, que su ama habia caído en la red. No hay duda, señor Don Andrés, le dixo la criada, que habeis excitado contra vos la arrogancia de la soberbia Cintia. No puede, dice, perdonaros vuestra insensibilidad, y os aviso de que está resuelta á valerse de todos los medios para vencerla. En toda la noche ha dormido, y no ha hecho sino gemir y suspirar de rabia, de ver que no temiais el poder de sus ojos; pero, Señora, la dixe, ¿qué motivo tiene Vmd. de quejarse de Don Andrés de Alvarado? ¿Por qué ha de llevar Vmd. á mal que él en su estado de hombre sea lo que Vmd. es en el suyo de muger? Porque no le hagan impresion los hechizos de las Damas, no es mas reprehensible, que lo es Vmd. en desdeñar el afecto de los Caballeros mas perfectos. No saques la cara por él, Laura, me respondió; no procures disculparle. Le aborrezco, y no estaré contenta hasta que vea caer muerta de amor á mis pies á esta fiera. Daría quanto hay en el mundo, si fuese mio, por tener este gusto.

Ya veis por lo que acabo de decir, añadió la sirvienta, que la hija de Don Joaquin se dispone á ponerlo todo en obra para apasionaros. Sirvaos esto de gobierno, y creed

que podeis tener esperanza de conseguir vuestro intento, si continuais en fingir como habeis empezado. Quedaos con Dios, señor D. Andrés, que voy adonde está mi ama. Volved despues á cosa de las seis, pues quizá tendré algo de nuevo que deciros. Con efecto, habiendo Alvarado ido á la hora señalada, encontró á la criada, quien le dixo: Esté Vmd. bien alerta porque mi ama se prepara á acometeros con sus mas poderosas armas. Como estamos en el carnaval quiere dar mañana á la noche un sarao, en el que lo dispondrán de modo, que á los dos os toquen cintas de un mismo color, y ella cuenta formalmente con que os ha de hechizar dandoos muchas miradas alhagüeñas. Desconfiaos de esa Sirena, cuyo fin no es otro en embelesaros, que el de haceros mil desprecios, si teneis la flaqueza de no manteneros firme. Me recelo, que enagenado de gozo, y demasiado poseído de vuestro cariño, no os perdais. No, no, querida Laura, la respondió D. Andrés, no paseis cuidado, pues para evitar el peligro me basta estar advertido de él. Dexadlo por mi cuenta, que tal vez la misma altiva Cintia será la que cayga en el lazo.

Alvarado, despues de esta segunda conversacion con Laura, fué á contarmela, de lo que uno y otro nos alegramos. La hija de Don Joaquin por su lado, pensando cómo rendir á un hombre, que estaba demasiado prendado de su belleza, se ocupaba en dar disposiciones para el bayle de la noche siguiente. Convidó por esquelas á las Señoras, que gustaba concurriesen á la diversion; y como D. Bernardo y D. Julian eran de los Caballeros que habian sido tambien convidados, agradó esto mucho á D. Joaquin, quien se lisongeó con la esperanza de que alguno de estos tres galanes podría gustar á su hija. Ya se dexa entender, que no fué echado en

olvido D. Andrés, quien recibió igualmente su esquila de convite, y al otro dia, quando ya fué hora de concurrir á la funcion, fué á ella en un disfraz muy ayroso, y con ánimo de desempeñar bien su papel.

Así que entró en la sala, la Señora que tenia las cintas destinadas para los Caballeros, le entregó una verde. Púsosele él en un ojal inmediatamente, y buscando despues con la vista á la Dama, á quien tocaba tener otra del mismo color, vió era la hija de D. Joaquin. Llegóse entonces á ella, y cortesantemente la dixo: Señora, yo considero este dia como el mas venturoso de mi vida, ya que la hermosa Cintia me ha tocado en suerte. No os prometais tanto de vuestra felicidad, le respondió ella, antes bien, el peligro en que estais, os debe hacer temblar. Quexaos de la suerte, la qual os hubiera sido mas favorable, haciendoos caer con otra Señora. Hubierais podido agradarla; pero conmigo ningun fruto sacareis de vuestra conversacion, previniendoos tambien por atencion, que si os coge la desgracia de aficionaros á mí, os trataré con el mayor rigor: sobre eso podeis contar.

Vos creis amedrentarme, Señora, replicó mi amigo, pues temed vos misma, que vuestra altivez se rinda á la mia, porque en fin, prosiguió con voz afectuosa, ¿no serán capaces de enterneceros mis penas, quando aprovechandome de la libertad que este festejo me permite de hablaros, os manifieste el estado deplorable á que me habeis reducido? Sí, hermosa Cintia, mi pecho se abraza de amor. Alvarado, le dixo entonces la Dama, apartandole de sí suavemente, vos os contradecís, pues os explicais de manera, y en unos términos, que me hacen creer que me amais de veras, aunque os imagineis que no es así. Ya no os acordais de que os dixe que

pagaría vuestros suspiros con desden y con rigor. Señora, respondió Don Andrés, vos os habeis olvidado de que estamos en un sarao; quanto he dicho ha sido fingido. ¿Pues qué, replicó la Dama, no sentís interiormente lo que acabais de decirme? No lo permita el Cielo, respondió el Caballero, mudando de tono. ¿Habia de aumentar yo el número de vuestros esclavos? No por cierto, Señora, pues aun quando fuese capaz de amaros, la vergüenza me obligaría á ocultaroslo.

¿Con que sabeis fingir bien? dixo Cintia. Primorosamente, respondió Alvarado; sé, quando quiero, usar del language, y remedar el semblante del amante mas ciego. Si quisiera, por exemplo, manifestaros que estoy enamorado de vos, os hablaría de esta suerte: Preciosa Cintia, no es por urbanidad, ni por cumplir con las leyes del sarao, que yo os declaro, que mi voluntad ha quedado rendida á vuestras primeras miradas, sino para descubriros lo que siento en lo íntimo del pecho, pues hoy me es permitido haceroslo saber sin que os enfadeis de mi osadía. ¿Y eso no es de veras? respondió acelerada la Dama; no me digais mas, Alvarado. Ya empiezo á conocer vuestro ardid. Fingís que la hermosura de las Damas no os hace impresion, lisongeandoos de que con semejante medio podreis ablandarme mas. He penetrado vuestra intencion, ¿no es verdad? Confesadme sin rebozo, que no os pesará; podeis fiar en esta palabra que os doy.

D. Andrés estuvo perplexo por un breve espacio antes de responderla; pero determinandose por último á satisfacerla á costa de quien correspondiese, la confesó todo, y despues la dixo: Señora, ahora aguardo mi sentencia, dignaos pronunciarla, y decidid de mi suerte. Yo pudiera, respondió Cintia, darne por ofendida de

la astucia que habeis usado conmigo, y trataros en castigo como á los demás amantes míos; pero os la perdono á causa de lo ingenioso de la invencion, y os prefiero á todos vuestros rivales.

Dexo pensar al Lector el gozo que estas últimas palabras causaron en mi amigo, el qual todo el tiempo que duró el bayle, esto es, hasta el amanecer, no cesó de dar muestras de agradecido á la hija de D. Joaquin. Apenas dexó á aquella Dama, quando vino á mi casa á darme parte de su regocijo. Dióme un millon de gracias por el consejo que le habia dado, y me dixo, que yo era el autor de su dicha. Finalmente, de allí á quince dias se casó con su querida en perjuicio de sus rivales, que en la realidad merecian quizá mejor la preferencia.

Capítulo XIII.

Don Querubin va por curiosidad á oír predicar á un Religioso. Quien era éste. Su admiracion quando le reconoció, y de la conversacion que pasó entre los dos.

Poco tiempo después de esta boda sucedió, que un Religioso pasó de Guatemala á vivir á México. Predicó desde luego en la Catedral, y causó tanto ruido desde su primer Sermon, que vino á ser el asunto de todas las conversaciones de la ciudad. A qualquiera casa que fuese, yo no oía hablar sino del P. Fr. Cirilo. Las mugeres especialmente le alababan, y preferían á los mas famosos Predicadores, que los habia entonces muy célebres. Si iba á predicar á alguna parte, toda la Nobleza acudia de tropel á oírle; y era difícil hallar lugar. Se oía á veces en el auditorio un murmullo na-

cido de admiracion, y salian los oyentes de la Iglesia ensalzando hasta las nubes la eloqüencia del Predicador.

No pude resistir al deseo que de oírle me dió la fama de Fray Cirilo, y quise juzgar de su mérito por mí mismo. Habiendo sabido que predicaba el dia de la Asuncion en su Convento, no dexé de ir, y me encontré allí con un numeroso y lucido concurso, aunque el tal Convento está bastante distante de México. Sentéme en un banco con otros oyentes; y mientras empezaba el sermon, pregunté á un Caballero que estaba junto á mí, si habia oído ya al P. Fr. Cirilo. Dos veces, me respondió, y aseguro á Vmd. que hasta ahora ningun Predicador me ha llenado tanto como él.

Os vais á quedar parado, prosiguió, de oír la brillantez de su estilo, y la belleza de sus pinturas. Tiene una eleccion de voces, y una elegancia que suspenden, usa de metáforas felices, de alegorías exâctas, y que embelesan, de un modo precioso de explicar los conceptos, de unas construcciones que le son propias, y especialmente de transiciones sumamente delicadas. No le digo á Vmd. mas por no privarle del gusto de la novedad; solo os advierto, que es necesario le escucheis con quanta atencion podais, pues tiene una volubilidad de lengua, que apenas se puede seguir. En el último sermón que predicó en el Convento de los PP. Mercenarios, tuve la desgracia de estornudar, y mi estornudo me hizo perder un periodo. Yo le respondí, que habia ciertos Predicadores que hablaban tan de priesa, que ni siquiera se podia apartar de ellos la vista, á menos de querer perder el hilo de sus sermones.

Sin embargo, su informe aumentó en mí la gana que tenia de oír á este famoso sugeto. Vile parecer en el púlpito, é inmediatamente resonó la Iglesia con una

aclamacion general, por donde vine en conocimiento hasta qué punto estaba preocupado el Público en su favor. El P. Fr. Cirilo me pareció tan chico como un enano, y con efecto, era tan pequeño, que únicamente se le veía la cabeza. Miréle con cuidado, y su fisonomía me paró; y no bien pronunció el texto del sermón, quando le conocí por la voz. El es, dije yo para mí, sí, no hay duda, es el Licenciado Carambola. El lance es gracioso. Parece que nos seguimos uno á otro. Nos despedimos en Toledo, y nos volvimos á ver en Madrid, y habiendonos separado de allí, nos encontramos otra vez en Barcelona. Qualquiera diría que la fortuna se complace en separarnos, para juntarnos de nuevo. Después, dudando del informe de mis ojos y de mis oídos, ¿no me engañaré tambien? decía yo, volviendo sobre mí. Es cierto que es el mismo en la voz y en la cara; ¿pero no estamos viendo todos los dias personas que se asemejan enteramente unas á otras? Fuera de eso, ¿es posible que Carambola haya tomado el hábito, y lo que no alcanzó, haya llegado á ser un gran Predicador? Esto es lo que no puedo entender. Con todo, quanto mas escuchaba y miraba al P. Fr. Cirilo, tanto más quería yo que fuese mi Licenciado Vizcaino.

Entré tanto que pudiese yo salir de mi duda, apliqué atentamente el oído al Religioso para juzgar si el Público tenia razon en admirar su eloqüencia; pero predicó su sermón tan velozmente, que perdí mas de la mitad sin estornudar. Sin embargo, lo que oí bastó para consolarme de lo perdido, y aun hice una reflexion, que no favorecía en nada á la fama del Predicador. Noté que al auditorio le movia solamente la hermosura del estilo, y que el Orador hablaba menos al corazon que al entendimiento.

Acabado el sermón hice que me acompañasen hasta la celda del P. Fr. Cirilo, quien al volverme á ver, experimentó igual admiración á la que él me había causado quando subió al púlpito. Abrazámonos uno á otro cariñosamente. Señor Licenciado, le dixé, gracias al Cielo, nos volvemos, pues, á encontrar todavía otra vez; pero confesad que este último encuentro es mas de admirar que los demás; yo nunca hubiera discurrido hallaros de nuevo con el hábito de Religioso. Mi suspensión es igual á la vuestra, me respondió, y bien podeis pensar, que no es poca mi curiosidad por saber lo que os ha traído á México. Creo que no es menos la vuestra de informaros como he venido á ser Frayle, y lo que es mas un Predicador de primer orden. Es preciso contentarnos uno á otro; pero dexemos, si gustais, la partida para mañana por dos razones, pues además de estar fatigado, es larga la relación que he de haceros; y yo por mi parte le dixé son infinitas las cosas que tengo que contaros. A Dios, P. Fr. Cirilo, descansad, y mañana nos veremos.

Con esto dexé á mi Predicador, y habiendo ido á buscarle el dia siguiente por la tarde, nos encerramos en su quarto, donde nos dispusimos á confiarnos recíprocamente lo que nos había sucedido despues de nuestra última separación. Yo hablé el primero; y persuadido á que podía decirselo todo á mi amigo Carambola, no le oculté nada. Así que acabé de hablar, tomó él la palabra, y me refirió la historia de su metamorfosis con la misma sinceridad.

Fin de la quarta parte.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

PARTE QUINTA.

Capítulo primero.

Empieza á contar el Licenciado Carambola la historia de su viage á las Indias Occidentales. Encuentra á uno de sus Concolegas, y quién era éste. Determina ir con él, y se mete Religioso.

Bien sabeis, dixo, que me dexasteis en Barcelona, siendo Preceptor de un Señorito miñado. Yo os manifesté, si os acordais, que me hallaba muy contento en mi destino; que en él gozaba de todas las comodidades que un pedagogo puede hallar en una casa; y que segun todas las señales, permaneceria en él por largo tiempo. Con todo eso, me ví obligado á dexarlo. Dieronme las gracias, qué digo, me despidieron, y aun con bastante grosería, y vereis por qué. Habiendome un dia disgustado muchísimo mi Señorito, á quien yo no podia encaxar en la cabeza una regla de Gramática, me aconteció el olvidarme de que me habian prohibido el castigarle, de miedo de que se affigiese, y cayese malo, y así le tiré de las orejas, es verdad que algo fuerte. Dió unos chillidos como si le hubieran desollado vivo. Su madre, que los oyó, vino, y viendo á su hijo llorar á lagrima viva, me trató de inhumano; y aunque el padre, que no era amo en su casa, se puso á hablar en

mi favor, le hicieron callar como á un pobrete, y me plantaron en la calle sin más ceremonia.

Algunos dias despues de haber sido echado del modo que he dicho, estandome paseando solo en el muelle, y cavilando sobre el infeliz estado de mis cosas, encontré á dos Frayles, á uno de los quales conocí, por haber sido condiscípulo mio en la Universidad de Alcalá, y él cayó tambien al instante en quién yo era. Llegamos uno á otro, y abrazandonos cordialmente, comenzamos á hablar de aquellos lancecillos que habiamos jugado los dos en el colegio á nuestros Maestros. Despues me instruyó que iba desde la ciudad de Solsona con su compañero á embarcarse en Barcelona, en un Navío, que al otro dia salia para Cadiz, en donde estaban esperando á los dos en aquel convento, para ser el uno Lector de Artes, y el otro de Teología. Envidio vuestra felicidad, Padres míos, les dixé, dando un suspiro, y me pesa muchísimo de no haber abrazado vuestro estado, en vez del de forzado de galera, porque así llamo á un pobre desdichado Preceptor.

Echóse á reir mi condiscípulo de oírme hablar de aquella manera. No sabía yo, me dixo, que la condicion de un Preceptor fuese una galera. Pues yo os lo digo, le respondí, y podeis sobre ello fiaros en mí. Confieso que no hay regla sin excepcion, y que se encuentran casas, en que la esclavitud de los pedagogos es suave, ó á lo menos llevadera. Quando se vive con una vieja gazmoña, y que afecta recato, es cierto que á un Preceptor hipocrita no le va mal, porque es el dueño de las confianzas de la Señora que se gobierna por él, y además, en recompensa de las atenciones interesadas que tiene con ella, hace algunas veces una generosa mencion de él en su testamento; pero semejantes pla-

zas son rarísimas; y por mi parte todas las que he hallado hasta ahora han sido infelices.

Siento, replicó el mismo Frayle, que no esteis contento con vuestra suerte, y desearía que lo estuviereis tanto, como yo lo estoy con la mia. Si todo el mundo supiera hasta qué grado somos dichosos nosotros, no cabrían en nuestros claustros los que se apresurarían á venirlos á habitar. ¡Ay Padre! exclamé, con esas palabras aumentais el pesar de no haber tomado vuestro hábito venturoso. Si hablais seriamente, me dixo, os lo haré dar quando querais. Todavía es tiempo, aprovechaos de la ocasion. Venid con nosotros á Cadiz; yo os presentaré al Reverendo P. Fr. Isidoro, Superior de nuestro convento, y estoy seguro de que os recibirá gustoso entre nosotros, luego que sepa que habeis hecho ruido en las Escuelas de Alcalá, donde yo he sido testigo de vuestro lucimiento en los estudios. Todavía me acuerdo de que os llamaban por excelencia: *Aquila Theologiae*.

Sí, mi querido Licenciado, prosiguió, el P. Fr. Isidoro os mirará como una preciosa adquisicion para nuestra Orden, y me agradecerá el que se la haya procurado. Determinaos; mirad lo que quereis hacer. Yo os cogería la palabra, le respondí, y marcharía en vuestra compañía á Cadiz, si me hallase bastante provisto de moneda para hacer los gastos del viage, y de la toma de hábito; pero os confieso ingenuamente que todo mi caudal se reduce á un doblon, y aun de él debo las tres quartas partes en la posada, donde como desde que estoy desacomodado.

No os dé cuidado eso, dixo entonces el otro Religioso, pues os haremos el gasto por el camino, y os costearémos tambien la toma de hábito en atencion á

vuestro mérito. Ahora bien; ¿hay todavía algunas dificultades que allanar? No por cierto, le repliqué, ninguna queda. En verdad, Padres míos, que me inspirais vocación, y así estoy pronto á seguiros.

Parecióme haberles causado á mis compañeros futuros gran contento el verme dispuesto á ir en su compañía. No me despido, hermano, me dixo mi condiscípulo; tendremos quanto tiempo queramos para hablar. Os dexamos, añadió, enseñandome con el dedo un bastimento, que estaba en el puerto, para ir á disponer lo necesario para nuestro viage; venid esta noche á buscarnos, y mañana partiremos antes de amanecer.

Capítulo II.

Embarcase el Licenciado Carambola con los buenos Religiosos. Entra de Novicio. Recibe las Ordenes Sagradas. De qué modo predicó su primer sermon. Sube segunda vez al púlpito, y lo bien que se portó. Marcha á Indias. De su admiracion quando llegó allá.

No queriendo yo salir de Barcelona como un picaron, volví á la posada á pagarle al huesped lo que le debia; y despues volviendo á tomar el camino del puerto para acudir á la cita, llegué á él con una maletilla debajo del brazo, en la qual iba mi ropa. Los Religiosos se habian embarcado ya, y me estaban esperando con impaciencia. Al dia siguiente alzaron el áncora los marineros antes de amanecer, y nuestro bagel se alejó del puerto de Barcelona. Durante la navegacion, que á Dios gracias fué muy feliz, estuvieron tan contentos mis Religiosos, que lexos de arrepentirme de haberme alistado en su compañía, no cesé de darne el parabien,

conociendo la felicidad de su estado, y así lo pienso aun en el dia de hoy.

Habiendo llegado á Cadiz fuimos á parar á su convento. El Prelado recibió con distincion á mis dos compañeros, y como sugetos de que necesitaba su casa. Tambien me acogió á mí con agrado, y le dixerón que yo era un Licenciado que pedia el hábito de Novicio, el que me concedió sin dificultad en atencion al buen informe que le dieron de mi instruccion y costumbres.

Entré, pues, en el Noviciado, y gracias á Dios no me disgusté de la vida Religiosa. Hecha profesion me dieron el nombre de Fr. Cirilo. Apliquéme al estudio de la Teología, recibí despues las Ordenès Sagradas, y conociendo interiormente tenia á mi parecer habilidad para el púlpito, compuse un sermon, que me atrevi á predicar en la Catedral de Cadiz en presencia del Obispo y del Gobernador. ¿Pero sabéis de qué modo salí? Ahora os lo diré, pues mi sinceridad es preciso sea igual á la vuestra, y ambos debemos mutuamente contarnos nuestros desgraciados sucesos con la misma franqueza que los felices. Habia un auditorio numeroso, y estaban presentes muchos frayles de todas Religiones. Al ver un concurso tan docto, y qué por lo mismo habia de conocer qualquiera defecto que tuviese mi sermon, me turbé de suerte que me corté en medio de la salutacion. Aunque fatigué mi memoria para poder volver á coger el hilo, ésta rebelde me negó tenazmente su auxilio, y así me ví precisado á eclipsarme; pero antes de desaparecer les dixé á mis oyentes: Señores, os tengo lástimo porque perdeis de oír un gran sermon.

Bien os haceis cargo, prosiguió, de que estas palabras, pronunciadas por un Vizcaíno, no dexaron de

mover á risa. El Obispo y el Gobernador perdieron su gravedad; y todos los Frayles, excepto los de nuestra Orden, salieron de la Iglesia rebentando de risa, y mas satisfechos que si yo hubiera predicado primorosamente.

Sin embargo, un estreno tan desgraciado no me desanimó, antes bien, queriendo yo volver por mi crédito, me armé de valor; y tres meses despues subí de nuevo al mismo púlpito, de donde habia baxado con tanto sinsabor. Aquellos oyentes, que habian sido testigos del chasco que mi memoria me habia pegado la primera vez, quizá temian que me volvería á suceder otro tanto; pero no fué así. Mi memoria fué fiel, y yó generalmente aplaudido. ¿Qué digo? Dixeron que concurrían en mí todas las circunstancias de un Orador, y desde aquel dia me pusieron en paralelo con los mas célebres Predicadores Españoles. Con esto redoblé mis esfuerzos para merecer los elogios que hacian de mí, y de los que á pesar de mi amor propio conocia yo no ser digno. Compuse otros sermones, que agradaron tanto á mis oyentes, que mi nombre fué cada dia adquiriendo mayor fama.

Yo lograba en Cadiz de la estimacion general de sus habitantes, quando mi Prelado recibió una carta de la América. El Superior del Convento de Santiago de Guatemala le suplicaba le enviase dos Predicadores buenos, que correspondiesen á la fama que tenian los de nuestra Orden en aquella tierra. Yo desée ser uno de los santos operarios que pedian, moviendome á esto, á la verdad, no tanto un zelo apostólico, como la curiosidad de ver aquellas hermosas regiones conquistadas por las armas Españolas. Puedo decir, que no sin alguna repugnancia me dexó marchar á Indias el P. Fr. Isi-

doro, por no tener entonces en su comunidad persona que pudiese competir conmigo. Sin embargo, me hizo el favor de rendirse á mi súplica, con tal que diese la vuelta á España al cabo de algunos años.

Salí, pues, del puerto de Cadiz con el P. Fr. Bonifacio de Tabara, que me dieron por compañero. Tuvimos siempre favorable el viento hasta la Havana, desde donde tomamos el rumbo de Cartagena; de allí aportamos á Porto-Belo en tiempo de la feria, la qual debe sin disputa alguna considerarse como la mas hermosa de quantas se celebran en el mundo. La concurrencia prodigiosa de Mercaderes de España y del Perú, de los quales, unos van á comprar, y otros á vender géneros, ofrece á la vista un espectáculo muy divertido. En quanto á mí, lo que me pareció mas digno de atencion fué el crecido número de acémilas, que ví llegar de Panamá cargadas de barras de plata y oro. En un dia solamente conté hasta doscientas, cuyas cargas se pusieron en la plaza pública, lo que formaba varios montones de barras de aquellos metales, que alegraban los ojos de los dueños de ellos.

No nos detuvimos largo tiempo en Porto-Belo. Volvimos á ponernos á la vela para ir á Venta de Cruzez, y de allí á Panamá, de donde fuimos al puerto de las Salinas, y luego á Cartago. Caminamos despues á la ciudad de Granada, llamada por otro nombre el Jardin de Mahoma, y no tardamos mucho en arribar al puerto de Realejo, en la costa del mar del sur, y al cabo de pocos dias nos hallamos en el puerto de la Trinidad.

Aquí llegaba con su conversacion Carambola, quando de repente le interrumpí, diciendole con cierto despeto: Qué diantre, señor Licenciado, vos me haceis una relacion de viagero. No me nombreis ahora uno por

ño todos los sitios por donde habeis pasado, pues os dispense de ello. Mi curiosidad se reduce á oiros contar vuestras aventuras; y así, si gustais, no hagais más que dar un salto desde el puerto de la Trinidad hasta Santiago de Guatemala, porque según todas las apariencias, esta última ciudad es el teatro de las principales proezas que os quedan que contarme. Señor Bachiller, me respondió sonriéndose, no teneis razon de quejaros. Por no ser prolixo, y abreviar mi narracion, he suprimido las tempestades y demás peligros que he experimentado; y aun os he hecho la gracia de omitir las descripciones que pudiera haberos hecho de los pueblos, de que únicamente os he dicho los nombres, y que quizá serian mas curiosas que mis propias aventuras. Andad, andad, que me habeis cortado el hilo sin fundamento; pero en fin, pues lo quereis absolutamente, voy á haceros dar un brinco de veinte y cinco leguas, tras-montandoos en un instante á Guatemala, y solo os pido que me dexéis referiros antes una cosa de las mas singulares, y es, que cerca de la ciudad de la Trinidad hay un parage muy profundo, que está exhalandó continuamente un humo negro y espeso, mezclado algunas veces de azufre, y bocanadas de fuego. Cuentan, que habiendo algunos viajantes, deseosos de descubrir la causa, tenido la imprudencia de acercarse demasiado á aquel sitio, habian caído en el suelo medio muertos. Los moradores de la tierra aseguran, que á cierta distancia se oyen gritos como de personas atormentadas, y al mismo tiempo ruido de cadenas, por lo que dan el nombre de boca de Infierno á aquel abismo.

Vamos ahora á Guatemala, prosiguió Fr. Cirilo, no quiero molestaros mas tiempo. Llegamos, pues, allá Fr. Bonifacio, y yo; pero lo gracioso es, que buscamos desde

luego la ciudad dentro de la ciudad misma. No vimos al entrar ninguna muralla ni puerta, sino únicamente algunas casas cubiertas de paja ó de teja. Atónito de ver una ciudad que correspondia tan mal al concepto que yo habia formado de ella, le dixé á mi compañero: Padre, ¿no os parece que hemos hecho un buen negocio en haber dexado la ciudad de Cadiz, donde estabamos tan bien, por venir á predicar aquí? Si se ha de juzgar de sus habitantes por sus casas, no vamos á tener por oyentes sino gentualla. ¿Es esta la ciudad celebrada de Guatemala, la Capital de un distrito de trescientas leguas de extension, y donde nos han dicho hay una Real Audiencia, independiente de la de México, con un Regente, que sin tener el título de Virey, goza de toda la autoridad de este empleo, como si lo fuese? En verdad que no alcanzo cómo es esto. Ni yo tampoco, decia Fr. Bonifacio. Poco me falta para creer que se han burlado de nosotros.

Sin embargo, no duró mucho nuestra admiracion. Despues de haber pasado las casas cubiertas de paja, vimos otras mas hermosas, y asimismo dos edificios suntuosos que estan en un arrabal, esto es, el Convento de Religiosos de nuestra Orden, y el de las Monjas de la Concepcion: Este último, sobre todo, cercado de altas paredes, las cuales encierran un terreno de inmensa extension, entretuvo largo rato nuestra vista. Se nos figuraba ver una ciudad particular encerrada en la de Guatemala. Con efecto, en aquella casa hay hasta mil mugeres entre Monjas, Pensionistas y Negras, que las sirven.

Conforme ibamos entrando en aquella Capital descubriamos casas, que la honraban mas que las primeras. Finalmente, llegamos á la portería del Convento de nuestros Padres, quienes nos recibieron como á perso-

nas de cuya llegada se alegraban mucho. El P. Fr. Valentin Tiraquello, que era entonces Prelado, luego que leyó la carta que le entregué de parte del P. Fr. Isidoro, tuvo mil atenciones con nosotros, y especialmente conmigo, porque el pliego contenia un elogio magnífico del P. Fr. Cirilo. Nos dieron muy bien de comer, y dexaron descansar algunos dias.

Entre tanto se esparció por la ciudad el rumor, que acababan de llegar de España dos grandes Predicadores. No fué necesario mas para poner en movimiento á todas las familias Españolas, y principalmente á las mugeres. ¿Quando los veremos? decia una. ¡Qué impaciencia tengo, exclamaba otra, de oír á estos nuevos Apóstoles! Fr. Cirilo, me dixo un dia el Prelado, yo no puedo resistir mas tiempo á la curiosidad del público. Los Caballeros, los Empleados de la Audiencia, los particulares, toda la ciudad desean con ansia veros en el púlpito, para juzgar, si vuestro talento corresponde á vuestra celebridad. Me estrechan á que les conceda esta satisfaccion, y yo no he podido escusarme á ofrecerles que la lograrán sin pérdida de tiempo. Cumpliré vuestra palabra, mi Reverendo Padre, le respondí. Mañana mismo predicaré, si quereis, en nuestra Iglesia, para contentarlos.

Capítulo III.

Predica Fr. Cirilo á gusto de un numeroso auditorio. Come el dia siguiente con el Obispo de Guatemala, quien le hace varias honras. Danle un Curato, y lo que hizo en él.

Viendome el Superior en esta disposicion envió inmediatamente á avisar á las casas principales que al otro

dia el Reverendo P. Fr. Cirilo predicaría el primer Sermon en su Convento. Esta noticia se extendió al instante por Guatemala, de manera que el dia inmediato se halló llena nuestra Iglesia de todas las personas decentes que habia en la ciudad. Por una parte honraba el concurso la venerable presencia de Don Francisco de Castro, Obispo de Guatemala, y por otra la de todas las personas de la Audiencia desde el Presidente hasta el Escribano de Cámara, sin hablar de las Señoras principales de la ciudad, que se habian compuesto magníficamente. Así que me vieron en el púlpito, se levantó en el auditorio un murmullo, que contemplé naciera de ver mi figura de Pigmeo, porque todo se observa; mas no bien hubé concluído la salutacion, quando á aquel susurro desapacible siguió otro mas suave, y olvidando cada uno, digámoslo así, el que me veía, me prestó atencion.

Si en Cadiz tuve la fortuna de agradar, mas gusté aun en Guatemala. Para decirlo todo en una palabra, yo conseguí la aprobacion de mis oyentes, y me grangé la estimacion del Obispo, quien á la mañana siguiente me envió á convidar á comer en compañía del Prelado, en el Palacio Episcopal.

Este afable Obispo, que aunque ya sesenton, no mostraba todavia un aspecto de antigüedad, me hizo mil agasajos. Dió la enhorabuena al P. Fr. Valentin de tener un sugeto tan capaz, como yo lo era, de dar honra á su Orden. Pensad si las alabanzas de su Illma. harian cosquillas en un corazon Vizcaíno. Yo me saboreaba con ellas interiormente; pero quanto mas lisongeada conocia yo mi vanidad, tanto mas afectaba el mostrarme modesto, así como lo hacen todos los Autores á quienes se alaba en su cara.

Además de la estimacion de este Prelado capté la de los Ministros de la Audiencia, quienes me elogiaron todos unánimemente, de manera, que quedó resuelto, que el pequeño Fr. Cirilo era el Corifeo de los Predicadores en las Indias. No solamente agradé á las personas del siglo, sino que noticiosas las Monjas del Convento de la Concepcion, quisieron tambien oirme, y habiendolo conseguido, quedaron muy contentas de mi modo de predicar. Continué predicando en diversas festividades, logrando siempre de igual aceptacion y aplausos; pero fuese por la fatiga y trabajo preciso en este ministerio, fuese por la calidad del clima de aquella tierra, ó por otra causa, empecé á quebrar de salud, y para restablecerla, me pareció seria bueno mudar de ayres.

Comuniqué este parecer á mi Superior, quien juzgando del mismo modo que yo, me dixo: Fr. Cirilo, soy de vuestro dictámen. Hareis bien en eso; y durante vuestra ausencia, Fr. Bonifacio, que es despues de vos el mejor Predicador de nuestra Orden, predicará los sermones que se ofrezcan. Tengo, prosiguió, un acomodo seguro que proponeros. Ya sabeis que somos los que damos casi todos los Curatos de las cercanias de Guatemala; yo os ofrezco el mayor que es el de Petapa, lugar grande á seis leguas de aquí. Fr. Estevan, Religioso nuestro, que hace mas de treinta años que está en él, necesita descansar, y pide un sucesor. Id allá á servirle de coadjutor hasta que os dexé la plaza, lo que pienso hará inmediatamente que os enseñe la lengua de los Indios, y os prometo que os irá allí muy bien, por ser aquel país uno de los mas amenos de América.

Partí, pues, de Guatemala con una carta que me dió Fr. Valentin para el Cura antiguo de Petapa. Iba caballero en una mula del Convento, y llevaba por mozo

de espuela un Indio. A efecto de seguir puntualmente las instrucciones que me habia dado el Prelado, me detuve en Mixco, lugar vecino de Petapa, donde me mantuve hasta el dia siguiente á fin de dar tiempo á los Alcaldes y á los Regidores, á quienes hice avisar de mi llegada, para que se dispusiesen á recibirme del modo con que reciben comunmente á los Sacerdotes Seculares ó Regulares, que van á ser sus Pastores, quiero decir, con una pompa, en que manifiestan el gran respeto y atencion con que los miran. Salieron, pues, al dia siguiente á recibirme á una legua del pueblo con clarines, trompetas y cantores. Además de eso me encontré á la entrada con arcos triunfales formados de ramas de árboles, y las calles por donde yo habia de pasar, sembradas de flores.

De esta suerte fuí conducido ceremonialmente al Presbiterio, donde despues de haber leído Fr. Estevan mi carta credencial, me hizo un acogimiento tal qual se podia apetecer. Aunque era de edad abanzada este Religioso, con todo parecia robusto, y lograba de una vejez exênta de achaques. Conservaba además del buen juicio que habia gozado en la flor de su vida, un humor festivo con que se hacia querer de las gentes. Veo bien por esta carta, me dixo, que Fr. Valentin me ha nombrado un sucesor, que hará olvidar dentro de poco mi pérdida á los vecinos de Petapa.

Me alegro mucho, prosiguió; y mañana marcharía de aquí para ir á acabar mis dias en alguno de nuestros Conventos, si no necesitareis de mí; pero os hago falta para enseñaros el *Proconchi*, que es la lengua de los Indios, y que el Cura de este pueblo es preciso que sepa, pues en él apenas se habla Castellano, siendo casi todos los empleados y nobles de casta de Indios. Vuestro

talento para predicar de nada os servirá aquí, si no aprendeis el *Proconchi*. ¿Pues qué Fr. Valentin no os lo ha advertido? Por cierto que sí, le respondí, me ha hecho ver la necesidad de saberlo; pero al mismo tiempo me ha dicho que me lo enseñaríais en menos de tres meses. Así es la verdad, respondió Fr. Estevan, yo lo sé de raíz, y tanto, que he compuesto una Gramatica, y un Diccionario en lengua Indiana, y ambas obras han logrado la honra de que las apruebe la Académia de Petapa.

Al oír yo la palabra Académia dí una carcajada de risa. Cómo es eso, exclamé; ¿pues qué hay en este pueblo una Académia? ¿Con que ahora ya no hay ciudad, por pequeña que sea, que no la tenga? Esta es muy célebre, me replicó Fr. Estevan con gran seriedad, por señas de que yo soy un individuo antiguo de este respetable cuerpo, en el qual entrareis pronto tambien, siendo mi ánimo ponerlos sin perder tiempo en estado de predicar á los Indios en *Proconchi*; y así que esteis bien instruído de esta lengua, los Académicos de Petapa diputarán á dos de sus Miembros para que vengán á ofreceros una plaza entre ellos, de lo que os puedo asegurar.

En fuerza de una esperanza tan gustosa, manifesté á Fr. Estevan tal ansia por aprender el *Proconchi*, que sin la menor dilacion me enseñó sus primeros rudimentos. Aprovechéme tan bien de sus lecciones, y me dediqué con tal conato al estudio, que en tres meses pude ya componer en aquella lengua una plática, la que aprendí de memoria, y tuve aliento para predicar en público, y tan felizmente, que los Indios eruditos ya me empezaron á mirar desde entonces como á un sugeto que llamaba á la puerta de la Académia.

Si me preguntais qué cosa es el idioma *Proconchi*, os responderé que es una lengua que tiene sus declinaciones y conjugaciones, y se puede aprender con tanta facilidad como la griega y la latina, y aun con mayor, por ser una lengua viva, que en breve tiempo se conseguirá el poseer conversando con los Indios cultos. Finalmente, es armoniosa, y está mas cargada de metáforas y figuras hiperbólicas, que la nuestra misma. Si un Indio, preciado de hablar bien *Proconchi*, os cumplimenta con algun motivo, no usará sino de pensamientos extraños, peregrinos, y de expresiones alambicadas. El estilo es obscuro, hinchado, una vervosidad relumbrante, un retumbante guirigai; pero ahí está el primor, y ese es el tono de la Academia de Petapa.

Poco me costó el conformarme, por ser el carácter Vizcaíno amigo de la obscuridad. Hice tan rápidos progresos en la lengua de los Indios, que viendome el Cura antiguo capaz ya de ocupar dignamente su lugar, me puso en posesion de su Curato, y se marchó á Guatemala á pasar allí lo que le quedaba de vida.

Despues de su ausencia empecé á arreglar á mi gusto el trato de mi casa, porque á la verdad, hasta entonces habia tenido que aguantar el de Fr. Estevan, que me daba unas comidas casi todas guisadas con manteca de cacao, y unas bebidas de tan mal sabor, que me daban ganas de vomitar.

Recibí para que me hiciese la comida á un negro llamado Zamor, que estando de marmiton del Presidente de Guatemala habia aprendido de cocina. Cada dia me ponía un nuevo guisado. Unas veces me servia morcillas rellenas de maiz y carne, ó gallina, ó de tocino fresco, y aderezadas con pimenton ó pimienta larga, y otras, me presentaba á la mesa estofado de

erizo, ó bien con otro guiso una especie de lagarto, que llaman *Iguana*, que tiene cubierto el lomo de unas escamas verdes y negras, y es parecido al escorpion.

Viendo mi amigo Fr. Cirilo el gesto que yo hacia al oírle decir esto, no pudo menos de acharse á reir. Señor Bachillér, me dixo, me parece que los manjares de que os hablo, no os excitan el apetito. No, á la verdad, le respondí, porque mas sirven para hacer rebentar á un hombre honrado, que para alhagarle el paladar. Seguro está Zamor de ser nunca mi Cocinero. Con todo, replicó Fr. Cirilo, os puedo asegurar, que no son tan malos como pensais, y estoy persuadido á que si una vez los probaseis, les hariais mas favor. Un erizo y un iguana bien cocidos y sazonados con bastantes especias, son un manjar regalado, porque tienen el mismo sabor que conejo. Los Españoles á semejanza de los Indios los comen de buena gana en el País de Guatemala; y los Empleados principales de la Audiencia dexan por ellos las codornices, las perdices y los faysanes. Sea en hora buena, le repliqué; con razon dicen que sobre gustos no hay disputa.

Cuerpo de tal, exclamó el Padre, como si no hubiera alabado aun bastante sus erizos y lagartos, yo os confieso que para mí eran un bocado sabrosísimo estas viandas. Sabianme asimismo muy bien las tortugas, así de agua como de tierra; y era para mí un banquete de los Dioses, quando con esta ambrosia bebia nectar, quiero decir, una bebida que los Indios llaman *chicha*, la qual se compone de agua, zumo de cañas de azucar, y de un poco de miel. Sin embargo, por mas exquisito que sea este brebaje, le cobré repugnancia quando supe que para darle fuerza echaban en la vasija en donde se hacia, hojas de tabaco, y á veces un sapo vivo, y que

de beberlo con alguna demasía habian muerto muchos. Me dexé, pues, de beber chicha, luego que supe el modo de hacerla, y usé de otras bebidas, que á la verdad no igualaban á los vinos que se beben en España; pero gracias al Cielo, el hombre se hace á todo.

Además de mi Cocinero Zamor tenia otros quatro criados, uno para servirme á la mesa, y hacer los recados, otro para ir á recoger mis diezmos, que consistian en huevos, aves, y en cierta cantidad de dinero, que todos los meses me pagaban puntualmente los Regidores, un hortelano, y un mozo de Caballeriza que cuidaba de una mula, en que iba yo á predicar á un Lugarcito, llamado Mixco, dependiente de mi Parroquia á tres leguas de Petapa. Iba á él con frecuencia, y aunque tenia que hacer con unos oyentes poco capaces de sacar fruto alguno de mi doctrina, no por eso dexaba de subir al púlpito, y de predicarles, segun lo pedia mi obligacion, á fin de que viviesen como Dios manda.

Como cada Lugar está dedicado á algún Santo, cuya fiesta celebran sus vecinos durante la octava, al Patron de Mixco, le hacen grandes funciones en los dias de ésta, y al Cura algunas ofrendas. La Cofradia de San Jacinto celebra en aquel tiempo unas fiestas, que juzgo son dignas de que os las refiera sucintamente. El primer dia, los Cofrades, junto con las mozas mas hermosas del lugar, se visten de telas de seda ó de lienzo fino, se engalanan con plumas y cintas, y forman entre sí varias danzas bien concertadas, las quales executan maravillosamente; pero lo que no apruebo de ningun modo, por ser cosa de Indios idólatras, es el que empiezan el bayle en la Iglesia, y van á continuarlo en el Cimiterio. Despues de esto, el resto de la octava lo

pasan en banquetes, en los que se consume chicha sin consuelo, y otras exquisitas bebidas, de que todos los concurrentes beben hasta reventar.

Capítulo IV.

El P. Fr. Cirilo se hace estimar de los Indios é Indias. Historia curiosa de dos hermanos y una hermana. Predica en lengua Proconchi, y por la excelencia de sus Sermones consigue ser individuo de la Academia de Petapa.

No me iba, pues, mal así en Mixco como en Petapa. Sin embargo de estar obligado á dar trescientos escudos al año á nuestro Convento de Guatemala, me quedaba todavía bastante dinero para mantenerme bien.

Los Indios de las inmediaciones de Guatemala son de genio docil y apacible. No apetecen mas que vivir en paz y agradecen el que se les trate con humanidad. Es necesario no obstante exceptuar una especie de negros esclavos, que viven en las caserías de Indigo. Estos últimos son unas gentes feroces y temibles, y aunque no tienen mas armas que una lanza corta, se atreven á arremeter á un toro cerril y brabío, ó á perseguir en los rios á los cocodrilos, sin parar hasta que los matan. Semejantes esclavos hacen á veces temblar á sus amos. En quanto á los Indios de Pétapa os puedo decir, que son los mejores de América. Lo que los otros tienen de groseros, ellos tienen de atentos, y forman entre sí una agradable sociedad, en la que reyna un espíritu de concordia, y un cariño fraternal; pero lo que mas admira es su buena fé y su integridad, y en prueba de ello os contaré un lance sucedido.

Un Indio noble y rico de Petapa, murió dexando una quantiosa herencia á dos hijos y una hija que tenia. El mayor de los dos hermanos se encargó de dividirla en tres partes iguales, y luego que lo hubo executado, le dixo á su hermano menor y á su hermana: Escoged; tú eres nuestro hermano mayor, le respondieron, á tí te toca escoger. No, replicó éste, pues yo he hecho las divisiones, es justo que tomeis las que gustéis. El hermano menor y la hermana eligieron, pues, cada uno la suya, y la tercera quedó para el hermano mayor. En la parte que tocó á éste se comprehendia una arca fuerte, en que habia un secreto, donde se encontraron casualmente mil monedas de oro. El hermano mayor que lo descubrió, convidó á comer á su hermano y hermana, y al fin de la comida les hizo servir de postres todo aquel dinero, diciendoles: Mirad lo que habia escondido, sin que yo lo supiese en la arca que me ha tocado: es preciso que lo partamos entre nosotros, porque así lo pide la justicia.

Yo vivia en una union perfecta con aquellos Indios, los quales me habian cobrado mucha aficion. Todos los dias me divertia con ellos. Yo hablaba familiarmente y jugaba á los naypes con sus mugeres, de quienes no son zelosos, y las mas de ellas son tan discretas, que es un gusto oirlas hablar *Proconchi*. De ahí es que los Académicos de Petapa las consultan con bastante frecuencia, y quando en las conferencias de estos Señores se hallan divididas las opiniones sobre alguna voz, dicen que es menester preguntar acerca de ella el parecer de las mugeres, lo que prueba que la Academia trata con grandísimo obsequio á las Damas.

Estas señoras Indias son, pues, las que deciden, y sus decisiones se respetan, y á veces aun con desprecio

de la Gramática de Fr. Estevan. Yo he conocido entre otras á una Señora, en cuya casa se juntaban los eruditos del Pueblo, y á la qual escuchaban como si fuera un oráculo. Se explicaba con maravillosa elegancia, y juzgaba tan sanamente de las obras de ingenio, que los juicios que pronunciaba, no se encontraba ninguno que los contradixese. Era esta Dama viuda de un Indiano ilustre, que la habia dexado bastantes riquezas, con que vivir con el decoro conveniente á su distincion. Iba yo muchas veces á visitarla, y siempre hallaba con ella Académicos, de cuya conversacion sacaba provecho. Retenia en mi memoria aquello singular que les oía decir. Ponia cuidado en las construcciones de sus frases, en sus expresiones; y advertia, que aquellos hombres pensaban de un modo superior al del comun de las gentes. Finalmente, con oirles acabé de aprender todos los primores del language *Proconchi*.

Luego que ya me pareció que poseía el espíritu y delicadeza de este idioma, llegó á tanto mi temeridad, que quise predicar delante de la Academia congregada; pero para estar mas seguro de agradar á aquellos Maestros de la lengua India, me valí de un medio, con que salió feliz mi osadía. Entre los libros que Fr. Estevan al volverse á Guatemala me habia dexado para que me perfeccionase en el *Proconchi*, encontré además de su Dicionario y Gramática, una coleccion de discursos recién pronunciados en la Academia de Petapa; anduve ojeandola, y pescando, digamoslo así, en agua turbia, saqué de ella las frases mas relumbronas, y las locuciones mas modernas, y con ellas compuse un sermón, que dexó atónitos á todos los Académicos. Esta Oracion contiene primores, se decian unos á otros.

Este Predicador dice cosas excelentes, y su estilo está señalado con nuestra marca.

¿Qué podré decir mas? Aquellos Caballeros quedaron tan satisfechos de mi diction, ó si quereis, de la suya, que en la primera Junta que tuvieron, acordaron el asociarme á sus gloriosas tareas. Enviaron dos Diputados á anunciarme esta honra. Recurrí otra vez á mi coleccion para componer un discurso, y llegado que fué el dia de mi admision, dí las gracias á mis nuevos compañeros, recitando sin reparo á sus barbas sus propias frases.

Capítulo V.

De las Damas Indianas de Petapa; y de la grande y santa empresa que ideó Fr. Cirilo, y cómo salió de ella.

EL P. Fr. Cirilo iba á continuar su relacion, pero antes que pasase adelante, le dixé: Vos acabais de alabarme la discrecion de las Indias de Petapa, pero nada me decis acerca su hermosura. Esto á la verdad no me hace discurrir cosa favorable á sus atractivos. No son menos bien parecidas, respondió Fray Cirilo, ni van vestidas con menos aseo que las Mexicanas, aunque su trage es diferente.

Llevan en lugar de camisa una especie de túnica, que ellas llaman guepil, que desde encima de los hombros baxa hasta las rodillas, con unas mangas muy anchas, y tan cortas, que solo cubren la mitad del brazo. Este guepil está adornado en la parte que cae sobre el estómago de alguna obra de plumas ó de algodón, que sirve mas para engalanar el pocho que para cubrirlo.

Gastan además de eso brazaletes y pendientes. Traen la cabeza descubierta, y solo levantan el pelo con unos listones de seda. Andan con las piernas desnudas, y usan de zapatos atados con una cinta ancha.

Esto se entiende únicamente de las mugeres ricas y de distincion, porque las demás van á pies descalzos, y sin mas que una simple manta de lana que se atan al rededor del cuerpo, lo que por supuesto nada tiene de vistoso. Sin embargo, aunque la vista de estas últimas no sea atractiva, no falta por eso quien las quiera. Hay algunos Indios nobles y Españoles de un gusto extravagante, que las siguen, y van de oculto á verlas á sus chozas cubiertas de paja, donde no hay mas vivienda que una estancia baxa, enmedio de la qual aquellas Indias encienden lumbre para cocer la comida, y como no hay abertura alguna en el techo de la choza, todo el quarto se llena precisamente de humo, de manera que puede decirse que aquellos galanes hallandose allí como en un horno, se ahogan de amor y de humo.

Volvamos á las mugeres de los Indios principales. Estas viven en casas mejor construídas y bien alhajadas. Para ir á la Iglesia ó á visita, van cubiertas con una mantilla de lienzo de Olanda, de España, ó de la China, que llega hasta los pies; pero así que vuelven á casa se quitan sin reparo el guepil por arriba, de suerte que quedan con el pecho y hombros descubiertos. Es verdad que por decencia, ó por melindre se echan otra vez el guepil, si algun hombre va entonces á visitarlas. Digo por melindre, pues no aborrecen el que las quierán. Muy lexos de armarse de severidad contra los jóvenes que las obsequian, les favorecen en su empresa. Finalmente, ellas son enamoradas como las demás In-

dias; pero al mismo tiempo muy supersticiosas. Por mucha inclinacion que tengan á alguno que las enamore, no corresponderán á su afecto sin consultar antes el vuelo y canto de las aves, ú observar bien el encuentro de los animales que atraviesan los caminos. Si sacan de esto algun agüero favorable, el galan puede concebir esperanzas; pero si es desgraciado el presagio, entonces no tiene mas que ir á probar fortuna á otra parte.

Algunas de estas Indias son todavía mas supersticiosas porque se valen de medios aun mas ridiculos é inútiles para lograr sus intentos. Oí contar que una de ellas, queriendo inspirar amor á un Indio jóven, que tenia puesta la voluntad en otra, creyó neciamente que con cierta bebida que le diese conseguiría el que dexase á ésta.

Para acabar de pintaros á las Indias de Petapa, prosiguió el Religioso, debo deciros, que no profesan sino en apariencia la Religion Católica. Son incrédulas en todo lo que excede su comprehension. Mis esfuerzos para convertirlas han sido inútiles, aunque á fin de conseguirlo he apurado las expresiones mas enérgicas de la lengua *Proconchi*. Estos ánimos indóciles y supersticiosos adoran á escondidas Idolos de madera y de piedra, y conservan con religioso cuidado en sus casas un sapo ú otro animal semejante, de cuya vida creen firmemente que depende la suya.

El adorar secretamente á sus Idolos es porque no se atreven á darles culto público. Los Españoles se lo impiden justamente; y dan mal trato á sus falsas Deydades, quando tienen la desgracia de caer entre sus manos, lo qual procuran mucho precaver los Idólatras. Ocultan comunmente estos Idolos en alguna cueva cuya entrada tapan, y en la qual se juntan de noche como en un

templo para adorarlos. Si desgraciadamente para ellos el Cura Párroco llega á saber estas juntas nocturnas, á él le toca poner remedio, lo que puede hacer pidiendo auxilio á los Alcaldes y Regidores, los quales como celosos Católicos no dexan de acudirles con tropa, que los escolte y destruya los Idolos; pero esta clase de expediciones no carece de riesgo para un Párroco, pues se expone en ellas á ganar la corona del martirio dexandose hacer pedazos por los Indios.

No todos los Curas se determinan á tener un fin tan glorioso. El P. Fr. Estevan habia tenido siempre cuidado de evitarlo, contentandose solamente con predicar la palabra de Dios á sus feligreses, sin ir á echar por tierra sus Idolos; pero yo mas valeroso, me animé á llevar al cabo esta santa empresa. Habiendo sabido que al pie de un monte entre Mixco y Petapa habia una cueva en donde habian escondido un Idolo, y se tenian frecuentes asambleas furtivas, di parte á los Alcaldes, ofreciendome esforzadamente á destruir aquel Idolo. Alabaron mi celo y valor aquellos Jueces, y me subministraron una escolta de veinte Españoles bien armados, al frente de los quales marché con denuedo á la caverna en medio de las tinieblas de la noche.

Hallamos alumbrada la cueva con un número prodigioso de cirios, y como unas cincuenta personas entre Indios é Indias, de los quales algunos incensaban al Idolo, mientras los otros baylaban, cantando sus alabanzas. Aquel Idolo no era otra cosa que un Sol grande de madera pintada puesto en un altar de piedra. Nuestra llegada turbó la fiesta; y al ver á nuestros soldados que todos entraron con espada en mano, se asustaron tanto los Idólatras, que lexos de prepararse para defender á su Deydad, no pensaron sino en huir de nosotros.

Mandé que no les impidiesen la fuga, ni les hiciesen mal alguno. Entregué despues el Idolo á mi escolta, quien lo hizo añicos, con lo qual volví triunfante á Petapa, contento de haber executado este servicio tan importante á la Iglesia.

Capítulo VI.

Resulta de esta gloriosa expedicion. Del peligro que corrió Fr. Cirilo, y del medio acertado que tomó para libertarse de él. Retírase á su Convento. Recibe orden de su Provincial para pasar á México.

Una execucion tan esforzada hizo gran ruido en aquella tierra. Los Indios verdaderamente conversos no la desaprobaron; pero los demás, que eran en mucho mayor número, mirandola como un sacrilegio, que no debian dexar sin castigo, celebraron entre sí un gran consejo, en el que quedó resuelto asesinarne una noche en mi casa.

Ya estaban tomadas todas las medidas para executar el golpe, y mi muerte era infalible, si el Cielo no hubiese puesto la mano en ello; pero como lo que tenia determinado acerca de mí no dexaba á su bondad el desampararme, prometió que la víspera del dia del insulto proyectado, recibiese yo un papel anónimo, en que me avisaban del peligro que me amenazaba, sin callarme la mas leve circunstancia de él. Esta caritativa noticia me la daba una India, á quien uno de los conjurados habia revelado la conspiracion, y que con todo de ser idólatra habia antepuesto la vida de un hombre de bien al desagravio de su Idolo.

Luego que leí el papel, que me pareció merecia aten-

cion, formé un lio de mi ropa, y recogí mi dinero, y sin decir una palabra á mis criados, por donde pudiesen entrar en sospecha de mi designio, monté en mi mula, y tomé el camino de Guatemala, no queriendo que me acompañase mas que el Angel de mi guarda, el qual, aunque me preservó del fatal suceso que me amenazaba, no me libertó del miedo. Volvería mil veces la cabeza por ver si alguno venía en mi seguimiento, y tuve en fin tal dicha, que llegué sano y salvo á nuestro Convento.

Conté al Prelado mi santa proeza, la qual despues de haber alabado: Fr. Cirilo, me dixo, ya que no habeis logrado la corona del martirio, que los Idólatras os tenían destinada, pasareis á México, donde hace falta un Religioso de nuestra Orden, dotado del talento de predicar. Noticioso nuestro Provincial de los aplausos que le he contado habeis recibido en Guatemala por vuestros sermones, ha resuelto enviaros á México. Ya estaba yo para escribiros de orden suya, y deciros os restituyeseis de Petapa. No podiais haber venido mas á tiempo.

Esta noticia me agradó mucho. Preparéme en consecuencia á obedecer al P. Provincial, el qual en una conversacion que tuvimos antes de marcharme, me exhortó á que continuase con el mismo esméro y celo que hasta entonces habia manifestado, asegurandome, que con el tiempo serian premiadas mis tareas, y me dió tambien una Carta, en que me recomendaba al P. Superior de nuestro Convento de México. Echóme su bendicion, con la qual me puse en marcha para esta gran ciudad. Servíame de guia un Indio que tenia medido á palmos el camino, y que tuvo maña para hacerme evitar el encuentro de los Negros Zimarrones, que habitan en los montes, y roban á los caminantes. A no ser por él, aquellas gentes honradas se hubieran apoderado tal vez

de mis diezmos, y de un relox que me habia regalado el señor Obispo. Tambien le pagué su cuidado grandemente.

Habiendo llegado á México fuí á saludar al Prelado, que se llamaba Fr. Atanasio, y le entregué la obediencia del Provincial. Antes de abrirla, la besó con mucho respeto. Leyóla para sí atentamente, y le noté sorprendido, y contento al leerla. Fr. Cirilo, me dixo despues de haberla leído, aun quando este permiso no viniere de parte del P. Provincial, él por sí contiene un elogio tan bello de vuestro mérito, que no me sería posible negarme á recibirlos como á un sugeto enviado del Cielo para conservar la gloria de nuestra Orden. No podemos alegrarnos bastante de vuestra llegada.

Yo respondí á un cumplimiento tan atento y lisonjero con la modestia correspondiente; y despues de una conversacion bastante larga, en la qual el Prelado me manifestó vivas ansias de oírme predicar, me dispuse á darle ese gusto. Subí al púlpito de allí á ocho dias, y desde mi primer sermón hice ya ruido en la ciudad. Mas os diré; este ruido va cada dia en aumento á pesar de los celosos, y he venido á ser el Predicador mas afamado de esta Capital.

Capítulo VII.

Lo que hicieron D. Querubin y Fr. Cirilo despues de haberse contado sus aventuras. Retrato que hace el último de su Prelado. D. Querubin es recibido de él con agrado. Lo que pasó en esta visita.

Asi que Fr. Cirilo acabó la relacion de su viage, le manifesté la complacencia que me causaba el volverle á ver, despues de nuestra larga ausencia, tan distinguido

y estimado en la Capital del Reyno de México. Dile la enhorabuena del feliz éxito de sus sermones, sin declararle lo que yo pensaba acerca de ellos, ó mas bien diciendole lo que yo no pensaba, porque le alabé en términos de llamarle el *Orador* de Ciceron, proceder que algun Lector podrá reprehenderme. Señor Bachillér, me dirá, no se debe adular á nadie, y especialmente á sus amigos. Así es; pero yo responderé á eso, que no es necesario ser sincero fuera de tiempo, y que mas vale celebrar los elogios que recibe un amigo nuestro, que el irle á decir secamente, que no los merece. Fuera de eso, el ánimo de Fr. Cirilo, acostumbrado á las alabanzas, habia ya hecho pliegue, digamoslo así, de aquel lado, y mi franqueza además de inútil, hubiera sido imprudente, si me hubiese querido meter en darle consejos.

Despues de felicitarle de la fama de gran Predicador, que se habia adquirido, le pregunté si le iba bien con su Prelado. ¿Aprecia mucho, le dixé, la dicha de teneros? ¿Cómo se porta con vos? No puede ser mejor, respondió el Vizcaíno. No tengo motivo sino para hablar bien de Fr. Atanasio. Me honra con su confianza. Me consulta, y da noticia de mil menudencias, lo que prueba que me trata con amistad. Mas diré, no hay diversion á que no me llame; si convida á comer á algunos Seglares en su celda, yo asisto para ayudarle á hacer los honores de la mesa con mi conversacion, que sin vanidad no es de las mas pesadas. Si va á ver á algunas Monjas, me lleva por compañero. En una palabra, yo participo de todos sus placeres.

Segun veo, le repliqué, ese P. Atanasio debe de ser de humor festivo. Sin duda, respondió Carambola. Para haceros su retrato os diré, que no tiene aun quarenta

y dos años cumplidos; que es alto, robusto, de bella presencia, y muy agradable en su conversacion, de manera, que es bien recibido en las casas adonde va, y que le acompaña el ser buen Poeta, lo qual no se debe contar por nada. Es menester, prosiguió, que yo os haga conocer á su Reverendísima. Me hareis favor en eso, le dixé: un Religioso semejante me parece un conocimiento muy bueno. Pues bien, replicó, voy á daroslo inmediatamente. Al mismo tiempo me cogió de la mano, y me conduxo á la celda de Fr. Atanasio. Al ir, decia yo entre mí mismo: Veamos si este Prelado tiene tan bien mueblada la celda, como los Religiosos de Xalapa.

Con efecto, Fr. Atanasio tenia ocho ó nueve piezas á un mismo piso, adornadas todas de pinturas y ricos muebles. Por todas partes lucian las obras mas exquisitas, hechas de pluma de Mechoacán. Habia mesas cubiertas con tapetes de seda, y escaparates llenos de vasijas de la mas preciosa porcelana de la China y del Japon. Finalmente, quedé deslumbrado de ver las bellezas de las cosas que me suspendieron, las quales ciertamente hubieran hecho honor al palacio de un Cardenal. Encontramos al P. Superior, que estaba entretenido en tocar un laud. Mi Reverendo Padre, le dixo mi conductor, ¿permite V. Rma. que yo le presente uno de mis mayores amigos, al señor Don Querubin de la Ronda, ilustre Ayo del Señorito Don Alexo de Velges, hijo del Virey? Fr. Atanasio por atencion á mi amigo Carambola usó conmigo de quantas son imaginables. Me festejó tambien con una merienda, y mientras duró, no habló sino de música, á la qual era sumamente aficionado.

Por allí conocí en donde le apretaba el zapato. Ce-

lebré lo que dixo, y cogiendole por su flaco: Mi Reverendo Padre, le dixe, mi amigo me ha alabado vuestra voz en tal grado, que me ha inspirado un vivo deseo de oíros cantar; temo que tal vez ha exâgerado un poco. Vos lo vais á juzgar por vos mismo, me respondió modestamente. Teneis razon para desconfiaros de Fr. Cirilo, pues además de la mucha amistad que me profesa, no tiene el oído delicado. Dicho esto, se levantó para ir á coger el laud, y sin detencion se puso á tocar y á cantar una tonadilla, de que él mismo, nos dixo, habia compuesto la música y la letra. En ella se quejaba un amante de una Dama cruel, y procuraba moverla con expresiones amorosas. Era menester ver como un Religioso se revestia del afecto, y hacía pasos tiernos con la garganta, moviendo los ojos como un enamorado derretido, lo qual hacía con sus hábitos un juego opuesto muy divertido.

Señor D. Querubin, me dixo Fr. Cirilo, despues que dexó de cantar el Prelado, ya veis las inocentes recreaciones de su Rma. ¿Qué os parece su voz? ¿ No la hallais muy suave; y no sería delito el no exercitarla? Yo me guardé bien de responderle, que la voz de un Sacerdote y de un Religioso debia estar unicamente consagrada á alabar al Señor. Al contrario, le aplaudí en gran manera los pasatiempos del Padre, y aun le hice repetir la tonadilla, diciendole, que su voz, su música y su poesía me habian embelesado. Sin embargo, no dexé de decir aparte á Fr. Cirilo mi modo de pensar sobre ello; pero él tomó el partido de su Superior, y para hacer al mismo tiempo, en dos palabras, la apología de los Frayles Americanos, me dixo: Si los Religiosos de esta tierra no tienen un semblante que predique mortificacion, no os preocupeis contra ellos;

aunque su aspecto no es melancólico, no son por eso menos virtuosos.

Después de haber pasado lo demás del día con aquellos dos Religiosos, me despedí de ellos, ofreciéndoles volver á verlos algunas veces, y rogándoles me honrasen con sus visitas quando sus ocupaciones se lo permitiesen.

Capítulo VIII.

Va Don Querubin á ver los Penitentes del Desierto, y conoce entre ellos á Don Gabriel de Monchique, el robador de Doña Paula su muger. De la conversacion que hubo entre estos dos Caballeros enemigos, y como se separaron. Impresion que hizo en el corazon de D. Querubin la relacion del robo de su esposa.

Hallandome una tarde en una concurréncia en que se hablaba de la hermosura de los alrededores de México, ói decir, y todos convenian en ello, que el sitio más divertido era el que llaman el Yermo ó el Desierto.

Como yo no habia estado nunca en aquel parage, aunque muchas veces habia oído alabar su amenidad, determiné ir allá al día siguiente con Toston, que no tenía menos curiosidad que yo de ver aquel lugar. Enchézamos hácia él, montados ambos en caballos de las caballerizas del Virey, y en poco tiempo anduvimos las tres leguas que hay desde la ciudad hasta llegar á aquella morada solitaria, que merece bien se haga una descripción de ella. Es un monte cercado de peñas, y sobre el qual hay un Convento que los PP. Carmelitas Descalzos han hecho edificar para retirarse á él como á una Hermita.

Al pie, y por toda la circunferencia de aquel monte, se ven muchas Capillas, y en cada una de ellas un huerto lleno de frutas y flores. Salen asimismo de las peñas en mas de un parage fuentes, que juntas con la sombra de las palmas, hacen muy deleytoso aquel sitio. Las Hermitas están interiormente adornadas de pinturas al fresco, que representan los diferentes linages de tormentos que padecieron los Mártires, y además están puestas á la vista disciplinas, cilicios, y otros instrumentos de mortificacion, para mostrar la vida penitente y austera que se lleva en aquel desierto, y en cada Capilla hay una especie de Hermitaño, que se deshace el pellejo con disciplinas de hierro.

Aquellos penitentes están tenidos por Santos. Yo los miraba con admiracion; y habiendo observado, que algunos de los espectadores les daban limosna para tener parte en sus oraciones, quise imitarlos, y con esta intencion me llegué á una Hermita á dar un doblon al Santo personage, que se estaba azotando de un modo extraño; pero imaginaos qual fué mi espanto al ver en aquel pobre Hermitaño, por mas desfigurado que estaba, á Don Gabriel de Monchique, el robador de Doña Paula. Yo dudé al principio de lo que me decian mis ojos, y dixele á Toston: mira con cuidado á ese penitente. ¿No distingues en él las facciones del pérfido D. Gabriel? ¿Será acaso ésta una ilusion? No Señor, me respondió, no se engaña Vmd., es vuestro enemigo en persona: no se me puede despíntar por cubierto que esté de sangre, y casi desconocido.

Mientras yo andaba recorriendo con la vista á este mal hombre, cuya presencia, despertando mi enojo, parecía prohibirme el satisfacerlo, él por su parte me conoció. Luego que cayó en mí, arrojó las disciplinas

con que se azotaba cruelmente, y vino á presentarme el pecho todo ensangrentado, diciendome: D. Querubin, hiere, venga la afrenta que te he hecho; muy lexos de querer huir de tus golpes, imploro el favor de ellos; con atravesarme el corazon me librarás de los remordimientos que me despedazan continuamente, ó por mejor decir, de las furias que me persiguen sin cesar ya hace dos años. ¿Y qué has hecho de mi esposa? le dixé con aceleracion. ¿En qué ha parado? habla, malvado, explicame qué es de su suerte. Doña Paula no vive, respondió; la muerte me la arrebató un mes despues que la robé. Apenas gocé de mi delito, quando el Cielo me envió el castigo. Si quieres saber mas, prosiguió, entra en mi Hermita, te informaré de quanto deseas saber, y tambien yo debo hacerte esta relacion para sincerar la conducta de Doña Paula, que no tuvo culpa. Dichas estas palabras, nos habló á Toston y á mí de esta manera.

Estame atento, D. Querubin, voy á hacerte una relacion verdadera de la seduccion, y del robo de tu esposa. Luego que me propuse agradarla, gané ton regalos á la vieja Antonia, su criada, la qual me enteró de que Doña Paula te amaba tanto, que no era capaz de faltarte á la fidelidad. Con esto, en vez de dexarme de mi loca aficion, como hubiera debido hacerlo, me entregué á ella de tal manera, que no me detuve en usar de quantos medios me sugirió mi infame pasion para seducirla, y estimulandola; viendo que estos habian sido inutiles, por último, la incliné á que acompañada de su criada saliese una tarde á cierta diversion, fuera del pueblo, en la que yo tuve cuidado de hallarme prevenido ya para robarla; y así á la caída de la tarde, sin que nadie lo echase de ver, conseguí mi depravado intento.

Llegamos en breve al Lugar de Villaverde, que dista de allí solo dos leguas. Estuvimos ocultos en la Quinta de un Caballero, con quien yo habia trabado amistad, que era pariente de Don Ambrosio de Lorca, y por consiguiente enemigo de Don Manuel, y tuyo. Este Caballero se alegró de darnos asilo, y favorecer una accion, que os deshonoraba á los dos. Permanecimos cerca de quince dias en nuestro retiro, sin temer vuestras pesquisas, porque estabamos en casa de un Caballero, que no tenia sino criados callados y fieles. Despues de esto, continuando nuestro camino de noche para acercarnos á la costa de Cartagena, llegamos á un Puerto pequeño, en el que nos aguardaba un barco, que nos habia de conducir á Ibiza. Aquí nos embarcamos en un vaxel, que habia hecho yo fletar para Génova mi patria, adonde hacía ánimo de ir á esconder mi presa; pero cansado el Cielo de los desordenes de mi vida, no quiso permitirlo. Doña Paula cayó enferma, y murió en la travesía, por mas remedios que se hicieron para curarla.

Este funesto acaecimiento, prosiguió Monchique, me hizo entrar en mí mismo. Reprehéndime mi delito, del qual vi entonces toda la enormidad, y tomé la resolucion de expiarle, si era posible, consagrando lo que me restaba de vida á la mas rigurosa penitencia. Habiendo arribado con este proposito á Génova, vendí todos mis bienes; y su precio lo empleé en dar algo á la vieja Antonia, para que fuese á llorar á un Convento de Recogidas la culpa que en parte habia tenido del robo de su ama. Pagué y despedí á mis criados, y repartiendo entre los pobres lo que me quedaba, salí de Génova en hábito de Hermitaño, determinado á hacer asiento en algun bosque, ú otro sitio que me

pareciese acomodado para servir de morada á un Anacoreta, lo que hallé dentro de poco.

Pero D. Querubin, prosiguió, creo no es necesario decirte mas, ni que te cuente como vine de Italia á México, porque eso no te es del caso. Me basta haberte referido los pasages que te importan; y me parece te he dicho lo suficiente para excitarte á la venganza. Esconde, pues, añadió, presentandome otra vez el pecho, esconde tu espada en el corazon de un indigno, que á tus ojos debe parecer un monstruo. No, no, le respondí; sea la que quiera la ofensa que me hayas hecho, no puedo resolverme á vengarla con un homicidio, y prefiero el dexarte en el desierto, á fin de que alcances con una larga y áspera penitencia, que el Cielo se apiade de tí.

Dicho esto, salí de allí, y tomé otra vez el camino de México, haciendo en él varias reflexiones sobre aquel suceso. Eran tristes las que hacía, quando me representaba que Doña Paula, no habiendo faltado á su deber, sino en fuerza de un engaño, era disculpable; y nacia en mi alma un gozo secreto de pensar, que con su muerte ya podia aspirar á casarme con Doña Blanca. Toston, que por su lado no encontraba en aquel lance sino motivo de divertirse, iba con el ánimo risueño. Si veía que me enternecia de considerar la suerte que habia tenido Doña Paula, me hablaba de la hija de Salcedo de tal manera, que todo bien reflexionado, la alegría venció al pesar.

Capítulo IX.

Como D. Querubin, volviendo del desierto, se detuvo en un Lugar; y encuentro inopinado que le sucedió en él. Historia de un Cura, y de una peregrina. Admirables efectos de la semejanza, y singular generosidad de aquel Cura.

Yo me volvía del desierto con mi criado, ocupado el espíritu todavía de lo que Don Gabriel de Monchique me había referido, quando me sucedió un encuentro bastante singular, que desvaneció por algun tiempo la tristeza, en que me sepultaba de nuevo el contemplar en el fin trágico de mi desventurada esposa, cuya muerte me pesaba en el alma.

Habiendo hecho parada en un Lugar, ó mas bien Villa, para que descansasen los caballos, me causó grandísima novedad el ver mucho populacho junto á la puerta de la casa del señor Cura. Envié á Toston á saber lo que era, y la causa de aquella bulla. Fué y volvió en un momento, exclamando como si estuviera fuera de sí: ¡Ah señor, qué graciosa aventura sucede aquí! El Cura de este pueblo, al dar limosna á una peregrina, ha conocido que era su muger; y la gente con el deseo de verla está aguardando á que salga de esa casa. Mi criado, riendose á carcajadas de este caso, me pidió nos detuviésemos hasta saber el fin de aquella aventura. No obstante, le hice callar, disgustandome hiciese locuras en medio de un pueblo, donde podían conocerme. Esta catástrofe me hizo reflexionar sobre la situacion de aquel Cura, que yo cotejaba con la mia. Yo decia entre mí mismo: ¿quánta diferencia no hay entre la suerte de este hombre y la mia? Yo he perdido para siempre á mi muger sin esperanza de verla

mas, y el Cura vuelve á encontrar la suya, quando menos lo esperaba. Deseoso de saber esta historia mas por menor, atravesé por la multitud, y dixé, que queria hablar con el señor Cura. Al principio tuvieron alguna dificultad para dexarme entrar; pero viendo mi porte y equipage, me abrieron inmediatamente la puerta. Entré, diciendo á Toston se fuese á la posada. Observé en una sala bastante grande congregados los sugetos principales del pueblo al rededor de su venerable Pastor, á quien procuraban persuadir que la peregrina no era su muger, y que aun ésta no le conocia, ni le habia visto en los dias de su vida. El Cura que se affigia, porque la peregrina no queria conocerle, se levantó al verme; y agradandole sin duda mi fisonomía, me suplicó le hiciese el favor de escucharle, lo que le ofrecí, diciendole algunas palabras para consolarle, y darle esperanza. Recibió mi cortesanía con las lagrimas en los ojos, y me dixo: Señor, oiçeis qual es mi desgracia. Quince años habrá, que viajando por mar con esa muger que veis rodeada de mis amigos, y que ahora me desconoce, tuvimos la fatalidad de experimentar una horrible tormenta. Nuestra embarcacion se hizo mil pedazos; y yo mismo hubiera quedado rendido á la violencia de las olas, y de las corrientes impetuosas sin un socorro especial del Cielo. Despues de haber luchado mucho tiempo con las aguas agitadas, que ya me hacian ver lo profundo de los mares, y ya me levantaban hasta lo alto de las nubes, tuve la fortuna de divisar un barco vacío, que flotaba como yo, al arbitrio de los vientos. Metíme en él, y aunque hacía obscuro, me hallé por casualidad con dos remos, los que al instante así, dando á Dios mil gracias, y sin saber adonde iba, anduve remando dos ó tres horas, hasta

que advertí que el mar estaba sereno, y el barco detenido. Esperando el día, hacía al Cielo mil plegarias por mi esposa, y dos hijos que se habian embarcado conmigo. Apenas se dexó ver la aurora, quando me quedé atónito de hallarme en un puerto cubierto de navíos; sin duda que Dios habia conducido allí mi barco, y cuidado de mi vida. Algunos marineros, que me vieron de lexos, acudieron á socorrerme, y se quedaron muy espantados de ver, que me habia salvado de la borrasca deshecha, que acababa de padecer. Lastimaronse de mi estado, y me prestaron con que mudarme de pies á cabeza, porque mis vestidos estaban chorreando agua. Libre de aquel tremendo peligro, me fuí á una Iglesia á encomendarme al Señor. Hice propósito de no volver jamás á embarcarme; pero no obstante, me causaba sentimiento haber perdido una esposa tan querida, y dos hijos, á quienes yo amaba tiernamente. Habiendo preguntado á varios pasajeros, si tenian noticia de un navío llamado la *Estrella del Pastor*, y sabido de ellos que habia perecido enteramente, y que yo era el único que se habia salvado de aquel horroroso naufragio, anduve corriendo de puerto en puerto con el dinero que hice de algunas alhajas que llevaba sobre mí, y de dos sortijas que me habian quedado en los dedos. No oyendo hablar nada de mi muger, tomé la determinacion de consagrar mi vida al servicio de Dios, no pudiendo darle sobradas gracias del favor que me habia hecho. Volví á seguir mis estudios, que no se me habian olvidado todavía; entré en breve en un seminario; al cabo de quatro años recibí muy contento las órdenes sagradas, y despues de haber sido algun tiempo Cura Ecónomo de esta Parroquia, me dieron el Curato en propiedad. Mas hace de seis años que estoy en él,

y esta mañana dando limosna á la peregrina que veis, me pareció que sus facciones eran las de mi muger, y me sobresalté tanto, que dí un grito, al qual acudieron todas las gentes de mi casa. Atónita la peregrina de ver mi accidente, y sin saber su causa, entró conmigo para socorrerme. Vuelto en mi acuerdo, y mirandola con mas cuidado, hice retirar á los circunstantes, y hallandome solo con ella, la pregunté si era la hija de D. Blasco Nise de Mendoza, á lo que dixo que sí al instante; preguntandome por su parte de donde la conocia yo. Mi respuesta fué darla un abrazo, y decirla, que en mí veía á su desventurado marido Don Andrés de Roxas, que se habia libertado con el favor de Dios del furor del mar; pero juzgad qual sería mi admiracion, quando retirandose de mis brazos, me dixo, que yo deliraba; que ella nunca habia sido casada; y que no podia por menos que yo estuviese loco. Quiso, dicho esto, salir; pero yo la hice detener; y sus gritos repetidos son los que han atraído á mi puerta toda la gente de este pueblo. ¿No soy bien desdichado, prosiguió aquel buen Sacerdote, de que no me conozca la persona á quien mas queria en esta vida? Nombro á Vms., Señores, por Jueces de esto que me sucede. Por lo que mira á mí, con la curiosidad de saber lo demas de la aventura, le dixe era propio de su prudencia el no divulgar semejante historia, atendiendo al decoro de su carácter, y que debia caminar con pies de plomo en un lance de aquella naturaleza: que si me lo permitia, yo hablaría á solas con la peregrina, y que por este medio podria descubrir quien era. Condescendió en ello, y mandó que me dexasen solo con ella. Lleguéme con efecto á hablarla, ¡pero qual fué, Cielos, mi suspension al conocer en trage de peregrina á

Nise, aquella con quien tuve mis primeros amores! No se quedó ella menos turbada de verme, y preguntandome por qué accidente me hallaba yo allí, la conté lo que decian de ella, y que la curiosidad era la que me habia movido á entrar en casa de aquel Cura. Exhortéla á que me dixese la verdad, y causa de hallarse en aquella tierra y trage; y luego me satisfizo diciendo: era cierto no haber sido nunca casada, y que verdaderamente era la hija de D. Blasco Nice de Mendoza, que habia pasado á aquellas tierras en compañía del señor Don Antonio Oleaga, que con su esposa fué á servir un Gobierno. Preguntéla su nombre de bautismo, y me dixo se llamaba Teresa, y que teniendo ya años, y no pudiendo seguir sirviendo por un achaque que padecia mucho tiempo hacia, y la iba acabando, que era reliquia de su licenciosa vida pasada, se habia echado á pedir limosna en aquel trage de peregrina, con lo que lo pasaba bastante bien. ¿Pero no teniais una hermana? la dixe. ¡Ay! sí Señor, me respondió; pero habiendo sido separada de ella en mi niñez, porque la casaron, no sé si vive todavía, ni donde para. ¿Cómo se llamaba? proseguí. Doña Francisca, me respondió. Bien está, la dixe, dexandola; no queria saber mas. Con esto volví á buscar al señor Cura, quien luego que me vió, quiso al instante saber si aquella peregrina era su esposa, como no lo dudaba. Respondíle, que yo no creía que lo fuese, y que la semejanza de aquella muger con su esposa era la que le habia sobresaltado, y agitado la imaginacion. ¿Cómo, le pregunté, se llamaba vuestra muger? Doña Francisca, respondió el Cura. Pues bien, le dixe entonces, dandole la mano, venid conmigo, y en esta peregrina abrazad á Doña Teresa, vuestra cuñada. ¡Mi cuñada! ¿es posible, dixo el Cura, arrojandose á ella,

que vos seais la Teresa, de que me hablaba tantas veces mi esposa? La peregrina le aseguró ser así, y yo por mi parte confirmé que lo era, y que la habia conocido. A este efecto le conté donde la habia visto, callandole haber sido el objeto de mi primera inclinacion; pero lo que acabó de convencerle fué el que nuestra peregrina sacó de una caja de hoja de lata, que llevaba pendiente á un lado, su fé de Bautismo, y enseñandosela al señor Cura, éste no pudo ya dudar de la verdad, y abrazó otra vez á su cuñada. Despues de enterarse del estado en que se hallaba, la aseguró que en adelante vivirian juntos, y solo los separaría la muerte. Esparcióse inmediatamente por el pueblo el rumor de que la peregrina era cuñada del señor Cura, y que era tan parecida á su muger, que no era extraña la equivocacion.

Me ha parecido tan singular esta aventura, que he querido referirla menudamente en esta historia, y discorro que mis lectores no lo llevarán á mal. Despedíme del señor Cura, quien no me dexó marchar sin que admitiese antes una merienda frugal que me dió, haciendome por este medio testigo de la alegría que le causaba el ver á una hermana, á quien no conocia. Derramaba tiernas lagrimas, y mirando á Nise no cesaba de suspirar, acordandose de su esposa. Un espectáculo como éste me enternecia; y si muy gustoso quedé de ver el fin de aquel suceso, todavia me agradó mas la generosidad de que usó aquel buen pastor. ¡Quántos hay mucho mas ricos, que no él, pues solo gozaba quinientos pesos al año, que dexan pasar á sus parientes una extrema miseria, pudiendo socorrerlos con traerlos á su casa, ó á lo menos ayudando á su manutencion!

El Cura, deseoso de saber quien era yo, me lo preguntó. Yo no se lo callé, y desde entonces me manifes-

tó mas respeto. Me pidió le permitiese irme á visitar, á lo que consentí gustoso. La accion loable de recibir en su compañía á su cuñada, me pareció tan bella, que de allí á poco le hice dar por medio de mi amigo Don Juan de Salcedo, á algunas leguas de México del lado de Petapa, un buen Beneficio, que pasaba de dos mil pesos al año.

El Cura no cesa de darme las gracias todos los dias, y de mostrarme su agradecimiento. He puesto aquí la conclusion de esta historia porqueno se hará mas mencion de ella en la continuacion de la mia. Separéme de él, y éché bien de ver, que la ama del señor Cura miraba con malos ojos á su nueva huespeda, siendo ella la única persona á quien ví pesarosa de aquel suceso.

Volví á México con Toston, tan ocupada la imaginacion de aquella aventura, que á mi llegada se la referí á Don Juan de Salcedo, olvidandome enteramente de contarle la que mas me importaba, y de que me propuse de veras hacerle relacion el dia siguiente.

Fin de la quinta parte.

EL BACHILLER DE SALAMANCA.

PARTE SEXTA.

Capítulo primero.

Restituido á México Don Querubin da cuenta de su viage á Don Juan de Salcedo. De la alegría que causó á este Secretario el verle en estado de ser su yerno. Del nuevo empleo que le proporcionó, y de los buenos consejos que le dió.

Fuí con ansia á buscar á Salcedo para informarle del encuentro impensado que habia tenido, y se me habia olvidado contarle la vispera. Llegué á él con tal turbacion, que conoció de antemano, que yo tenia alguna nueva importante que participarle. ¿Qué os sucede, Don Querubin, me dixo, para estar tan agitado? ¿Os ha pasado algun lance extraordinario? Sí Señor, le respondí, y vos no discurriréis la narracion estupenda que tengo que haceros. En seguida le referí punto por punto lo que me acababa de pasar con Monchique en el Desierto.

Don Juan estuvo atento escuchandome sin interrumpirme, y al fin abrazandome lleno de gozo, me dixo: ¡Cuán gustosa me es esa noticia! ¿con que ya está quitado el obstáculo que se oponia al descanso de mi vida? Nada es ya capaz de estorbar la union de los vínculos de la sangre con los de la amistad. Os hablo en estos términos, prosiguió, porque camino en el supuesto de

que en quanto á mi hija *tuum semper sauciat pectus amor*; pero si después que dexasteis de verla, habeis puesto los ojos en otra, sería cosa triste para ella el vivir con un marido que no la quisiese.

Yo protesté á Salcedo que me mantenía en el mismo parecer, con lo qual me prometió de nuevo la mano de Doña Blanca. Dile, como podeis discurrir, las gracias que debía á un sugeto, que pudiendo casar á su hija con algun Señor de la Corte, ó con algun Consejero, no se desdeñaba de mi alianza, ó por mejor decir, que la deseaba con tanto ardor, como si le hubiera traído grandísima ventaja.

Manifestéle mi gratitud con palabras que le hicieron comprehender, que mas me movía el cariño que me mostraba, que no el dote de Blanca, por grande que fuese. Estoy persuadido, me dixo, de la sinceridad de vuestros afectos; y si yo escuchase solo mis deseos, antes de ocho dias seriais el esposo de mi hija; pero una razon que os voy á decir, me precisa á diferir por algunos meses este casamiento. D. Alexo se pondrá pronto la ropa viril, quiero decir, que no necesitará ya de Ayo. Estoy aguardando esta ocasion para procuraros un puesto mas importante que ese, y con vuestra licencia os diré, mas digno de un Caballero que ha de ser mi yerno.

Entretanto, añadió, os permito volvais á visitar á mi hija para tratar con ella lo que conduce á dos personas que están en vispera de unirse una á otra con lazos eternos. No desperdiçé el permiso; y así fuí otra vez á visitar á Blanca, que recibíendome como á un amante, que tenia licencia de su padre, recobró un poco de amor hácia mí, inspirándome mucho para con ella.

Yo estaba inquieto por saber qual era el nuevo aco-

modo, que deseaba procurarme mi suegro futuro, para merecer el honor que queria hacerme, quando vé aquí que entra en mi quarto una mañana, diciendome con semblante alegre: ¡Hijo mio, (porque ya no me llamaba de otro modo) *albo dies notanda lapillo!* Ya no sois Ayo de D. Alexo. Este Señorito es al presente dueño de sus acciones, y vos, mi compañero. Para recompensar el Virey vuestro cuidado en la educacion de su hijo, ha tenido á bien que os asocie á mis ocupaciones, y que dividais conmigo el título de primer Secretario del Vireynato. Esta es la gracia que le he pedido, y acabo de conseguir. No salgais ahora con decirme, que no sintiendoos capaz de desempeñar dignamente mi empleo, hallais reparo en encargaros de él. No os espanten mis que haceres, creed que no son la mágica negra. Para cumplir con mi encargo basta tener método, y una sana comprehension. No os inquieteis por eso; en breve os impondré en el manejo de los negocios mas arduos.

En esta seguridad perdí todo de un golpe la aversion que habia tenido hasta entonces á las oficinas, y respondí á Salcedo, que ciertamente mi incapacidad me tenia acobardado; pero que una vez que á él no le asustaba, haría quanto él quisiese, en el supuesto seguro de que me ayudaría con sus consejos, ó por hablar con mas propiedad, me llevaría de los andadores. Luego que me vió dispuesto á cumplir con lo que deseaba, me llevó á presencia del Virey, á quien me presentó en clase de compañero, y yerno suyo. Aprobó S. E. el pensamiento de agregarme á su ministerio, y casarme con Blanca, no creyendo, le dixo cortésmente aquel Señor, que pudiese hallar una persona mas del caso que yo, para ser su yerno, y su substituto. Despues de unas palabras tan alhagüeñas me dixo el Conde, que me exhortaba á tomar

por modelo á mi suegro, lo que hubiera podido muy bien dexar de recomendarme, pues se hallaba enterado de que yo conocia todo el mérito de Salcedo.

Y así es, que luego que nos despedimos del Virey, le dixé á aquel Secretario: S. E. no necesitaba aconsejarme siguiese vuestras pisadas, pues ¿á quién sino á vos pudiera yo pensar en imitar? ¿qué guía puede mejor que vos conducirne por el camino que me abris, y en el qual no entro sino temblando? ¡Ay de mí, que temo es muy limitado mi entendimiento, é incapaz de llenar vuestras esperanzas! Os vuelvo á decir, me replicó Don Juan, que este oficio es mas facil de lo que pensais. Solo os daré un aviso de la mayor consecuencia, y es que seais accesible, atento, y recibais con agrado á todo el mundo. No hay duda de que un ayre circunspecto cae bien en el Gefe de una Oficina; pero ha de ser sin nada de orgullo. La gravedad, y la necia altanería, dice un Autor castellano, son dos hermanas muy parecidas; pero con todo se pueden distinguir; la una corresponde á la urbanidad con que se la trata; y la otra cobra con ella mas insolencia.

Capítulo II.

D. Querubin de la Ronda exerce á medias las funciones de Salcedo, y las desempeña pasmosamente. Cásase con Doña Blanca. Historia trágica de tres hermanos Indianos.

Así que me declararon por acompañado de Don Juan de Salcedo todos los oficiales de las Oficinas del Vireynato, fueron solícitos á felicitarme como á Gefe suyo, y además de eso los mas de los Caballeros y vecinos principales de México, pasaron á darme la enhorabuena, á

fin de hacer conocimiento con un sugeto que sabian era el mayor amigo de Salcedo, y su yerno futuro.

A los principios fuí paso á paso sin hacer nada que no consultase antes con mi oráculo, quiero decir, con mi amigo, que recibiendo en enseñarme un placer que me encantaba, me inspiraba cada dia mayor inclinacion á los negocios. Apliquéme á ellos con tanta eficacia, que dentro de poco no necesité de Director. Al cabo de tres meses de práctica qualquiera hubiera dicho que yo no habia en toda mi vida hecho mas oficio que aquel. Es verdad, que ponia todo mi conato en imitar mi modelo, lo que logré de tan buena manera, que en la ciudad me llamaban por excelencia el mono de Salcedo. Yo no sé tambien si excedia á mi original en el arte de recibir con afabilidad á los que recurrian á nuestro ministerio; pero lo que no admite duda es, que Don Juan nada tuvo que reprehenderme sobre este punto, antes bien habiendo advertido un dia el agasajo con que traté á un simple particular, me dixo: Muy bien, hijo mio, muy bien, ese es el modo de acoger á todos los ciudadanos que acuden á nosotros. Concedaseles ó niegueseles lo que pretenden, debemos siempre dexarlos ir alabando nuestros buenos modales.

Yo no padecia, pues, el defecto que se nota con frecuencia en los Secretarios, y algunas veces en los últimos empleados de las Secretarías, que es decir, que no ostentaba ser un pequeño Gefe. Mas diré, unia con un semblante apacible y cortés, un corazon amigo de hacer bien. Hacía quantos servicios dependian de mí, con especialidad á los miserables que llegaban á implorar mi favor. De este modo cobré fama de hombre de bien, y me grangeé la estimacion y afecto de toda la ciudad.

Mi compañero se daba el parabién de lo que habia hecho. Estaba muy gozoso de ver quan bien acreditaba yo de acertada su eleccion; y llegado el tiempo de darme su hija, dispuso que nos casásemos solemnemente en la Iglesia Catedral de México en presencia del Conde y de la Condesa de Velges, y de todos los dependientes de la Chancillería. Los Caballeros principales de la ciudad asistieron también á aquella ceremonia, y entre ellos Don Andrés de Alvarado, mi amigo, y Don Josef de Sandoval, descendientes ambos de aquellos esforzados Capitanes de Hernan Cortés, cuyos nombres celebra la fama. Concurrió asimismo Don Cristobal, nieto del insigne Garcia Holguin, que se apoderó de la canoa, y de la persona del Rey Guatimozin, sucesor de Motezuma. En una palabra, allí se hallaron con sus mugeres los Caballeros mas ilustres, lo que hizo muy lucido el concurso. Blanca y yo, despues que fuimos desposados por mano del Arzobispo, nos restituimos al Palacio, en donde se celebraron con esplendor nuestras bodas por espacio de tres dias. Banquetes, bayles, conciertos y comedias todo se empleó para que fuesen magnificas.

Acabados los regocijos, me apliqué á los negocios aun mas que antes; y en breve se pagó tanto de mí S. E. que casi no hacía ya diferencia entre el suegro y el yerno. Nos consultaba á los dos acerca de las órdenes importantes que recibia de la Corte; y á veces sucedía que mi parecer era mas atendido que el de Don Juan, que lexos de concebir envidia, mostraba alegrarse en extremo de ello.

El Conde hacía mucho aprecio de nuestros dictámenes; pero no siempre los seguia; y quando se le ponía alguna cosa en la cabeza, no podiamos ni uno ni otro

aparearle de su opinión. Me es preciso contar un exemplo de su terquedad, por el que se vendrá en conocimiento de lo que era aquel Señor. Supo en cierta ocasion, que en la Provincia de Mechoacán habia tres Caballeros Indios, hermanos, que vivian á la orilla de un rio, donde en algunos parages se encontraba oro, los quales no ignoraban ellos, pues habian traficado en polvo de este metal con un Mercader de Sevilla. El Conde de Velges, pronto á pillar las ocasiones de aumentar sus riquezas, destacó al país de Mechoacán una tropa de soldados Españoles con órden de prender á aquellos tres hermanos, y conducirlos á México, lo que executaron con igual puntualidad, que presteza. Metieronlos en la carcel del Palacio; y el Virey mismo les tomó la declaracion. Negaron ellos tener noticia alguna de los parages del rio, donde se pensaba hubiese oro. Para obligarles á que los descubriesen se les trató desde luego con blandura, y usó de grandes promesas, y despues de amenazas y tormentos; pero todo en vano, porque no fué posible arrancarles el secreto.

Si S. E. hubiera querido creernos á Salcedo y á mí, el asunto hubiera quedado en tal estado, enviando á aquellos infelices á su tierra, y contentandose con haberlos tratado inhumanamente. Este fué nuestro parecer, que sin embargo no se siguió, aunque era tan juicioso. No pudiendo el Virey perder la esperanza de sacar oro de aquellos presos, tomó el partido de escribir á la Corte para informar de lo ocurrido al primer Ministro, y preguntarle lo que debia hacer con aquellos tres Caballeros Indios. El Duque de Vailores, imaginandose ya tener veinte toneles de oro, respondió prontamente al Conde, mandando hiciese sin más

ceremonias cortar la cabeza á los tres hermanos, si se obstinaban en guardar silencio.

Bien que esta orden le pareció cruel al Virey, con todo eso no dexó de dar disposiciones para que se executase aquella sangrienta sentencia, por mas que mi compañero y yo le representamos para impedirle se cubriese de la sangre de tres hombres, que acaso persistian en callar, porque no tenian nada que decir. Oponía á nuestras reflexiones dos motivos, á los quales nos vimos obligados á ceder. El primero, que él conocia el carácter del Duque, Ministro altivo, y amigo de que le obedeciesen sin réplica; y el segundo, que le contemplaba para que le continuase en su empleo algunos años despues de acabada la comision, la qual estaba para espirar, porque habia ya quatro años que gobernaba el Reyno de México, cuyo Vireynato no dura mas que cinco años, bien que algunas veces se proroga hasta diez.

Quando yo ví amenazadas de una muerte cercana las tres víctimas de la avaricia del Duque, y del Virey, tuve lástima de ellas, y así le dixé á S. E.: Señor, antes de derramar la sangre de estos Indios, valgamonos de la maña, ya que el tormento ha sido inutil. Yo conozco un Religioso que es muy eloqüente, y habla perfectamente la lengua Indiana. Creo que si viese á los presos, y conversase con ellos muchas veces, llegaría á conseguir que le revelasen lo que callan con tanta tenacidad. Apruebo el pensamiento, respondió el Conde, y así nada os debe estorbar el ponerlo en práctica. Id desde ahora á buscar á ese Religioso, y traedmele aquí; si sale bien de la empresa que cuente con que le haré dar un Obispado. Tomé al instante el coche, y fui al convento del Religioso, diciendo entre

mi: ¡Voto á tantos! si mi amigo Carambola pudiese llegar á ser Obispo, sería esto una cosa muy graciosa.

¿Qué os trae aquí? exclamó Fr. Cirilo, luego que me vió. ¿En qué puedo servirlos? Mas bien se trata de servirlos á vos, le respondí; pues se trata de una mitra que os quieren plantar en la cabeza. Hacedme el favor de explicaros, me dixo, porque no os entiendo. Yo no creo que soy de la masa de que hacen los Obispos, aunque todos los dias elevan á esa dignidad á individuos de nuestra Orden. Enteréle del motivo de mi visita, y de la condicion con que prometian hacerle Príncipe de la Iglesia. ¡O! todavía no tengo la mitra, replicó él, meneando la cabeza. Lo que esperan de mí no es facil de hacer. Vos os burlais, señor Carneades, le dixe yo riyendo. Vos que poseis el feliz talento de persuadir; vos que hablais tan bien la lengua *Proconchi* ¿temeis el no poder mover á los tres presos á que correspondan á las intenciones de la Corte para librar su vida? Sí, respondió Fr. Cirilo, temo que no lo he de lograr. Vos no conoceis á los Indios. Hay algunos tan firmes en las resoluciones que toman, que los mas crueles suplicios no son capaces de amedrentarlos. Si estos se han convenido entre ellos en morir antes que descubrir lo que quieren ocultar, es en vano lisongearse de que se les precisará á ello. Sin embargo, añadió, haré enhorabuena la experiencia por contentar al Virey; pero dudo muchísimo que S. E. quede satisfecho de las resultas.

Conduxe á Palacio al Religioso, y se lo presenté á S. E., el qual le dixo: Padre, ya sabeis el asunto de que se trata. Don Querubin debe haberos enterado de él; y como me ha alabado en gran manera vuestra persuasiva, tengo pleno motivo para lisongearme de

que moveréis á los tres Indios á romper un silencio que se obstinan en guardar, y que les será funesto, si no se rinden á vuestras amonestaciones. Pasad á verlos, os pido, habladles en su propia lengua, y haced de modo, si es posible, que obedezcan las órdenes del Rey, señalando los parages del rio, donde haya oro. Hacedles presente, que sin esta manifestacion es cierta su muerte; pero que si declaran de buena voluntad, se lo estimaré, y les haré grandes beneficios. Por lo que á vos toca, Padre, prosiguió, estad seguro, que si lo conseguís, la Corte reconocerá este servicio. Señor, respondió Fr. Cirilo, yo estoy pronto á coadyuvar el celo de V. E. por el servicio del Rey, y nada omitiré por complacerle; pero ya se lo he dicho á D. Querubin, no sé si mis exhortaciones tendrán el éxito favorable que V. E. se promete.

Al mismo tiempo para mostrar nuestro Religioso, que no queria otra cosa, que el contribuir al cumplimiento de los deseos del Conde, hizo que le llevasen á la carcel, en que estaban presos los tres Indios, y se mantuvo quatro horas con ellos. S. E. y yo pronosticabamos favorablemente de una conferencia tan larga, y no podiamos imaginarnos, que los Indios fuesen tan insensatos que quisiesen preferir la muerte á la vida.

Sin embargo, nos engañabamos, pues el Académico de Petapa volvió á nosotros con semblante triste, diciendonos: Estos malvados no son capaces de hacerse cargo de la razon en la desesperacion, de que estan poseídos. Yo los he exhortado inutilmente á que se conformen á la voluntad de la Corte; pero mis razones no han hecho otro efecto, que irritar su furor. Se mantienen firmes en decir que no saben si hay oro en ese rio, donde se han empeñado en asegurar que se en-

cuentra; y á ello añaden, que aun quando lo supiesen, no lo confesarian por castigar la codicia de la Corte, y del Virey. Pues bien, dixo entonces S. E. indignado de la constancia de los presos, morirán, ya que quieren apropiarse riquezas que corresponden al Rey.

Despues de haber el Conde dicho esto, dió un decreto de muerte contra ellos en conformidad de la órden sanguinaria de la Corte, sin que lo contradixesen los Jueces de la Chancillería, aunque estos Magistrados tengan facultad de oponerse á los procederes injustos de los Vireyes, lo que se debe sin duda atribuir al temor que tenian de desagradar al Ministro, cuyo espíritu vengativo conocian.

Levantaron, pues, en la plaza del mercado un cadahalso, al qual hicieron subir primero al hermano mayor de los tres. Acompañabale Fr. Cirilo, que iba exhortandole en *Proconchi* á que contentase al Virey; y por otro lado el Verdugo llevaba en la mano un ancho alfange, haciendo relucir con estudio la hoja, á fin de que la viesen los desdichados, para cuyo suplicio habia de servir; pero aquel Indio, mirando con semblante intrépido todo el aparato de éste; y mas cansado que movido de la exhortacion del Religioso, se dió priesa á presentar la garganta al Verdugo, que le hirió con el golpe mortal.

Traxeron inmediatamente al hermano segundo, á quien el Religioso queria persuadir, que no debia imitar el exemplo de su hermano mayor. Palabras en valde, le dixo el Indio, que hablaba un poco el Castellano. Amigo mio, prosiguió, hablando con el Verdugo, haz pronto tu obligacion, consuma la obra barbara é injusta de tus Superiores. En esto reclinó la cabeza sobre el tajo, y el Verdugo se la cortó.

Quedaba solo por ajusticiar el mas pequeño de los tres hermanos. No bien hubo éste presentadose en el tablado, quando se oyó entre los concurrentes, que eran en muy crecido número, un rumor nacido de la compasion, que á todos les causaba el verle. Es constante, que no se le podia mirar sin lamentarse de su desgracia. Era un mozo de veinte años á lo mas, de bella estatura, y buena fisonomía. Las Damas, como naturalmente son piadosas, se lastimaban de ver su juventud, y deseaban no imitase á sus hermanos. Todos los circunstantes rogaban por él al Cielo. Yo por mí esperaba, y S. E. se prometia tambien, que aquel jóven se horrorizaría quando viese levantado el acero sobre su garganta, y los cadáveres de sus hermanos tendidos en el cadahalso. El mismo Fr. Cirilo, á pesar del conocimiento que tenia de la tenacidad de los Indios, no perdía las esperanzas de sacar á éste de entre las garras de la muerte; y así, aumentando sus esfuerzos apuró los pasages mas eloqüentes de su coleccion Académica; pero no salió con su empresa; pues habiendo el mancebo Indio visto en tierra separadas de los cuerpos las cabezas de sus hermanos, las agarró con furia, y besandolas con ansia una despues de otra, exclamó en su lengua: Esperad, amados hermanos míos; esperad, que voy á seguiros. No me asusta la muerte, antes me será deliciosa, pues va á reunirme con vosotros. Juzgando el Religioso por estas palabras, que aquel frenético apetecia la muerte, cesó de exhortarle á vivir, y le abandonó al Verdugo, quien le separó la cabeza de los hombros.

Oyóse inmediatamente en la plaza del mercado un grito general de horror; todo el pueblo prorumpió en un mormullo confuso; y lastimado de aquellos tres

Indios acusan de injustos á sus Jueces. Es cierto que aquel suceso hizo poco honor al Virey, y al primer Ministro; pero creo que estos dos Señores no sintieron tanto el haber hecho quitar injustamente la vida á aquellos tres Caballeros, como el haber cometido una accion tan mala sin sacar fruto alguno de ella. A D. Juan de Salcedo y á mí nos causó una verdadera pesadumbre, é igualmente al P. Fr. Cirilo, que se volvió triste y cabizbaxo á su convento, al ver que habia empleado en vano su retórica.

Capítulo III.

Por qué accidente hizo Toston una fortuna rápida, y de la loable determinacion que tomó en breve despues. Don Alexo no siente ver marchar á su Criolla, muger de Toston.

Al siguiente dia de este trágico acontecimiento, sucedió otro muy divertido en Palacio. Habiendo conocido Blandina, que Don Alexo habia abusado de la inclinacion que le habia tenido, declaró en confianza á Toston el estado en que se hallaba, y este criado fué á decirselo al instante á la Vireyna.

Esta Señora se admiró tanto de oírlo, como si no hubiese debido prever semejante lance. ¡Ay amigo! le dixo: ¿que vienes á decirme? Esa noticia me atraviesa el corazon. Yo nunca hubiera creído capaz á Blandina de caer en igual deslíz. Señora, la respondió Toston, bien sabe V. E. que un tierno afecto va mas lexos de lo que se piensa. Quando una muger amada se muestra fina con quien la está ciegamente apasio-

nado, entonces el juicio y la virtud pierden facilmente su mando sobre ellos.

¡Ay, fragil Blandina! continuó la Condesa, qué es lo que has hecho? ¿por qué dexaste tomar á mi hijo unas libertades, que solo le son lícitas á un esposo? Pero, ¿para qué es reprehenderte, si mi imprudencia es la única causa, á que se debe imputar tu desgracia? ¡ay de mí! yo soy la que te he perdido, exponiendote á un riesgo, en que ha quedado vencido tu recato. Despues de toda esta retaila de demostraciones de sentimiento, prosiguió mudando de tono: No habria consuelo para mí si el mal careciese de remedio; pero por fortuna lo tiene, es constante que se halla un medio seguro de salvar la honra de Blandina. No hay mas que casarla, sin perder tiempo, con algun hombre honrado; contigo, por exemplo: Tú me pareces acomodado para ella. Señora, la replicó Toston, muchas gracias por la preferencia.

Tienes razon de darmelas, exclamó la Vireyna. Sabe, amigo, que no harás mal negocio en unirte con Blandina. Además de ser esta Criolla muy bonita, y de que la daré un gran dote, te ofrezco un famoso empleo, y lo que no se debe contar por nada, mi proteccion. Hablando sencillamente, Señora, dixo Toston con mucha prontitud, V. E. me llena de favores; era preciso que yo fuese enemigo de mi fortuna para rehusar una proporcion semejante. Delo V. E. por hecho; estoy enteramente dispuesto á conservar la honra de Blandina á costa de la mia.

Gozosa la Vireyna de oír pensar así á aquel mozo, se dió priesa á casarle con su Criolla, cuya estimacion por medio de este matrimonio no padeció nada, porque á nadie le causó novedad el ver, que un Ayuda de

Cámara de D. Alexo se casase con una criada de la Condesa. Lo que hubo de bueno para el novio en aquella acelerada boda fué, que percibió mil doblones, que la Vireyna le mandó entregar. Añádase á esto tres mil escudos que yo le dí en recompensa de los servicios que me habia hecho.

Despues de verse tan bien provisto de dinero, le entró el deseo de volverse á su tierra, y llevar consigo á su muger, de quien estaba enamorado mucho tiempo hacia, y mas querido que Don Alexo; de manera que podía lisongearse tanto como este Señorito de ser el verdadero padre del niño, que habia de nacer de Blandina. Comunicóme su pensamiento, diciendome: Señor, aunque México es quizá la mejor morada qué hay sobre la tierra habitable, he determinado dexarla por volver á ver mi patria, y á mis padres. Mi padre, que como sabeis, es maestro de niños en Alcaráz, vive todavía, y tambien mi madre, á no ser que despues de mi ausencia no me los haya llevado la muerte á los dos. No siendo ricos, os hareis cargo de que les será muy gustosa la vuelta de un hijo, que ha hecho fortuna, y es generoso.

Además del contento que me causará, prosiguió, el aliviar en algo su pobreza, conozco que lo tendré igual en llevar noticias de vos al señor D. Manuel de Pedrilla, vuestro cuñado y amigo, que debe de estar con una ansia mortal de saberlas. No hay que dudar de ello, le dixé, porque es tanto lo que me quiere D. Manuel, que no puedo menos de tenerle con cuidado; y por mi parte, sería indigno de su amistad, si tardase mas en informarle de la feliz situacion en que me hallo. Por eso mi ánimo es darle parte de ella lo mas pronto que pue-

da, escribiendole una carta, y refiriendole menudamente todo.

No hay necesidad de eso, Señor, replicó Toston, que el informe queda á mi cargo. Yo le enteraré mejor de palabra, que pudierais vos hacerlo por escrito, de todo quanto os ha sucedido desde vuestra partida de Alcaráz. Fuera de eso, yo estoy en estado de responderle á quantas preguntas quiera hacerme, que bien conoceis no tendrán cuento. Es constante, le dixé, que una relacion de tu parte es mas de apreciar, que el mas prolixo escrito; pero temo una cosa, y es, que Don Alexo no consentirá que se marche Blandina. Perded cuidado, dixo Toston; el amor de este Señor se ha entibiado mucho. Empieza á desasirse de su Criolla, y siguiendo los pasos de su padre, se va encaprichando á ojos vistas, á pesar de lo que hemos trabajado la Vireyna y yo para estorbarselo, de una India locuela, con quien un page suyo le ha hecho hacer conocimiento. Yo me alegro en el alma de que haya dado en ser inconstante, porque Blandina me tiene mas cariño, que no á él; y así dexará gustosa á México por ir conmigo á mi tierra, donde viviremos con comodidad, y criaremos honradamente los hijuelos que nos promete su fecundidad.

Así sucedió, pues muy ageno D. Alexo de impedir á su Criolla que se marchase, la recibió muy sereno, quando fué á despedirse de él; pero á falta del sentimiento que era natural tuviese de ver ir á una persona, que habia comido el pan de su casa, y tanta inclinacion le habia tenido, la regaló algunas pedrerías.

Habiendose encargado Toston de las cartas que le dí para Don Manuel, y mi hermana, se puso en camino con Blandina con los arrieros para Vera-Cruz.

Capítulo IV.

Dé la confianza que hizo D. Juan de Salcedo á su yerno de un proyecto formado por el Virey. Qué proyecto era éste, y como se executó. El Arzobispo de México abraza la defensa del pueblo, y excomulga al Virey. Atentado violento cometido por éste para hacerle conducir á Vera-Cruz.

Por poco envidioso y celoso que hubiera sido mi suegro, no podria menos de desagradarle el ver lo solícitos que andaban los Caballeros por grangearse mi amistad mas bien que no la suya; pero digamos que era un buen hombre, que se complacia en que me estimase y honrase todo el mundo. Puede suceder tambien, que atribuyendo allá en su interior el respeto que me mostraban, al que le tenian á él, su vanidad no perdía nada en su cuenta. Como quiera que sea, lo cierto es, que me queria tanto, como si fuese yo hijo suyo. No guardaba secreto conmigo, y á veces me confiaba asuntos de muchísima importancia. Referiré en prueba uno de ellos.

El Conde de Velges, me dixo un dia, empieza á perder las esperanzas de que le proroguen en el Gobierno. Un cortesano, amigo suyo, bien enterado de los pasos que dan muchos Señores en la Corté por lograr el Vireynato de México, le escribe que el Duque de Vailores parece tiene deseo de que recaiga la eleccion en el Marqués de Cervoral. Otro que no fuese tan avaro, como lo es nuestro Virey, prosiguió, se consolaría, y volvería contento á Madrid con la pesca que ha cogido; pero no puede contenerse, y quiere sacar una buena redada. Es de opinion, que con encarecer la sal ganará sumas inmensas, y á fin de que el ódio público, que causará precisamente semejante monopolio, no se dirija contra él,

tiene á mano un hombre nacido para executar empresas de esta clase. Llámase éste Don Pedro Mexío, uno de los Caballeros mas ricos de México, y quizá de los hombres mas audaces.

Queriendo yo bien á S. E., prosiguió Don Juan, y estimando tanto su gloria y reputacion, no he aplaudido su pensamiento quando me lo ha comunicado. Le he contradicho como amigo sincero, y como criado celoso; pero aunque el Conde regularmente escucha y sigue mis consejos, os diré, que hay ocasiones, en que á exemplo de la presente, no quiere que se le opongan, de tal manera, que está resuelto á hacer poner por obra su designio, suceda lo que quiera. Así se explicó mi suegro; y en seguida me preguntó, qué decia yo de semejante proyecto. Yo le respondí, que me horrorizaba, y que podia tener resultas muy pesadas, así para S. E. como para nosotros. Eso es lo que temo, replicó, y me aflige mucho el no poderlas precaver. Nosotros, pues, Salcedo y yo desaprobamos aquella empresa, y sentiamos infinito ver que se daban disposiciones para executarla. Voy á explicar por menor de qué modo los proyectistas empezaron esta obra de iniquidad. El Lector verá por lo que sucedió, verificado el proverbio: *La codicia rompe el saco.*

Don Pedro Mexío, según el convenio que habia hecho con el Conde, compró toda quanta sal pudo encontrar de venta en el país, y llenó los almacenes, que á este fin habia alquilado. Por este medio la sal fué escaseando, y encareciendo de dia en dia. Entonces vendiendo Don Pedro la suya, aumentó poco á poco su precio, de suerte, que los pobres empezaron á quejarse, y los ricos á murmurar, tanto mas, quanto sabian bien unos y otros lo que debian pensar de aquella carestía. No quedó

esto en quejas y murmuraciones, sino que hicieron recurso en nombre del pueblo en general á los Jueces de la Audiencia, pidiendo se restituyese la sal á su precio ordinario; pero el Virey, que como Presidente se hallaba allí, expuso á aquellos Señores Oidores, de quienes la mayor parte no se atrevia á contradecirle, que aquel sobreprecio no duraria mucho tiempo, y que era menester tener paciencia; de modo que no teniendo nadie espíritu para resistir á su codicia, dexaron á Mexío que continuase robando, sin que ninguno se lo estorbase.

Finalmente, cansado el pueblo de ver que no cesaba aquel monopolio, acudió con un memorial á implorar el auxilio del Arzobispo, haciendo presente á S. I. que debía interponer su autoridad pastoral para libertar á sus ovejas de la tiranía de D. Pedro. Compadecido de su miseria aquel Pastor, determinó usar de las censuras de la Iglesia contra Mexío, mandado fixarlas á las puertas de todas las Iglesias; pero éste luego que lo supo, se burló del Arzobispo, y para manifestarle el poco caso que hacia de su excomunion, siguió vendiendo la sal, y aun la puso mas cara.

Irritado el Arzobispo de semejante osadía publicó un entredicho, con el qual, cesando la celebracion de los Oficios Divinos en los Templos, cuyas puertas se cierran en aquel caso, el pueblo quedó consternado, y deseoso de ver removida la causa, que habia dado lugar á una demonstracion tan tremenda y pesarosa.

Conociendo bien Don Pedro, que el pueblo, viendose así, le aborrecería, y notando que empezaban á insultarle en la calle, perdió parte de su firmeza, y se retiró al Palacio del Virey para suplicar á S. E. que le protegiese, pues en la realidad no habia hecho sino lo que le habia mandado. En vista de ello el Conde dispuso que la

mayor parte de sus criados fuese á arrancar de las puertas de las Iglesias los edictos de excomunion y entredicho. Envió luego á decir á los Superiores de los conventos, que les mandaba abriesen sus Iglesias, é hiciesen celebrar Misa pena de desobediencia; pero estos respondieron, que en aquella ocasion les parecia debian antes obedecer á su Pastor, que no á S. E. Vista por él aquella repugnancia, me llamó, y me dixo: Don Querubin, id inmediatamente á decir de mi parte al Arzobispo, que yo le mando revoque sus censuras.

Fuí con diligencia al Palacio Arzobispal, y expuse el asunto de mi comision al Prelado, quien me dixo, que no podia condescender con la peticion del Conde, sin que Mexio, que era el perturbador de la tranquilidad pública, se humillase antes á la Iglesia, y satisfaciese á los Sacerdotes los perjuicios que les habia causado. Hice presente á S. I. irritada, se hiciese cargo de que era desobedecer al Rey el negarse á obedecer las órdenes de su Ministro; pero me respondió con enfado: Callad, amigo, yo no necesito de vuestras advertencias; sé lo que debo á un Virey, que usa tan mal de su autoridad, y que mereceria ser tratado como D. Pedro. No juzgué conveniente replicarle por mas gana que tenia de ello, y así baxé mis orejas, y me retiré.

El Virey, que era tambien de genio vivo, montó en colera al oirme referir la respuesta de S. I. y dexandose arrebatado del primer movimiento, mandó llamar al Capitan de su Guardia, á quien dixo: Tirol, os doy orden de ir á prender la persona del Arzobispo, esté donde estuviere, sin que os detenga el respeto á la inmunidad de las Iglesias. Llevareis despues á ese Cura á Vera-Cruz, y le pondreis custodiado en el castillo hasta que haya ocasion de embarcarlo para España.

En tanto que Tirol juntaba sus gentes para ir á executar el mandato de S. E. tuvo aviso el Arzobispo de lo que pasaba, é inmediatamente se salió de la ciudad, y refugió en el arrabal de Guadalupe, acompañado de muchos Eclesiásticos. Allí extendió él mismo una paulina contra el Virey, encargando á un Sacerdote familiar suyo, la hiciese fixar en la puerta de la Catedral. Después, con la noticia que le dieron de que le perseguian, se puso en salvo, retirandose á una Iglesia, donde hizo encender luces en el Altar mayor, y se revistió de sus ornamentos pontificales, persuadido sin la menor duda á que viendole así, ninguno se atreveria á poner en él la mano. Sin embargo, en breve salió de su engaño, pues Tirol á la frente de sus gentes entró en la Iglesia, y acercandose respetuosamente al Prelado, le suplicó oyese la lectura de una orden del Rey, que le traía, y la obedeciese sin resistencia por evitar el escandalo. El Arzobispo que tal oyó, empezó á clamar, que violaban la inmunidad de la Iglesia, y dixo á los Sacerdotes que estaban presentes, fuesen testigos de la violencia que se le hacía. No obstante, después de haber declamado bastante contra el Virey, se desnudó de sus vestiduras, y se dió docilmente á Tirol, quien le conduxo inmediatamente á Vera-Cruz.

Capítulo V.

De las tristes y fatales consecuencias que tuvo la prision del Arzobispo. El Virey se ve obligado á retirarse al convento de los PP. Franciscos. D. Querubin, su muger y su suegro se refugian en él tambien. Vase de México D. Querubin.

Don Juan y yo sentimos aquel lance, porque preveiamos bien, que tendria funestas resultas. Habiamos puesto espías, las quales nos daban razon puntual de quanto se hablaba en la ciudad, y por sus relaciones veniamos á conocer que sus vecinos no aprobaban el modo con que habia procedido el Conde, y que asimismo le echaban la culpa.

Pronto supimos que habia quien infundia en el populacho ideas de sedicion, y excitaba á los Criollos, á los Indios, y á los mulatos á que principiassen el alboroto. Fué creciendo insensiblemente en tales términos el número de los descontentos, que parecia que toda la ciudad habia tomado partido contra el Virey. Sus criados no podian dexarse ver en público sin exponerse á ser insultados. El mismo Salcedo y yo fuimos tambien el objeto del enojo del pueblo, el qual se imaginaba sin duda que habiamos sido complices en el monopolio de la sal. Finalmente, todo anunciaba la próxima revolucion que el regreso de Tirol á México hizo empezar. Viendole uno pasar á caballo por la plaza del mercado, levantó el primer grito, diciendo: Mirad al que ha osado poner sus manos impias en el Ministro del Señor.

A esta voz se conmueve el populacho, se junta, y persigue á pedradas hasta el Palacio del Virey á Tirol, quien temiendo una sublevacion general, hace cerrar las

puertas. Esta precaucion no fué inutil, porque el asunto tomó un aspecto serio. En menos de un cuarto de hora habian ya acudido á la plaza mas de seis mil personas de todos estados, que llenando de oprobios á Tirol, se pusieron á gritar á qual mas podia, que era necesario acabar con él.

Hasta entonces los amotinados no habian hecho sino meter ruido: y creyendo el Virey, que para aquietarlos bastaba enviarles á rogar de su parte, que se retirasen á sus casas, y asegurarles, que Tirol habia huido del Palacio, por una puerta falsa, me dió á mí este encargo, del qual hubiera yo cedido gustoso el honor á otro, bien que con todo lo desempeñé con bastante valor para un hombre, que se exponia á que le apedreasen, lo que estuvo por sucederme, porque habiendo salido á una ventana á hablar á los sublevados, empezaron á tirarme muchas piedras, de las quales, por fortuna, ninguna me tocó. Como allí no habia que ganar mas que golpes, queriendo reducir á la razon á aquellos furiosos, me retiré prudentemente, y de ese modo me libré de padecer igual suerte, que el Emperador Motezuma (*).

El asunto no paró aquí, pues irritado mas el furor de los mal contentos con las instigaciones de ciertas personas, los que llevaban escopetas, empezaron á tirar á las ventanas, y hacer silvar las balas por el Palacio, mientras otros con palancas intentaban derribar la pared para entrar dentro. En el discurso de cinco ó

(*) Habiendo Motezuma, preso en su Palacio por Hernan Cortés, salido á un balcon á arengar á sus vasallos, que tenían sitiado el Palacio, á fin de libertarle, fué desgraciadamente muerto de una pedrada en vez de Cortés, que estaba á su lado, y á quien los Mexicanos querian apedrear.

seis horas que duró el motin, un Page, y dos Guardias del Conde, que salieron con carabinas á las ventanas para oponerse á los que tiraban desde la calle, tuvieron la desgracia de perder la vida, despues de haber por su parte quitadosela á algunos sediciosos. Hubieramos hecho una gran carniceria con haber tenido algunos cañones de artilleria; pero no los habia ni en el Palacio ni en la ciudad, porque los Españoles no temen vayan á acometerlos las naciones extranjeras.

A falta de artilleria mandó el Conde de Velges enarbolar en el balcon el estandarte Real, y tocar la trompeta para apellidar á los moradores al socorro de su Rey, cuya persona representaba. Esto fué tambien inútil, pues ningun amigo suyo, ni dependiente de la Audiencia acudió en su defensa. Entre tanto la noche se iba acercando, y los descontentos la esperaban con impaciencia, para aumentar el desorden. Como habian observado que la puerta de la carcel era facil de quebrantar, la echaron con efecto abaxo, ó por mejor decir, el carcelero se la abrió. Pusieron en libertad á los presos, los quales, arrimandose á ellos, les ayudaron á pegar fuego á la carcel, y á quemar parte del Palacio. Entonces los vecinos principales, temiendo que la ciudad fuese reducida á cenizas, salieron de sus casas, y por su propio interés apaciguaron al populacho. Hicieronle apagar el fuego, sin lo qual México hubiera experimentado la suerte de la ciudad de Troya.

Pero aunque tuvieron bastante autoridad para estorbar que la canalla abrasase el Palacio del Virey, no alcanzó su poder á preservar del pillage todos los efectos de aquel Señor. Cargaron con parte de sus muebles; y el mismo para poner en cóbro su persona se vió obligado á refugiarse con su esposa é hijo en el convento

de los PP. Franciscos, que eran los únicos Frayles, que no fuesen enemigos suyos. Aquellos Religiosos le dieron un alojamiento bastante cómodo. Era la celda del P. Provincial de la Orden, ausente á la sazón de México, la qual se componia de muchas piezas muy reducidas, y muy sencillamente muebladas.

Salcedo, Blanca y yo fuimos por la noche á buscar al Conde. Sus principales sirvientes, y los míos fueron tambien; y en fin, nos hallamos todos medianamente alojados en la Hospedería de los Frayles. Al amanecer del día siguiente S. E. nos hizo llamar á mi suegro y á mí para resolver entre los tres lo que convenia practicar en tan triste coyuntura. No hay otro partido que tomar, dixo D. Juan, que el despachar prontamente á un sugeto capaz, y de confianza, que informe al Duque de Vailores de esta revolucion; y creo que no se puede echar mano de ninguno mas á propósito para desempeñar esta comision, que de D. Querubin. De este mismo parecer soy yo, Salcedo, dixo el Conde; es preciso que Don Querubin marche sin perder tiempo á Madrid. No sobra ninguna brevedad en el asunto.

El Virey gastó todo aquel día en escribir pliegos á la Corte, y en darme instrucciones, y al siguiente tomé el camino de Vera-Cruz con un Ayuda de Cámara, y un Lacayo. Dexé, pues, á S. E., á mi Señora la Condesa, á Don Juan y á mi muger en la Hospedería de los Franciscos de México, y haciendo toda la diligencia posible, llegué á Vera-Cruz, donde supe que el Arzobispo habia partido dos días antes á España. Como siempre hay en el Puerto de aquella ciudad un navio pronto para el servicio del Virey, me embarqué en él, y tomé el rumbo de Cadiz, adonde arribé despues de una corta y feliz navegacion.

Capítulo VI.

Habiendo llegado á Madrid Don Querubin, va á ver al Duque de Vailores, y le hace relacion puntual del levantamiento de México. Efecto que causó en este Ministro el oír aquella novedad, y providencias que en consecuencia se tomaron en el Consejo de S. M. El Virey vuelve triunfante á su Palacio. Su desgracia. Se restituye á Madrid, acompañado de Don Querubin, y de la familia de éste.

Apenas hubé puesto el pie en tierra en Cadiz, quando atravesando aceleradamente la Andalucía y Castilla la Nueva, llegué en breve á Madrid. Mi primera diligencia fué ir volando á casa del primer Ministro, quien me hizo entrar así que le hice noticiar mi llegada. Puse en sus manos los despachos, de que venía encargado. Leyólos con toda la atencion que merecian; y viendo que el Conde de Velges le decia, que yo podria enterarle de todas las particularidades de la sedicion, no dexó de pedirme una menuda relacion de ellas. Yo le obedecí como hombre que iba bien enterado del suceso. Confesaré de buena fé, que en mi narracion no hice ningun favor al Arzobispo, pintandole con los colores mas feos; y concluí mi informe imputando á orgullo del Prelado toda la culpa de aquel funesto acacimamiento.

El Duque de Vailores leyó en Consejo pleno el pliego del Virey, y á todos les pareció de muchísima consideracion el asunto. Determinóse, que era absolutamente necesario castigar á los mas culpados de entre los reboltosos, para evitar con este escarmiento igual caso en adelante; y á este fin se dispuso enviar por Comisionado á México á Don Martin Llocarri, Presbítero, é

Inquisidor, para que haciendo las pesquisas necesarias, castigáse severamente á algunos de los vecinos principales, por no haber acudido al son de la trompeta á ponerse baxo del estandarte Real. Resolvióse asimismo mudar los empleados de la Audiencia que habian dexado al Virey en el peligro sin practicar la menor diligencia para librarle de él.

En quanto al Arzobispo, por mas que solicitó en la Corte, ninguno del Consejo quiso emprehender su defensa; tan digna de censura les pareció su conducta. Pasaronle asimismo del Arzobispado de México al Obispado de Zamora, que valia quatro mil ducados de renta. Esto en algún modo era pasar de Obispo á Sacristan; pero aun pareció que la Corte mostraba bastante atencion á la ilustre casa de aquel Prelado.

El primer Ministro, á quien la sedicion de los Mexicanos traía inquieto, no me detuvo mucho tiempo en Madrid, volviendome á enviar prontamente con un pliego para el Virey. Restituíme á México con Don Martin, cuya llegada esparció terror por la ciudad. Los mas de los ciudadanos, conociendose reos, temian ser castigados. Todo el mundo juzgaba que la Corte queria hacer un exemplar, y cada uno temblaba por sí ó por sus amigos, pero no les costó mas que el miedo. Don Martin les alentó, manifestandoles de parte del Rey, que queriendo S. M. escuchar mas su clemencia, que su justicia, les concedia un perdon general.

Semejante declaracion produjo un efecto maravilloso, porque el pueblo, que en todas partes se muda como el viento, exclamó movido de la benignidad del Soberano: *¡Viva nuestro buen Rey Felipe! ¡Viva el Conde de Velges, su Virey!* Hubierais visto entonces á aquellos mismos sediciosos, que habian querido

asesinar á este Caballero, acudir de tropel á su alojamiento, y pedirle á voces, para acompañarle á su Palacio con aclamaciones y demostraciones extremadas de gozo.

El Virey, que hasta entonces no habia salido de su asilo, conociendo que podia sin riesgo parecer en público, se volvió á su casa, en donde lo que le suspendió con mucho gusto suyo, fué el hallar sus bienes conforme los habia dexado quando huyó al convento, pues por la mayor fortuna del mundo, los Caballeros que habian podido calmar el furor del pueblo, y hacerle que apagase el fuego, movieron á los mismos amotinados á que guardasen las puertas del Palacio, prohibiendoles robar cosa alguna de miedo que no fuesen órdenes de la Corte que les hiciesen arrepentir de ello. De esta suerte todo en el Palacio recobró su primer estado.

Se me ha olvidado decir, que á mi regreso de la Corte, al dar cuenta de mi viage al Virey, me hizo S. E. esta pregunta: ¿Cómo os ha recibido el Duque de Vailores? ¿En qué concepto os parece estoy con él? Me ha recibido, le respondí, con agrado; y segun puedo conjeturar, me ha parecido profesa grande estimacion y amistad á V. E.; y aun diré que le he oído elogiar vuestra persona en términos. . . . Tanto peor, interrumpió acelerado el Virey; eso me da en qué sospechar, como tambien la carta que me habeis traído de su parte, la qual, por ser demasiado lisongera, no puede menos de darme recelo. No sé qué me diga; pero preveo, que quiere poner en mi lugar al Marqués de Larvócer, y pareceme que no hago un pronóstico falso. V. E. quizá se engaña, le dixé; antes bien el Duque piensa prorogaros en el empleo. No me atre-

vería, respondió dando un suspiro que no pudo reprimir, no me atrevería á lisongearme de semejante esperanza, y lo que sí aguardo son órdenes de restituirme á Madrid.

Con efecto tenia razon, pues al cabo de tres meses llegó un Correo de la Corte con un despacho para él de parte del Ministro, en el que le hacia saber, que deseando S. M. tenerle cerca de su persona, le habia destinado para uno de los primeros empleos de su Palacio; y que acababa de nombrar al Marqués de Larvocer para sucederle en el Vireynato de Nueva-España. Perdiendo entonces el Conde toda esperanza de continuar en su puesto, se conformó de buena voluntad, y no penso en mas que en volver á Madrid con todas sus riquezas, y en disponer su viage. Salcedo y yo nos dispusimos tambien para acompañarle con nuestros cortos efectos, que bien valian sus doscientos mil escudos. Inferid de aquí lo que podia traer S. E. Por último, partimos de México; y puede decirse que aquel dia mostramos á los Americanos un espectáculo, que dió campo bastante para murmurar. Los chuzones, viendo desfilas cerca de cien acémilas cargadas de fardos, se divertieron algo á costa nuestra; pero nosotros á buena cuenta llegamos con su moneda á Vera-Cruz.

En esta ciudad estuvimos esperando el arribo del nuevo Virey, para embarcarnos en el mismo navio que habia de conducirle. Este Señor no tardó mucho en parecer. Luego que desembarcó, se ayocaron uno con otro el Conde y él, y tuvieron durante dos dias varias conferencias sobre el estado de los negocios de Nueva-España, con lo qual se despidieron con mas fingida, que verdadera atencion, marchandose el uno muy

haco á México, y volviendose el otro muy gordo á Madrid.

Capítulo VII.

Cómo fué recibido el Conde en la Corte. Su visita al primer Ministro. El Duque de Vailores le hace Caballerizo mayor del Rey. Rumbo que tomaron Salcedo y D. Querubin. Llega el primero á ser Director de la casa del Conde, y Secretario de éste el segundo.

Hicimonos, pues, á la vela para Cadiz. Si en el viage nos hubiera encontrado algun vagél grande de Argél, ó de Salé, como á veces sucede, habria encontrado un buen hallazgo; pero tuvimos la fortuna de empezar y acabar nuestra navegacion sin ver ningun navio de mal agüero. Llegados á Cadiz, no nos detuvimos allí sino el tiempo preciso para disponernos á tomar el camino de Madrid, el que hicimos á cortas jornadas. Fuimos á apearnos á casa del Conde de Velges, en la plazuela de la cebada, cerca de la Iglesia de nuestra Señora de Gracia. La casa, aunque no es la mas hermosa de Madrid es cómoda, y nos hallamos allí mejor alojados, que lo habiamos estado en los Franciscos de México.

Al dia siguiente de nuestra llegada fué el Conde á visitar al primer Ministro, quien le recibió con distincion. Hizole entrar en su Despacho, en donde abrazandole con semblante de mucho aprecio y afecto, le dixo: Vos creis sin duda que yo he sido el que he colocado en vuestro empleo al Marqués de Larvocer; pues estais equivocado. El no haber seguido en vuestro Vireynato no lo atribuyais sino á vos; ningun otro tiene la culpa. Todo el Consejo á una voz ha censura-

do tanto vuestro proceder, como el del Arzobispo; y habiendose impuesto castigo á este Prelado, se ha considerado por justo el castigaros á vos tambien, á fin de contentar á los Mexicanos, que tienen clavado en el corazon el asunto de la sal.

Yo no me he atrevido, continuó el Duque, á abrazar vuestra defensa, porque lexos de salir de ella con lucimiento, hubiera irritado al Consejo queriendo disculparos; pero una vez que no he podido manteneros en vuestro Gobierno, he logrado á lo menos el beneplácito del Rey, para conferiros el empleo de Caballerizo mayor, lo qual os debe servir de consuelo de la pérdida del Vireynato, que habeis exercido, no sin fruto, durante cinco años bien cumplidos. El Conde de Velges, no obstante lo desconfiado que era por naturaleza, creyó al Ministro sobre su palabra, y discurriendo que no le tocaba otra cosa que darle gracias, le consagró una eterna inclinacion, y vino á ser uno de sus mas estrechos amigos.

El Duque le condujo al quarto del Rey, á quien al presentarselo, le dixo: Aquí teneis, Señor, uno de vuestros mas zelosos servidores, y quien entre todos los Vireyes de V. M. ha sabido quizá mejor hacer respetar vuestra autoridad Real en Indias. Viene á rendir gracias á V. M. de haberle distinguido dandole el empleo de Caballerizo mayor, con el qual está tanto mas contento, quanto le procurará la dicha de ver todos los dias á su amo. El jóven Monarca recibió al Conde con la mayor afabilidad; y siendo de sí muy curioso, le hizo muchas preguntas acerca de los Mexicanos, y entre otras la que voy á contar: Conde, le dixo el Rey, ¿es posible que entre las Indias haya algunas tan graciosas, que merezcan llevarse la atencion de los naturales

de Europa? Pusose colorado nuestro Virey al oír semejante pregunta, creyendo que el Soberano se la hacía con estudio, para afearle su afición á las negras. Señor, le respondió algo turbado, hay de ellas que se pueden mirar sin horror; pero bien reflexionado, la mas linda es un objeto desapacible á los ojos que estan acostumbrados á ver la hermosura de las Damas de Madrid. Si la Condesa de Velges hubiese oído entonces hablar de aquella manera á su esposo, creo que no hubiera salido por fiadora de su sinceridad.

Habiendo el Conde tomado posesion del empleo de Caballerizo mayor, recibió mas familia, aunque ya tenia mucha; y nada omitió para hacer en la Corte una figura correspondiente á su estado. Don Juan Salcedo y yo le suplicamos nos diese su licencia para poner casa á parte en Madrid, ya que gracias á sus beneficios teniamos bastante con que pasarlo honradamente; pero S. E. no admitió nuestra súplica, y antes bien nos dixo: Amigos, no nos separemos; he contraído un hábito tan gustoso de estar en vuestra compañía, que no puedo consentir en que ésta se deshaga. No me desampareis; hacedme ambos á dos el favor de correr con mis negocios; os lo pido encarecidamente. Encargaos el uno de administrar mis rentas, y sea el otro mi Secretario.

No fué posible resistirnos á ello, y así nos rendimos á sus instancias. Mi suegro quedó por Administrador, y yo por Secretario. En verdad que estando yo tan rico, como lo estaba, ninguna falta me hacía semejante empleo; pero lo admití por complacer á Salcedo, que como era tan adicto á aquel Señor, no podia negarle cosa alguna; y se alegraba al mismo tiempo de tener consigo á su hija, y á su yerno.

Capítulo VIII.

Encuentra D. Querubin á Toston en Madrid. Conversacion que tuvieron, y lance fatal sucedido á Toston. Don Querubin le hace un servicio importante.

Además de la razon que he dicho, me obligó á seguir aquel partido el que Blanca habia sabido obsequiar tan bien á la Condesa, que llegó á ser su favorita. La Vireyna hubiera sentido amargamente el verse sin ella; y mi esposa por su lado agradecida en extremo á las atenciones que debia á esta Señora, se las pagaba con el mas fino y sincero afecto. Esta fué la causa principal de sacrificar yo al Conde el gusto de volver á mi vida privada.

Como mi empleo no me daba mucho que hacer, pasaba el tiempo bastante divertido. Casi todas las mañanas iba á la hora de Corte á Palacio á ver el concurso de Señores que van á ella á rendir respetos al Monarca; y por las tardes me baxaba al prado de San Gerónimo, donde me entretenia en contemplar á las Damas, entre las quales algunas me parecia igualaban en hermosura á las de México. Una tarde al salir de casa para ir á aquel paseo, no fué poco lo suspenso que me quedé de encontrar en la calle á Toston. ¿Qué es eso? le dixé, ¿eres tú? ¿Qué haces en Madrid? Yo te hacía en Alcaráz: Amo de mi alma, me respondió, bien sabeis que los proyectos que uno hace, no siempre salen á medida de nuestro deseo. Yo habia hecho ánimo de volverme á mi pueblo, para pasar allí con Blandina los dias que me quedaban de vida; pero el Cielo no quiso darme este contento. Me hallé en Cadiz con otro Gabriel de Monchique, el qual me robó mi muger sin poder yo estorbárselo.

¿Es posible, exclamé, que te haya sucedido esa desgracia? Cuéntame, te ruego, de qué suerte te robaron á Blandina. Eso voy á hacer en pocas palabras, dixo Toston: Al desembarcar en Cadiz quise por mis pecados ir á alojar á la calle de S. Francisco, al meson del Pelicano. Hallabase en él tambien un Capitan jóven, Inglés, cuyo navío estaba en' áncoras. Luego que el bribon vió á mi muger se prendó de ella, y formando el designio de soplarmela, vereis cómo lo executó. Se guardó bien de mostrarse apasionado, temiendo que yo llegáse á conocer su intencion, y me mudase á otra parte, lo que sin duda hubiera hecho sin perder tiempo. Fingió un ayre tan compuesto, que me causaba admiracion. ¿Cómo es, decia yo entre mí, que un Oficial de Marina de esta nacion tenga un semblante tan atento y apacible? El tal Capitan, llamado Cope, me hizo mil agasajos, sin mostrar le causase la menor complacencia el ver á Blandina, y aun apenas mirandola. Yo caí en la trampa que me arinó. Correspondí á sus atenciones, y cenamos juntos la primera noche, con tanta familiaridad, como si hubiesemos sido los mayores amigos del mundo.

Durante la cena me preguntó de qué parage era de España. De la ciudad de Alcaráz, le respondí, junto al Reyno de Murcia. Esta casualidad es feliz, replicó el Capitan; de aquí á dos dias salgo de Cadiz para Alicante; si gustais, os dexaré al paso en Vera, que creo no está lexos de vuestro pueblo. Admití gustoso la oferta, creyendo no podia hacer cosa mejor, y dí gracias al Cielo de haber encontrado una ocasion tan favorable de volver á ver en breve mi patria. Conduxe, pues, al cabo de los dos dias á Blandina á bordo del navío de Cope, quien nos recibió con tanta cortesania, que yo me

daba á mí mismo el parabien de haber hecho un conocimiento tan bueno: Vamos, nos dixo luego que estuvimos en alta mar, comamos y bebamos bien. Yo llevo conmigo un abundante repuesto de víveres y vinos exquisitos. Estemos siempre á la mesa, que esc es el modo para que no nos fastidie el viage.

Vos, que ya conoceis mi flaco, prosiguió Toston, que es ser gloton, discurriréis que no le costó dificultad al Capitan el hacerme comer y beber, y ello fué que me embriagué como un Aleman. Luego que me vió en aquella bella disposicion, dispuso que sus marineros me llevasen á tierra, lo que executaron, dexandome en ella tendido quan largo era. Dióme un sueño muy profundo, del que habiendo despertado al salir del Sol, y no viendo navío alguno, tuve bastante lugar para reflexionar sobre las cortesánias del Inglés; renegué de él con tanta mayor razon, quanto tenia en su poder, además de mi muger, un cofre, en que iba mi dinero, y por no quedarme mas recurso que algunos doblones, que llevaba en el bolsillo; y aun fuí sobrado dichoso en que los marineros no me los robasen en recompensa del trabajo de haberme conducido á tierra, y abandonadome á la Providencia.

No sabiendo dónde me hallaba, ni hácia qué parte encaminar mis pasos, seguí á ciegas una senda, que me conduxo á Alcira, junto á Gibraltar, y de allí seguí andando hasta llegar á la ciudad de Ronda. Descansé en ella dos ó tres dias; y luego en lugar de volver á casa de mis padres, á quienes ya no me veía en estado de poder ser útil, marché en una mula de alquiler á Sevilla, con la determinacion de ponerme de nuevo á servir, si encontraba algun amo que me conviniese. No se me proporcionó ninguno; y discurriendo que en Madrid

era adonde necesitaba ir á buscarle, me vine á esta villa, en la que he vuelto á ser Lacayo, despues de haber sido Ayuda de Cámara del hijo de un Virey.

Lástima te tengo, amigo, le dixé á Toston, luego que acabó su historia, y deplóro aun mas la desgracia de Blandina. ¡Qué espantoso lance para ella! Contemplo quanta sería su pena, quando el fementido Cope descubrió su trayción; quizá este pesar la habrá quitado la vida. No lo creais, Señor, me respondió; Blandina no es muger capaz de imitar á aquellas heroínas, de quien nos cuentan las Novelas, que viendose entre las garras de los corsarios, mas querian morir, que no rendirse á sus deseos. O yo conozco mal á la Criolla, ó á Cope le ha costado poco trabajo el persuadirla; y no creo, sea esto dicho entre nosotros, que haya necesitado para vencer su recato, valerse de ningun medio extraordinario.

¿Qué es lo que dices? hombre, exclamé. Con que, segun esa cuenta, ¿Blandina es amiga de que la cortejen? Así es, replicó Toston; yo lo dudaba en México, pero convirtió mi duda en certeza en el viage de Veracruz á Cadiz. Entre los pasajeros venía un Caballerito, que la miraba con cuidado, y observé, no una vez sola, que ella correspondia á sus gestos con miradas alhagüeñas. Ahorrando de palabras, era una personita, cuya guarda me hubiera dado bastante que hacer en Alcaráz, donde los Caballeretes son alegres, y obsequiadores de las Damas. En fin, me consuelo de haberla perdido; lo que unicamente quisiera es, que Cope hubiera partido la diferencia por mitad, volviendome mi cofre, y quedandose con mi muger.

Me alegro mucho, querido Toston, le dixé, de que no te cause mayor pesadumbre el robo de tu esposa; y en

la realidad no tienes motivo para affigirte mas, si **Blantina** es como me pintas.

En quanto á tu cofre, cuya pérdida sientes con mas razon, hablaré de ello á mi señora la Condesa, y me atrevo á prometerte que se dolerá de tus trabajos. Por lo que toca á mí, puedes contar con que yo no me negaré á contribuir á remediarte de suerte, que puedas ir á Alcaráz del modo que deseas; y estoy tambien persuadido á que Don Alexo no dexará de compadecerse de tu infortunio. Puede suceder asimismo que te vuelva á recibir de criado, aunque tal vez has tomado tanta ley al amo, á quien sirves ahora, que no querrás dexarle. Por eso no, exclamó riendo; mi amo, que se llama Don Tomás Trasgo, es un original sin copia. Es un extravagante, que ha dado en un género de locura del todo graciosa. Dice, y cree realmente, que tiene como Sócrates un Genio familiar. El dia que entré en su casa me dixo: Amigo, sabe que tengo un Espiritu, que se ha dado á mí por predileccion, el qual me entera de quanto quiero saber. Converso con él todas las mañanas, y te prevengo, que quando nos oygas discurrir juntos, te retires, porque él gusta hablarme sin testigos.

Con efecto, una mañana, estando Don Tomás en su quarto, prosiguió Toston, le oí que hablaba recio. Yo pensé que estaba con alguno. Pues no era así, y él solo era el que se hablaba, y respondia á sí mismo, creyendo de veras conversar con un Genio. Yo solté una carcajada de risa al oír esta pintura ridícula; y en seguida me despedí de Toston, diciendole fuese al siguiente dia á casa á presentarse, lo que executó, confiado en que le harian quedar en ella. Hizo desde luego entrár recado de estar allí á la Condesa, quien no tuvo reparo en recibirle. Refirióla su desventura, de la que se mostró

lastimada, aunque allá en su interior la hiciese poca impresion. Amigo, le dixo á Toston, harémos algo por tí; basta que hayas comido el pan de casa para que no te dexemos en la calle. Ve á ver á Alexo, que no dudo esté dispuesto á favorecerte.

Don Alexo, á quien ya tenia yo prevenido, y movido á que le recibiese otra vez sobre el pie de antes, le manifestó mucho agrado. Seais bien venido, señor Toston, le dixo en tono burlon, ¿cómo os va con el Capitan Cope? Os ha pegado, me parece, un chasco harto pesado; pero tened paciencia, que podrá volveros vuestra muger y vuestro dinero. Quizá no os ha jugado esa mala pasada, sino de mentirillas, y por ver cómo lo tomabais. Contadme el lance, que me gusta oiros referir casos graciosos, pues os da el naype para ello.

¡Ay, Señor! le respondió Toston, ¿á qué fin es querer que cuente una historia que ya sabeis, y cuya narracion ha de renovar en mí el dolor? No importa, replicó Don Alexo, yo lo quiero absolutamente, porque me divertirá oyendola de tu boca.

Toston por complacerle, hizo lo que deseaba, y estuvo en extremo á aquel Señorito, quien le cortó el hilo mas de una vez para reir sin suelo, como si el suceso de que se trataba, hubiese sido el mas divertido del mundo.

Luego que Don Alexo se cansó de regocijarse á costa de Toston, recobró su seriedad, y le dixo: Anda, amigo, para consolarte del desastre que te ha sucedido, me servirás como antes de casarte. Vuelve á ser mi primer Ayuda de Cámara, y el archivo de mis secretos. En breve, añadió, te daré en que ocuparte; tengo empezados unos amores, y para acabarlos, necesito de tus consejos.

Estas palabras causaron gran gozo en Toston, quien

desde aquel mismo dia dexó á Don Tomás, y á su Espiritu por ir á vivir en casa del Conde de Velges.

Capítulo IX.

Por qué accidente encontró Toston á su muger, en la que ya no pensaba. Cuentale ésta la aventura de su robo, y le hace ver su inocencia. Mutacion que aquella relacion hizo en su ánimo. Sus asuntos yan mejor.

Al dia siguiente Don Alexo, luego que se levantó de la cama, le dixo á Toston. Sabe, Toston, que he hecho conocimiento con una linda Señorita. Andando una mañana paseandome solo por el prado, ví salir de un jardin una Dama con manto, y cuyo garbo y magestad mostraban lo ilustre de su nacimiento. Dió unos quantos paseos, y advirtiendome, que yo me acercaba á ella para verla mejor, tomó hácia el jardin con ánimo de volverse á meter dentro, y engañar mi curiosidad; pero sea que mis pasos acclerados no la dexasen lugar para ello, ó sea que quisiese darme tiempo para alcanzarla, lo cierto es, que yo me hallé antes que no ella á la puerta del jardin.

Señora, la dixé, saludandola con respeto, era preciso que fuese yo muy poco cortés, si encontrando á una Dama del todo hechicera, no la manifestase el placer que me causa el verla. Caballero, respondió la Señora, no sois escaso de requiebros; lexos de negaros á echar incienso á las Damas, que son dignas de él, teneis bien traza de ofrecerlo á las que no lo merecen. Respondíla sobre esto; ella replicó, y de esta suerte nos separamos al cabo de una conversacion bastante larga.

¿Y la habeis vuelto á ver desde entonces? dixo

Toston. No, respondió el Condesito, aunque todas las mañanas voy al prado. Si no ha salido del jardin despues de aquel dia es á la cuenta porque quiere experimentar, pues, sin vanidad, creo que la he parecido bien. No hay que dudar, replicó el criado; un Caballero tan gallardo, como vos sois, está cierto de agradar. ¿Cómo se llama? todavía no lo sé, respondió D. Alexo, habiendome prohibido informarme de su persona; y yo de miedo de disgustarla no me he atrevido á hacer ninguna diligencia por conocerla. ¡Cuerpo de tal! exclamó Toston; vos sois un rígido observador de los preceptos de las Damas; pero habeis de saber que ellas llevan á bien algunas veces, que no los obedezcan.

A fé, Señor, prosiguió, que os falta mucho para vuestra cuenta. Yo veo claramente que es preciso me mezcle en este asunto, pues sin eso no sacareis nada en limpio. Vamos ahora mismo al prado, y me enseñareis el jardin de donde visteis salir á vuestra Reyna; no os pido mas. D. Alexo le cogió la palabra, y le llevó hasta la puerta del jardin.

Así que llegaron á ella, Toston le dixo á su amo: Dexadme aquí solo, y volveos á casa, que en breve voy allá, y estad cierto de que os diré qué personas viven en ésta; y segun veamos echarémos nuestras lineas. Con esta seguridad se retiró Don Juan; y su confidente se sentó al lado de la puerta del jardin, aguardando á que saliese algun criado con quien tomar conversacion.

Mas habia de una hora que estaba allí, quando abren de repente la puerta, y se ofrece á su vista una muger moza, que conoció era Blandina, como en la realidad ella misma fué la que se le puso delante. Conocióle ella al punto, y fué corriendo á él tan enagenada de gozo, que cayó desmayada entre sus brazos. La mala

opinión que tenia entonces de la fidelidad de su esposa, le impidió acompañarla en el júbilo que le causaba el encontrarla. No dexó con todo de socorrerla, y luego que ella se recobró de la congoja, le dixo: ¿Eres tú, querido esposo, eres tú á quien veo? ¿Tú, que creía estabas en lo profundo del mar! ¿Tú, á quien contaba entre los muertos! Al decir esto, abrazaba á su marido con muestras de cariño, que á tenerlas por sinceras, hubieran causado muchísima impresion en él; mas en igual de recibirlas con agrado, apartó de sí blandamente á su muger, y con rostro serio la dixo: Dexate de zalamerías, Blandina. ¿A qué vienen todos esos impulsos de alegría, ó mas bien todas esas falsas demostraciones de afecto? ¿Me vas acaso á referir alguna ingeniosa novela para persuadirme que Cope soltó tontamente su presa? No, no te lisongees de que sea yo tan crédulo, que te crea sobre tu palabra. Una de dos, ó tú te rendiste á las sollicitaciones de este Capitan, ó cediste á su violencia.

Toston, respondió la Criolla, escuchame hasta el fin. Yo puedo sin rubor parecer en tu presencia. Si mi honra se ha visto en un gran peligro, sabe que no ha quedado vencida. Voy á contarte fielmente lo ocurrido entre Cope y yo, por donde verás, que en vez de ofenderte, he llegado á rayar en la honestidad mas alto que Lucrecia.

Acuerdate, prosiguió, de aquella astuta cena, que este Inglés nos dió á bordo. Mientras tú estabas divirtiendote en comer y beber bien con él, me retiré á un camarote, que él decia haber hecho disponer para tí, y para mí, y estuve durmiendo reposadamente hasta por la mañana. Quando desperté, y no te ví á mi lado, me levanté en busca tuya; pero á aquella sazón entró Cope

en mi cuarto aparentando un ayre triste, y diciendome: Señora, estoy sin mí, pues ha sucedido esta noche una desgracia, de que no hallo consuelo. El señor Toston, vuestro esposo, habiendo ido, embriagado como estaba, sobre la cubierta del navio, á algun menester, se ha caido en el mar, y se ha ahogado. No puedo volver en mí de este funesto suceso.

Al oír yo tan fatal nueva alboroté á gritos el navio. Arranquéme los cabellos, y estaba como una endiablada. En este tiempo, el bueno de mi Capitan, haciendo el papel de un hombre apesadumbrado, suspiraba y gemia tanto, que parecia que su angustia excedia á la mia. Tuvo durante dos dias la paciencia de oirme lamentar, y de ver correr mis lagrimas sin atreverse á decirme cosa alguna para consolarme; antes al contrario, el traydor aumentaba mi pena con el sentimiento y disgusto que me manifestaba de haberte movido á embarcarte en su Bastimento. Acusabase á sí propio de ser la causa de tu muerte, la que él no cesaba de reprehenderse.

Pero al tercer dia ya no le pareció conveniente disimular, y representando otro personage: Hermosa Blandina, me dixo con semblante afable, muy de sentir es sin duda el perder lo que se ama; con todo, por mucho motivo que haya para llorar su pérdida, vale mas esforzarse, para consolarse de ella, que negarse á escuchar todo consuelo. Y bien mirado, ¿es en vuestra edad, quando la muerte de un marido debe causar tanto pesar? Siendo como sois moza, y bien parecida, no os puede faltar esposo; yo tengo uno que proponeros, y ese soy yo; y así, si no mirais con repugnancia mi persona, os pido me preferais á otro. Dile gracias á Cope de la honra que queria hacerme, y deseché sin parar su

propuesta. Además de no gustarme nada su figura, mi ánimo estaba en una disposición poco favorable para un amante.

El Inglés gastó cinco ó seis dias en manifestarme cortesantemente su inclinacion; pero discurriendo, que para lograr su fin, era aquel el camino mas largo, trocó de repente la cortesía por sus modales marinas; y confieso que necesité valerme entonces de toda la fuerza que el Cielo me prestó para contrarrestar su violencia. Quiso la fortuna, que en vez de irritar con mi resistencia su frenesí, lo aplaqué, y en un instante se convirtió su amor en desprecio. Dexó de atormentarme, y mirandome con ayre desdeñoso, me dixo: Cierto que para ser una criada, fingís bien el papel de cruel. No tengais miedo, querida, que yo no quiero deber á mis esfuerzos una victoria de que no hago caso. Al mismo tiempo mandó llevarme con mis efectos á tierra por dos marineros, previniendoles me condujesen hasta el Lugar inmediato, y allí me dexasen. Los marineros no cumplieron como hombres de bien la órden de su Capitan; pues aunque á la verdad me acompañaron hasta el pueblo, y allí me desampararon; con todo, considerando que yo era una muger, á quien verosimilmente no volverian á ver mas en toda su vida, me robaron el cofre en que iba nuestro dinero.

Yo tenia por fortuna en un bolsillo unos treinta doblones, y llevaba puesta una sortija de un grueso diamante. Con semejantes auxilios se encuentra asistencia en todas partes donde hay gentes. El huesped y la huespeda de la posada del Lugar, donde me hallaba, sintieron mis trabajos. Así que les conté mi suceso tuvieron lástima de mí, y me ofrecieron sus servicios, maldiciendo al Capitan Cope, y á sus marineros. Preguntéles qué

parage de España era aquel. El Lugar de Molina, me respondió el huésped, en la costa de Granada, entre Marbella y Granada, á doce leguas de la Ciudad de Antequera, á la que si gustais, os conduciré yo mismo. Me hareis favor en ello, le dixé, pues siendo mi ánimo volver á ponerme á servir á alguna persona de título, podré hallar allí algun acomódo. No pongais duda en eso, replicó, porque Antequera es una ciudad populosa, en la que hay principalmente muchísima nobleza. Tengo allí muchos conocimientos, añadió, y entre ellos una buena Señora, que en lo pasado estuvo de Dueña en una casa en que yo servia; os llevaré á verla, y no tardará en encontraros una conveniencia.

Partí, pues, con mi huésped á Antequera, en donde así que llegamos, pasó á ver á la Dueña. Contóla mi desgracia, la que la enterneció de modo, que le dixo: Traedme á esa infeliz muger, que yo la ofrezco alojar, y mantenerla; abrazo sus intereses, y la recibo debaxo de mi proteccion. Para suprimir las circunstancias superfluas, aquella Señora me acomodó con Doña Leonor de Pedrera, hija de un Caballero de Antequera, con la que despues de la muerte de éste he venido á Madrid á casa de Doña Elena de Torralva, su tia, de quien es heredera única.

No tengo mas que decirte, continuó Blandina. He acabado de darte cuenta de mi vida, y creo que debes estar contento con tu esposa: Lo estoy en extremo, exclamó Toston; y siendo las cosas así como acabas de referir, haría mal en no estarlo; pero tambien te confesaré, y perdona mi sinceridad, que no hubiera creído yo de tí tanta resistencia; y aquí, que estamos solos, te digo, que el miramiento que guardó contigo Cope, me causa muchísima admiracion; por eso, si tu relacion es

verdadera, no es del todo verosímil. No niego, replicó Blandina, que me escapé de una buena. Bien lo puedes decir, dixo el marido. Mientras has estado contandome el caso, me ha dado un sudor frio, que no se me ha quitado todavía. Además del riesgo en que estuviste con el Capitan Inglés, corriste tambien peligro con aquellos dos bribones de marineros que te llevaron á Molina, y tuviste fortuna de que no te pillasen mas que el dinero.

Ahora bien, querida esposa, no hablemos mas de eso. En fin, nos volvemos á ver, excepto en quanto á nuestros bienes, en el mismo estado en que estabamos á nuestra salida de Cadiz. Looado sea el Cielo. Lo que nos debe, hija, consolar, es, que vamos á hacer dentro de poco una nueva fortuna. El Conde de Velges ha vuelto de Indias con inmenso caudal, y le han nombrado Caballerizo mayor. Don Querubin de la Ronda, mi amo antiguo, es Secretario suyo, y yo me hallo otra vez de Ayuda de Cámara de Don Alexo. Conforme va creciendo en edad este Señorito, le suministran mas dinero para sus diversiones, y como yo soy el que gobierno su bolsillo, mi puesto irá mejorando cada dia.

¿Es todavía enamorado Don Alexo? preguntó Blandina. Qual nunca, respondió Toston; ahora se ha apasionado de una Dama, que dias pasados vió salir de ese jardin, la que quizá es tu ama Leonor. La misma, replicó la Criolla, pues me ha dicho que una de estas mañanas un Caballero se llegó á ella aquí en el prado, y que habian tenido una conversacion bastante larga. ¿Y qué efecto piensas que la ha causado ésta? dixo Toston. No ha sido malo, replicó la criada; y puedo asegurarte, que si tuviera otras con ella, podria hacerse querer, y aun te diré que no sé si mi ama teme el volver á ver á ese

Caballero. - No ha salido del jardín desde el día en que le habló, de miedo quizá de encontrarse otra vez con él.

- ¡O qué buena noticia para mi amo! exclamó Toston. Voy á darsela al momento. ¡Con qué alegría la recibirá! Hasta otra vez, querida Blandina, esposa fiel mia, ya nos veremos; mantente con Leonor, porque así lo pide el interés de Don Alexo. Ayuda con tus buenos oficios los pasos que vamos á dar para agradarla. En seguida de esto, los dos esposos se separaron protestando uno y otro, que perdonaban á la fortuna la pieza que les habia jugado, en recompensa del contento que les daba en volverlos á juntar.

Capítulo X.

Prosigue el Capítulo anterior. Blandina presenta su marido á sus amas; de qué hablaron, y de lo que determinaron hacer Toston y su muger en favor del Condesito.

Antes de que Toston fuese á participar la noticia á Don Alexo, pasó á contarme como habia encontrado á Blandina, y despues de relatarme menudamente su conversacion con ella: Y bien, Señor, me dixo, ¿qué pensais de todo eso? ¿Creis que quanto me ha dicho del Capitan Cope sea cierto? Yo por mí, si he de decir lo que siento, no creo palabra.

Es verdad, le respondí, que sin que le tengan á uno por incrédulo, se puede dudar en ello; mas con todo, el mas acertado partido que un marido puede tomar en semejante caso, es imaginarse, que su muger le ha dicho la verdad, y este dictamen abrazaría yo si me hallase en tu pelleje. Pero, amigo, proseguí, tú no has mentado en tu relacion á la criatura que Blandina daría á

luz despues de tu salida de México. Teneis cierto razon; ahora me haceis acordar, replicó Toston; á mi muger se la olvidó decirmelo, y á mi preguntarselo. Quando vuelva á verla, no dexaré de informarme acerca de la tal criatura, aunque es verdad que la naturaleza me inspira solo un cariño á medias hácia ella.

Con esto se despidió de mí Toston, diciendo: Dadme, Señor, licencia de retirarme, para ir á ver á Don Alexo, el que creo muy bien me está esperando con impaciencia. Se ha de quedar embelesado quando le diga lo que Blandina me ha contado de su ama. Anda, corre, le dixes, querido, pues nunca sobra la priesa en punto de llevar nuevas gustosas á los amantes. Yo no pongo duda en que Don Alexo contará dentro de poco en el número de sus victorias la de Doña Leonor de Pedrera, pues tiene en su ayuda á tí y á tu esposa,

Al instante que D. Alexo vió venir á su confidente, se adelantó á él presuroso, y le dixo: ¿Qué es eso? ¿Has descubierto quienes son las personas que viven en el jardin, de donde vi salir aquella Deydad mia? Mas he hecho, respondió el Ayuda de Cámara, pues he averiguado cómo se llama esa vuestra Diosa, y su calidad. Doña Leonor de Pedrera es su nombre, y es hija de un Caballero de Antequera, por muerte de quien ha venido á Madrid, y habita en la casa de aquel jardin en compañía de su tia Doña Elena de Terralba, de quien es única heredera. A la verdad, que en poco tiempo has apurado muchísimo, le dixo el Condesito. Pues aun no os he dicho todo lo que sé, replicó Toston; sé de buena parte que Leonor os ha cobrado afecto.

¿Y cómo diablos, exclamó Don Alexo, has podido averiguar hasta los pensamientos de esa Dama? ¿Por dónde has llegado á adquirir tantas noticias? Por una

casualidad, respondió el criado, la que me ha servido mas que no mi maña, si puede llamarse servicio el haberme presentado á la vista á mi muger, quando yo no lo pensaba. ¿Qué dices? replicó admirado D. Alexo. ¿Has encontrado á Blandina? Sí Señor, el Cielo me ha favorecido con volvermela sin pedirsela yo, respondió el confidente, y lo que hay de ventajoso en el caso para vos es, que está de criada de Leonor. Tú me llenas de gozo, replicó fuera de sí Don Alexo, con decirme que Blandina tiene proporcion de complacerme. Estoy persuadido á que no se reusará á entregar un papel mio á Leonor. Decís bien, yo os respondo de ello, dixo el Ayuda de Cámara, y os aseguro que podeis esperar de ella quantos servicios dependan de su ministerio.

Entonces el Condesito, queriendo aprovecharse de la ocasion que se le presentaba, de declarar su pasion á Leonor, la escribió un billete, encargando á Toston lo hiciese dar á aquella Dama. El confidente volvió, pues, la mañana inmediata al prado, donde halló á su esposa á la puerta del jardin, y llegandose á ella con un semblante rendido y afectuoso: Blandina, la dixo, antes de que hablemos de las cosas de mi amo; seame lícito, si no lo llevas á mal, el discurrir un instante acerca de las mias. Harás memoria de que ayer no me dixiste siquiera una palabra de la criatura que llevabas en el vientre al tiempo que la mala suerte nos separó á los dos cerca de Gibraltar. ¡Ay de mí! respondió ella, dando un suspiro, la pobre niña murió casi al nacer, y á poco que entré á servir á Doña Leonor; y su muerte hubiera infaliblemente causado la mia, á no ser por el gran cuidado que tuvieron conmigo, pues mi ama, que me habia tomado cariño, no dexó cosa por hacer para mi

salud. A ella la debo la vida; y en agradecimiento la he consagrado el afecto mas verdadero.

Muy bien has hecho, replicó Toston, porque un ama semejante merece que la quieras. ¿Sabe que has vuelto á encontrar á tu esposo? Se lo he dicho, respondió Blandina, y me ha dado licencia para que os presente á ella, lo que quiero sea ahora mismo. Ven conmigo. Dicho esto, le hizo entrar en el jardin, y enseñandole las dos Señoras, que se andaban paseando en él, mira, le dixo, á Doña Leonor y su tia. Acerquemonos á ellas, que deseo vean que no me he casado con ningun hombre mal dispuesto, y sin mérito.

Yendo en esta conversacion, le cogió de la mano, y conduciendole adonde estaban las Señoras, con ayre de chanza las dixo: Señoras, aquí teneis al esposo, á quien daba por muerto, y tanto he llorado. Miradle bien, ¿no os parece digno de las lagrimas que he vertido por él? Así es, respondió Doña Elena; á veces causan llantos maridos menos amables. Toston, oidas estas palabras, hizo una profunda cortesía á la Señora, que acababa de decirlas, y baxó modestamente los ojos, guardando un respetuoso silencio. Buena pareja hacen los dos, dixo entonces Doña Leonor, y me alegro mucho de que el Cielo los haya juntado.

Doña Elena, que deseaba oir hablar á Toston, le preguntó: ¿Con que estais en casa del Conde de Velges? Sí Señora, le respondió, tengo la honra de ser primer Ayuda de Cámara de Don Alexo, su hijo único. ¿Suplico que estais contento, replicó ella, con vuestra conveniencia? Contentísimo, Señora, la respondió Toston. Mi amo es un Caballero completo. No sé que tenga ningun pero; aunque mozo es de una prudencia consumada, cuerdo sin hacer el papel de un Caton,

vivo sin ser atolondrado, en fin, es un dechado de Señoritos.

Además de mil buenas prendas que le acompañan, prosiguió, gozará con el tiempo de quantiosos bienes, porque el Conde su padre ha acumulado grandes riquezas en el Vireynato de Nueva-España; y así dichosa la Señorita ilustre para quien esté destinada su mano.

Quando estaba haciendo el astuto Toston este singular elogio de su amo, exâminaba atentamente á Leonor, y le parecia, que la gustaba su conversacion, aunque fingia escucharle con indiferencia. Estimulado de esta observacion á proseguir alabando á D. Alexo, hizo de él un retrato tan lisongero, que Doña Elena no pudo menos de decirle: Amigo, vos ponderais, vos exâgerais. No es posible que el Condesito de Velges tenga todo el mérito que decís. Perdonad, Señora, replicó Toston, es un sugeto perfecto, un compendio de todas las virtudes.

Aquí llegaban con su conversacion, quando les interrumpió un Page, que entró á dar un billete á Doña Elena. Leyólo ésta, y como pedia pronta respuesta, se marchó á su quarto á escribirla. Doña Leonor la signió, dexando á su criada con su marido en el jardin. Viendose solos estos dos esposos se pusieron á reir sin poderlo remediar; y Blandina le dixo á Toston: no se puede negar, que sabes hacer unos retratos primorosos; pero, aquí para los dos, apenas se parecen á su original. No niego, respondió él, que he favorecido á Don Alexo; pero discurro que esto ha producido buen efecto; estoy cierto de que á la hora presente está tu ama prendada de mi amo, porque aunque tú no me has dicho palabra, apostaría algo de bueno á que la has avisado que Don Alexo es el Caballero que la habló

una mañana en el prado. Verdad es, replicó Blandina. Ahora haré yo á solas conversacion con ella de este Caballerito, veré lo que hay en su pecho, y te lo diré mañana. Muy bien, dixo Toston, y si por casualidad encuentras dispuesto su ánimo á recibir favorablemente un papel de mi amo, ve aquí uno, mostrandole el billete de Don Alexo, en el qual la declara su inclinacion con estilo muy elegante, pues yo he puesto en él la mano. Blandina cogió el papel, diciendo á su marido, que podia asegurar á su amo, que haría sus buenos oficios con Doña Leonor, con lo qual se separaron marido y muger, prometiendose el hallarse en aquel mismo sitio la mañana siguiente.

Así lo hicieron: ¡Victoria! exclamó la Criolla, viendo á Toston, ¡victoria! He hablado á mi ama, y la he hecho el retrato de Don Alexo semejante casi al tuyo de ayer. Al pronto hizo la disimulada; pero la acometí por tantos lados, que no tuvo fuerzas para ocultarme su interior. Sí, querida Blandina, me dixo, yo amo á Don Alexo, sin que se me haya apartado del pensamiento desde que le ví á la puerta del jardín; y todo el bien que oygo decir de él, acaba de inflamar mi corazon.

Tratemos ahora del billete de mi amo, dixo Toston: ¿Lo ha leído Doña Leonor? Con ansia, respondió la criada, y á las dos nos ha admirado. Bien me dixiste, que habias ayudado á componerlo; bien lo he conocido. El tal papel ha hecho una viva impresion en mi ama. ¡Viva! replicó el Ayuda de Cámara, enagenado de gozo; las cosas no pueden ir mejor. Vamos adelante, y busquemos el modo de que nuestros amantes tengan un coloquio nocturno, que es lo único que les falta para que queden ciegamente enamorados el uno del

otro. Persuade á Doña Leonor á que se pasée esta noche en el jardin; yo vendré con D. Alexo, y podrán hablar largamente, de manera que despues no desearán sino casarse.

Capítulo XI.

De la vista que tuvieron entre sí el Condesito y Doña Leonor. El Conde de Velges propone una boda ventajosa á su hijo. Segunda vista de los dos amantes, y de lo que pasó en ella. Buen consejo que da Blandina, y sigue Don Alexo. Con qué persona querian casarle.

A Blandina la pareció bien la idea, y así se executó. El Condesito, acompañado de su confidente, llegó entre once y doce de la noche á la puerta del jardin, en el que les hicieron entrar Doña Leonor y su criada, que los estaban esperando ansiosamente. D. Alexo se acercó con respeto á la Dama, la que le recibió del mismo modo, y pasados algunos cumplimientos de pura urbanidad, que mediaron entre los dos, empezaron á usar del lenguaje de los enamorados; y como Toston y su Criolla vieron que iban á meterse en una tierna conversacion, se retiraron á hablar á solas tambien de sus cosillas.

El amor, que tan largas hace parecer las horas á los amantes quando no tienen presente la persona amada, se las representa bien cortas, quando se hallan juntos. Ya habia amanecido, y Don Alexo y Doña Leonor no pensaban aun en despedirse, por lo que fué preciso que los confidentes se lo advirtiesen, cuidado que tomó á su cargo voluntariamente Toston, á quien la noche no se le habia figurado tan corta como á su amo. Los

dos enamorados se despidieron por último, quedando citados para la noche siguiente.

Aquella vista acrecentó la pasión de Don Alexo, según lo había pronosticado el marido de la Criolla. Luego que Don Alexo salió del jardín se puso á alabar las gracias de Doña Leonor, y con especialidad su discrecion, machacando sobre lo mismo toda la mañana. Durante aquel dia no pensó sino en el contento que tendria de volverla á ver; mas antes de que pudiese gozar de tan gustosa conversacion, le fué preciso oír otra que le agradó poco. El Conde su padre, despues de cena, cerrandose con él en su Despacho, le habló de esta manera: Hijo, tengo que comunicarte un asunto de la mayor importancia. El primer Ministro, para acreditarme la sincera y verdadera amistad que me profesa, me ha dicho que queria casarte, y darte una muger escogida por su mano.

Turbóse Don Alexo al oír semejantes razones, y se quedó atónito. ¿Que es eso, continuó su padre, te atemoriza el matrimonio? ¡Ah! quando sepas la persona que propone, estoy persuadido á que no pondrás repugnancia en casarte con ella. Recobrado algo de su turbacion D. Alexo, le dixo: Padre, yo estoy siempre pronto á obedecer ciegamente lo que me mandeis; pero os ruego me dexeis decir que tengo al matrimonio una aversion. Me engañas, replicó S. E. Veo que disimulas; yo bien sé por qué te opones al matrimonio propuesto; eso es que tienes empleada la voluntad en otra parte. Te has apasionado locamente de alguna aventurera, y haces punto de honor el mantenerte fiel á ella.

No Señor, respondió D. Alexo, yo no he puesto los ojos en ninguna muger ruin. Es cierto que estoy ena-

morado; pero el objeto de mi amor no es de un nacimiento que pueda hacerme avergonzar de la pasión que me ha inspirado. Si gustais, os diré qual es su familia. Te dispenso de ello, replicó segunda vez su padre; no me mueve la curiosidad á querer conocer á esa Señora, y sí te mando que no pienses mas en ella. No quiero otra nuera sino la que me ofrece el Ministro, la qual has de saber que une en sí la juventud y hermesura con un esclarecido origen, y grandes bienes. Anda, añadió, y aconsejate sobre ello de Don Querubin de la Ronda, tu ayo, que estoy cierto de que sus consejos no discreparán de mis intenciones.

El hijo salió al instante del Despacho sin replicar; pero en vez de irme á buscar le pareció mas del caso pasar á verse con Toston. Contóle la violencia que su padre queria hacer á su voluntad; y despues de haberse quejado de aquella tiranía: Amigo, le dixo á su confidente, ¿ cómo haré para ser esposo de Leonor? ¿ cómo saldré de este atolladero? Señor, respondió Toston, la cosa no es facil. S. E. vuestro padre, es de un genio muy tenáz; y si ha resuelto casaros con la Señora propuesta por el primer Ministro, no desistirá de ello. Pero todavía no estamos en tiempo de desmayar. Usemos por ahora de maña. Fingid, aparentad, que consentis en ese casamiento mientras yo discurro un medio para desbaratarlo. ¡ Ay! Toston, exclamó Don Alexo, oyendole decir aquellas palabras que parecian lisongear su amor con alguna esperanza, como lo consigas, puedes prometerte quanto quieras de mi agradecimiento. Corramos, vamos volando al lugar de la cita, prosiguió, que quiero participar á Doña Leonor la fatalidad que nos amenaza, asegurarla que haré

quanto sea dable para precaverla, y finalmente renovarla mi palabra de no ser jamás de otra sino de ella.

Volvieron, pues, al jardin, en donde Doña Leonor y su criada se entretenian, esperandoles, en hablar de las apreciables circunstancias de Don Alexo; y Blandina que las sabía como nadie, ensalzaba hasta las nubes á aquel Señorito. Los dos amantes se fueron á un Cenador, donde habian pasado la noche antes; y retirados los criados á otro sitio, Toston comenzó á decir á Blandina: Hija, esta vida es una sucesion continuada de bien y de mal, de alegría y de pesar. Ayer noche, por exemplo, mi amo y yo venimos aquí contentos como una Pasqua, y hoy venimos mas tristes que un entierro. ¿Pues qué motivo de tristeza es el vuestro? le dixo su muger: ¿Os han dado alguna mala noticia? ¡La mas funesta que pudieramos recibir! replicó él. Quieren apartar para siempre á Don Alexo de Doña Leonor, y entonces la contó lo que acababa de pasar entre el Conde y su hijo.

A Blandina la causó un fuerte sentimiento aquella relacion, y así le dixo á su marido: Mucha razon tienes, no hay duda, para afligirte; no puede darse caso mas sensible que el que dices. ¡O desgraciada Doña Leonor! prosiguió, como si hablase con su ama, ¡qué trago éste tan amargo para vos! ¿pero no habrá modo de evitarlo? Toston, que es astuto é ingenioso, ¿no hará alguna tentativa para preservar á nuestros amantes de la suerte espantosa que les está prevenida? No te dé eso cuidado, respondió él; ando buscando en mi cabeza algun medio de evitarla; pero te confieso, que no me ocurre ninguno que me quadre. A mí se ofrece en este instante uno, replicó la Criolla, que creo no es de desechar. Ya sabes que la Condesa ama entra-

ñablemente á su hijo; ¿te parece que no hay nada que tocar por ese lado? Todo al contrario, por cierto, exclamó Toston; digo que me place esa ocurrencia. Mañana por la mañana iré á ver á la Condesa, y haré que la digan que tengo que hablarla á solas. La expondré con expresiones patéticas la situacion de Don Alexo, y podrá ser que la enternezca de manera, que abrace el interés de Doña Leonor y de su hijo.

Mientras los confidentes estaban en esta conversacion, los dos amantes se prometian recíprocamente un amor capaz de resistir á quantos obstáculos pudiese oponer la suerte para impedirlo, y con este pensamiento se despidieron el uno del otro. El Señorito se volvió á casa con Toston, quien le contó la intencion que tenia de valerse de su eloqüencia, para mover á la Condesa su madre á que protegiese su inclinacion. Me parece bien tu designio, le dixo Don Alexo, y para añadirle fuerza quiero ir contigo. Me echaré á los pies de mi madre, y me mantendré en aquella postura mientras tú peroras á mi favor. Estoy seguro de que la ganaremos la voluntad.

Fundados en este concepto determinaron dar aquel paso, como en efecto lo dieron al otro dia por la mañana. El hecho pasó de esta manera. Estaba la Condesa sentada al tocador. Así que vió entrar á Don Alexo y á su confidente, mandó salir á todas las criadas, y dirigiendo desde luego la palabra á Toston: Amigo, le dixo, ¿con qué ánimo viene aquí mi hijo? ¿Conserva todavía su repugnancia á unir su suerte con la de una Señorita amable, que le ofrece el primer Ministro? Señora, la respondió Toston, mi amo os ha consagrado una ciega obediencia, y está pronto á hacer quanto le mandeis; pero si le haceis que se case con

la persona que le proponen, no conteis mas con vuestro hijo único. Sí, madre mia, dixo entonces D. Alexo, arrojandose á sus pies, y besandola la mano, Toston dice la verdad; si me caso contra mi voluntad, yo muero. ¡Cosa extraña! exclamó la Condesa. ¿Es posible dexarse preocupar tanto contra quien aun no se ha visto? Vé primero la Dama, de que se habla, y si te pareciese fea, yo como buena madre no consentiré una union contraria á tu sosiego, bien que entre nuestros iguales la cara apenas es motivo de impedir los matrimonios. Pero, añadió, si me atengo á la pintura que me han hecho de la Señorita, no hay duda que es una hermosura. Aunque fuese mas bella que la Diosa Venus, Señora, dixo Toston, no hay que hablar mas de ella. El amor le ha cogido la delantera al Ministro, ofreciendonos á la vista una que parece una Deidad, y de que estamos hechizados por extremo.

Es preciso, á la verdad, replicó la Condesa, que sea muy singular su belleza, para haberos causado tan grande impresion. ¿Y corresponde su nacimiento á sus gracias? pues temo, tenga por ese lado motivo de quejarse de la naturaleza. No lo crea V. E. replicó Toston; antes bien es una Señorita ilustre. Doña Leonor de Pedrera, que así se llama, es hija de un Caballero de Antequera, y además de eso sobrina de Doña Elena de Torralva.

No bien acabó de oír estas últimas palabras la madre de D. Alexo, quando dando grandes carcajadas de risa, dexó confusos á su hijo y á Toston. Madre, la dixo aquel con semblante admirado, os ruego me digais lo que os excita á tanta risa. ¿Sospechais acaso que os queremos engañar acerca de la condicion de Doña Leonor? Dexadme reír quanto quiera, exclamó la Condesa, y con

esto volvió á dar nuevas carcajadas de risa, mientras el amo y el criado, que no sabian que pensar de ellas, se miraban uno á otro guardando un estúpido silencio.

Finalmente, quiso el Cielo que acabase de reir, y que recobrando su gravedad, dixese: Hijo, depon tu temor. Nò te verás obligado á dexar á tu querida Doña Leonor, pues esa misma Dama es la que el Ministro te destina para esposa. Doña Elena de Torralva es parienta de la muger de éste; y estas dos Señoras son las que han hecho proponer por el Duque este casamiento al Conde de Velges. ¿No he tenido razon para reirme? ¿No te parece gracioso el lance? Dicho esto, soltó otra vez la risa, y á exemplo suyo D. Alexo y Toston dieron tambien en reir, marchandose luego, rebosando de alegría, á casa de Doña Elena, donde hallaron de buen humor á todos, porque ya se habia esparcido en ella el rumor de la boda inmediata de Doña Leonor con Don Alexo. Para decir lo demás en dos palabras, el casamiento se celebró de allí á poco con grandes regocijos así en casa del Conde, como en la de Doña Elena de Torralva.

Capítulo XII.

De lo que sucedió despues de casado D. Alexo. Del viage de Toston á Alcaráz, y de su vuelta á Madrid. D. Querubin se alegra de las noticias que le da de Don Manuel y de su familia.

Doña Elena, en cuya morada se habian celebrado las bodas, amaba á su sobrina, como una madre ama á una hija única; y así, no queriendo apartarse de ella, cedió la mitad de su casa á los recién casados. El primer cuidado de Don Alexo fué regalar á Toston por lo que

habia contribuido á su felicidad. No se contentó con darle trescientos doblones, sino que le nombró por Administrador de su casa, puesto apetecible no tanto por lo que valia entonces, como por lo que podia valer mas adelante. No se portó con menos bizarría Doña Leonor con Blandina, la qual mas agradecida al cariño que su ama la tenia, que llevada del interés, la era afecta de veras, y la profesaba inclinacion, lo que es de admirar en una criada.

Una mañana que fué Toston á verme me dixo: Señor Don Querubin, vengo á despedirme, y á que Vmd. me mande. Dentro de dos dias marchó á Alcaráz para satisfacer el deseo de volver á ver á mis padres. Mi amo Don Alexo me ha dado licencia de hacer este viage con tal que esté de vuelta de aquí á dos meses. Hijo, le dixe, el motivo que te estimula, es loable, y puesto en razon que logres el fin; pero luego que pases algunos dias con personas tan amadas, no tardes en restituírte á Madrid. Ya conoces la inconstancia de los Señores; pudieras tal vez perder tu acomodo, que no dexará de encaminarte á una gran fortuna. No temais, replicó, que yo me entretenga en pasar el tiempo con mis antiguos amigos. Ya he tomado el sabor á la Corte, y no podré acostumbrarme á vivir fuera de ella. ¿Y en qué haces ánimo de ir? le dixe: En uno de los mejores caballos de nuestras caballerizas, me respondió, seguido de un lacayo de casa con la librea de Velges, que irá tambien montado como yo. El Administrador de la casa de un Grande no ha de viajar como un pelon. Cumplidos, pues, los dos dias partió Toston caballero en un arrogante caballo con un lacayo que llevaba una lucida librea, y encargado de los pliegos que le entregué para mis cuñados.

Durante su ausencia acaecieron felices novedades en casa de Velges, porque habiendose dedicado Don Alexo á hacer continuamente la corte al Duque de Vailores, tuvo la fortuna de agradarle tanto, que este Ministro le hizo nombrar Gentil hombre de Cámara del Rey, lo qual era la prueba mas verdadera de afecto, que podia darle, siendo S. E. de un genio, que no queria poner al lado del Monarca sino sugetos de su confianza. No paró en eso, pues Doña Leonor fué al mismo tiempo nombrada Dama de la Reyna por empeño de la Duquesa de Vailores, que era Camarera mayor, de suerte que quando volvió Toston halló á sus amos colocados en Palacio en unos empleos, que no gozaban á su partida.

El deseo que acosaba á este nuevo Administrador de contarme su viage, no le dió lugar para ir á ver desde luego ni á su muger, ni aun á D. Alexo. Fué en derecha á mi quarto con una celeridad, que mostraba bien lo mucho que me queria. No dexé de asustarme al verle entrar; y no sabiendo lo que iba á anunciarme, le pregunté temblando, si lo que tenia que decirme era cosa triste ó alegre. No os traygo sino buenas noticias, me respondió. Don Manuel y D. Gregorio gozan de cabal salud, y lo mismo sus esposas. Estas Señoras, que conservan siempre su muy buen parecer, han aumentado aun la prole desde que dexasteis á Alcaráz. Vuestra hermana además de Paquito, y las dos niñas que conoceis, tiene ahora otro niño dado á criar; y su buena amiga, sin contar el muchacho que tuvo al principio de su matrimonio, le ha producido á Don Manuel dos hijas en menos de veinte meses. Todos estos hijos, tanto varones como hembras, son todos lindos y robustos. Vuestra hija entre otras es mas bonita que el Sol.

Todo eso me sirve de gusto, interrumpí yo, amigo; pero hazme el favor de decirme qué efecto causó en mi hermana y mis cuñados la relacion, que sin duda les hiciste de mis sucesos. ¿Te parece que se alegraron mucho de mi fortuna? Seguramente que sí, respondió Toston; me hicieron infinitas preguntas, y no fué poco lo que tuve que hacer en contentar su curiosidad, preguntandome cada uno por su turno, y algunas veces todos juntos; pero quando llegó el caso de referirles el encuentro de Monchique, y el medio de que nos dixo haberse valido para engañar á Doña Paula, mis oyentes empezaron á derretirse en lagrimas, y con particularidad las Damas, quienes viendo planamente probada la inocencia de vuestra esposa, deploraron amargamente su desventura. Despues de esto me hablaron de Doña Blanca, preguntandome, qual era su genio, y con la descripcion que de él les hice, tuvieron bastante motivo para juzgar, que de quantos beneficios os ha hecho D. Juan de Salcedo, no es el menos importante el haberos dado su hija.

No me falta mas ahora, añadió Toston, que entregaros las cartas de vuestros parientes, y luego me dareis permiso de dexaros para ir en casa de mi amo. Voy á saber si acaso mi ausencia me ha hecho perjuicio en su ánimo. No, hijo mio, le dixé; encontrarás á Don Alexo conforme le dexaste. Mientras has estado fuera he procurado mantenerte en su gracia, y aun me queda por darte la buena noticia de que el Rey le ha hecho Gentil hombre de Cámara, lo qual no es poco lo que realza el empleo que gozas en su casa.

Dixele tambien al Señor Administrador como Doña Leonor era Dama de la Reyna. ¡Lindo! exclamó Toston, ve ahí á mi muger metida ya en la Corte, y de ese

modo me establezco en Madrid. Así lo deseo, le dije, y que no te dé gana de volver á tu tierra. ¡O Señor! me respondió, ese punto ya está resuelto, me he despedido de ella para siempre. El haber ido allá fué, como vos sabeis, por ver á mi padre y á mi madre; pero me sucedió encontrarlos muertos, y enterrados á los dos. Vertí sobre su sepulcro las lagrimas propias de un hijo, y me desprendí de mi patria. Acabado esto me entregó las cartas que traía, y se marchó.

Capítulo XIII.

De la secreta y curiosa conversacion que tuvo cierto dia Don Querubin con el Conde de Velges. Descripción de la entrada que hizo en Madrid el Duque de Nuaso, y de lo que le perdió.

Aunque el Conde de Velges traxo, como va dicho, de Indias grandes riquezas, afectó por avaricia y disimulo el no imitar á los Vireyes que vuelven de sus Gobiernos. No se presentaba en la calle sino acompañado de pocos criados, y volvía las visitas sin ostentacion, y en un tren harto modesto para un Gobernador de México. En quanto á los presentes que hizo así á S. M. como á los Serenísimos Infantes, no hay para qué mencionarlos, pues solo consistieron en obras hechas de plumas, y otras frioleras á este tenor. Y así el público, que á veces todo lo censura sin exâmen, no le alababa por hombre liberal.

No ignoraba este Señor lo que pensaban de él las gentes, y un dia me dixo: Mas quiero que me tengan por codicioso, que no exponerme á perder con gastar fausto, que solo sirve para excitar la envidia. El exemplar del Duque de Nuaso, que acaba de morir en una prision,

es una leccion para los Vireyes. Este insigne sugeto viviria quizá todavia, si no hubiera tenido la imprudencia de hacer su entrada en Madrid con una pompa mas propia de un Monarca que de un Gobernador, que habia sido llamado á dar cuenta de su administracion; si no hubiera hecho tan ricos presentes; y finalmente, si no hubiera ostentado sus riquezas á los ojos de sus enemigos y envidiosos. Puede que no tengas noticia de esta soberbia entrada. Es preciso que te la describa, no tanto para que te admires de la grandeza de ella, como para manifestarte la magnificencia de este Virey de Sicilia y de Nápoles.

Iban delante quatro Clarineros con doce Guardias Napolitanos, y otros tantos Sicilianos. Seguian el Despensero del Duque á caballo, y veinte y quatro acémilas, cubiertas de reposteros bordados de oro, y conducidas por veinte Palafreneros; luego tres literas y tres suntuosas carrozas de la Duquesa, su esposa, y detras el Despensero de ésta, y el de su hijo, y varios caballos de mano, que llevaban otros veinte Palafreneros. Iba despues el Mayordomo del Virey acompañado de doce Pages á caballo, vestido á la Española, y de doce Alabarderos en traje Italiano. D. Juan Elzetel caminaba en seguida á la cabeza de treinta Caballeros Españoles, Napolitanos ó Sicilianos, todos con ricos vestidos á la Ungara, y montados en caballos de gran precio. Venia despues el Duque vestido de la misma manera, en una carroza del mayor coste con Doña Isabel su nuera, y al lado de cada estrivo se veían quatro Estaferos, y veinte Alabarderos seguidos de treinta coches, y dentro los amigos y parientes, sin contar otros de respeto. Por último, cerraba esta imprudente y loca entrada una multitud de Empleados, Pages, y Esclavos Turcos.

Ahí verás, prosiguió, como entró aquel Virey en Madrid en medio de las aclamaciones de un concurso prodigioso de gente, que habia acudido de todas partes á verle. Ya discurrirás que una entrada semejante no disminuyó el número de los enemigos ocultos que tenia de antemano; y para aumento de indiscrecion expuso en su casa por espacio de quince dias á la curiosidad pública las riquezas que habia traído de Italia, fundando un vano placer en enseñárselas á los Españoles, como despojos de los Turcos, y gloriosos monumentos de las victorias conseguidas por él contra los Infieles. Yo no he hecho, pues, mal, añadió el Caballerizo mayor, en observar una conducta opuesta á la suya, y con especialidad, que salgo de un Gobierno, en que todo el mundo sospecha he acumulado inmensos tesoros. Con mi entrada modesta he precavido la envidia, que ostentando opulencia, no hubiera dexado de despertar contra mí.

Capítulo XIV.

De la llegada de D. Manuel á Madrid, y extrema alegría que este Caballero y D. Querubin tuvieron de volverse á ver al cabo de tanto tiempo. Qué medios tomaron para no separarse jamás el uno del otro.

No se habian pasado todavía ocho dias despues de la vuelta de Toston, quando estando yo una mañana ocupado en mi Despacho, me entraron recado de que estaba allí Don Manuel de Pedrilla. Levantéme inmediatamente para salir á recibir á una persona á quien yo estimaba tanto. Nos mantuvimos mucho tiempo abrazados los dos; y manifestamos con llantos, mas que con palabras, el gozo que nos daba el volvernos á ver. El

acordarnos de Doña Paula nos enterneció desde luego, sin que pudiesemos negar nuestras lagrimas á la memoria de esta adúltera inocente, á pesar de los sentimientos que nos habia causado á entrambos; pero en breve pasamos de la tristeza á la alegría con hablar de nuestra familia. Tenemos unos lindos niños, me dixo Don Manuel; si Toston os ha hecho un retrato fiel de ellos, os habrá dicho sin duda, que Doña Teresa vuestra hija es muy graciosa, y que Don Ignacio mi hijo es un precioso chico. En quanto á vuestro sobrino Paquito, que ahora se llama Don Francisco de Clevillente, ya no es un niño, sino un Caballero de bella estatura, y se halla muy en estado de servir al Rey.

Despues de haber hablado de los hijos, prosiguió Don Manuel, tratemos de las madres. Ismenia y Doña Francisca conservan su belleza. Yo estoy prendado mas que nunca de la una; y Don Gregorio tiene á la otra un cariño, que de dia en dia parece que va en aumento. Sumo placer me dais, amigo, le interrumpí, con informarme de que vivís todos quatro en la mas estrecha union. ¡Quánto me alegrára poder ir á participar con vosotros de las dulzuras de vuestra compañía! ¿Pues quién os lo impide? me dixo Pedrilla. ¿No sois dueño de vuestras acciones? No, le respondí, porque el Conde de Velges no quiere que mi suegro le dexé, y como éste está obediente á su voluntad, tiene la complacencia de sacrificarle el deseo que tuviera de descansar despues de sus largas fatigas. Por lo que á mí toca, la gratitud y la amistad me enlazan tan fuertemente con Salcedo, que miro como obligacion el no desampararle. Yo os reconozco en ese modo de pensar, replicó D. Mannel. De esa suerte, pues, aquellas Damas y ya nos heimos lisongeados en vano de vivir juntos con vos, y vuestra

esposa. No apetecería yo otra cosa, le respondí, que el pasar con ellas y con vos el resto de mi vida; pero ya veis el inconveniente que hay por medio. Pues bien, dixo Don Manuel, despues de haber estado pensativo un poco, ya que no puedo arrancaros de Madrid, es menester que mueva yo á aquellas Damas á que vengan á vivir aquí; esto hago ánimo de proponerlas, y creo que admitirán gustosas la propuesta.

Celébro el pensamiento, le dixé á Don Manuel, y me alegraré de que las agrade el proyecto. Si vuestra elocuencia es bastante persuasiva para conseguirlo, yo me encargo de comprar una casa capaz de alojar toda nuestra familia. Tengo posibles para ello, y aun para costear todo el gasto doméstico. Volved, pues, quanto antes á la ciudad de Alcaráz; persuadid á las mugeres, á que vengan á vivir á Madrid, y traedlas con vos. Pasaremos en nuestra morada una vida agradable; en ella se verá reynar la alegría, y lograremos de la concurrencia de gentes decentes.

Impaciente Don Manuel con el deseo de ver llegar un tiempo tan dichoso, apresuró la vuelta á su tierra; pero antes de marchar se lo presenté á Salcedo, quien le recibió de un modo que le dexó encantado.

No menor contento le causó el agasajo con que le trató mi esposa, la qual, mirandole como mi mas íntimo amigo, creyó no podia hacerle bastante acatamiento. Y así al partir, me dixo él: En verdad D. Querubin, que estoy admirado de vuestra felicidad. Habeis emparentado con una familia muy amable; teneis una muger, que se merece todas las atenciones con que la tratais.

Voy á hacer de estas dos personas unos retratos tan bellos á Clevillente, y á nuestras mugeres, que esto no contribuirá poco á favorecerme en el lógro de mi empresa.

Capítulo XV.

Por que accidente no tuvo efecto el designio de D. Manuel y de D. Querubin. Nombran á Don Juan de Salcedo para el Corregimiento de la ciudad de Alcaráz.

Yo esperaba, ó por mejor decir, no dudaba de ningun modo que Pedrilla conseguiría convencer á las mugeres, y andaba ya buscando una hermosa casa que estuviese de venta; pero esto era tomarme un trabajo inútil, como se verá. Un dia que el Conde de Velges habia ido á ver al primer Ministro, se encerró en su Despacho con Salcedo, á quien habló en estos términos: Don Juan, os vais á quedar parado de lo que voy á deciros. Vengo de casa del primer Ministro, que me ha tenido acerca de vos esta conversacion: Conde, me ha dicho, en vuestra compañía está un sugeto que no me agrada, que es D. Juan de Salcedo. Ha sido Secretario del Duque de Remal, y despues del Duque de Cueda; en una palabra, es hechura de la casa de Valdosan; creo que con esto os digo bastante para obligaros á apartarle de vuestro lado; pero como sé que le quereis, y que merece se le recompensen los servicios que ha hecho al Estado, el Rey le ha nombrado Corregidor de la ciudad de Alcaráz en Castilla la Nueva.

Vos conoceis á este Ministro, prosiguió el Caballerizo mayor. Sabeis que es de un carácter lleno de caprichos, y que quiere absolutamente se execute quanto se le pone en la cabeza. Si no mirando mas que á la aficion que os tengo, me negase á contentarle, era preciso hacer ánimo á malquistarme con él para siempre, lo qual pudiera acarrearle malas resultas, siendo peligroso tener por enemigo á un Ministro que gobierna la Monarquía, y al Monarca.

Siento el que nos separemos, añadió; pero es forzoso. Ya veis que no tiene remedio. Señor, le dixo Salcedo, nada tengo que replicar á eso. No es razon que por tan poca cosa se ponga V. E. mal con un hombre que lo puede todo.

En quanto al empleo con que me honran, puedo pasar sin él, como sin otro qualquier puesto, pues gracias á V. E. me hallo en un estado en que nada tengo que desear. Con todo eso, me asisten motivos para no renunciarlo. Alcaráz es una ciudad muy conocida de mi yerno; allí habitan sus parientes y amigos, los quales harán quanto puedan para que me sea gustosa la estancia en ella. Ya que es fuerza irme de Madrid, y dexar á V. E., me sirve de consuelo el que me envian al parage de España que yo escogería para mi rétiro. Me alegró, replicó el Conde; si experimento el pesar de no veros mas, á lo menos tendré la satisfaccion de creeros feliz.

Concluida esta conversacion, vino á buscarme Don Juan. Muchas novedades hay, me dixo, y al mismo tiempo me contó lo que el Caballerizo mayor acababa de decirle. Preguntóme despues cómo pensaba yo en aquel caso. Me parece, le respondí, que el Conde teme fuertemente el caer de la gracia del primer Ministro, y que sería hombre capaz de sacrificarlo todo á este temor. Finalmente, nosotros debemos alegrarnos de este suceso. Ya hace mucho tiempo que solo el deseo de complacer es el que nos tiene adictos á este Señor; y una vez que él nos da ocasion de salir de su casa con estimacion, aprovechemonos de ella al punto. Marchemos á Alcaráz lo mas pronto que podamos á unirnos con Don Gregorio y Don Manuel, mis cuñados, los quales se alegrarán en el alma de ver aumentar su compañía con tres personas, que no la harán mas molesta. . Voy, si

gustais, á enviar desde hoy un Propio á D. Manuel, para avisarle, que habiendoo recompensado S. M. con el cargo de Corregidor de Alcaráz, os disponeis á partir á tomar su posesion. Le agradará muchísimo la noticia, porque estoy cierto de que querrá mejor dar disposiciones para admitirnos en aquella ciudad, que no venir á vivir á Madrid.

No bien me hubo manifestado mi suegro su intencion de ponerse en camino, quando despaché un Expreso á Pedrilla á fin de enterarle de nuestro designio, y en la carta le advertí, que pasaríamos por Cuenca.

Capítulo XVI.

Don Juan de Salcedo marcha de Madrid con su hija y Don Querubin. Su llegada á Alcaráz, y cómo fueron recibidos. Fin de la historia del Bachiller de Salamanca.

Don Juan de Salcedo, despues de haber dado gracias al primer Ministro, y prestado el juramento por su empleo de Corregidor, dispuso su viage en corto tiempo. Nuestra salida de Madrid no fué tan ostentosa como la entrada del Duque de Nuaso; pero con todo no dexó de tener un ligero aspecto de opulencia, que nos daba honor. A tres literas, en una de las quales iba el señor Corregidor, *plena ipso*, en la otra mi muger y yo, y en la tercera dos doncellas, seguian doce acémilas cargadas de nuestro bagage, y adornadas de ruidosas campanillas: añadase á esto cinco ó seis criados, montados en hermosísimos caballos, que el Caballerizo mayor nos habia regalado. A la verdad nuestro equipage se parecia al de un Virey, que va á tomar posesion de su Vireynato.

Llegamos caminando á cortas jornadas á Cuenca, donde encontramos á D. Manuel, que dos dias habia nos

estaba esperando. Despues de mil abrazos de una y otra parte, este Caballero nos dixo, que así que tuvo mi carta habia salido á recibirnos hasta Cuenca, con ánimo de acompañarnos desde allí al lugar de Bonillo á una hacienda suya, en la que quedaba su esposa con mi hermana y D. Gregorio. Para llegar mas pronto á aquella hacienda, apretamos el paso, y con efecto encontramos á Clevillente y á las dos Damas, que estaban tan ansiosas de volverme á ver, como yo de abrazarlas. Allí fué donde no hubo tasa en los abrazos, y en los cumplimientos: Señor D. Juan, le dixo mi hermana á Salcedo, ¡qué alegría no es para mí el ver á un Caballero, á quien mi hermano debe tantas obligaciones! Pero de quantos favores le habeis hecho, el que mas os agradezco es, el de haber unido su suerte con esta amable Señorita. Dicho esto, echó los brazos al cuello de Blanca, á quien mas de una vez habia ya abrazado. Ismenia acarició tambien á mi esposa, la qual, por no quedarse atrás, volvió abrazo por abrazo á estas dos Damas.

Por otra parte D. Gregorio, Don Manuel, Salcedo y yo imitamos casi la misma escena. Una hora se nos pasó en hablar confusamente, y en repetir de quando en quando nuestros abrazos.

Despues volvimos á nuestra seriedad; y el nuevo Corregidor tuvo bastante motivo de estar satisfecho de las expresiones obsequiosas, que le dixerón así las Damas, como los Caballeros; por eso, hablando conmigo á solas, me expresó algunas veces estaba hechizado de mis cuñados, y mas aun de sus mugeres, que le parecia, decia, tenían modales de Princesas. Yo me reí interiormente de este juicio, ó por mejor decir, de lo que me ocurrió en el asunto, porque al instante me acordé de las escuelas en que habian aprendido aquel ay-

re de Señorío. Descansamos algunos días en la Quinta, donde por el cuidado de Don Manuel, no carecimos de nada, y llegamos por fin á la ciudad de Alcaráz, que dista de allí solo cinco ó seis leguas.

Nuestro equipage deslumbró á los vecinos de Alcaráz. Uno decia: éste no es como nuestro pobre Corregidor difunto Don Martin Chinchilla, que no tenia en su caballeriza mas que dos mulas viejas. Así es, decia otro; nos han enviado, no un Corregidor comun, sino un Virey. El pueblo que se habia puesto sobre las armas, para recibir con mas distincion á su nuevo Magistrado, hizo una triple descarga de mosquetería. Fuimos á apear-nos á casa de Pedrilla, en la que apenas entramos, quando todos los Prelados de las Ordenes Religiosas vinieron á cumplimentar en latin á mi suegro, quien para hacer-les ver con quien trataban, les respondió á cada uno en el mismo idioma, lo que hizo formar en los oyentes un alto concepto del señor Corregidor. Despues de los Religiosos le cumplimentó la Nobleza, á la que contextó como hombre de Corte.

Para abreviar en lo demas, diré que tomó posesion de su empleo, y que en breve tiempo con su prudencia, su vigilancia, su integridad, su desinterés, y con sus decisiones equitativas, y grandes luces mostró á los moradores de Alcaráz que tenian por Corregidor un sugeto capaz de gobernar un Estado. Como ademas de ser buen Juez, trataba afablemente á las gentes, se grangeó con facilidad la estimacion y amistad de todo el mundo.

Con un suegro semejante es con quien tengo la dicha de vivir actualmente, unas veces en Alcaráz en casa de Don Manuel, y otras en la Quinta de Elche, distante tres leguas cortas de la ciudad, y la qual hemos comprado con el dinero de los Mexicanos, ó bien en la de D. Gregorio de Clevillente, cuya esposa se aviene maravillosamente con la mia, aunque son cuñadas.

*Fin de la sexta parte,
y de la Obra.*

T A B L A

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.

PARTE PRIMERA.

- CAP. I.** De la familia y crianza de Don Querubin. Muerto su padre, un pariente le recibe en su casa. Sus adelantamientos en los estudios. Marcha á Madrid, donde hace conocimiento con un Cura. Conversacion que le tuvo éste sobre la carrera que queria tomar. Pág. 1
- CAP. II.** De la primer casa en que entró de Preceptor D. Querubin; carácter de los niños sus discípulos, é imprudencia de su padre. 6
- CAP. III.** Pretende D. Querubin entrar de Preceptor en casa de un Consejero. Conversacion extraña que éste le tuvo, y respuesta de D. Querubin. 9
- CAP. IV.** El P. Fr. Tomás acomoda al Bachiller en casa del Marqués de Buendia. Carácter de su nuevo discípulo. Salese de allí, y pór qué. 12
- CAP. V.** Pasa el Bachiller de Salamanca á ser Preceptor del hijo de un Contador. Su alegría de entrar en una casa tan buena. Paganle el sueldo adelantado. Enamorase de una criada jóven; y su competidor es causa de que le despidan. 17
- CAP. VI.** Adonde fué despues á parar el Bachiller. Reflexiones que hace sobre su conducta. Su huesped le busca la casa de una Señora viuda. Carácter de ésta. Llega D. Querubin á ser Director de sus negocios. Inclination que le tomó la misma, y conversacion que le tuvo Doña Rodriguez, su asunto, y fruto. 21
- CAP. VII.** Estando ya D. Querubin para casarse con Doña Luisa, pierde de repente la esperanza de ello. Asaltanle, y le prenden unos Espadachines. Descripcion de la cena

- que tuvo, y de los convidados. Sale de noche de Madrid. 27
- CAP. VIII.** Que trata de la llegada de D. Querubin á Toledo; de la casa en que entró á ser Preceptor; de la mala índole de su discípulo, que le tomó aversion; y del modo que le despidieron. 30
- CAP. IX.** Conversacion curiosa de Don Querubin con un Preceptor Vizcaíno, amigo suyo, y fruto que saca de ella. Entra en casa de una Marquesa. Capricho, y extraña aficion de esta Señora á leer libros de Caballerías. Apasionase con extremo de ella D. Querubin. Efecto que produjo su amor. Con todo, la dexa, y por qué motivos. 35
- CAP. X.** Entra de Preceptor nuestro Bachiller en casa de un platero de Cuenca. Con sus diligencias, y las del señor Diego Cintillo, consigue que su discípulo se meta frayle. Encuentro desagradable que tuvo. Vuelve á Madrid. 43
- CAP. XI.** Vuelve Don Querubin á Madrid, donde encuentra casualmente á uno que le da noticias de Doña Luisa de Padilla. Esta Señora le coloca en casa del Duque de Cueda por segundo Secretario. Conocimiento que hace con D. Juan de Salcedo. Qual era el flaco de este Don Juan. Descripcion de un bayle adonde asistió Don Querubin. Marcha á Nápoles en calidad de Correo extraordinario del Conde de Eruña. 46
- CAP. XII.** De qué modo recibió el Virey de Nápoles á D. Querubin, y de las conversaciones que tuvieron. El Duque y la Duquesa le hacen grandes presentes, lo que le colmó de gozo. Restituyese á Madrid. 52
- CAP. XIII.** Del casamiento de D. Juan con Doña Isabél, y sus resultas. Nuevo partido que tomó D. Querubin. 57
- CAP. XIV.** Encuentra D. Querubin al Licenciadillo Carambola. Conversacion que tuvieron. Paso gracioso que le sucedió al último, y sus resultas. 59
- CAP. XV.** Hace conocimiento Don Querubin con un amable Caballero, llamado D. Manuel de Pedrilla. De

qué modo pasaban el tiempo juntos. De la gustosa novedad con que se halló D. Querubin, cenando con unas Damas. Quienes eran éstas; y de lo que hablaron. 63

PARTE SEGUNDA

- CAP. I.** Va D. Querubin de la Ronda á comer con su hermana, y se cuentan lo que les habia sucedido despues de su separacion. Historia y aventuras amorosas de Doña Francisca. 67
- CAP. II.** Entra á servir Doña Francisca á la Condesa de Santañí, quien la recibe con agrado; y conversacion que tuvieron. Genio de la Condesa. Hereda mil doblones Doña Francisca. Sentimiento de la muerte de su ama. Determinacion que toman ella y Damiana. 76
- CAP. III.** A qué ciudad determinaròn ir á vivir Francisca y Damiana; y de las aventuras que allí las sucedieron. Llevan robada á Doña Francisca, y resultas de aquel robo. 82
- CAP. IV.** De los nuevos apasionados que tuvo en Córdoba. Es infiel á su primer amante, por irse á Granada con un criado fingido de un Comendador. 88
- CAP. V.** Qué sugeto era D. Pompeyo. De la sincera declaracion, y de la propuesta que hizo á Doña Francisca despues de casado con ella, la qual se consuela facilmente del engaño de su marido, y consiente en lo que le propone. 97
- CAP. VI.** Entra Doña Francisca en la compañía de los Cómicos de Granada. Cómo le pareció al Público. De los muchos Señores que se prendaron de su habilidad y gracias. Su marido la busca al Conde de Piedrallana, para que la corteje, y ella, por obedecer á su esposo, admite sus visitas. 100
- CAP. VII.** De otros varios regalos que el Conde de Piedrallana hizo á Doña Francisca, y de las atenciones que le mereció. Otro apasionado la regala diferentes joyas preciosas de diamantes, y ella no las admite, de lo que

- agradecido el Conde la hace donacion de una magnifica casa de campo. Cómo acabó una amistad tan cariñosa. 107
- CAP. VIII. De lo que hizo Doña Francisca despues de ido el Conde de Piedrallana. Va con su marido á tomar posesion de su Quinta. Lance extraño que le sucedió, y quién la obsequió. 114
- CAP. IX. De la desgracia que sucedió en la Quinta de Cazalla, y sus resultas. Determina Doña Francisca ir á Madrid con Doña Manuela, su compañera de teatro; y allí se dieron á conocer por mugeres de forma. 119
- CAP. X. De la conversacion que tuvo Doña Francisca con D. Querubin despues de haberle contado su historia. Propónеле que vaya á vivir con ellas, y él lo admite. 122
- CAP. XI. Va D. Querubin á vivir con su hermana. De los nuevos conocimientos que allí hizo, y del mucho aprecio que les debió así que supieron tenia la dicha de ser hermano de Basilisa. Procura D. Andrés hacerse amigo de D. Querubin, y lo consigue, y motivos que tenia para ello. 125
- CAP. XII. Del desgraciado éxito que tuvo el servicio que Don Querubin quiso hacer a su amigo D. Andrés. Sale de casa de su hermana con ánimo de no volverla jamás á ver. Doña Francisca se casa con Don Pedro. Quien era éste. 127

PARTE TERCERA.

- CAP. I. Viendose D. Manuel de Pedrilla en la precision de volver á su tierra, consigue que su amigo D. Querubin se vaya con él. De su llegada á Alcaráz. 130
- CAP. II. D. Querubin se hace querer de Doña Paula. Don Ambrosio de Lorca, su rival, estrecha á D. Manuel para que se efectúe la boda, á lo que se niega éste. Funesta resulta de esta repugnancia. D. Manuel y D. Querubin salen á reñir con él, y quedan vencedores. 134
- CAP. III. De lo que hicieron Don Manuel y D. Querubin despues de este lance. Perseguidos por los parien-

- tes de D. Ambrosio de Lorca, se ven precisados á retirarse á un Convento. Retrato de su Prelado. 137
- CAP. IV.** En qué paró el asunto de D. Querubin y de D. Manuel por la mediacion y empeños del Padre Teodoro. De la determinacion que de repente tomó el primero, y cómo la executó. Acompaña á un Religioso que fué á agonizar á un enfermo, y queda edificado de oírle. Declara su resolucion á D. Manuel, y se separan. 141
- CAP. V.** Como al cabo de seis meses de Noviciado se entibió el fervor de D. Querubin. Dexa el hábito, y del nuevo partido que toma. Encuentra casualmente al Licenciado Carambola. Conversacion que tuvieron. Determina volver á ser Preceptor de algun niño, y qué fué lo que le hizo mudar de parecer. 147
- CAP. VI.** Del sueño que tuvo D. Querubin, y de la repentina mutacion que hubo en su fortuna. Hereda una grande hacienda. Su inclinacion á Narcisa. 151
- CAP. VII.** Va D. Querubin á Salamanca, y vuelve á Sevilla con sus papeles. Entreganle la herencia de su hermano. De las honras que hace celebrar por su alma. Resultas de su inclinacion á Narcisa. 156
- CAP. VIII.** D. Querubin encuentra á Mileno. Qué es lo que éste le cuenta; y noticia que le impide casarse con la hija del Maestro Gaspar, por cuyo motivo se marcha de Sevilla con tanta precipitacion, como si hubiera cometido algun delito. 159
- CAP. IX.** Llega Don Querubin á Alcaráz, y en qué estado encontró á D. Manuel de Pedrilla, y á Doña Paula su hermana. De lo bien que le recibieron. Renuevase su amor á la hermana de D. Manuel. 161
- CAP. X.** Por qué casualidad tiene D. Querubin noticias de su hermana Doña Francisca, y qué impresion le causaron. Casase con Doña Paula, y honras que le hacen. 164
- CAP. XI.** Con qué Caballero hizo conocimiento Don Querubin, y sus resultas. Marcha con D. Manuel al Alcazar de Clevillente, y lo que allí vió. 166
- CAP. XII.** Del viage que los tres Caballeros hicieron al

- Alcazar de Villar del Saz. Disfrazanse de peregrinos para entrar en él. De qué suerte fueron recibidos. Conversacion singular de un criado de Doña Francisca. Sorpresa inesperada que experimentó ésta. Reconocense. 171
- CAP. XIII. Cenan los tres viajantes con Doña Francisca y Doña Ismenia. Don Querubin habla á solas con su hermana, la qual se casa con su primer querido Don Gregorio. Doña Ismenia se casa tambien con D. Manuel de Pedrilla. Don Querubin y Don Manuel se retiran del Alcazar de Clevillente, y marchan con sus mugeres á Alcazar. Convenio que hicieron. 178
- CAP. XIV. De una aventura graciosa, en que se halló D. Querubin. Séria reflexion sobre su fortuna, y la de su hermana. A. D. Manuel y á él les roba uno de sus criados. Reciben otro en su lugar. Declárase quién era éste. Admiracion de Don Querubin y de su amigo quando le conocieron. 183
- CAP. XV. Historia trágica de D. Carlos y de Doña Sofia. 188

PARTE CUARTA.

- CAP. I. Don Querubin de la Ronda llega á ser despues de quince meses de casado, el marido mas infelíz. Llevale D. Gabriel robada á su muger; y aunque D. Querubin le persigue, es en vano. Conversacion que tuvo con su criado. Dexa de buscar á la que huye de él, y determina marchar á México. 194
- CAP. II. Sale de Cadiz D. Querubin, y arriba á Veracruz, donde toma mulas de alquiler para ir por tierra á México. De la curiosa conversacion que tuvo en la primera jornada con el arriero. Historias singulares que le contó Tobías. Lo que sabe de México le da muchas esperanzas. 202
- CAP. III. De la llegada de D. Querubin á México. Adonde fué á hospedarse. Se prenda de la muger del mesonero, aunque era mulata. 214

- CAP. IV.** Va D. Querubin á ver el Palacio del Virey, en el que encuentra á Don Juan de Salcedo, quien le conoció. De lo bien que le recibió este Secretario, y de la primera conversacion entre ellos, de la que quedó muy pagado Don Querubin. 217
- CAP. V.** De la visita que hizo despues de comer á D. Juan de Salcedo, y de su segunda conversacion con él. Qual fué el fruto de ella. Entra D. Querubin de la Ronda por Ayo de D. Alexo, hijo del Virey. Gozo de Toston, quando supo esta gustosa noticia. 221
- CAP. VI.** D. Querubin, Ayo de D. Alexo de Velges, hijo único del Virey, hace una visita á la Vireyna. Conversacion que tuvo con el Preceptor de D. Alexo. Retrato de este último. 226
- CAP. VII.** Va Don Querubin á pasearse con su discípulo al campo llamado la Alameda, que es el principal paseo de México. Cosas que allí notó, y la grande admiracion que le causaron. Suceso trágico que presenció. 229
- CAP. VIII.** De qué modo logró tener entendimiento D. Alexo. Conversacion de D. Querubin con su criado. Admirase de lo que le cuentan de su discípulo. Consejos prudentes que da á Toston, de los quales se aprovecha éste. 231
- CAP. IX.** Don Querubin de la Ronda nada en el oro y en la plata. Gasta su dinero en diversiones con Señoras conocidas suyas. Va á ver representar una Comedia. Qual era ésta, é impresion que le causó. 236
- CAP. X.** Del mayor apuro en que se vió jamás D. Querubin, y cómo salió de él. Salcedo le propone su hija en casamiento, y él no lo admite. Admiracion de su amigo. 239
- CAP. XI.** Historia de D. Andrés de Alvarado, y de Doña Cintia de la Carrera. Parecer de D. Querubin que agrada á D. Andrés, quien se determina á seguirle. 243
- CAP. XII.** Prosigue la historia de D. Andrés de Alvarado, y de Doña Cintia de la Carrera. Feliz éxito

- de los consejos de Don Querubin, á quien da gracias D. Andrés. 248
- CAP. XIII. Don Querubin va por curiosidad á oír predicar á un Religioso. Quien era éste. Su admiracion quando le reconoció, y de la conversacion que pasó entre los dos. 252

PARTE QUINTA.

- CAP. I. Empieza á contar el Licenciado Carambola la historia de su viage á las Indias Occidentales. Encuentra á uno de sus Concolegas, y quién era éste. Determina ir con él, y se mete Religioso. 256
- CAP. II. Embarcase el Licenciado Carambola con los buenos Religiosos. Entra de Novicio. Recibe las Ordenes Sagradas. De qué modo predicó su primer sermón. Sube segunda vez al púlpito, y lo bien que se portó. Marcha á Indias. De su admiracion quando llegó allá. 259
- CAP. III. Predica Fr. Cirilo á gusto de un numeroso auditorio. Come el dia siguiente con el Obispo de Guatemala, quien le hace varias honras. Danle un Curato, y lo que hizo en él. 265
- CAP. IV. El P. Fr. Cirilo se hace estimar de los Indios é Indias. Historia curiosa de dos hermanos y una hermana. Predica en lengua Proconchi, y por la excelencia de sus Sermones consigue ser individuo de la Academia de Petapa 273
- CAP. V. De las Damas Indianas de Petapa; y de la grande y santa empresa que ideó Fr. Cirilo, y cómo salió de ella. 276
- CAP. VI. Resulta de esta gloriosa expedicion. Del peligro que corrió Fr. Cirilo, y del medio acertado que tomó para libertarse de él. Retírase á su Convento. Recibe orden de su Provincial para pasar á México. 280
- CAP. VII. Lo que hicieron D. Querubin y Fray Cirilo

despues de haberse contado sus aventuras. Retrato que hace el último de su Prelado. D. Querubin es recibido de él con agrado. Lo que pasó en esta visita. 282

CAP. VIII. Va D. Querubin á ver los Penitentes del Desierto, y conoce entre ellos a D. Gabriel de Monchique, el robador de Doña Paula su muger. De la conversacion que hubo entre estos dos Caballeros enemigos, y como se separaron. Impresion que hizo en el corazon de D. Querubin la relacion del robo de su esposa. 286

CAP. IX. Como D. Querubin, volviendo del desierto, se detuvo en un Lugar; y encuentro inopinado que le sucedió en él. Historia de un Cura, y de una peregrina. Admirables efectos de la semejanza, y singular generosidad de aquel Cura. 291

PARTE SEXTA.

CAP. I. Restituido á México Don Querubin da cuenta de su viage á Don Juan de Salcedo. De la alegría que causó á este Secretario el verle en estado de ser su yerno. Del nuevo empleo que le proporcionó, y de los buenos consejos que le dió. 298

CAP. II. D. Querubin de la Ronda exerce á medias las funciones de Salcedo, y las desempeña pasmosamente. Cásase con Doña Blanca. Historia trágica de tres hermanos Indianos. 301

CAP. III. Por qué accidente hizo Toston una fortuna rápida, y de la loable determinacion que tomó en breve despues. Don Alexo no siente ver marchar á su Criolla, muger de Toston. 310

CAP. IV. De la confianza que hizo D. Juan de Salcedo á su yerno de un proyecto formado por el Virey. Qué proyecto era éste, y como se executó. El Arzobispo de México abraza la defensa del pueblo, y excomulga al Virey. Atentado violento cometido por éste para hacerle conducir á Vera-Cruz. 314

- CAP. V.** De las tristes y fatales consecuencias que tuvo la prision del Arzobispo. El Virey se ve obligado á retirarse al conyento de los PP. Franciscos. D. Querubin, su muger y su suegro se refugian en él tambien. Vase de México D. Querubin. 319
- CAP. VI.** Habiendo llegado á Madrid D. Querubin, va á ver al Duque de Vailores, y le hace relacion puntual del levantamiento de México. Efecto que causó en este Ministro el oir aquella novedad, y providencias que en consecuencia se tomaron en el Consejo de S. M. El Virey vuelve triunfante á su Palacio. Su desgracia. Se restituye á Madrid, acompañado de Don Querubin, y de la familia de éste. 323
- CAP. VII.** Cómo fué recibido el Condé en la Corte. Su visita al primer Ministro. El Duque de Vailores le hace Caballerizo mayór del Rey. Rumbo que tomaron Salcedo y D. Querubin. Llega el primero á ser Director de la casa del Conde, y Secretario de éste el segundo. 327
- CAP. VIII.** Encuentra D. Querubin á Toston en Madrid. Conversacion que tuvieron, y lance fatal sucedido á Toston. D. Querubin le hace un servicio importante. 330
- CAP. IX.** Por qué accidente encontró Toston á su muger, en la que ya no pensaba. Cuentale ésta la aventura de su robo, y le hace ver su inocencia. Mutacion que aquella relacion hizo en su ánimo. Sus asuntos van mejor. 336
- CAP. X.** Prosigue el Capítulo anterior. Blandina presenta su marido á sus amas; de qué hablaron, y de lo que determinaron hacer Toston y su muger en favor del Condesito. 343
- CAP. XI.** De la vista que tuvieron entre sí el Condesito y Doña Leonor. El Conde de Velges propone una boda ventajosa á su hijo. Segunda vista de los dos amantes, y de lo que pasó en ella. Buen consejo que da Blandina, y sigue Don Alexo. Con qué persona querian casarle. 349

- CAP. XII.** De lo que sucedió despues de casado D. Alexo. Del viage de Toston á Alcaráz, y de su vuelta á Madrid: D. Querubin se alegra de las noticias que le da de Don Manuel y de su familia. 355
- CAP. XIII.** De la secreta y curiosa conversacion que tuvo cierto dia D. Querubin con el Conde de Velges. Descripcion de la entrada que hizo en Madrid el Duque de Nuaso, y de lo que le perdió. 359
- CAP. XIV.** De la llegada de Don Manuel á Madrid, y extrema alegría que este Caballero y D. Querubin tuvieron de volverse á ver al cabo de tanto tiempo. Qué medios tomaron para no separarse jamás el uno del otro. 361
- CAP. XV.** Por qué accidente no tuvo efecto el designio de D. Manuel y de D. Querubin. Nombran á D. Juan de Salcedo para el Corregimiento de la ciudad de Alcaráz. 364
- CAP. XVI.** Don Juan de Salcedo marcha de Madrid con su hija y D. Querubin. Su llegada á Alcaráz, y cómo fueron recibidos. Fin de la historia del Bachiller de Salamanca. 366

